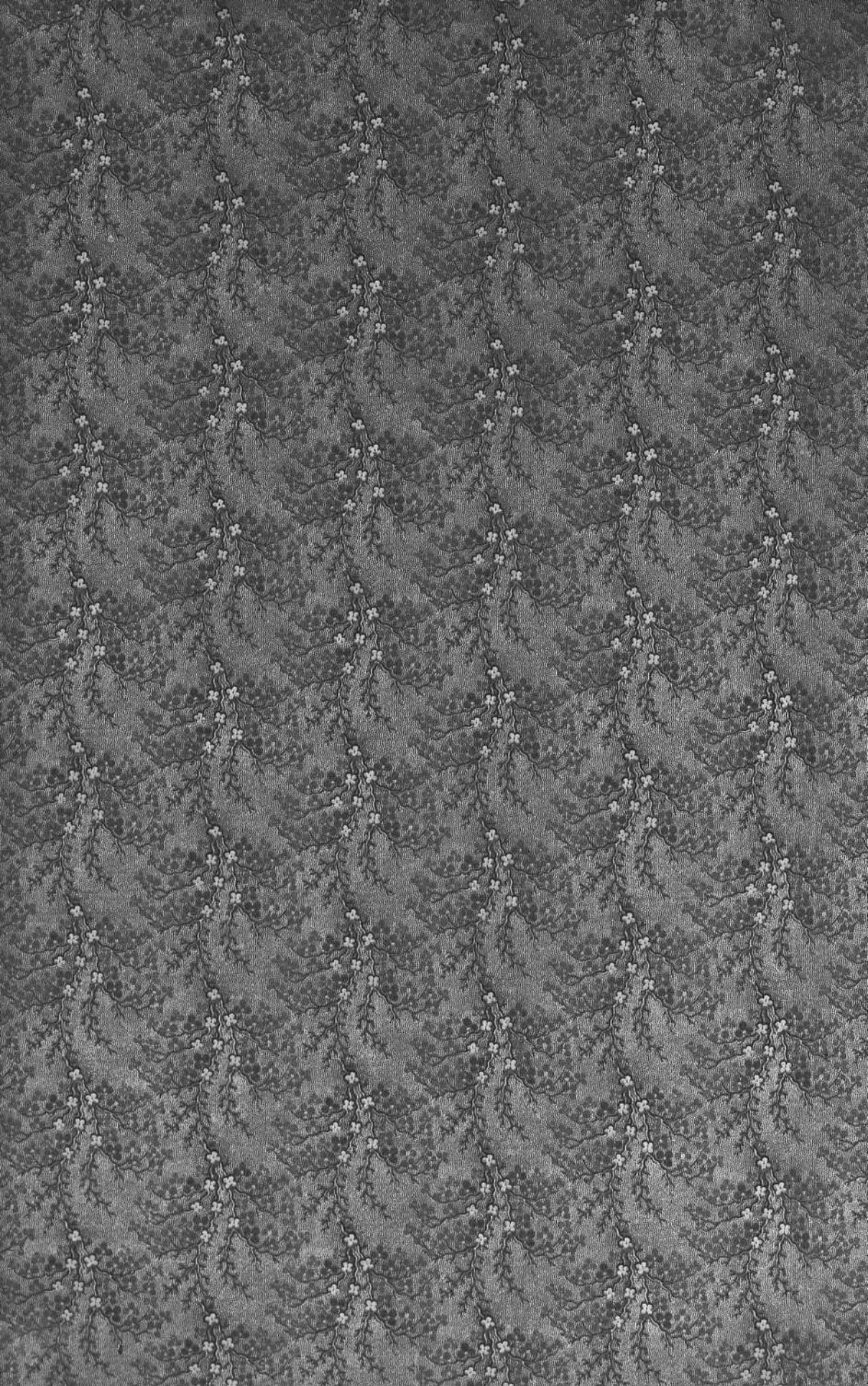
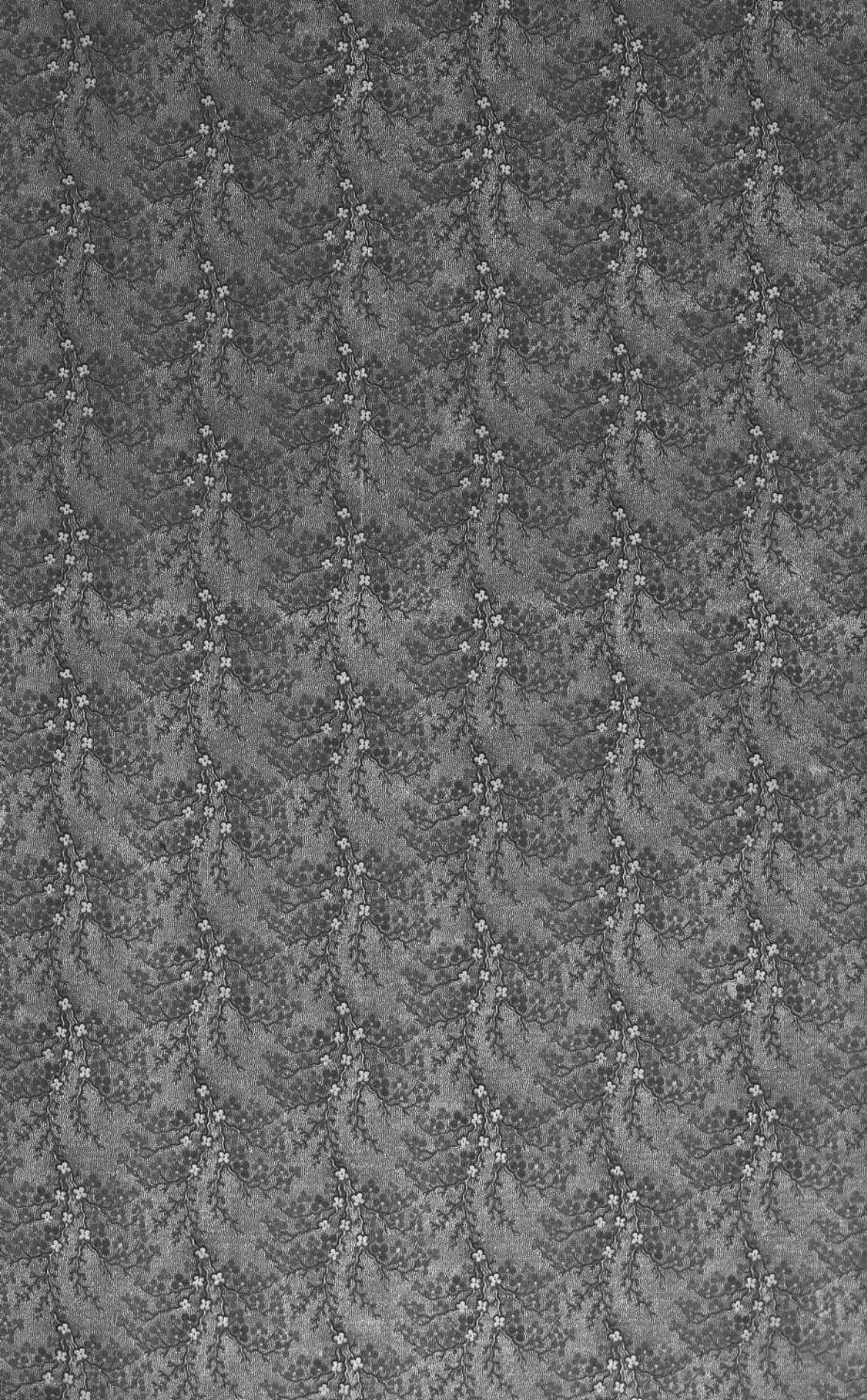




DGCL
A

EL TESTAMENTO

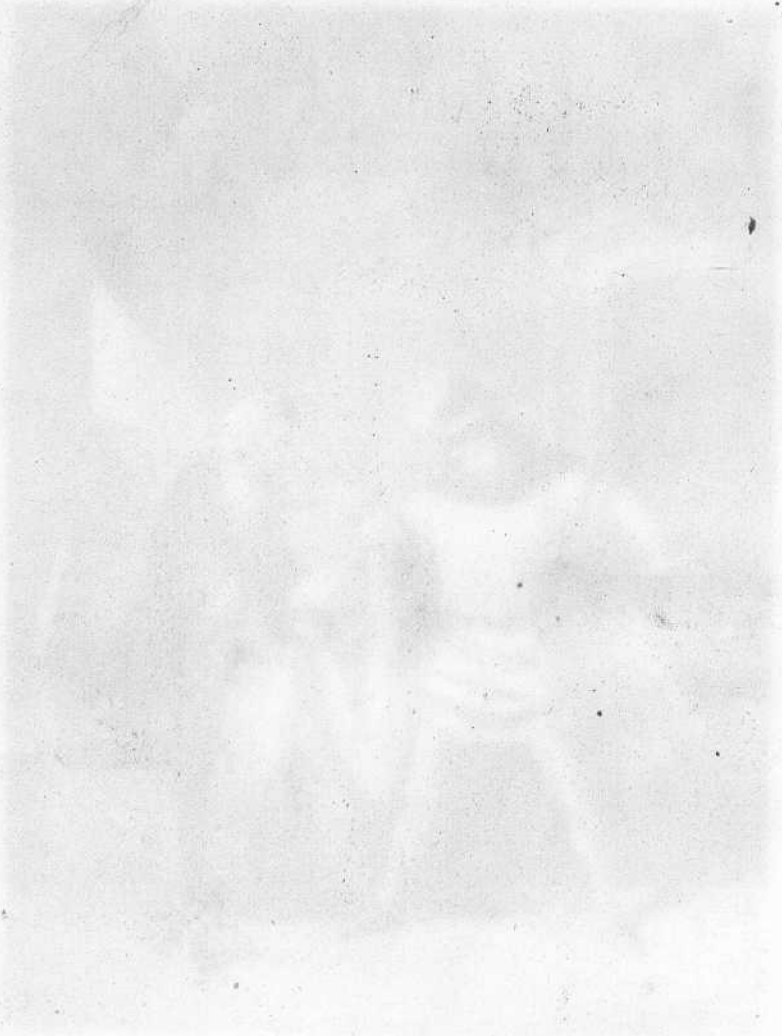
DE

DON JUAN I.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON
R.66983

Devoraba el astrologo ávidamente sus impresiones

_Devoraba el astrólogo ávidamente sus impresiones....



EL TESTAMENTO

DE

D. JUAN I,

NOVELA ORIGINAL

DE

GABRIEL DE LOS ARCOS.

BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚMERO 12.

I. 89517
C. 1107499

R. 66983

Esta obra es propiedad de los editores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprimiere.

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.—1861.

EL TESTAMENTO

DE

DON JUAN I.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE ENCUENTRA EL ORÍGEN DE ESTA VERDADERA HISTORIA.

El dia 9 de octubre de 1390 salia de Alcalá por la puerta de Búrgos una brillante cabalgata que abrian los ballesteros reales y cerraban los donceles de Castilla, precedida de un numeroso y alegre concurso. Todos iban de gala, todos de ceremonia, lo cual significaba que el rey don Juan I iba á la córte á presidir una de aquellas fiestas marciales que ya no existen sino en debilitados recuerdos.

El que nos queda del inmediato sucesor de Enrique II se reduce á tener á la sazon treinta y seis años, y contar uno más de reinado que el fundador de su dinastía. Sabido es que, poco afortunado en la guerra, perdió en una sangrienta derrota el derecho que á la corona de Portugal tenia su esposa doña Beatriz; pero que, más afortunado en los tratados, afianzó sólidamente su trono con la alianza de Inglaterra, por enlace de su hijo don Enrique con doña Catalina de Lancaster. Por lo demas, feliz en sus afecciones de hombre, dichoso con la pompa regia que le rodeaba, cabalgaba don Juan airosamente en un arrogante corcel, llevando á la diestra al célebre arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio, y á la izquierda al adelantado mayor de Castilla Alfonso Manrique de Lara, con los cuales afablemente departia sobre el objeto que de Alcalá los sacaba.

Era aquel, no propiamente un torneo, pues ni habia reto ni capítulos, ni prez; sino simplemente unos juegos de lanza á la africana, carreras y escaramuzas á caballo que habian de ejecutar cien jinetes cristianos, último resto de los cau-

tivos hechos en España por los árabes invasores y que volvian de África tras un largo y penosísimo destierro.

Pero era tal y tan grande la fama de los Farfanes, que habian logrado presenciara y presidiera la justa el monarca castellano, la córte y todo lo que más de pró y hermosura se encontraba en diez leguas á la redonda. Del vulgo no se hable; ese corria presuroso á tomar parte en la fiesta para animarla primero y celebrarla despues con su expansivo entusiasmo.

Un singular incidente ocurrió en la regia cabalgata á la salida de Alcalá. Espantóse el hermoso y lozano alazan que montaba el arzobispo de Toledo, con más garbo y desenvoltura de la que era de esperar en sus años y sus hábitos. Pero tan diestro como el mejor jinete, y tan sereno como el hombre de más valor, lo contuvo con mano firme, lo hizo volver y alinearse dócilmente, colocándose de nuevo junto á don Juan, asustado primero y admirado singularmente despues.

El adelantado mayor, que á pesar de tener los cabellos blancos conservaba todo el vigor de la virilidad, le dijo con entusiasmo:

—¡Sus! señor arzobispo, bien regis ese bridon.

—Hacemos lo que podemos, contestó el primado con natural y mesurado acento.

—¡Por Santiago bendito! reverendísimo padre, añadió jovialmente don Juan, que no ha de faltar quien viéndoos manejar con tal brio y soltura el fogoso bruto que montais, se pregunte si os encaminais al palenque como espectador ó justador.

—¡Quién sabe! respondió pronta y discretamente el primado aceptando la benévola zumba del rey; quién sabe lo que aun puede suceder. Tal vez yo sea quien gane el prez en esta marcial jornada.

—¡Oh! mucho me complaceria que se lo arrebataseis á los Farfanes, replicó alegremente don Juan; eso sí que sería tan nuevo como peregrino.

Y siguieron por la llanura llevando sus caballos á un trote corto.

La mañana estaba hermosísima. El firmamento de un azul terso y brillante, no le empañaba una ligera nube. El sol derramaba torrentes de luz dorando magníficamente la campiña, no despojada aun de su gala y lozanía; y el Henáres se percibia entre sus verdes orillas, cual ancha y ondulante banda de plata. Todo era bello, todo alegre, todo estaba en armonía con la fiesta.

Don Juan paseó su plácida mirada por el ancho horizonte, por la extensa llanura, por la alegre multitud que en ella discurria; y sea que le incitara el movimiento, el ruido, aquella espléndida luz; sea que sintiera circular su sangre con más fuerza y aumentarse la vida en su corazon, ello fue que, sin ser dueño de contenerse, clavó el dorado acicate en el ijar de su arrogante caballo, y sacándolo á un rápido galope, gritó al arzobispo miéntras atropellaba á los ballesteros:

—A ver si entre los que me siguen hay alguno que me alcance.

Y se lanzó como el rayo, alzando una espesa nube de polvo que lo ocultó á las miradas de su numeroso cortejo.

Al verlo partir como una flecha la regia comitiva dió un grito de júbilo y se lanzó en su pos, esparciéndose y desordenándose por la llanura. Durante algunos minutos sólo se vió una espesísima polvareda, porque el campo por donde corrian con tan frenética rapidez estaba labrado. Luego, entre las sordas pisadas de los caballos y el crujir de las armaduras, se oyó un grito agudo y penetrante.

Aquel grito fue un ¡ay! que vibrante y dolorido oyeron los que más de cerca seguian al rey. Todos reconocieron su voz; y al oir al arzobispo que les gritaba para que se detuvieran, comprendieron que algun imprevisto y desgraciado accidente venía á turbar la alegría de la fiesta.

Todos pararon, el polvo descendió un tanto, y pudieron contemplar al rey don Juan tendido, inmóvil, pálido, descubierta la cabeza; y el traje, como los cabellos, empolvados y en desórden.

El arzobispo de Toledo estaba de rodillas á su lado; tenia una de sus manos consagradas extendida sobre la frente del rey, miéntras que con la otra sobre el corazon buscaba un indicio de vida en un débil latido; pero aquel corazon no le daba. Sobre la tierra removida con los piés de su caballo, no reposaba mas que un cadáver. El anciano primado lo percibió pronto, y con la cabeza inclinada reflexionaba en la súbita desgracia acaecida y en las muchas que con ella iban á sobrevenir. De prisa murmuraron sus labios una plegaria por el que en aquel instante comparecia á la presencia de Dios, concentrándose despues su pensamiento en la tierra, donde un trono acababa de estremecerse y estaba un niño llamado á ocuparle.

Pronto el anciano primado y el difunto monarca se vieron rodeados de la regia comitiva de don Juan, que al punto comprendió la verdad. Pero don Pedro Tenorio, levantándose cuando oyó al adelantado mayor decir: ¡El rey ha muerto! contestó con voz fuerte y sonora:

—¡No! ¡no ha muerto el rey! Está, sí, en gravísimo peligro; roguemos, pues, á Dios que lo salve, y vamos á socorrerlo prontamente.

Y con una energía extraordinaria, con un poder arrogado osadamente, con una presencia de espíritu asombrosa y una oportunidad singular, el arzobispo dió tantas órdenes cuantas eran las medidas que en aquella deplorable desgracia se hacia necesario tomar. Por su mandato se alzó instantáneamente una tienda en aquel mismo sitio y se trajo del alcázar lecho, ropas y servicio. Se organizó la servidumbre como reclamaba su supuesto estado, y se aseguró del secreto que importaba guardar por la adhesion de los elegidos. Atendido esto, hizo que el vulgo regresase á sus hogares, que los Farfanes suspendiesen su fiesta, y que en todas las iglesias de Alcalá se hicieran rogativas por la salud de don Juan.

No se limitó á esto solo el primado. Así como tomara sobre sí la responsabi-

lidad de ocultar la muerte del monarca, tambien tomó la iniciativa para prevenir las consecuencias. Sentado en el fondo de la tienda real despachaba correos á la reina doña Beatriz, mujer del difunto don Juan; al príncipe don Enrique, su sucesor, y á doña Catalina, su esposa; á la reina de Navarra, doña Leonor, hermana del rey finado, á todos los prelados y ricos hombres de Castilla, á las ciudades y cabezas de los reinos comunicándoles la funesta nueva, protestando á aquellos su lealtad y demandando la de todos en nombre del rey menor, del huérfano don Enrique.

Sin embargo, en aquellas prudentes y acertadas medidas, en aquella pronunciada decision, en aquella absoluta iniciativa tomada por sí y ante sí, ¿no se mezclaba ningun sentimiento de personal egoismo, de dominante ambicion? ¿Se consagraba á Castilla ó á sí? ¿Extendia su mano poderosa para contener las pasiones que una minoría desencadena, ó para asir la regencia que la menor edad del rey reclamaba? ¿Trataba de hacer suyo el prez de la jornada como poco ántes dijera?

En tan supremos instantes solo Dios pudo conocer en toda su desnudez los sentimientos que lo impulsaban. Hubo, no obstante, quien los comprendió y previno, y luego los acontecimientos lo patentizaron harto desgraciadamente.

Esos acontecimientos consignados en una vieja y carcomida crónica son los que vamos á escribir, no con elegancia ni prolijidad, sino concienzuda y fielmente, entresacando los hechos de sus roídas hojas, como las abejas extraen la miel del cáliz perfumado de las flores.

CAPÍTULO II.

CÓMO SE PRUEBA QUE LAS PALABRAS, DEL MODO QUE LAS LLUVIAS, NO FALTA NUNCA QUIEN LAS APROVECHE.

Cobijados bajo el espeso ramaje de una frondosa arboleda á orillas del bullicioso Henáres, hallábanse, pocas horas despues del acontecimiento que en el capítulo que antecede hemos referido, dos caballeros recostados sobre la blanda y fresca yerba; y miéntras los viajeros se entregaban al descanso, dos caballos de raza árabe, negros como el azabache, pacian sin freno á pocos pasos de sus dueños.

Departian estos tranquila y reposadamente, y en tanto que el uno dejándose llevar del hilo de sus pensamientos cortaba los tiernos tallos del césped, apoyado el otro en su larga espada parecia respirar con delicia la fresca brisa del Henáres impregnada con las aromáticas emanaciones del campo.

Respaldados como se hallaban contra un espeso seto que se alzaba á orillas del camino, estaban completamente ocultos á la vista de los que por aquel transitaban, al par que ellos oian en el silencio, interrumpido sólo por su voz, el paso tardío y acompasado del peon que por el camino andaba, el vuelo de las avecillas que anidaban en aquella espesura y hasta el roce de un insecto escondiéndose en la maleza.

Por lo que hace á los viajeros, su alcurnia se colegia al punto que se miraba su porte noble y arrogante, el lujo de sus vestidos y los castillos y leones de su brisado blason ricamente bordados en las moriscas mantillas de sus briosos corceles. Sin embargo, entre los dos se notaba cierta diferencia que marcaba una distancia social, diferencia que no existia en el traje casi igual que vestian, ni en su aspecto distinguido en ambos, ni en su lenguaje por igual cortes y cordial, sino en la acentuacion de las palabras que mediaban y en la marcada expresion de los que las proferian.

Tendria el uno como treinta años, alta estatura, talle elegante, tez fina y pálida, negro bigote, fisonomía tan bella como varonil, y frente tan altanera que parecia ceñir una diadema.

El otro contaria veintidos años, y sus facciones eran regulares y bien proporcionadas. Notábase una indolencia verdaderamente meridional en su frente, de serenidad prodigiosa, revelándose el fuego de su edad y la energía de su alma en los destellos de sus ojos garzos, alternativamente chispeantes ó entornados segun el giro que el diálogo tomaba.

En el punto que los presentamos á nuestros lectores, el de más edad, que era el distraido segador de la tierna yerba, decia á su jóven compañero con una sonrisa fina y burlona:

—Yo lo sentí por vos, Gonzalo; pero fue buen bote el que os sacó del arzon.

—Y tan bueno, respondió el llamado Gonzalo sin que se arrugara su blanca frente, que me hizo rodar por la arena largo trecho. Verdad es que el brazo de Rodrigo Lopez de Ayala es un brazo de hierro unido á un cuerpo de roble que anima la fuerza de un leon. Ser vencido por él no me humilla; tampoco me pesó su triunfo: lo que le envidié fue el prez.

—¡Hola! Gonzalo, exclamó sonriéndose su interlocutor. ¡Vive Dios! que segun lo que decis y con el fuego que lo acompañais, dejais conocer que sois de los que se prosternan á los piés de la jóven y hermosa dama, de la no ménos hermosa Catalina de Lancaster.

—No por cierto, contestó el jóven arrugando sus rubias cejas para acentuar mejor su negativa. No soy yo del temple de los que aman sin esperanza. Si la hija del adelantado mayor fuera libre en sus afecciones, procuraria cautivar su amor con los extremos del mio; pero solemnemente prometida á Rodrigo Lopez, sólo tengo para quemar en su ara respeto y admiracion.

—No soy de vuestro parecer, Gonzalo, replicó incorporándose el segador de

yerba; en amor, como en la guerra, sea el prez para el vencedor; y ¡por Cristo! la mujer, más que todo, es objeto de conquista. No olvideis esto por vuestra vida, y os traerá grandísima cuenta con ellas.

—No lo dudo si sois vos quien lo afirma; pero á mi entender esos amores de lucha, esas conquistas de empeño, cuando más, sólo alcanzan de triunfo real un instante, y tras él todo se acaba ménos la sed, que al probar tan dulce copa debe quedar al que bebe su néctar embriagador. Y yo, ¡qué quereis! no me satisface una gota, necesito un océano. Pretendo goces y no tormentos... aunque sean de amor propio.

—Bien haréis si podeis hacerlo, replicó el del negro bigote acariciándoselo pensativo; porque es desesperado cifrar la ventura de la vida en lo que no se ha de conseguir... al ménos cuando se desea con avidez.

Y de pronto reveló su altivo semblante un sentimiento amargo y profundo concentrado en lo más íntimo de su corazon. Su jóven compañero le miró con indecible expresion de interes, y repuso con viveza:

—Cualquiera que os oyese y viera en este instante, creeria que es tormento que habeis probado á juzgar por la triste expresion con que hablais de él; vos para quien los amores son de oro.

—¡De oro!... han sido Gonzalo; pero ¿y si ya no fueran?

—¡Imposible! ¿Qué dama hay en la córte que os niegue su corazon? ¡Ninguna, pardiez, don Fadrique! No os lo negarian tampoco si lo solicitarais en más alta esfera, pues bien sabido es que ni Aragon, ni Portugal, ni Navarra os rehusaria la mejor de sus infantas.

—Permitid, Gonzalo: hablábamos de amor, no de alianzas.

—Así es; pero yo he unido estas con aquel para probar que no existen imposibles para vos.

—Eso sería cuando entre ella y yo no hubiera quien representara un derecho interponiéndose como un fantasma fatal para acumularlos más y más.

—Cierto; pero eso sería una fatalidad, y vos sois el arrullado de la dicha. Eso no puede suceder, ni será.

—Vuestra réplica, Gonzalo, sobre ser discreta, es tambien lisonjera; la acepto, y os doy las gracias.

Pero miéntras que don Fadrique se sonreia esto diciendo, su mano estrujó desapiadadamente la tierna yerba que á su alcance estaba, lo cual, notado por su interlocutor, bastó para que comprendiera no estaban de acuerdo su lengua y su corazon.

En silencio quedaron un corto espacio, silencio que turbó el galopar de un caballo que pasaba por el camino, ahogando en breve la arena el eco de sus pisadas.

—Gran diligencia lleva ese viajero, Gonzalo.

—A juzgar por la rapidez de su carrera, alguna más que nosotros, contestó aquel suspirando.

—No podeis disimular que estais terriblemente contrariado con no asistir al torneo de los Farfanes. Dejad, dejad que otros brillen en la arena del palenque; sois, por mi vida, el caballero más avaro de gloria y laureles que hay en Castilla.

—Tambien lo soy de peligros para ganarlos.

—Sin duda, dígalo sino el sitio de Coimbra y el cerco de Lisboa donde ganasteis las espuelas de oro y donde yo os entregué mi bandera como al más digno de llevarla por intrépido y denodado. Mas volviendo á lo del torneo, para consolaros de lo que habeis perdido, acordáos que volvemos á la córte y que veréis á la perla de las damas de Castilla, como la apellidaron en el torneo de Palencia.

—Vamos en buen hora á la córte, replicó sonriéndose Gonzalo; pero os afirmo que preferiria ir á la frontera de Granada: ántes gloria, despues amor. ¿No es muy grato enlazar como Rodrigo Lopez de Ayala el emblema de sus triunfos al emblema de sus amores?

—¿Aludis á su divisa de Palencia? ¡Oh! el alférez mayor del rey es galante como pocos con su bella prometida. Una azucena de plata en campo de gules, orlada de dos laureles de oro con el lema: *La más bella y la más pura*. Rodrigo acabará por divinizar á su amada y elevarla un pedestal, á cuyo pié se prosternará para adorarla.

Otro caballo pasó por el camino, veloz cual la flecha que hiende el aire.

—Ese llegará á Madrid mucho ántes que nosotros, añadió don Enrique estirándose perezosamente. De bonísima gana no me moveria de este delicioso sitio; pero el sol empieza á descender por el horizonte, y es necesario acabar la jornada. Pondrémos, pues, el freno á los caballos, y seguirémos el ejemplo del que acaba de pasar.

Inmediatamente se levantó Gonzalo, sacudió el polvo de su coleto y se puso á enfrenar los nobles animales que vinieron dócilmente á su mano. Ocupado en esto estaba cuando el sonido de una voz humana, aguda y metálica, hirió su oído excitando su atencion. Alargó el cuello con un movimiento pronunciado de interes y se puso á escuchar atentamente á traves del follaje del seto lo que decian, ya en tono de misterio, ya de conviccion, ya de altercado, dos hombres que debian estar parados y muy próximos á él. Al cabo de un minuto volvió la cara, hizo una señal á don Fadrique para que se acercara, y siguió escuchando casi con ansiedad.

Don Fadrique obedeció maquinalmente; se acercó de puntillas, y apoyando su mano en el hombro de Gonzalo, que se encorvaba para poner el oído en un claro de la maleza, oyó una voz gruesa que con tono de magistral superioridad decia:

—Os engañais, Millan; os engañais sin duda alguna. Si hubiera muerto, como os empeñais en sostener, no estaria el arzobispo cuidándole sin separarse de su cabecera, no le prodigarian tantos cuidados como habeis visto tomar, y no

permitiria que se hicieran rogativas por su salud; y bien sabeis que cuando salímos de Alcalá acudian las gentes en tropel á las iglesias, cuyas campanas todas tañian á la vez. ¿No conoceis que eso sería querer engañar á Dios?

La frente de don Fadrique se puso tan amarilla como las hojas que ya empezaban á desprenderse de los árboles, estremeciendo un ligero temblor la mano, cuya blancura resaltaba sobre el oscuro coleto de Gonzalo, quien no respiraba para oir la réplica de Millan, que con su voz chillona dijo:

—¡Bah! maese Arnaldo; y qué poco se os alcanza de mundo á pesar de lo mucho que os sobra de años. El por qué oculta el arzobispo la muerte del rey, no os lo sabré yo decir; pero que la oculta, es tan verdad, como verdad es que ese rio es el Henáres. He visto yo á don Juan escurriéndome entre las piernas de los ballesteros cuando lo entraban en la tienda, y ¡por san Millan, mi patron! que está tan muerto como mi pobre padre, que espiró á mis piés en la maldita batalla de Aljubarrota. Maese, el rey ha muerto, creedlo, que os lo afirma quien conoce bien la muerte.

—Pero si está muerto, ¿á qué viene el asegurar que está vivo? Este es mi tema; ¿por qué es este engaño?

—Porque así convendrá, compadre Arnaldo; y en eso ya no me entrometo, porque ni lo entendemos, ni nos cumple averiguarlo; y vamos andando, que aun nos falta legua y media de camino.

—Teneis razon, sigamos nuestro camino, que es lo que más nos importa. Pero ¿quién nos habia de decir cuando al romper el alba veníamos tan alegres por este mismo sitio, que en vez de asistir á una justa íbamos á presenciar una muerte tan desastrosa?

—Esas son las cosas del mundo, dijo filosóficamente el chillon Millan; por eso se dice que el hombre propone y Dios dispone; fuímos á justas y vímos desastres.

Dicho fue esto andando ya los dos interlocutores, y poco á poco fué perdiéndose el rumor de sus voces, que aun por intervalos llegó á oídos de los viajeros, que las subian de punto en el calor de sus réplicas.

—El rey ha muerto. ¡Desgracia! murmuró el jóven Gonzalo con emocion cuando se hubieron alejado del todo.

—Y el arzobispo lo oculta por su interes, como ha dicho ese Millan, que es cazurro de buena casta, añadió don Fadrique meditabundo, acaso más que afectado. ¡Bien, por Dios, con el prelado! Hábil sois y previsor, buen don Pedro; pero aun así puede que haya quien os gane por la mano.

Y encarándose á su compañero, que contemplaba en silencio su frente sombría y su rostro contraido y pálido, le dijo:

—Gonzalo, los hombres nos engañamos muchas veces porque nos es grato creer. Permitid á mi conviccion que se afirme con vuestra seguridad. ¿Es verdad que me sois afecto y que no me equivoco al juzgaros tan leal como decidido y valiente?

—¡Ponedme á prueba! y mis obras os contestarán con más precision y verdad que todas las palabras por firmes y expresivas que sean. Hablad, mandad; confiad en la adhesion de un hombre que todo lo emprenderá por vos, por vuestra causa, y por su honor.

—Os creo; y tal os creo, que voy á fiar de vuestra diligencia y discrecion mi mejor arma de combate. Oid: vais, pues, á montar en mi caballo, que es más corredor que el vuestro y rapido como el pensamiento; tomad la via de Valladolid, dejad el camino á una legua de la ciudad, y siguiendo la orilla del Araya, encontraréis un monasterio, al cual en seguida os dirigiréis. Si os extraviaseis, preguntad por San Bernardo el Viejo, y al instante os llevarán. Sin perder tiempo presentáos al abad, y despues de saludarle en mi nombre, le diréis que os dé la caja de plata que le entregué el penúltimo dia del sitio de Cillorico, que la reclamo en nombre del que se la dió. Os la dará sin duda si ignora lo acaecido en Alcalá, para lo cual sirve la diligencia que os encargo, añadiendo la mayor reserva por vuestra parte. No os detengais un momento despues que vuestra mano la asegure; marchad en seguida, id á mi castillo de Benavente, entregadla á Benzamuel, y despues os venis á reunir conmigo á Madrid ó dónde la córte se encuentre. Ahora, á partir.

—Permitidme ántes una observacion, si lo teneis á bien, dijo Gonzalo, que ya tenia la brida en la mano y el pié en el estribo. ¿Necesitaré una credencial para el abad, ó bastará mi palabra?

—Advertis á tiempo mi olvido, lo cual me complace mucho; y sacando un anillo del dedo se lo dió añadiendo: Si duda, presentadle este sello; si vacila, obligadle; si niega, insistid; pero de modo que no sospeche el interes que yo tengo en adquirirla.

—Creo que á lo ménos habeis de quedar satisfecho del enviado, contestó Gonzalo guardando el anillo; por lo demas, si consigo la caja, á Benavente; si no, vuelo á participároslo adonde quiera que esteis.

—Vuestra prevision me garantiza el éxito, Gonzalo. Confio, pues, en que será feliz, si no os deteneis...

—¡No lo temais si Dios es mi en ayuda!

—Que esperaré con impaciencia, añadió el duque saludándole y despidiéndole con afectuoso ademan.

Gonzalo saltó con ligereza sobre el inteligente animal, que relinchó impaciente como si anhelara secundar los deseos de su señor, y clavándole en el ijar la dorada espuela, partió como una exhalacion por un camino de travesía que lo condujera al que con tanta prontitud le estaba indicado seguir.

Imitóle en breve su compañero, ocupándose ántes en limpiar y ordenar su descompuesto traje; hecho lo cual, tomó el camino de Alcalá, cayendo en una profunda y melancólica meditacion.

CAPÍTULO III.

DONDE SE DA CUENTA DE LO QUE PASÓ ENTRE EL ARZOBISPO DE TOLEDO Y DON FADRIQUE, Y QUIÉN ERA ESTE.

Era ya de noche cuando el solitario viajero del Henáres se encontró á la vista de Alcalá.

Sin entrar en ella se encaminó directamente á la improvisada tienda donde se custodiaba el cadáver del rey don Juan, apeóse á corta distancia, ató su caballo á un poste, cambió algunas palabras con el caballero que guardaba la entrada, levantó la pesada cortina que cubria la puerta, y quitándose respetuosamente el sombrero, se deslizó en el interior recibiendo saludos que altaneramente contestaba, penetrando por último en la estancia fúnebre sin anuncio ni ceremonia.

Solo estaba el arzobispo, no con el breviario en la mano, sino ocupado en dar órdenes, avisos y consejos cuando entró don Fadrique, quien le asestó una mirada profunda, de prevencion y desconfianza, que desconcertó al prelado.

—¡Vos aquí, duque! exclamó el arzobispo sorprendido y levantándose prontamente bendiciendo al recien llegado, y alargándole la mano, que aquel besó ligeramente, añadió: Dios ha derramado su copa de tribulacion sobre nosotros, humillemos nuestras cabezas, y bendigamos la mano que la vierte.

—Bendita sea en el cielo y en la tierra, contestó el duque gravemente; pero dejadme ver á mi hermano.

Y acercándose al lecho descubrió el imponente rostro de don Juan que conservaba los ojos abiertos y todos los músculos contraidos.

—¡Muerto! murmuró con acento sombrío, ¡muerto de un solo golpe! ¡Oh! á cien pasos de una justa y en todo el lleno de la vida; rey, padre, feliz...

Y cruzando los brazos, clavó sus negros ojos llenos de fuego en los azules, cristalizados y fijos de don Juan, contemplándole con una atencion profunda, pero sin emocion, sin dolor.

A su vez don Pedro Tenorio lo contemplaba grave é impasible, penetrando con su segura mirada el fondo de aquel corazon, que con sus ardientes pasiones latia de ambicion delante del mortal despojo de un hermano; de aquel corazon que en sus borrascas habia de estremecerlo todo, dándose á conocer en su época por su violencia y rebeldía, por su arrogancia y su poder.

—Besad esa frente amarilla y mústia si quereis, dijo el primado con acento de compasiva indulgencia; pero despues separad de ella vuestra mirada para

—Y cruzando los brazos clavó sus [illegible]

CAPÍTULO III.

DONDE SE DA CUENTA DE LO QUE PASÓ ENTRE EL ARZOBISPO DE TOLEDO Y DON FADRIQUE. [illegible]

Era [illegible] cuando el [illegible] viajero del Henares se encontró á la vista de [illegible].

[illegible] á la improvisada tienda donde se [illegible] distancia, ató su caballo [illegible] que guardaba la entrada, [illegible] y quitándose respetuosamente [illegible] saludos que altaneramente con- [illegible] fúnebre sin anuncio ni ceremonia.

[illegible] el breviario en la mano, sino ocupado en dar [illegible] cuando entró don Fadrique, quien le asestó una mira- [illegible] de prevencion y desconfianza, que desconcertó al prelado.

—¿[illegible] aquí, duque! exclamó el arzobispo sorprendido y levantándose pron- [illegible] al recien llegado, y alargándole la mano, que aquel besó [illegible] Dios ha derramado su copa de tribulacion sobre nosotros, [illegible] cabezas, y [illegible] la mano que la vierte.

—[illegible] en el cielo y en [illegible] contestó el duque gravemente; pero [illegible] á mi hermano.

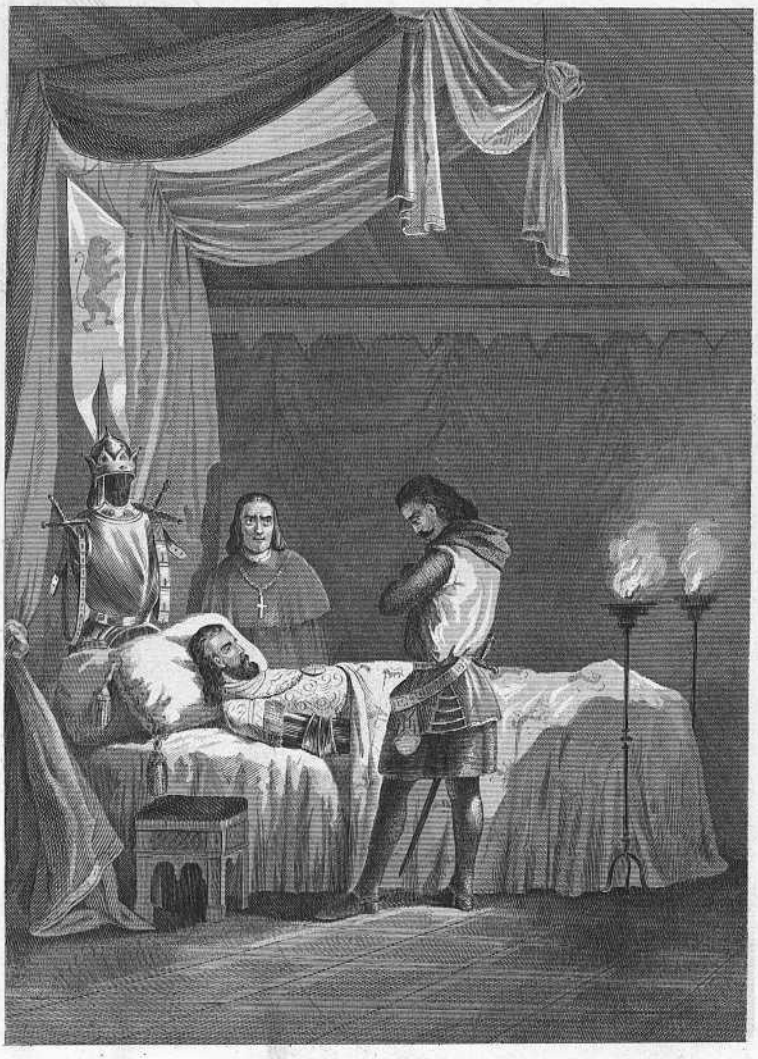
[illegible] rostro de don Juan que con- [illegible] contraidos.

—[illegible] con acento [illegible] ¡muerto de un solo golpe! ¡Oh! á [illegible] y en todo el [illegible] de la vida, rey, padre, feliz...

Y [illegible] clava sus [illegible] de fuego en los azules, [illegible] de don Juan, contemplándole con una atencion profunda, [illegible] dolor.

[illegible] Tenorio le contemplaba grave é impasible, penetrando [illegible] el fondo de aquel corazon, que con sus ardientes pasiones [illegible] del mortal despojo de un hermano; de aquel corazon que [illegible] estremecerlo todo, dándose á conocer en su época por su [illegible] por su arrogancia y su poder.

—Besad esa frente [illegible] y mustia si quereis, dijo el primado con acento de compasiva indulgencia; pero despues separad de ella vuestra mirada para



—Y cruzando los brazos clavó sus negros ojos...

fijarla en Castilla, que puede agitarse si se la deja olvidada; y en el niño don Enrique, huérfano, menor y enfermo.

Miró don Fadrique al primado un breve instante; cubrió en seguida, sin besarla, la desfigurada faz del rey, y separándose del lecho, tomó asiento frente á frente del primado y á su repetida invitacion.

—¿Dónde os ha encontrado mi mensajero? le preguntó el arzobispo, que conocia sobradamente las prevenciones del duque y el poder de su voluntad.

—¿Me habeis mandado alguno? dijo don Fadrique volviendo glacialmente pregunta por pregunta.

—Antes que á nadie, contestó el primado desprendiéndose sagaz de todo motivo de desavenencia con su hostil interpelante; como cumple á mi confianza en vos, á mi amistad por vos, y á lo que espero de vos. Pero decidme, ¿cómo sin encontraros mi mensajero habeis sabido la desastrosa nueva?

—En pocas palabras os lo diré, respondió el duque sin perder su prevencion ni laconismo. Iba á Talavera á ver á mi cuñada doña Beatriz, pero á cuatro leguas de Alcalá el griterío de esa bandada de grullas anunciando la tempestad me ha conducido hasta su foco.

—De un modo ó de otro, el resultado es igual, y mi deseo se ha cumplido, repuso el prelado gravemente. Ahora, duque, hablemos en la soledad de este sitio y con la verdad desnuda de nuestra intencion: las circunstancias son críticas, todo hay que esperarlo y temerlo: todo es necesario prevenirlo y prepararlo; porque una regencia es siempre la discordia y acaso la guerra y la ruina de Castilla. Vos, deudo cercano de don Enrique; yo, primado de su iglesia, debemos y podemos evitarlo, obrando con energía en pró del príncipe y del reino; pero es necesario que nos pongamos de acuerdo para que obremos de concierto, y hé aquí por qué al veros se ha llenado mi corazon de alegría, por qué los dos salvarémos esta nave si nos unimos para gobernarla y dirigirla en la tormenta que está próxima á correr.

—Pienso lo mismo que vos, dijo don Fadrique con tibieza. Expliquémonos, pues, pero de modo que nos entendamos.

Y clavó su escudriñadora mirada en el arzobispo, que por su parte le observaba con inquietud.

—Justo es, dijo el primado aceptando su situacion tal como era: don Juan I ha muerto y el jóven príncipe de Asturias le sucede, pero tiene once años y no puede gobernar; necesita tutores y el reino gobernadores. ¿Quiénes serán los más aptos? ¿Quiénes los elegidos? ¿Quién tomará la iniciativa? Esto, duque, es lo que vamos á resolver; y contad que será lo que tambien resuelva Castilla.

—Lo creo, repuso altaneramente el duque. Castilla tomará lo que le demos, valiéndome de vuestro mismo lenguaje; mas es necesario que los dos queramos darle la misma cosa, y ¡por Cristo! reverendísimo padre, que aun no estamos muy seguros de esa identidad de pensamiento y voluntad.

El primado fijó en el duque una mirada profunda, luminosa, investigadora cual ninguna; y encontrando la resistencia en la prevencion, y la prevencion en la desconfianza, trató de disiparla á todo trance.

—Yo sí lo estoy; dijo mirándole frente á frente, porque yo quiero el acrecentamiento de vuestro poder, de vuestro influjo, de vuestra gloria; yo quiero que seais gobernador de Castilla, tutor del rey; y vos conoceis demasiado que esos son vuestros deseos, vuestros pensamientos, y por cierto justamente concebidos.

—¿Y me secundaréis en ellos? le preguntó el duque con intencion.

—Sí, contestó el primado con firmeza; lo mismo que vos á mí, ¿no es cierto?

—Sí; pero una palabra más, y sea tan positiva que podais ratificarla con la mano puesta sobre ese signo de nuestra Redencion, que indica vuestra alta y sagrada dignidad.

Puso el prelado su arrugada diestra sobre el rico pectoral de diamantes que llevaba, y con tanta mesura como gravedad, dijo:

—Si es juramento lo que exigis, pronto estoy á prestarle. ¡Hablad!

—Dios me preserve de ofenderos pidiéndolo, dijo don Fadrique con nobleza; sólo pretendo saber si la alianza que el ilustre arzobispo de Toledo y el duque de Benavente van á jurar en el fondo de su conciencia se romperá algun dia por la fuerza de los sucesos ó el influjo de las personas; siquiera se llamen estas Enrique de Castilla ó Catalina de Lancaster; siquiera sean aquellos desavenencias ó guerra de poder á poder, de bando á bando.

—Don Fadrique, contestó el primado sin vacilar, nuestra alianza no se romperá por sucesos ni por influjos. Yo iré siempre con vos, porque vos no atentaréis ni á la Iglesia de que soy príncipe, ni al rey que guardarémos lealmente.

Una nube pasó por la altanera frente del duque. Sin embargo, dióse por satisfecho, y alargando su mano al prelado le dijo, dando con su cargada acentuacion doble valor á cada una de sus palabras:

—Sobre esa base se cimenta nuestra alianza. Desde este momento seamos uno los dos. Dejadme el brazo, y sea vuestro el pensamiento. ¿Convenis?

—Ese es mi afan. Cuento, pues, con vos, con lo que descenderémos á detalles. Primeramente, duque, ¿sabeis quiénes son los gobernadores que nombró don Juan en su testamento de Cillorico?

—¡Pues no! vos el primero (un rayo de satisfaccion iluminó vivamente la apacible faz del primado); el arzobispo de Santiago, el segundo (aquella frente consagrada se plegó con despecho); el tercero el marques de Villena (don Pedro frunció las cejas); y el maestre de Santiago, el conde de Niebla y el mayordomo mayor los restantes.

—¡Seis gobernadores! exclamó el prelado sin poderse contener; y don García Manrique tambien, añadió con amarga sonrisa. ¡Bien gobernada estará Castilla!

—No tanto como si lo fuera por vos solo; pero se hará como se pueda; y

además, teneis consejo de diputados de Búrgos, Toledo, Sevilla, Leon, Córdoba y Murcia. Total, doce gobernadores.

—Muchos son sin estar el que debe, replicó el primado, quedándose pensativo al considerarse contrariado.

El duque observaba en silencio cómo el arzobispo buscaba en su pensamiento una idea para sustituir su voluntad á la voluntad de don Juan I, que no encontraba á no ser en los más aventurados extremos. Dejóle engolfarse un breve espacio en aquel intrincado laberinto, y pasado, se levantó, dió un paso hácia el primado, y le preguntó:

—Ya que estais enterado de todo, y todos prevenidos, ¿cuándo publicais la muerte del rey?

—Mañana. ¿No os parece?

—Ya os he dicho que sois el pensamiento. Y á continuacion: ¿qué haréis?

—Jurar al rey, que es lo que más urge.

—Sin duda. Y ¿luego?

—Abrir el testamento, don Fadrique; aunque para lo que vale, sobra tiempo.

—¡Claro está! Pero; ¿y si el testamento no parece? Cosa es que pudiera suceder...

—En ese caso, convocar córtes, y ellas que provean al gobierno y tutoría.

—Y ¿estais seguro que la eleccion... será acertada?

—Más que la del rey, porque recaerá sobre vos anulando una parte de la suya, si sois tan decidido como yo seré diligente.

—Pues dad el testamento por perdido si el ser diligente vale.

—¡Qué decis! exclamó el primado levantándose con viveza, desarrugada la frente.

—Nada más, contestó el duque satisfecho, sino que el brazo previno esta vez al pensamiento.

—Hágalo siempre con tanto acierto, y hará fácil lo imposible, seguro el triunfo y estable el poder.

Y el primado le alargó á su vez la mano, que el duque estrechó sin desconfianza.

Un instante despues se despidió del arzobispo con una muda inclinacion, de su hermano con un hondo suspiro y una rápida mirada, y saliendo de la tienda, montó á caballo y se alejó al paso, meditando en su alianza miéntras llegaba á Alcalá.

CAPÍTULO IV.

DASE CUENTA DE CÓMO DESEMPEÑÓ SU COMISION EL ENVIADO DEL DUQUE DE BENAVENTE, DON FADRIQUE DE CASTILLA.

Interin que el duque de Benavente pactaba con el arzobispo de Toledo una alianza, que en breve habia de dar en Castilla abundante y desgraciado fruto, pasaba como un metéoro por el camino de Valladolid el jóven y apuesto Gonzalo de Figueroa, sin detenerse en su desatinada carrera más tiempo que el estrictamente necesario para dar algun descanso á su fatigada cabalgadura.

Era hijo el gallardo enviado del duque de una casa solariega de Galicia, habia sido paje de la reina doña Leonor, primera mujer del difunto don Juan, y á la muerte de esta señora pasó con el beneplácito de su tio el maestre de Santiago al servicio del duque de Benavente, con quien le unian estrechísimos vínculos de amistad.

Diez y siete años contaba el hidalgo Gonzalo cuando acaeció la muerte de don Fernando de Portugal y el alzamiento del valiente maestre de Avis contra los mejores derechos de su hermana doña Beatriz, dando por resultado la guerra que Castilla declaró para sustentarlos como debia. El duque fué, no con una mesnada, sino con un ejército, y en aquel ejército fue donde el antiguo paje recibió el bautismo de sangre. En el cerco de Lisboa arrostró los peligros con un valor que pudiera llamarse osadía, y en el de Coimbra igualó á los más intrépidos y esforzados.

En la desdichadísima jornada de Aljubarrota, en que perdió don Juan los derechos de su esposa junto con la vida de diez mil castellanos, tambien se encontró el duque y tampoco faltó Gonzalo, que habia jurado ganar sus espuelas en aquella decisiva ocasion. El ejército de don Juan se vió envuelto y arrollado por su propia impetuosidad en el ataque; y los multiplicados hechos de un valor que rayó en temerario, no consiguieron otra cosa que aumentar el número de las víctimas castellanas.

Nuño Ortiz, hidalgo de los rancios de Extremadura, llevaba en aquel memorable dia la bandera feudal del duque de Benavente. Un cuerpo de portugueses vino súbito sobre el valiente Nuño que, con escasa gente, sostenia el campo aun haciendo prodigios de valor; mas fueron tantos los acometedores, que Ortiz cayó cubierto de heridas, sosteniéndose un instante sobre las rodillas defendiendo la bandera que iba á perder con la vida.

Figueroa, que combatia á su lado, le vió caer y se volvió como un leon para defenderle; tarde ya para Ortiz fue su auxilio, pero á tiempo aun para salvar la bandera de don Fadrique. Arrebatóla con singular denuedo á los triunfantes portugueses; la sujetó con un brazo alanceado por dos partes, y blandiendo su formidable espada, la defendió con tal valor que sólo se concibe en la desesperacion del heroísmo.

Felizmente sobrevino la noche; esta puso término á la matanza, y pudieron reunirse los restos de los destrozados escuadrones castellanos, dispersos en aquel campo funesto en donde se exhalaba un vapor de sangre insufrible. Gonzalo acribillado de heridas entregó al duque su bandera sin otra mancha que la de su sangre vertida por salvarla; y don Fadrique la tuvo en su mano todo el tiempo que sus soldados gastaron en aderezar unas angarillas para conducir al bizarro doncel, caido con su caballo sobre un monton de cadáveres enemigos.

Cuando estuvieron concluidas, don Fadrique, que era un valiente capitan, se quitó su ensangrentada dalmática y la tendió sobre aquellas, hizo colocar encima á Gonzalo que estaba casi exánime, y luego extendiendo la bandera para cubrirle, le dijo:

—Bravo Gonzalo, habeis rescatado mi bandera, y sois un héroe. Desde hoy teneis el derecho de llevarla.

Una sonrisa fue la única respuesta de Figueroa, pero una sonrisa que encerraba una felicidad inmensa. Veia realizado su primer sueño de gloria; ceñia su primer laurel.

El duque lo distinguió con su afecto, lo elevó con su proteccion y le honró con su confianza. Debió á su influjo que el rey don Juan le armase caballero en Sevilla; fue su padrino en este acto y lo hizo su compañero.

En cuanto á Gonzalo, corazon noble y entusiasta, sentia por el duque uno de esos afectos profundamente arraigados, de esos afectos que no juzgan, que no discuten, que no dudan; de esos afectos que dominan el corazon y la cabeza, y de los que no puede desprenderse nunca el que los siente, porque parecen encarnarse en su sér.

Hé aquí, pues, los lazos que unian á aquellos dos hombres de tan diferente edad, de tan distinto temple y con tan opuesto carácter; lazos, sin embargo, difíciles y casi imposibles de relajar, porque basaban en una simpatía única y pronunciada del duque, y en un sentimiento de gratitud y entusiasmo dominante y ardiente en el jóven Figueroa, que aceptaba con orgullo la amistad que le concedian.

Mas tomando el hilo de nuestra historia, que por cierto dejámos apénas comenzado este capítulo, les dirémos á nuestros lectores, que en una hermosa alborada y á los primeros reflejos del dia, distinguió Gonzalo las agudas agujas del monasterio de San Bernardo el Viejo. Sintió una vivísima sensacion de alegría, pues en su impaciencia, aunque cruzó la distancia que media desde Alcalá

á Valladolid con una rapidez inaudita, le parecia sin fin el camino y un siglo el tiempo que gastaba en recorrerlo. Así fue que, columbrar el edificio en lontananza, pararse un brevísimo instante á reconocerlo, redoblar la impetuosidad de su carrera, llegar, apearse y pedir audiencia al reverendo abad, fue obra de minutos para el diligentísimo mensajero.

Ello sí, no consiguió lo que pedia sin tener que sufrir el indiscreto interrogatorio de un lego esférico y pregunton; pero á poco rato logró estar en presencia del abad.

Era este un septuagenario alto, derecho y demacrado, y la blancura de su arrugada tez tenia lo mismo que sus cabellos el viso amarillo del marfil. Por lo demas, en su fisonomía marcada y angulosa, en su ancha y elevada frente, en su gravedad impasible y recogida, notábase inscrita en profundos rasgos la severa abstraccion de la vida ascética.

Estaba ya Gonzalo en la celda abacial cuando entró el anciano; este traia las manos metidas en las anchas mangas de su hábito, paso lento, y los hundidos ojos fijos en la tierra por do pisaba.

No fue, pues, confianza ni expansion el sentimiento que inspiró á su jóven huésped, que dueño de sí mismo para ocultarlo, se adelantó en silencio recibiéndolo mesurado y respetuoso, sin perder por eso su gracia ni su soltura. Luego incitado por el anciano abad tomó asiento en un escabel y entabló su peticion, diciendo de esta manera:

—Padre abad, vengo á vos enviado por don Fadrique de Castilla, para desempeñar una comision importante y de singular confianza.

—Bien venido seais, caballero, contestó con sonora voz y el acento más helado de que es posible revestir el de un mortal; ¿qué quereis, ó qué quiere el poderoso duque de este flaco penitente?

—Que le bendigais ante todo, repuso su enviado dando principio á su encargo con un aplomo perfecto; que rogueis á Dios por él, y que os salude en su nombre como corresponde á vos.

Y el diplomático Gonzalo se inclinó profundamente, pero con la mayor dignidad, ni más ni ménos que si fuera el mismo don Fadrique de Castilla, poderoso duque de Benavente. El abad le devolvió su saludo con mansedumbre, diciendo:

—Lo haré como deseo y él desea. ¿Qué más exige?

—Que me entregueis una caja de plata que os dió en guarda durante el cerco de Cillorico, contestó naturalmente Figueroa, entrando de lleno en la materia.

El abad clavó en él una mirada penetrante, y sin apartarla de los azules ojos de Figueroa llenos de inteligencia y de irradiadora luz, le preguntó tras un cortísimo espacio de silencio:

—¿Sabeis lo que aquella caja contenia?

—Lo ignoro absolutamente, padre mio, contestó el interrogado con la firmeza de la más íntima conviccion.

—¿Dónde queda esperándoos el duque? tornó á preguntar el anciano siempre fijos los ojos que brillaban en las hundidas órbitas con un resplandor imponente.

—En la córte, contestó Gonzalo con la misma seguridad y prontitud que ántes.

—¿Sabeis por qué no ha venido él mismo á reclamarla como me ofreció cuando de ella me hice cargo?

—No por cierto, ni nada me ha dicho al encargarme la recogiera; yo no me he ocupado en adivinarlo.

—Lo que sí me podréis decir, es lo que lo retiene en la córte obligándole á fiar de otro tan delicada comision...

—Con seguridad no os lo puedo afirmar bajo mi fe; pero presumo sea el rey.

Y la voz de Gonzalo tembló ligeramente al emitir su presuncion que tanta verdad tenia.

El abad advirtió su involuntaria y reprimida emocion y se trocó su impasible frialdad en una pronunciada desconfianza. Por su parte Figueroa comprendió su falta, y se preparó para remediarla manifestando no haberlo notado.

—Repetidme palabra por palabra todas las que os ha dicho el duque, dijo el abad sin cuidarse de ocultar su desfavorable impresion; pues para resolverme á entregar un depósito que me ha sido confiado y encomendado altamente, ya conoceréis que necesito asegurar mi espíritu de dudas.

—Os las repetiré con mucho gusto, respondió Gonzalo con dignidad; estad seguro que tendrán hasta su propia acentuacion. Hélas aquí, padre mio: Le diréis al respetable abad de San Bernardo que os entregue la caja de plata que le confié el penúltimo dia del cerco de Cillorico; que se la pido en nombre del que me la dió para ponerla en su guarda; y si duda en hacerlo, lo que no creo, entregadle esta sortija.

Y abriendo su escarcela, sacó la que le diera el duque, presentándola por el sello al abad, que la tomó y examinó durante un largo espacio con el mayor detenimiento.

—Suya es, bien está, dijo el anciano abad devolviéndola al jóven enviado. Os entregaré mi depósito, pues nada tengo que oponer sino un instintivo recelo. Voy á daros la caja; sin embargo que hubiera querido devolverla personalmente á don Fadrique, eximiéndome de toda responsabilidad.

—Yo tambien, repuso Gonzalo con altivez y resentimiento; eso me hubiera ahorrado la amarga mortificacion de ver hay quien dude de lo que afirma Gonzalo de Figueroa.

—Dios me preserve de ofenderos con mis dudas y mis temores; no, hijo mio, no os resintais por ellas, considerando que la vejez es desconfiada como la experiencia, y que esta la forma la leccion del desengaño.

Dicho esto el abad se dirigió á un armario de madera negra, cuya solidez

era extremada, tomó de su fondo un cofrecito de hierro, lo abrió con una llave que llevaba encima, y sacando una caja de plata maravillosamente cincelada al gusto árabe, dijo presentándola al afortunado Gonzalo:

—Tomad, esta es; como me la entregaron os la entrego.

Gonzalo hizo un grande esfuerzo para ocultar su vivísima alegría; tomó la pesada y preciosa caja perfectamente cerrada, y levantando su frente tan serena como una hermosa mañana de primavera, dijo al abad:

—En nombre del poderoso duque de Benavente os doy las más cumplidas gracias. En el mio, infinitamente más oscuro, os demando órdenes y vuestra bendicion.

—¿Os vais? proguntó el abad con alguna sorpresa; ¿olvidais que esta es la casa de Dios, y que estais en ella como en la casa de un padre?

—Si lo pudiera olvidar, sólo con veros lo recordaria, contestó el diestro enviado que no se acababa de conceptuar dueño del depósito miéntras no abandonase los muros del monasterio ; pero no puedo perder un momento en el descanso; sólo llevo cumplidas la mitad de las órdenes que me han dado, y debo cumplirlas todas.

Con aquella negativa renació en el abad su primera desconfianza; por lo que fijando en él de nuevo su mirada escudriñadora, dijo con acento glacial:

—Puesto que tan urgentes son las del duque, partid; y cuando le veais decidle de mi parte que guarde mucho, ó que devuelva á su dueño ese depósito, que le deseo todo bien y prosperidad, y que siempre sobre su erguida cabeza estará mi bendicion.

Gonzalo adelantó un paso y se inclinó humildemente delante de aquel anciano augusto por el sacerdocio y la vejez , el abad extendió sobre su hermosa cabeza una mano descarnada y rugosa, y con solemne expresion dijo dulcificando inefablemente su acento:

—¡Que Dios os bendiga, hijo mio! ¡que sea con vos y os dirija por el camino de la vida, cuyos primeros pasos andais!

—¡Amen! respondió Figueroa tomando en la suya la mano del anciano y llevándola á sus labios con respeto.

Esto hecho, salió de la celda abacial con paso igual y firme, seguidamente del claustro, y montando de nuevo en su corredor caballo, tomó el camino que lo habia de conducir á Benavente.

—Esta caja (y la oprimió contra su cuerpo) debe ser la de Pandora, como diria el sabio y noble marques de Villena si supiera la importania que la dan, se dijo á sí mismo Gonzalo echando una última mirada al monasterio que alegraban los primeros rayos del sol. El abad se ha desprendido de ella con sobresalto, y no parece sino que aquí dentro está la luz de la vida y teme un soplo que la apague. Sólo con pensar en poseerla, los ojos de don Fadrique despidieron tan ardientes y dominadores rayos como si encerrara el cetro de oro de Castilla

y teniéndolo lo empuñara; y héla aquí que, sea lo que quiera que contenga, ha caido en su poder. Pero; ¡destino raro el suyo! del dominio de un santo abad pasa á las manos de un inmundo israelita; es decir, caja fatal ó feliz, que sales del cielo para entrar en el infierno.

Y espoleaba su caballo atravesando la distancia con fantástica rapidez.

Y por cierto que aquella caja no encerraba ni la luz de la vida, ni el cetro castellano, sino simplemente un testamento. Verdad es que aquel testamento era el de don Juan I.

El abad vió salir de su celda á Gonzalo llevándose su depósito, y sintió una viva impresion de arrepentimiento por habérselo entregado; pero como ya estaba hecho, no pensó en detenerlo, sino en asegurarse del destino de la caja. Salió, pues, y al primer monje que encontró paseándose en el claustro le dijo con autoridad:

—¡Hermano! id volando á la huerta, decidle á Martin que ensille un caballo y que venga; le espero en la cruz del atrio.

Sentado el anciano en las gradas circulares que servian de pedestal á una cruz gigantesca de mármol, vió á Gonzalo tomar el camino de Búrgos para torcer hácia Benavente en vez de volver por el de Madrid, que era, segun lo que habia dicho, el que debia seguir si su intento era entregar la caja al duque. Aquella observacion aumentó sus sospechas é inquietud. Aun se distinguia al diligente jinete cuando se presentó un labriego de pequeña estatura y rostro gracioso, en el que se percibia gran comprension, mayor astucia y notable desenfado, el cual conducia un caballo del diestro.

—Martin, le dijo el abad así que se acercó, ¿ves aquel caballero que va á subir por la cuesta del molino?

—Le veo bien claro, padre abad; lo que no sucederá en pasando un breve instante.

—Pues eso es lo que no ha de suceder; para lo cual montando ahora mismo lo vas á seguir como si fueras su sombra en tanto que dure su viaje: cuando pare, paras: donde se aloje, alójate: toma sobre él cuantas noticias puedas: sobretodo, las personas que lo busquen y los sitios donde vaya; y cuando se reuna con el duque de Benavente, lo que te será fácil saber, te vuelves para darme exacta cuenta: con que á Dios, y no te detengas, pues ya lleva suficiente delantera.

—Descuidad, padre abad, respondió el despejado campesino saltando en su fuerte cabalgadura; que, para mi santiguada, habeis de quedar tan satisfecho que me volvais á emplear cuando se presente la ocasion.

Dicho esto, arreó á su troton y se alejó á tan buen paso, que hacia esperar el cumplimiento de las órdenes del abad y sus jactanciosas pretensiones.

Un dia despues llegó al monasterio la noticia del fallecimiento del rey con uno de los mensajes preparatorios del arzobispo de Toledo.

Entónces comprendió el abad toda la trascendencia del golpe de mano ejecutado por el duque; y como era natural, se indignó por su accion tan atrevida como significativa. Sin embargo, temiendo sus desmanes y esperando los sucesos, guardó silencio, resuelto á no romperlo miéntras no fuese necesario á su tranquilidad ó á la del reino.

CAPÍTULO V.

EN EL QUE SE PRUEBA QUE LOS PASTORES SUELEN Á VECES DESCARRIAR Á LAS OVEJAS.

Fue don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, varon de eminentes cualidades, pues con una inteligencia superior tuvo gran sabiduría, poderosa elocuencia, un ánimo esforzado, extremada energía, y esa esplendidez que realza y ennoblece.

Hombre de accion y de pensamiento, era capaz de concebir grandes ideas y de realizarlas con su poderosa é inflexible voluntad; pero hombre tambien de pasiones, entre las que descollaban el odio y la ambicion, fue para Castilla una verdadera calamidad.

Luchando por intenso aborrecimiento con el arzobispo de Santiago, le quitó al prelado la rica auréola del apóstol de Jesucristo, todo mansedumbre y caridad, todo misericordia y perdon. Queriendo preponderar en el poder, no desechó ningun medio para conseguirlo, aun de aquellos reprobados por la conciencia política; y su nombre preclaro pasó á la historia con el borron de haber dividido en bandos á Castilla por una desmedida ambicion de riquezas y una sed insaciable de mando.

Teas de discordia en la minoría de Enrique III, los dos célebres prelados patentizaron su implacable odio combatiéndose sin tregua y sin descanso. Sólo la muerte apagó su rencor; y de creer es, por lo mucho que se aborrecieron en vida, que si sus cadáveres se hubieran quemado en una pira, como á Eteócles y Polinice, las llamas se hubieran separado.

Portugues don Pedro Tenorio, era hijo del comendador de Santiago Juan Tenorio, caballero de la córte de Alfonso IV de Portugal; el cual tuvo que emigrar á Castilla cuando las guerras de este monarca con su hijo Pedro I, por la muerte de la hermosa Inés de Castro, en la cual, se le acusó de haber tenido alguna parte.

Corriendo á tiempo, fue don Pedro elevado á la dignidad de obispo de Coimbra, y desplegó tanta sabiduría, pero tanta ambicion, que se atrajo la mala voluntad de Fernando I, y con la mala voluntad una dura y declarada persecucion

que lo arrojó de Portugal. Tuvo, mal su grado, que huir, y se fué á refugiar á Roma despues de haber recorrido España, Francia é Italia, aumentando siempre sus extensos conocimientos.

El obispo expulsado de Coimbra era apacible y elocuente, estaba perseguido, y estas circunstancias, con su mucho saber y su particular política, le ganaron el afecto y la confianza de la Santidad de Gregorio XI, quien le retuvo á su lado honrándolo y favoreciéndolo.

Aconteció por entónces en Castilla la muerte del arzobispo de Toledo don Gomez Manrique, prelado de grandes y evangélicas virtudes, y sin más pretensiones ni ambicion que la de gobernar su rebaño como celoso y prudente pastor.

La Iglesia en aquellos tiempos tenia el derecho de nombrarse sus pastores, porque manteniendo ella sola, por cierto, el sublime principio de igualdad que proclamó el mismo Dios, y acogiendo en su seno á todos los hombres, cualquiera que fuese su estirpe ó condicion, llamaba á gobernarla, por una consecuencia legítima de sus principios, al más digno de sus hijos, elegido fraternalmente por sus mismos hermanos, principiando por el sacro colegio de Roma, y concluyendo en la sala de capítulo del más humilde monasterio.

Mas como el poder con su deslumbrante dominio, ya emane de una corona ó una espada, ya se desprenda de una tiara ó una mitra, tiene tal encanto, tal atraccion; siempre, ó por lo ménos desde muy antiguo, aun entre los hombres de Dios, hubo quien compitiera por obtenerle, falseando los que lo ambicionaban el más grande, el más sagrado de todos los principios.

Esto, que tan ligeramente apuntamos, era precisamente lo que acontecia en el cabildo de Toledo. Habia dos pretendientes á la mitra arzobispal; ambos influyeron; los capitulares se dividieron en bandos, y se eligieron dos arzobispos que alegaron el mismo derecho, porque tenian los mismos votos.

Del uno sólo dirémos que se llamaba don Pedro Fernandez Cabeza de Baca, que era dean de la santa Iglesia de Toledo, y un modelo de mérito y de virtud. En cuanto á el otro, que se llamaba don García Manrique, era obispo de Sigüenza, sobrino del difunto arzobispo, muy jóven aun y de natural inquieto y turbulento: á pesar de su no escasa ciencia y despejado talento, hubiérale sentado mejor una coraza y un casco, que la dalmática y mitra que vestia.

Pero como quiera que descendiese de una de las más ilustres familias de Castilla, enlazada á la sazon con las más importantes y encumbradas del reino; y aunque don García no contara otros méritos que su alta alcurnia y su resolucion y energía, que eran extremadas, por más que su competidor le aventajara en costumbres y santidad; tuvo al rey y á la córte de su parte para dividir la disputada eleccion en favor suyo; no siendo esto bastante para vencer la tenacidad con que defendian la suya los partidarios del dean, se llevó la competencia á Roma para que el Santo Padre la decidiera.

El electo don García, acompañado de su cuñado Juan Ramirez de Arellano,

gran privado de Enrique II, en cuyo reinado sucedian estas escandalosas disensiones, y de muchos deudos y amigos que le siguieron por más honrarle y complacer al monarca que lo protegia, fué á Roma tambien para sustentar su derecho y litigar por sí mismo su justicia. Pero Gregorio XI, que como todo hombre mortal tenia afecciones, y como todo el que las siente se inclina á satisfacerlas, desairó al rey de Castilla en su protegido, sin hacer más justicia al dean: anuló ambas elecciones con sobrados motivos para ello, y nombró sin ninguno á don Pedro Tenorio, su favorito, arzobispo de Toledo.

En hombres del temple de don García no se olvida nunca un desaire, ni se perdona jamas la persona por quien fue hecho; así, el resentimiento de Roma llevó en su dia á Castilla hasta el borde de un abismo, en el cual, si no se precipitó, fue porque la contuvo una voluntad ajena á los dos prelados.

Volviendo á don Pedro Tenorio, añadirémos que trasladándose inmediatamente á Castilla, tomó posesion sin contradiccion alguna de la primada del reino; y como hombre que sabía, por una feliz y reciente experiencia, lo que vale la amistad de los poderosos, procuró á todo trance ganar la voluntad de don Enrique y su hijo, lo que en breve consiguió á pesar de los esfuerzos que hizo don García para impedirlo.

No se crea, sin embargo, que por acrecer el favor de don Pedro disminuyó el de su adversario. Enrique II lo elevó á la mitra de Santiago. Juan I lo hizo su canciller mayor, y de consiguiente tuvo casi tanto poder y más influencia que aquel. Pero por esto no se amortiguó su encono, sino que en su continua lucha para conseguirlo, tomó nuevo y más poderoso incremento.

A la imprevista y desgraciada muerte del rey don Juan se prepararon ambos prelados á combatir por el triunfo de su ambicion, por la susceptibilidad de su odio, y por el innato deseo de una completa venganza.

Hé aquí el orígen de los bandos que tan hondamente dividieron á Castilla en la minoría de don Enrique el Doliente.

El duque de Benavente, hermano del difunto don Juan I, era el más poderoso en vasallos y riquezas entre los egregios magnates de la córte castellana; porque don Fadrique habia sido el más querido de los bastardos de Enrique II, ya que no la legitimidad le dió cuanto un rey puede dar á un hijo.

Conocia el arzobispo don Pedro, y sobradamente por cierto, su versatilidad, su egoista personalismo, su condicion iracunda y violenta; pero conocia tambien que aliándose con él se alzarian, como se alzaron en pro de su bandera, las primeras y más poderosas familias de Castilla y Leon, dando ejemplo el conde de Trastamara y siguiéndole el marques de Villena, el conde de Niebla, el poderoso maestre de Santiago, el de Alcántara, y con ellos otros muchos ricos hombres de gran valía, que arrastraron tras sí á los desdichados pueblos, y que mal su grado hubieron de contribuir con su sangre á decidir la estéril cuestion de mando y supremacía arzobispal.

Por su parte el arzobispo de Santiago, más osado que el de Toledo, tan entendido é infinitamente más resuelto, era un enemigo poderoso y temible; tanto más, cuanto que entre su odio de hombre político y su intolerante rencor de hombre de Iglesia, se elevaba la voz de su ambicion más desmedida, más desenfrenada, si cabe, que la del prelado portugues.

Este se apoyó en la fuerte y turbulenta nobleza castellana por medio de su alianza con el duque de Benavente; aquel se hizo firme á la sombra del trono, decidido á emprenderlo todo, por aventurado que fuese, ántes que dejar el puesto á un vencedor más diestro ó afortunado. Ademas, su causa contaba con numerosos y decididos campeones, pues á sus relaciones y alianzas se unió la simpatía de los pueblos, que pusieron en él más confianza por su calidad de castellano, que en don Pedro, á quien miraban con esa airada y fuerte preocupacion que hace odiar todo lo que trae su orígen de un pueblo á quien siglos de guerras ha hecho tener como á enemigo natural.

Hemos apuntado, y lo repetimos, que los elementos con que los dos prelados contaban para destruirse eran de una fuerza casi igual; dudoso, pues, era el éxito, y solo Dios quien sabía hácia dónde se inclinaria la balanza equilibrada con trabajo por su influjo y alianza.

Violentas pasiones añadieron su hiel al mezclarse en la contienda que los arzobispos animosamente debatian. No fueron suyas, pero las impulsaron, porque ni las pudieron contener, ni les fue dado separarlas para obrar con independencia de ellas.

Para dar una idea completa de los dos prelados que nos presenta la historia frente á frente en una de sus páginas más desconsoladoras, dirémos á nuestros lectores que don Pedro Tenorio salvó á Castilla de un cisma cuando el doble pontificado de Roma y Aviñon, no reconociendo á ninguno con una firmeza admirable, y negándose con mesura á tomar parte en su escandalosa contienda. Tambien fue debido en gran parte á su tino y habilidad el matrimonio del príncipe don Enrique con doña Catalina de Lancaster, asegurando la dinastía que vacilaba entre las lanzas de Juan de Inglaterra y las intrigas del hostil Portugal. Luego grabó su nombre en el magnífico claustro de la santa iglesia de Toledo, que hizo construir; en la linda capilla de san Blas, donde tiene su sepulcro, y en su puente de Villafranca del Arzobispo, alzando á sólo su voluntad una villa rica y poblada en el sitio que ocupaba un mísero y reducido lugar.

Don García sucumbió al fin en la lucha: amigo leal y enemigo irreconciliable, no se dobló jamas, ni aun por su propio interes. Prefirió extrañarse y morir en tierra extranjera, á faltar á su palabra dada en seguridad á un enemigo, y Portugal fue su sepultura, como Castilla su cuna.

CAPÍTULO VI.

DONDE SE VUELVE Á TOMAR EL HILO DE ESTA VERDADERA HISTORIA.

Preparados los ánimos favorablemente á los intentos del primado, y de acuerdo con el duque de Benavente, hizo publicar la muerte del rey, que merced á su exquisito cuidado quedó en duda por algun tiempo para unos y oculta para los más.

Trasladóse, pues, el cadáver con regia pompa á la villa de Alcalá, depositándolo en la capilla de su palacio hasta que se le pudiera conducir á Toledo, y darle sepultura en la de los reyes nuevos.

Allí tuvo quien ceremoniosamente lo velara; y no le faltaron tampoco preces continuas y fervorosas, elevadas por todas las comunidades religiosas de Alcalá y sus inmediaciones á la invitacion del arzobispo, que como en la tienda improvisada, todo lo prevenia y ordenaba.

Dispuesto cuanto era concerniente á los funerales de don Juan, se consagró el arzobispo á consolar á la desolada doña Beatriz, astro oscurecido en el espacio de un dia, y que presurosa corriera al lado de su difunto esposo, acompañada solamente del obispo de Sigüenza. Despues fué á encontrar á Madrid, al huérfano don Enrique, que afligido y anhelante se dirigia á Alcalá en alas de su dolor filial para ver á su padre, ántes que la losa del sepulcro se lo robara para siempre.

Llegado á tiempo don Pedro Tenorio para detenerle en aquella villa, investido cual se hallaba de una autoridad no deslindada aun ni reprimida como primado de Castilla, ayudado con eficacia por el duque de Benavente que le habia precedido, y en cuyo seno habia derramado abundantes lágrimas el acongojado huérfano, secundado por la nobleza y el clero, y de un modo espontáneo y decidido por la villa; mandó que se alzaran pendones proclamando rey al ya jurado príncipe de Astúrias.

Consecuente con su plan, expidió cartas de convocatoria á todos los prelados y abades, á los ricoshombres é infanzones, á los maestres de las órdenes, adelantados, merinos, justicias, concejos, villas y ciudades con voto, para que se juntasen en Madrid con la urgente premura que el caso requeria, cual era la grandísima necesidad de proveer al gobierno del estado y á la tutoría de los menores don Enrique y don Fernando, que habian quedado en absoluta orfandad.

Pero al par que llegaban los convocados, el arzobispo por una parte y don Fadrique por otra procuraban inculcarles sus ideas, inclinando los ánimos á su favor y preparando con su influjo la eleccion.

Hasta aquel punto todo habia marchado de conformidad con sus cálculos y deseos; mas allí tambien comenzaban á brotar obstáculos que les era muy difícil superar, y que se multiplicaban por cada uno que vencian.

Tocaban con profundísimo despecho, que ni era solo el primado quien tenia influencia sobre el clero, ni el duque quien aspiraba á compartir con él la regencia. Añadíase á estas decepciones que el tercer brazo del estado independiente, poderoso, lleno tambien de ambicion, no se adheria como pensaron á los proyectos del arzobispo y su aliado, sino que se consagraba á sus propios intereses.

Antes de la sesion regia acudian los diputados de las ciudades á la chancillería á revisar y archivar sus poderes. Desde aquel punto eran tenidos por inviolables y sagrados, empezando en juntas que celebraban entre sí á cumplir sus deberes, poniéndose lo primero de acuerdo para conseguirlo; y como cuanta más preponderancia obtuvieran en el gobierno, más posible era el llenarlos alcanzando la peticion de rebaja en la moneda que los pueblos solicitaban, no prestaron oído á las promesas que se les hacian, aspirando á intervenir por sí en el concejo de regencia.

Y á propósito de lo que vamos tratando, advertirémos á nuestros lectores que en aquellos tiempos no eran las córtes el pálido reflejo, el ostentoso fantasma de representacion nacional que nosotros alcanzamos.

Nacida en las asambleas electivas de los godos, se desarrolló prodigiosamente en el siglo VI, elevándose en los concilios nacionales de Toledo á la altura correspondiente á su gran mision. A ella, á sus múltiples esfuerzos se debió que la sociedad entregada al cáos de la barbarie se organizara y constituyera. A ella se debieron tambien leyes que reprimieron sus indómitas pasiones y sus brutales costumbres; leyes que aun se admiran en el famoso Fuero Juzgo, y que castigando y previniendo consiguieron suavizar aquellas naturalezas duras y aquellos instintos feroces. A ella en fin, á su influjo se debió el que marchara Castilla la primera por la senda de la civilizacion europea, como confiesa un célebre publicista frances.

Suspendida violentamente por la invasion árabe, quedó olvidada en tanto que sólo se trató de combatir y vencer. Cada español se trasformó en un guerrero, cada guerrero se convirtió en un héroe, y la patria tan ominosamente vendida fue reconquistada con el valor, la constancia y la sangre de sus hijos.

Olvidada sí, pero no muerta, la representacion nacional reapareció con el pueblo castellano. Era esto en la edad media, y en la edad media sólo habia dos poderes en la tierra que se la habian repartido espléndidamente entre sí, la cogulla y los blasones. No hubo, pues, más que dos estados en ella, estados que se

arrogaban todos los derechos porque poseian todos los privilegios; pero uniéndose toda vez que la ocasion lo requeria, interponian lealmente su formidable poder como un brazo de hierro entre el pueblo que podia ser oprimido y el monarca que tendia á la opresion.

Por los siglos XIII y XIV, el pueblo que tras largos y vigorosos esfuerzos habia conseguido, ayudado por los reyes, emanciparse de la abrumante tiranía feudal, se constituyó en un estado importante é influyente por su valor, su saber, su industria y su riqueza. Conquistaba á la corona con su lealtad y sacrificios, franquicias y privilegios, concediéndola Fernando III, llamado el Santo, el de unir su voz á los dos estados que hasta allí exclusivamente la tuvieron, y entónces completa y definitivamente quedó establecida la representacion nacional como un derecho comun á todo castellano, equilibrándose perfectamente los distintos poderes de la monarquía, que se combinaron en justa y exacta proporcion para atender y velar por todos los intereses de ella.

Organizándose, pues, como una institucion fundamental, fue acatada por el trono como soberana en sus decisiones. Este podia negar la sancion á sus leyes, pero no alcanzaba su poder á imponerla las que emanaban de su sola voluntad.

Colocada en tan elevada esfera, giró sin obstáculos ni entorpecimientos, consagrada exclusivamente á su objeto; y creció en grandeza é importancia, á proporcion que se comprendiera por el monarca y por la monarquía su influjo y su necesidad.

Nobles, espléndidas y prudentes, las córtes castellanas sin negar nunca su sangre á la patria cuando esta lo exigia, á fuer de valientes y leales; sin regatear su oro al monarca que en sus apuros lo pedia, sostenian cuidadosamente los intereses que representaban, desde el pechero que podia ser vejado en la pacífica posesion de su cabaña, hasta el más encumbrado ricohombre, cuyos derechos señoriales tenia á su cargo hacer fielmente respetar.

¿Fue aquella época la de su virilidad poderosa y fuerte? Creemos que sí á poco que la examinemos.

Verdad es que no surgian de su seno las magníficas teorías que hoy nos dominan, que nos conmueven y deslumbran, empero tampoco sucedia jamas que aquellos á quienes los pueblos conferian el poder de representarlos votasen onerosos subsidios que doblasen su miseria. No era tan universal el sufragio, tan crecido el número, tan fastuoso el aparato; mas en cambio habia más firmeza, eran más independientes, tenian más conciencia del deber que su mision les imponia.

Entónces no habia esos debates prolongados y brillantes, en los cuales se exhala la pasion y se emplean las seductoras galas de la oratoria para dilucidar una idea. No, los diputados de la edad media no sembraban de delicadas flores sus discursos ni eran el encanto de los que les oian; pero eran, eso sí, el eco firme y severo de las necesidades de aquellos que los enviaban.

Y como los diputados prestaban un solemne juramento en el acto de recibir los poderes, por el cual se obligaban « á no aceptar del rey empleo con sueldo, dinero ó gracia para sí y sus parientes, sujetándose en caso de infraccion á severísimos procedimientos (1)», no obraba sobre ellos la corrupcion. Ademas, habrian de dar cuenta á la vuelta á sus poderdantes, y la historia conserva una muestra de cómo las daban y cómo eran tomadas, en lo que hicieron las ciudades de Sevilla, Córdoba, Toro y Segovia con sus diputados á las córtes de Compostela en 1520.

Creemos con lo ya expuesto suficientemente explicado por qué las córtes convocadas por el primado eran inaccesibles á sus deseos, contrariando por interes propio con una resistencia inesperada los cálculos de su ambicion y los proyectos mejor combinados de su odio.

Entre tanto llegó la hora destinada para la primera reunion, entre las agitaciones de la duda y las inquietudes del temor, sentidas con mayor violencia segun se aproximaba el instante crítico de morir ó realizarse sus doradas esperanzas, con el nombramiento de regencia que cada cual anhelaba para sí.

Fue la ya derruida iglesia de san Salvador la designada por el arzobispo de Toledo para que las córtes celebrasen sus sesiones, porque el espíritu religioso del siglo XIV, buscando aun sus inspiraciones en Dios, seguia en esto la costumbre establecida en los antiguos y célebres concilios toledanos, que inmortalizaron el nombre del arzobispo san Isidoro, cuya mano arrojó á la sociedad naciente abundante semilla de civilizacion y libertad.

En el lado de la epístola se colocó un magnífico dosel de terciopelo carmesí guarnecido de pesado fleco de oro, bajo el cual se elevaba sobre gradas el dorado asiento desde donde los reyes presidian las sesiones.

A el opuesto perteneciente al evangelio estaban los escaños destinados á los reverendos arzobispos, obispos y abades; á su frente los de la grandeza, y los diputados ocupaban el centro con los suyos.

Ricas alfombras cubrian el pavimento; el altar estaba iluminado, y sobre el ara, en el sitio preeminente, se veia el libro de los Santos Evangelios lujosamente encuadernado.

A las doce del dia entró en el templo el primado seguido de un número considerable de prelados; seguíale despues la alta nobleza castellana presidida por el duque de Benavente; y por último, los diputados de las ciudades que presidian los de Toledo y Búrgos, Pero Lopez de Ayala y Alvar Perez de Osorio.

Ocuparon sus respectivos sitios sucesivamente, manteniéndose todos en pié.

El arzobispo de Santiago, como canciller mayor del reino, se situó entre el trono y el primado; y guardando todos un ceremonioso silencio, dijo con voz sonora y singular aplomo:

(1) Córtes de Madrid, 1529.

—Señores, S. A. el rey don Enrique III de Castilla se halla en la menor edad; se necesita, pues, quien lo represente para abrir las córtes aquí reunidas y presidir la sesion. ¡Por interes del reino nombradle!

—A el reverendísimo arzobispo de Toledo le pertenece representar al huérfano don Enrique, dijo el duque de Benavente con su acento imperioso y terminante; nadie lo puede hacer mejor ni con más derecho.

La arrogante y severa faz del arzobispo don García permaneció impasible, y dirigiéndose segunda vez á la elevada reunion, la interpeló diciendo con mesurado tono:

—Señores, ¿teneis alguna objecion que poner á lo propuesto por don Fadrique de Castilla?

—¡Ninguna! ¡Lo aprobamos! contestaron simultánea y unánimemente los numerosos partidarios del primado.

—Reverendísimo padre, ya lo habeis oido, repuso don García volviéndose á don Pedro. ¿Aceptais el encargo que os confieren?

—Vedme aquí dispuesto á todo lo que se me exija y mis débiles fuerzas alcancen, contestó el interrogado arzobispo con un acento de apacibilidad que no revelaba la menor emocion.

—Aquel es entónces vuestro sitio, replicó don García Manrique mostrándole con un ademan lleno de dignidad el trono que resplandecia con un rayo de sol escapado entre los densos pliegues de una cortina.

Inclinó su cabeza por un breve instante el primado, y levantándola más erguida dejó su sitio, cruzó la nave lentamente, subió la primera grada del trono, y volviéndose, radiante de majestad la frente que ornaban sus cabellos blancos, y con el mismo acento que usara á ser aquel trono suyo, acento de suprema dominacion, dijo con voz clara y vibrante:

—Señores, está abierta la sesion.

Las cinco palabras del primado produjeron un movimiento general y un ténue pero perceptible murmullo; y como acaeciera el incidente de ir á pasar para tomar asiento Alvar Perez de Osorio, diputado por Búrgos, y protestase Ayala que lo era de Toledo, dijo don Pedro extendiendo su mano con dignidad:

—¡Pase Búrgos, que á Toledo le represento yo á nombre de don Enrique III!

Alzó los ojos el arzobispo don García y le asestó una mirada tan detenida, tan significativa, que hubiera hecho temblar á otro que no fuera don Pedro Tenorio. Pero este sin perder un átomo de la soberana expresion que ostentaba su frente, se dirigió á la elevada é imponente asamblea y pronunció un largo discurso, en el cual expuso con elocuencia extremada la situacion del reino y del rey; la necesidad urgentísima de atender á uno y á otro, dando á este tutores y á aquel gobernadores; pero tales, que no se repitieran las desgracias que habian afligido á Castilla en las minorías de Alfonso VIII por las discordias de sus tios; en la de Enrique I, con los disturbios de los Lara; en las sangrientas y borras-

cosas de Fernando IV y Alonso XI, que tan azarosas hicieron los turbulentos infantes y el ambicioso Juan Nuñez de Lara: mision reservada á las córtes, no habiendo provisto á ello don Juan I, por su prematuro é inesperado fin, conjurándolas á que eligieran quien mantuviese la paz en el reino, atendiese á su engrandecimiento, y al cuidado de don Enrique, doblemente sagrado como monarca y pupilo; con lo cual puso fin á su razonamiento tan aplaudido como merecia por todos los que atentamente lo escucharon.

Por lo demas harto patentes eran los hechos que oportunamente recordara don Pedro, y bien conocidos de todos los que tocaban el primer escollo de la minoría en la importante eleccion que iba á efectuarse; eleccion que podia dar orígen á los males que habia deplorado el arzobispo, y que era posible y aun seguro se repitieran, tratándose de un poder transitorio es cierto, pero deslumbrante, omnipotente y codiciado con ardor.

Despues de contestar don Alfonso Manrique de Lara como le correspondia en aquel acto por descender del conde Pedro de Lara, que obtuvo el privilegio de representar á la nobleza como defensor y guardador de sus fueros en las córtes de Búrgos, protestaron las ciudades su fidelidad y adhesion, con lo cual entraron en la importante cuestion que tan preocupados traia los ánimos.

La regencia única fue desechada por la mayoría: de dos la propuso el arzobispo de Toledo y fue enérgicamente combatida por los diputados que la desecharon unánimes: pidióla don García de cinco, y tampoco fue acordada. Aumentábase el número á medida que los aspirantes á formarla descubrian otros nuevos; y por último, despues de animadísimos debates se nombró una regencia de siete gobernadores y un consejo de diez y seis diputados, que alternaran por mitad cada tres meses, para ayudar á los gobernadores con sus luces y experiencia en todas las dificultades que pudieran sobrevenir.

A la cuestion de números sucedió la de individuos, ménos controvertida y disputada, pero de mayor y más palpitante interes. Nombráronse los tres más cercanos parientes del rey, á saber: el duque de Benavente su tio, el conde de Trastamara, que lo era tambien, aunque como el marques de Villena en grado más remoto; el arzobispo de Toledo, el de Santiago y los maestres de Santiago y Calatrava. Los diputados por su parte nombraron á Alvar Perez de Osorio, Ruy Ponce de Leon, Pedro Suarez, adelantado de Andalucía, Pedro Lopez de Ayala, corregidor de Toledo, Garci Gonzalez de Atunza, Alvaro de Villa, Fernan Perez de Castro y Diego Martinez de Villa Real.

Cuando terminó el nombramiento quedando formada la regencia, el arzobispo de Toledo dejó su sitio, y seguido de los electos en primer término y de los obispos y abades, ricoshombres y diputados, subió al altar donde se iba á prestar el solemne juramento con el más minucioso ceremonial.

Adelantóse don García, púsose junto al ara, y con un acento que revelaba todo lo augusto de su ministerio con una entereza que revelaba asimismo un

ánimo fuerte y superior, con toda la dignidad altiva y noble del caballero, señalando con una mano el libro abierto de los Evangelios y clavando en el primado una mirada severa é interrogante:

—Pedro, arzobispo de Toledo, dijo: ¿jurais por la Santísima Cruz en que fuimos redimidos y los Santos Evangelios, aquí presentes, gobernar en union de todos y cada uno en paz y lealmente, proteger, defender y guardar al rey don Enrique III y su hermano el infante don Fernando, que las córtes ponen bajo vuestro amparo como tutor que os nombra, y obrar en honra y pro de estos reinos que se os confian?

Puso el primado su mano extendida sobre el libro abierto que estaba en el altar, y con voz clara y entera que resonó en todos los ángulos del templo, dijo:

—¡Sí juro!

—Si así lo haceis, Dios os lo premie, y si no os lo demande como á aquel que jura en falso, repuso don García con acento profundo.

—¡Amen! contestó el primado gravemente.

Y pasando á la derecha sustituyó á el arzobispo canciller, quien cambiando de sitio ocupó el que dejara don Pedro, prestando el juramento en sus manos. En seguida lo hizo el duque de Benavente, y despues los demas gobernadores y consejeros.

Cuando se concluyó la ceremonia bajó del altar el primado, ocupó la presidencia como ántes, y arengando brevísimamente á la asamblea levantó la sesion.

El sol descendia por el horizonte cuando los gobernadores salian de San Salvador. Adelantáronse algunos pasos el arzobispo de Toledo y el duque de Benavente que iban al par uno de otro, inclinóse el prelado hácia don Fadrique, y con una incalificable expresion le preguntó sonriéndose:

—¿Qué os parece todo esto, duque?

—Que perdímos la partida, respondió con despecho este.

—¡Bah! no lo creais, aunque tal parece á primera vista. Un cuerpo con quince cabezas es un fenómeno, y los fenómenos no tienen de vida sino cuando más cortos instantes. Todo es paciencia y esperar.

Y bendiciéndole le alargó la mano que besó el duque, disipándose un tanto la sombra de su frente.

En pos del primado y don Fadrique, que cada cual se alejaba con su numeroso séquito, salieron los maestres de Santiago y Calatrava, juntos tambien como salieron aquellos, y parándose en el umbral:

—Don Gonzalo, dijo aquel á este, ¿qué dia fijais para nuestro juramento del cuerpo de Dios?

—El que vos mismo elijais, don Lorenzo, contestó don Gonzalo con cierta tibieza.

—Pues en el convento de Ocaña os espero con el capítulo reunido, el dia primero de la próxima semana.

—No faltaré con los comendadores y caballeros que se puedan reunir para ese dia, contestó el gran maestre de Calatrava.

Concluido este diálogo se despidieron afable y cortesmente: el de Santiago se incorporó con el duque de Benavente, y el de Calatrava fué á reunirse con el arzobispo don García, que con su hermano el adelantado mayor salian á la sazon del templo. Al verle venir el arzobispo esperóse á que llegara, y cuando estuvo á su lado se dirigió á él con un acento que revelaba las profundas emociones que sufria.

—Maestre, os repetiré la misma pregunta que acabo de hacer en este momento á mi buen hermano: ¿os place la regencia de que os han nombrado miembro?

El maestre lo miró con fijeza, y al observar aquella frente en que podria leerse los fuertes sentimientos que le dominaban y aquella boca contraida por una amarga ironía, al escuchar aquellas palabras proferidas con calma y singular intencion, la inquietud se reveló en su semblante y contestó con un signo negativo.

—Os hallais, pues, de acuerdo con nosotros, dijo el prelado colocándose entre los dos ancianos guerreros. ¿No os agrada ver al duque abrir camino al primado, y á este apoderarse de lo más alto que encuentra?

—No, García, no me agrada, contestó el adelantado; porque del ambicioso afan de sobreponerse á todos nace y se nutre el general descontento. Tambien os diré que temo un choque entre ese conjunto de contrarias voluntades y de opuestos intereses, que dará indudablemente orígen á disturbios y revueltas como las que imprudentemente ha recordado ese portugues ambicioso, y que tan célebre le hicieron en las anteriores minorías.

—¡No por mi nombre! exclamó don García con arrogancia. ¡Oh! no lo temas, hermano, que hay aun en Castilla una voluntad enérgica que los reprima, y es la mia; un brazo fuerte y poderoso que en todo caso los derribe, y es el vuestro. ¡Oh! no se reproducirán: don Fadrique y don Pedro no son los infantes don Juan y don Enrique. Los Lara no existen hoy, pero en su lugar serémos nosotros los que frente á frente y sin contemplacion alguna contrariarémos sus planes y nos encontrarán en todos los terrenos.

—Si á este punto llegamos, dijo con mesura el adelantado mayor, convenid, García, que el reino no alzará su voz para bendeciros. En cuanto á mí, vos que conoceis mis sentimientos, como Dios conoce mi conciencia, sabeis que el brazo de Alfonso Manrique está consagrado á su patria y á su rey, y su espada á los gobernadores que le sirvan con mayor fidelidad.

—Alfonso, dijo el maestre con agreste y expansiva franqueza; si no me admirais por leal, me cautivais por prudente, y siempre tengo algo que celebrar cuando os oigo. Estoy con vos, y mi espada se levantará con la vuestra hiera á quien quiera, ya sea á ese encumbrado bastardo ó á ese prelado extranjero, como falten á la ley ó se vuelvan contra la patria para desgarrar su seno.

—Así lo creo de vos, maestre. Por eso me dí el parabien cuando os eligieron tutor y gobernador en union de mi hermano don García, de quien sois antiguo amigo.

—Y tan antiguos, Alfonso, que éramos rapaces y bien pendencieros.

Y el encanecido maestre echó una mirada de cariño á su compañero de infancia, más envejecido que él por el peso del estudio y las agitaciones de su vida.

Ya se habian alejado el arzobispo, el maestre y el adelantado con su triple comitiva, cuando apareció en el umbral de San Salvador un grupo de diputados en cuyo centro estaba Pedro Lopez de Ayala, á quien uno de sus compañeros, de frente pensadora y mirada profunda, dijo:

—Recibid mi sincero pláceme, señor corregidor, y con él mi buen deseo de que no olvideis en el gobierno de Castilla que sois el diputado de Toledo; y que Toledo, que os ha encumbrado á ese puesto, reclama como todas las ciudades la rebaja de la moneda á su intrínseco valor.

—Gracias, señor Juan Gaitan, por el pláceme y el deseo que estimo en mucho, contestó cortesmente el corregidor de Toledo; y sabed, como sabrá muy en breve la ciudad, que siempre y ante todo soy su procurador, para conseguir la justa demanda que nos ha confiado.

Dicho esto, desapareció á su vez aquel grupo y quedó desierta la tan animada iglesia de San Salvador. Poco despues apagaron las luces del altar, se cerró el libro de los Evangelios y todo quedó con el más profundo silencio.

CAPÍTULO VII.

CÓMO SE VERIFICÓ EN OCAÑA EL JURAMENTO DEL CUERPO DE DIOS, Y SE DA CUENTA DEL MOTIVO QUE HUBO PARA PRESTARLO.

El plazo que se prefijó por el maestre de Santiago para practicar el juramento, espiraba el dia de la Epifanía y habia llegado la vigilia.

Durante el término convenido, los farautes del maestre de Calatrava recorrieron en velocísimos caballos todos los dominios de la órden, llevando mensajes á los comendadores y caballeros citándoles para Ocaña. Sólo así podia explicarse la considerable afluencia de guerreros y curiosos que de Tembleque, Cuenca, Almagro y la Mancha toda se notaba en aquella villa para asistir á el acto solemne DEL JURAMENTO DEL CUERPO DE DIOS.

Desde la alborada de aquel dia hasta que el sol se ocultara no cesaron de entrar en Aranjuez (villa de la órden de Santiago y sitio de recreo de los maes-

tres) empolvados jinetes cabalgando en soberbios bridones, seguidos de escuderos y de algunos soldados de la órden.

Imponderable era el movimiento que se notaba en la villa al terminar aquella tarde, breve y nebulosa como suelen serlo las de enero. Por donde quiera no se oia otro ruido que el trotar de los caballos y el crujir de las armaduras, no cesando hasta que una numerosa tropa de caballeros montados en diestros y veloces corceles salió de Aranjuez tomando el camino de Ocaña.

Pendia de su hombro el manto con la cruz encarnada de la órden, ondulando airosamente á impulso de la veloz carrera que seguian. Bajo sus anchos pliegues brillaban ligeras corazas de bruñido acero, y el casco con que cubria su cabeza dejaba descubierto el semblante fiero y expresivo en los más, ya se encontrasen en la flor de la juventud, bien en el descanso de la vida.

Marchaban á la cabeza el maestre don Lorenzo Suarez de Figueroa, llevando á su izquierda al más anciano de los treces de la órden, célebre por contar casi tantas batallas como cicatrices, faltándole poco para igualar el número de estas al no escaso de sus años. Seguian despues los treces, comendadores y caballeros de cuatro en cuatro, armados de lanza y escudo, y en un silencio que sólo turbaba el continuo cuanto acompasado trotar de los caballos.

Caminaban, pues, entregado cada cual á sus pensamientos, sin que ningun accidente les ocurriera en las dos leguas y media que dista Aranjuez de Ocaña; llegando cerrada ya la noche á las entónces fuertes murallas de la villa y arrecidos con el frio intenso que se hacia sentir.

A su llegada fueron recibidos por los caballeros más notables de la órden de Calatrava y los hospedaron con solícita cortesía y fastuosa esplendidez.

Las órdenes religiosas y militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, tan famosas en los siglos pasados y de que sólo nos quedan sus estatutos y preclaros recuerdos de gloria, habian llegado en los reinados de los sucesores de Alfonso XI al más alto punto de independiencia, esplendor y poder.

Nacidas de la piedad religiosa y del odio á los infieles, que cada generacion legaba íntegra á la que le sucedia, tuvieron desde luego toda la importancia que les daba su orígen en una época que se marcaba por la exaltacion de tales sentimientos; pero adquiriéronla mucho mayor así que fueron reconocidos y sancionados sus estatutos por la Santa Sede. Alfonso XI contribuyó generosamente á su engrandecimiento, concediéndoles privilegios y mercedes que fueron la base de su opulencia y poder.

Desde aquella época, siempre progresando, siempre en guerra con los moros, su valor les conquistó extensos dominios. Los reyes que con tanta frecuencia y buen éxito se servian de su brazo en las frecuentes guerras que sostenian Navarra, Aragon y Portugal, y que ante la cruz de sus pendones y la espada que heróicamente empuñaban veian retroceder y menguar el poder agareno, premiaron sus servicios aumentando con generosidad sin término los estados y

fueros de las órdenes que llegaron á ser considerables. Pero esto mismo logró excitar el recelo y la desconfianza, y entónces se incorporaron sus dominios á la corona. Por el tiempo de que nos vamos ocupando eran los maestres unos soberanos de hecho y de derecho, independientes, acatados, revestidos de alta y suprema potestad compartida en su ejercicio con otras potestades inferiores, asemejándose cada órden á un estado con sus diversas jerarquías fuertemente enlazadas entre sí. En una palabra, el gran maestre era un príncipe con su gobierno, su justicia, su ejército, sus fueros privativos, alta jurisdiccion y exenciones.

A las once del dia prefijado para el juramento de los dos maestres, el de Santiago, seguido de todos los caballeros que lo habian acompañado en su viaje, ostentando el manto con la roja cruz de su órden, penetraba en la iglesia de los caballeros de Calatrava, donde ya los esperaban estos con su gran maestre don Gonzalo Nuñez de Guzman.

Segun el ceremonial establecido para semejantes actos, los comendadores de Calatrava salieron á recibir al maestre y caballeros de Santiago hasta el umbral del templo, conduciéndolos al coro, á cuya verja se adelantó don Gonzalo con sus claveros para saludarlo: con lo cual y preguntarle cortesmente el maestre de Calatrava al de Santiago si era de su gusto que empezara la ceremonia, y contestarle este que le tenia cumplido en todo lo que aquel dispusiera, se encaminaron juntos al altar acompañados por los caballeros de ambas órdenes, que mezclados y confundidos los dejaron subir las gradas de aquel, quedándose ellos á pocos pasos de distancia.

Los dos maestres eran tan notables por sus personas como por la elevada dignidad de que estaban investidos; y los dos maestres en aquel momento, de pié, inmóviles, concentrados en sí mismos, con sus hábitos majestuosos, sus largas espadas en que apoyaban la diestra, y sus cabezas de cabellos grises descubiertas, estaban magníficos en arrogancia, en dignidad y en resuelta firmeza.

Sin embargo, vistos de cerca, se notaban entre ambos pronunciados rasgos de diferencia. Las facciones regulares del maestre de Santiago revelaban firmeza en la voluntad, astucia en el genio, reserva en el pensamiento. Su continente activo y marcial demostraba en cada uno de sus rasgos, de sus más leves movimientos, el íntimo convencimiento de su poder, un largo hábito de mando y los violentos arranques de un carácter nunca violentado ni sujeto por nadie ni por nada.

La fisonomía del de Calatrava, ménos bella pero más varonil y pronunciada, la caracterizaba fuertemente una expresion de tan atrevida osadía, de franqueza y lealtad tan decidida y arrogante; se mostraban de tal modo sus sentimientos en las arrugas de su frente, en los pliegues que unian sus cejas, sus pupilas leonadas, que nadie podia dudar en mirándole de su amor ni de su odio, de su enternecimiento ni de su ira, cuando el soplo de una ú otra pasion lo agitaba.

En la célebre mañana en que tenia lugar el juramento no estaba exenta de

nubes su frente ancha y desarrollada; pero como hemos dicho ántes, brillaba en ella la arrogancia, la resolucion y la firmeza.

Uno de los caballeros profesos de Calatrava se revistió un rico ornamento, y subiendo al altar dió principio al santo sacrificio de la misa, y para asistirle los caballeros se hincaron piadosamente de rodillas á imitacion de los maestres que les dieron el ejemplo.

Llegando el celebrante al punto de la consagracion, pronunció en voz alta y con una entonacion lenta y solemne las cinco palabras sagradas: *Hoc est enim corpus meum*, y elevando la hostia para que la adorasen, la tuvo levantada un corto espacio, durante el cual todas aquellas soberbias cabezas humildemente se inclinaron.

Concluida la elevacion, la puso el sacerdote en su patena de oro, y la patena sobre el ara, y volviéndose de modo que diera la diestra al Sacramento y la siniestra á los maestres que permanecian de rodillas, les dijo con voz entera:

—Don Gonzalo Nuñez de Guzman, y vos don Lorenzo Suarez de Figueroa, como maestres que sois de las órdenes de Calatrava y Santiago, ¿jurais sobre el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo uniros en fiel y leal amistad, para gobernar el reino buena y pacíficamente; servir, defender y proteger al rey don Enrique III, que Dios ha puesto sobre el trono y las córtes bajo vuestra tutela y amparo; no ir nunca el uno contra el otro, ni levantar las espadas sino para dar el mismo golpe en muestra de una sola voluntad? (1)

Así que el celebrante profirió la fórmula del juramento, los dos maestres se levantaron, extendieron el brazo y tocando con la mano sin guante la hostia consagrada que les presentó el sacerdote, respondieron á la vez con voz clara y segura:

—¡¡Sí juramos!!

El celebrante retiró la patena, los maestres tornaron á su primer postura con la cabeza inclinada y enlazadas las manos que habian tocado la hostia sacrosanta, continuando la augusta ceremonia sin perturbarse el silencio, la compostura y el fervor de los asistentes.

Mas por una singularidad inexplicable y extraña, al concluirse la misa los ojos del maestre de Santiago destellaban á brevísimos intervalos un contento reprimido, una satisfaccion tan cumplida, que á pesar de la rapidez con que lucian aquellas vivísimas llamaradas no se escaparon á la perspicacia de don Gonzalo, quien por un contraste no ménos raro mostraba una frente oscurecida y una mirada triste sin embargo de hacer visibles esfuerzos para dominarse y aparecer impasible y grave, no consiguiendo otra cosa que aparecer notablemente violento.

La clave de aquel enigma que no podian descifrar los que estaban observándolos, la tenia el arzobispo de Toledo, y se explica fácilmente.

(1) Gonzalez Dávila. Crónica del rey Enrique III, cap. 6.

Aquella imponente ceremonia á que habia sido emplazado don Gonzalo por el maestre de Santiago, fue decidida por el primado, quien ántes calculó con mucho detenimiento y pulso todas sus posibles y trascendentales consecuencias.

Una de esas amistades que nacen en la infancia, crecen en la juventud, se afirman y arraigan con los años y no se extingue jamas, unian con estrechos vínculos al arzobispo don García y al jefe supremo de la poderosa órden de Calatrava.

Una alianza concluida de poder á poder ligaba con los fuertes lazos de un interes comun al arzobispo de Toledo y al maestre de Santiago.

La espada ó el voto de cada uno de los maestres tenia un peso tal, ya fuera llevando la cuestion al terreno de la fuerza, ya tratándola en el del influjo, que separados podian equilibrar la balanza, y unidos los dos, inclinarla á quien fuera su voluntad.

En el siglo X un juramento no se violaba; era sagrado, y doblemente cuando como el de los maestres era espontáneo, solemne y de una publicidad tal cual tenia el que habian prestado en Ocaña á presencia de ambas órdenes reunidas. Estaban, pues, obligados á guardarle, y, ó el de Santiago arrastraba consigo al de Calatrava separándolo de don García, ó le obligaba á permanecer neutral, dejando al arzobispo luchar con sus solas fuerzas. De un modo ó de otro, don Pedro triunfaba en la lid.

Concluida la misa salieron juntos los dos maestres, siguiendo en pos la brillante comitiva de caballeros de *Calatrava* y *Santiago*. Un banquete suntuoso dado por los primeros esperaba á los segundos. Reinó en él la esplendidez y la cortesía, y aquella reunion congregada para asistir al juramento se dispersó por la tarde, saliendo los maestres para Madrid y á sus fortalezas y encomiendas los caballeros de las órdenes.

CAPITULO VIII.

DONDE SE DÁ CUENTA CÓMO DIERON PRINCIPIO LAS GRANDES ALTERACIONES DE CASTILLA.

Pocos meses habian trascurrido desde la infausta muerte del rey don Juan I, y ya se tocaban lastimosamente las consecuencias de aquella desgracia.

La desunion de los gobernadores era extremada, las demasías de algunos señores harto públicas, y los pueblos eran olvidados por los que tenian el deber de protegerlos, ocupados exclusivamente en las discordias y rencillas de los tutores del rey Enrique III.

Si algo faltaba en el ánimo de suyo irascible del arzobispo don García para exacerbarle en último grado, era sin duda la alianza del primado don Pedro Tenorio y el duque de Benavente.

Altanero don Fadrique de Castilla y dominante en sumo grado, abusaba á menudo en pro de sus amigos y en mengua de sus rivales de las facultades que le habian concedido las córtes de Madrid, como gobernador del reino y tutor del rey y el infante sus sobrinos.

Por otra parte cada dia era más patente el pacto que unia con sus estrechos lazos al arzobispo de Toledo y al duque de Benavente, formando ostensiblemente un bando de que el primero era la cabeza y el segundo el brazo, y cuyas miras tendian á imponer su voluntad como soberana en el consejo, del que no se avenian á ser partes, pretendiendo erigirse en jefes.

Murmurábase públicamente su intimidad, deplorando sus funestas consecuencias; acriminábanse mútua y violentamente los prelados; cundia el descontento por do quier, y densas nubes se iban amontonando en el cielo de Castilla, anunciando una tempestad que sólo tardaria en bramar lo que tardara en experimentarse el choque de las encontradas pasiones que con sus ardientes emanaciones la condensaban.

El choque tuvo lugar, y la explosion fue terrible.

Era un dia de marzo, dia desapacible y nebuloso. El consejo de gobernadores estaba en la iglesia de San Salvador donde celebraba sus sesiones. Iracundo y sombrío el arzobispo de Santiago; con la mano en la espada y arrogante postura los maestres de Calatrava y Santiago; silenciosos y atentos el consejo de diputados de las ciudades, escuchaban todos con la expresion de la cólera en el rostro descompuesto, ó la osada actitud del retador, el rumor compasado de pasos, el crujir de las armaduras, los golpes de las alabardas en las gradas de piedra del templo, las voces, en fin, de los hombres de armas que estaban cercando los muros doblemente sagrados y respetables por lo que era y contenia.

Solo el primado estaba tranquilo, solo él ostentaba una impasible mesura.

En el crítico instante de levantarse don García Manrique para dar alguna órden ó pedir explicaciones, se presentaron armados de punta en blanco el duque de Benavente y el conde de Trastamara.

La frente torva del arzobispo de Santiago se anubló aun más, su talla escasa se realzó al ímpetu de su ira mal enfrenada, y extendiendo su mano nervuda y demacrada sobre los recien llegados, pareció rechazarlos mejor que detenerlos.

Pero no era la venida de los tios de Enrique III un incidente casual, sino un ataque premeditado, un pretexto para cometer un hecho de violencia reproducido en casi todas las minorías que antecedieron á la de que nos vamos ocupando.

Todos, pues, comprendieron que el duque venía para arrojar su guante á la arena, y que el prelado lo iba á recoger sin compasion á la sangre que la contienda pudiera verter, sin temor á las picas y alabardas que asomaban á la puer-

ta y llenaban las avenidas; y aquel alarde de fuerza, aquel aparato de guerra, enardeció los ánimos hasta de los más prudentes y contenidos.

Don Fadrique se adelantó con la visera levantada, se dirigió al arzobispo don García á quien iba el reto, y con audaz altanería dijo:

—Señores, he venido solamente á pedir para el señor Juan Sanchez de Sevilla el nombramiento de contador mayor de las rentas anuales.

Todas las miradas pasaron alternativamente de don Fadrique al prelado, cuyos labios contraidos se separaron para dar salida á un ¡¡No puede ser!! tan enérgico como rotundo.

—¡Será, porque lo mando! repuso el duque con acento amenazador, llevando significativamente la diestra á la cruz de su espada que despidió un metálico sonido al rozar con su manopla de acero.

—¡No será, porque no es justo! replicó don García con voz de trueno.

A la airada negativa del prelado siguió una escena de tumulto. Los gritos, las amenazas, los denuestos estremecian las bóvedas sagradas. Los bandos que se encarnaban en los dos arzobispos se agruparon en torno de sus caudillos. Desenvainaronse las espadas con notable furia y desacato, lanzándose todos á la calle, resueltos ambos prelados á apoderarse del rey y sacarlo de la villa.

Pero no contaban con el adelantado mayor don Alfonso Manrique, que reuniendo sus hombres de armas cerró las puertas de aquella, dobló la guardia del Alcázar, deshizo el tumulto repartiendo mandobles y cuchilladas, y al anochecer tan sólo se oia en las calles, poco ántes tan alborotadas, el ruido monótono de la abundante lluvia que caia.

CAPÍTULO IX.

CÓMO DE CONSEJOS Y ALIANZAS, CADA UNO TOMA LA PARTE QUE LE CONVIENE Á SU GUSTO.

Al toque de avemaría, sosegada completamente la villa, solitarias las calles que sólo recorrian los hombres de armas del adelantado mayor, sobre cuyas pesadas armaduras se estrellaba una lluvia fuerte y espesa; salió el duque de Benavente de su palacio, dirigiéndose con paso rápido al del arzobispo de Toledo.

Iba solo don Fadrique, embozado hasta los ojos, y por el metálico ruido de sus armas, chocándose entre sí al andar, podia colegirse que no iba desprevenido para lo que pudiera acontecerle: precaucion necesaria en aquellos tiempos de agitaciones y turbulencias.

Entró por la morada del arzobispo sin desembozarse siquiera; pasó por las antesalas atestadas de eclesiásticos, caballeros, escuderos y pajes, que le saludaban respetuosamente dejándole paso franco, del cual se aprovechaba contestando altiva, afable ó desdeñosamente, segun los blasones, la influencia ó la adhesion de cada uno de los que allí estaban y conocia.

Con la misma facilidad le fueron franqueadas todas las puertas, hasta la del oratorio, cerrada á todos para que no fuese turbado el arzobispo en las meditaciones de su piadoso retiro.

En su fondo, sentado en un alto sillon, estaba el primado de Castilla asaz descontento y meditabundo, recapitulando todos los sucesos que habian tenido lugar en la aventurada tentativa de por la mañana, frustrada, en tan mal hora para él, por el adelantado mayor, y que le habia colocado en un terreno tan falso como resbaladizo. Conocia con íntimo disgusto que habia llegado á su punto crítico, donde retroceder es sucumbir, y que estaba trabada la lucha con un competidor que aparecia más formidable que nunca.

Repasaba, pues, como decimos, los variados incidentes del dia, contando en seguida todas las probalidades de triunfo que tenia sobre su rival, cuando entró el duque sin anunciarse.

—¡Par diez, señor arzobispo! dijo don Fadrique, cuya frente estaba más altanera que de ordinario; menester es preguntaros, pues en vuestro semblante no se colige si somos vencidos ó vencedores.

Y clavó en él, esto diciendo, una de sus penetrantes miradas.

—Ni lo uno, ni lo otro, respondió con calma el primado. No hemos hecho otra cosa que tirar un guante, ni don García más que recogerlo cuando lo ha visto á sus piés.

—Y no se os ocultará que ha sido levantado con brio, aceptando la lucha como se le ha presentado. Ahora bien, señor arzobispo de Toledo, despues de la inútil tentativa de apoderarse de mi sobrino, creo, salvo vuestro parecer, que el único camino expedito que nos queda es apelar á la fuerza y sustentar nuestra razon con la espada.

—Don Fadrique, respondió con mesura el prelado; mi parecer es que todo partido extremo no debe tomarse sino en un caso extremo tambien; cuando la violencia sea de absoluta precision, cuando sea necesaria y por lo que la ocasione disculpable; y, creedme, aun no estamos en ese punto. Por lo cual, duque, es mi opinion que debemos dejar las cosas como están, intentando otro medio que nos conduzca al mismo fin que pretendemos.

—¿Y qué medio se os ocurre, si gustais participármelo? le preguntó don Fadrique con un leve acento de impaciencia.

—Sí gusto de hacerlo, duque, respondió el prelado con una gravedad que no estaba exenta de reconvencion. Sentáos y departirémos, explicándoos yo mis ideas, y objetando vos lo que os cuadre sobre ellas.

Sentóse don Fadrique en un sillon frente al primado, recogióse este un breve instante, y fijando en aquel una mirada profunda le preguntó:

—¿No se os ha ocurrido nunca, duque, que la supremacía del poder puede establecerse por medio del influjo moral de un modo más absoluto y estable que no impuesta violentamente por la punta de la espada?

—No, ni recordando antecedentes pienso que tampoco vos, contestó don Fadrique observándolo.

—Lo extraño duque, replicó el arzobispo con calma. Esa es una conviccion que me debisteis suponer por esos mismos antecedentes y la experiencia de largos años de sacerdocio.

—Pues os confieso que he caido en ese error, repuso don Fadrique con despecho, y lo siento tanto más, cuanto que él nos ha conducido al trance en que nos hallamos.

—Bueno está que sobre una idea nos hayamos engañado, duque, dijo el primado animándose por grados; pero no que en las cosas nos queramos engañar. Lo que ha pasado esta mañana ha sido un simple rompimiento con el arzobispo de Santiago y su bando, y eso tendria lugar mañana, si no hubiera acontecido hoy. Sé tambien que cuando una lucha se empeña es necesario terminarla.... ¡con la fuerza ó con la astucia! indiferente es el medio como se consiga el fin. Pero lo que trato de persuadiros es que, sin apelar al recurso extremo de las armas, podemos alcanzar lo que nos proponemos; más aun si quereis, porque la cuestion que la fuerza ha de dirimir sólo es al presente de un interes grande, pero transitorio; y con el medio de que os hablo podeis abarcar lo futuro en una extension ilimitada. ¿Ois?

—Sí, respondió el duque dibujándose en sus labios una ligera sonrisa un si es no es burlona y claramente incrédula. Pero por Santiago juro que no os comprendo, señor arzobispo.

—Ya me explicaré, pues, y estoy seguro que me comprenderéis acaso demasiado. Mas ántes de hacerlo respondedme paladinamente. ¿Qué pretendeis conseguir con la guerra?

—No es necesario repetirlo, si recordais lo que pactámos el dia que murió don Juan.

—Yo no olvido nunca, duque, y ménos cuando me liga una promesa. Fue que seríamos gobernadores vos y yo solamente. ¿No es cierto?

—Exacto. Ello sí, no ha sucedido con mengua de nuestro orgullo, dijo el duque con sarcasmo.

—No es culpa mia, don Fadrique; bien sabeis lo que hice é intenté por conseguirlo. Pero con un poco de tiempo, y otro poco de arte, quizá llevemos á cabo lo que ni nuestro empeño en las córtes ni vuestro arrojo de hoy han podido realizar.

—¿Y ese medio famoso consiste?... preguntó el duque con negligencia.

—En ganar la confianza de una dama.

—¿De una dama?... exclamó sorprendido don Fadrique. ¿He oido bien? Repetídmelo, don Pedro; pues creo por san Andres, que ó he oido mal lo que me habeis dicho, ó que graciosamente os burlais.

—No es eso propio de mi carácter, ni oportuno en esta ocasion. He dicho una dama, debí decir de la reina Catalina.

Oido aquel nombre, el duque lanzó al prelado una tan ávida mirada que pareció querer devorar su pensamiento.

—En verdad, don Fadrique, ¿no habeis parado mientes jamas en la singular posicion que ocupa la reina doña Catalina, de esa reina que lo es por su matrimonio con don Enrique y su derecho de legitimidad y primogenitura? ¿No habeis reflexionado en el infinito influjo que ha de ejercer sobre el rey por su edad, por su belleza, por los cuidados que le prodiga, porque, en fin, es el único sér dulce y acariciador en que se apoya ese otro sér débil y quebrantado, con más corazon que cuerpo? ¿No habeis previsto que hácia donde ella se incline se ha de inclinar el rey, se ha de inclinar la córte y cuanto de esta dependa? ¿Que por esta razon puede mucho de presente, y más aun de futuro, si atendeis á que por los tratados de su casamiento doña Catalina ha de ocupar el trono de Castilla con don Enrique, si falta este con don Fernando, y ¡sola! si estos no tuvieran sucesion? Por último, ¿no se os ocurre que la reina es una mujer, que la mujer es susceptible de impresionarse y dejarse dominar por una voluntad firme, que anime un pensamiento profundo, nobles y elevadas miras; una voluntad fuerte que sepa imponerse é imponerla? En verdad, os repito, duque, ¿no habeis pensado en nada de esto?

—No, no he pensado en nada de eso, y he pensado muchas veces en Catalina de Lancaster, respondió don Fadrique hondamente preocupado. Vos revelándomelo en este momento, me abris un ancho horizonte.

—¿Y me comprendeis ahora, duque?

—¡Oh! Como dijisteis ántes con vuestro mucho talento, buen don Pedro, acaso demasiado. Sin embargo, aun encuentro un punto en que me paro para haceros una pregunta á mi vez. ¿Cómo es que vos, conociendo y apreciando todas esas circunstancias de tan gran valor en la reina, no habeis solicitado su confianza disputándola á quien la posea? ¿Cómo no os habeis insinuado en su ánimo con esa fascinadora elocuencia qne tanto poder os da cuando os servis emplearla?

—Por una razon muy obvia. Doña Catalina tiene para el sacerdote respeto, para el gobernador deferencia, para el anciano reserva; de manera que mis relaciones con ella son de pura ceremonia. Y respecto á mí, no puedo traspasar la distancia que ha interpuesto entre los dos la malevolencia de don García, porque la ha rodeado como á don Enrique de sus parciales y hechuras, en quien tiene tantos instrumentos como espías. ¡Oh! id á su cámara: veréis en la prime-

ra de sus damas la sobrina del arzobispo, y la engreida favorita elige ó separa á las otras, segun le place á su tio. Seguidla al confesonario: su confesor es la encarnacion del alma del iracundo prelado; por lo cual, para mí no hay cabida con la reina. Vos, su deudo, es otra cosa, podeis llegar hasta ella, y allí establecer vuestro sitio sin que nadie os lo dispute.

—¡Claro está! replicó presuntuosamente el duque medio entornando los negros y rasgados ojos para ocultar los ardientes rayos que de ellos se desprendian; es mi sobrina, y debo estar á su lado. Por lo demas, ¿no ha de sentir una afeccion?....¿No ha de tener una debilidad?... Si teme, le brindarémos paz, seguridad. Si sufre, le brindarémos consuelo, adhesion; y Catalina, reina y mujer, se apoyará confiadamente en nosotros.

—Duque, esa es mucha jactancia ¡oh! dijo el arzobispo con intencion. Nosotros buscarémos su apoyo para preponderar en el reino durante la minoría de don Enrique, y en su concejo cuando sea mayor y reine.

—Pues es lo que yo digo, sólo que en las palabras ha habido una involuntaria inversion, replicó don Fadrique sonriéndose. Convenimos que doña Catalina puede darnos con su confianza lo que nosotros no hemos podido alcanzar con nuestros esfuerzos reunidos; y esto ¡par diez! creo que es reconocerse espontáneamente inferior y en alto grado obligado. Esto supuesto, permitidle á mi lenguaje su valentía para deciros: tengo esperanza de que la reina sea nuestra; y perdóneme Dios el orgullo, pero tentado estoy de añadir: ¡contad con ello de seguro!

— Entónces, don Fadrique, el destino de Castilla estará en estas manos unidas.

Y el primado alargó la suya al duque, que la retuvo un instante en silencio y conmovido. Durante aquel brevísimo espacio, la frente de don Fadrique erguida con indecible atrevimiento, se inclinó con el peso de una idea. Su mirada que irradiaba vivísima luz se oscureció, y soltando la mano del arzobispo le dijo pasando repentinamente á la desconfianza y la duda:

—No creamos, sin embargo, en este edificio de viento, y ocupémonos de las cosas como estan. Vos en vuestro cálculo, ó yo en mi proyecto nos podemos engañar; si sucede, ¿qué harémos, señor arzobispo?

—¿Qué harémos? repitió el primado con decision y energía; lo que habeis venido á proponerme. Iros vos á vuestros estados, yo á Toledo; levantar gente; reunir luego nuestros soldados y venir juntos á librar á mano armada al rey y al reino de la tiranía del arzobispo de Santiago.

—¡Sí, don Pedro, sí! dijo el duque con un brusco arranque, pues os juro que si no saliera con lo que intento... ¡por Dios trino! que ó talaba á Castilla, ó me extrañaba de ella para siempre.

Don Pedro Tenorio miró á su aliado un breve instante como si quisiera sondear el corazon que agitaba con tal fuerza un pensamiento repentino, como si tratara de medir la fuerza de las pasiones que en él residian, fijando el límite

donde habian de conducirle; mas el ojo del arzobispo era el de un hombre, y aquel exámen no podia producir más que un falible conocimiento de estas y aquel.

—Extrañaros, dijo el primado halagando el orgullo y la venganza de don Fadrique que creyó herido y excitado con solo el pensamiento de una derrota; no por cierto, duque. En todo caso sería un agravio de dama y lo vengais en sus campeones, con lo cual está la cuenta saldada. Por lo demas, creedme, aunque no se realice mi plan, tendréis á cambio de algunos dias perdidos más conocimiento de vuestros enemigos y más seguridad de vencerlos.

El duque se levantó. Nuevamente sus ojos irradiaban luz, su frente se elevaba osada y arrogante.

—Se me olvidaba participaros, por si no teneis noticia, dijo el arzobispo dejando su asiento, que esta mañana durante la sesion de San Salvador entraron en la villa los embajadores de Navarra y Aragon; que han solicitado la presentacion para mañana, tan urgente es su mision; y que á pesar de lo poco á propósito del dia han visitado particularmente y han tenido conferencias segun cuentan.

—Lo sabía y he visto á mosen Guerau de Queralt, contestó el duque sonriendo. En cuanto á eso, las inquietudes son para la reina doña Leonor, á quien persigue el cariño conyugal con esta nueva embajada.

—Eso será la de Navarra, duque; mas la de Aragon, mis indicios tengo que viene á mezclarse en nuestras discordias, entendiendo ó pretendiendo entender en el gobierno ó alianza de Castilla, como amigo y protector.

—Aragon que se esté tras sus fronteras, y que no se meta aquí en cuestiones interiores. Si tal hace, le dirémos que á Castilla le sobran gobernadores, á los gobernadores concejo, y al concejo facultades.

—Así es, pero con todo estad sobre aviso, porque si á los propios se les unen los extraños...

—No lo temo, y si Dios no dispone lo contrario, de aquí á la presentacion cuento ocuparme de mí mismo.

Con esto despidióse el duque, y saliendo del oratorio pasó por aquella córte que esperaba al arzobispo, infinitamente más numerosa que la que pisaba las regias antecámaras de los reyes Enrique III y su esposa Catalina.

CAPÍTULO X.

DONDE SE DA CUENTA DE QUIÉN ERA LA REINA DE NAVARRA, Y LO QUE ESTA HACIA EN CASTILLA, CON OTRAS COSAS QUE VERÁ EL LECTOR.

Una vez en la calle, el duque miró al cielo dispuesto al parecer á secundar el diluvio, y se encaminó á buen paso al palacio que ocupaba la reina de Navarra.

Al pasar las alfombradas antecámaras, llenas por la numerosa servidumbre de doña Leonor, don Fadrique se dijo á sí mismo:

—Para mi empresa es necesario tu auxilio, y para que tú me lo prestes, es preciso creas que conviene á tu interes particular. Obliguémosla á un convenio de servicio por servicio.

Y dando su capa á un paje, su gorro á otro, estiró por sí mismo su descompuesta ropilla, alisó los negros rizos de su deshecha melena, y satisfecho de su compostura, entró en la inmensa antecámara de la reina.

En el fondo de ella recostada en un sillon, cuyo respaldo estaba blasonado con las armas de Navarra y cimbrado con una corona real, se hallaba doña Leonor en el momento de entrar el duque ceremoniosamente anunciado desde la puerta de la cámara.

Tendria esta señora á la sazon de treinta y cuatro á treinta y ocho años; era morena y sonrosada, tenia unos rasgados ojos pardos llenos de vivacidad y expresion, magníficos cabellos castaños suaves y rizados, la frente ancha un poco elevada y ligeramente inclinada hácia atras, la boca pequeña y la nariz aguileña. El conjunto de su fisonomía era bello y simpático revelando la inteligencia, la travesura, la energía y la resolucion más extremada.

Hija de Enrique II, la casaron muy jóven con Cárlos de Navarra, á quien no amó; y ni el amor á cuatro hijas que tuvo ni el que á ella le tenia su esposo pudieron hacerle olvidar la córte de Castilla y los alcázares de Sevilla y de Segovia, que encerraban los recuerdos de oro de su primera juventud.

Ternísimamente la queria su hermano don Juan: doña Leonor devorada por la tristeza que las montañas navarras le inspiraban, se dirigió á el, y por su poderosa mediacion consiguió permiso de su esposo para pasar á Castilla con el objeto de restablecer su quebrantada salud; y obsequiada, agasajada y querida, pasó dias, luego años, sin que pensara en dar la vuelta á sus estados.

El rey de Navarra fue consecuente con su esposa durante un no corto espa-

cio de tiempo, pero pasado este, la llamó á su lado con instancia; ella opuso la poderosa excusa de su salud, y don Cárlos esperó á su restablecimiento. Sin embargo, como viera que se dilataba mucho, tornó á llamarla mandándole que apresurara su regreso, ofreciéndole que saldria á recibirla hasta Alfaro para reunirse con ella; pero doña Leonor no era eso lo que queria, y eludió con pretextos y dilaciones las súplicas y órdenes de su marido, suscitando obstáculos é inconvenientes cada vez que aquel las reproducia.

Insistia el rey de Navarra, negábase doña Leonor, intervenia don Juan para apaciguar á su cuñado y convenir los ánimos, y quedábanse nuevamente, aquel en la soledad de su palacio, esta en el bullicio de los placeres de la córte castellana.

Sucedia que engañado en sus esperanzas don Cárlos, mandaba otras embajadas que ponian á don Juan en un conflicto por los opuestos deseos de los dos esposos; y á tanto llegaron las cosas, que á duras pénas pudo ganar tiempo enviándole su hija mayor y ofreciéndole que en la primavera inmediata le llevaria él mismo á su esposa.

En este estado se hallaban los asuntos conyugales de doña Leonor de Castilla cuando acaeció la desastrosa muerte de su hermano; y no hay que decir si los disturbios del reino, la orfandad de sus sobrinos y las contiendas de los gobernadores la facilitaron pretextos para quedarse.

Hallábase, pues, en Madrid desde el fallecimiento del rey don Juan, tomando una parte no pequeña en el gobierno, y ademas figurando clandestinamente en aquel cúmulo de intrigas, que podia compararse á los delgados hilos de una araña, donde se enredaban cada vez más los gobernadores queriendo coger en su centro á los reyes y con ellos el favor.

Cumple advertir que trataba doña Leonor á su hermano don Fadrique con fraternal intimidad, ya porque así conviniera á su interes, ya porque le amase realmente; y no la desazonaba mucho que el duque desgarrase el manto real de su sobrino para apropiarse un jiron, siempre que tuviese en él un firme aliado que le valiese como gobernador para prolongar su permanencia en Castilla.

En la noche en que la presentamos por primera vez á nuestros lectores, los acontecimientos se agolpaban para embrollar más ó desembrollar la enmarañada contienda de regencia y confundir en esta los intereses de doña Leonor; pues con algunas horas de diferencia habian entrado en la revuelta y atemorizada villa los embajadores de Navarra y Aragon, y susurrábase del uno y del otro que no habian venido sólo por la ceremonia de un pésame.

Ya la reina que, como la más interesada por temor de las consecuencias, habia sabido la venida de uno y otro, concedió el permiso solicitado por ambos para besarle la mano, luego que desempeñasen junto á Enrique III su cometido. Aprestábase á la batalla que tenia que dar á la autoridad conyugal del impaciente don Cárlos; y pensativa y ensimismada, procuraba reunir todos

sus recursos, todo su ingenio, su astucia, su energía, para conjurar la tempestad, evadir el golpe que le asestaba y permanecer en aquel foco de intrigas y movimiento en que tan á su gusto se hallaba.

El anuncio de don Fadrique y su saludo tan respetuoso como galante vinieron sucesivamente á sacarla de su larga meditacion, y alzando la cabeza miró á su hermano que alegre y respetuoso le dijo acercándose:

—Señora mia, vengo á pediros nuevas de vuestro esposo que sé las habeis recibido excelentes.

—Mirad, Fadrique, contestó doña Leonor haciendo un graciosísimo gesto, no podiais haber llegado en peor ocasion, porque estoy decidida á reñir con el primero que me hable.

—No haréis tal conmigo, señora, repuso el duque con el mismo tono de ántes; porque hablando seriamente, y su rostro adquirió instantáneamente una singular gravedad, vengo á proponeros un medio que os sacará del apuro en que sé os va á poner mañana el embajador navarro. Pero ántes, anadió con insinuante y afectuosa expresion, prometedme que no son los que aquí están la reina de Navarra y uno de los gobernadores del reino, sino dos hermanos, Leonor y Fadrique de Castilla.

—Os lo prometo, porque así es y así será siempre, dijo doña Leonor con acento dulce y vibrante; y en prueba de ello, venid, sentáos á mi lado y hablad, no olvidando, por vuestra vida, ese peregrino medio que me habeis insinuado.

Sentóse el duque, aproximó su sitial al de la reina, y dijo:

—Supongo, hermana, que sabréis las novedades ocurridas esta mañana en el concejo.

—Lo sé todo, respondió doña Leonor impasible.

—¿Y qué pensais de eso?

—¡Por mi fe, que os habeis dividido y que es una calamidad para el reino!

—¿Y no veis en lo acaecido mas que una sola excision?

—Nada más, mi buen hermano.

—Y dado caso que así fuese, ¿sabeis por qué ha sido motivada?

—¿Quereis que os lo diga francamente? le preguntó á su vez doña Leonor medio seria medio burlona.

—¡Sí, par diez, para eso os interrogo!

—Pues mirad, es porque cada uno quiere mandar sin el otro. Creo que comprenderéis, hablo de los arzobispos.

—Antes de oiros me lo figuraba, Leonor mia; pero ¡oh! cuánto os equivocais al juzgar de ese modo. Yo no tomaria parte en esa lucha de prelados sino supiera harto bien que en ella está implicada la guerra á los hijos de Enrique II, guerra personal y encarnizada que no admite transaccion.

—Eso que decis, Fadrique, no lo habeis reflexionado madura ni detenidamente, replicó doña Leonor con gravedad. Esa lucha existe desde que vino de

Roma el arzobispo de Toledo, y desde que son gobernadores se ha hecho más acerba..... mortal creo, pero solamente para ellos. Sé que el uno se defiende con vuestras armas, y que el otro pretende embotarlas; pero ¿guerra á vos? ¿Quién es capáz de hacérosla, ni con qué objeto?

—Mi Leonor, *de hacernos*, es la palabra propia, porque entended bien esto que os digo; dejad obrar á don García Manrique, y mio el baldon, si en breve tiempo no os conducen escoltada á la frontera de Navarra, para que Pedro de Trastamara pueda encerraros en una estrecha fortaleza, y á mí me dejan, los dos acaso, en sitio donde no vuelva á inquietarlos.

El tiro de don Fadrique fue certero, doña Leonor se alarmó, su conciencia le decia que el arzobispo de Santiago tenia motivo para temer su presencia, y lo que es consiguiente, grande interes en deshacerse de ella. Aceptó, pues, la prediccion de su hermano, y con la prontitud que comprendió su peligro, se resolvió á combatirlo; para lo cual, mirando al duque con sus pardos y hermosos ojos:

—Fadrique, le dijo, no temamos á ese enemigo. Dos hermanos somos, que el que ménos puede más que un arzobispo, aunque sea canciller mayor y gobernador del reino.

—Podrémos si estamos unidos, respondió el duque con energía.

—Contad conmigo, hermano, exclamó doña Leonor tendiéndole la mano, que estrechó don Fadrique reteniéndola entre las suyas.

—Unidos, Leonor, triunfamos; marchando cada cual por su camino sucumbirémos uno tras otro, tan fácilmente como se quiebran los delgados juncos de los pantanos. Establecido este principio, hé aquí, hermana, mi soberano medio: sostenernos mútuamente. ¿Lo aceptais?

—Sin vacilar.

—Siendo así, os prometo por vuestra vida y mi honor que yo á todo trance, don Pedro que os ama mucho, el arzobispo de Toledo nuestro aliado, y todos los que nos siguen, harémos que contra el deseo de vuestro esposo el rey de Navarra, y de nuestro enemigo el arzobispo de Santiago, os quedeis entre nosotros. Y vos, Leonor, para que lo consigamos nos ayudaréis á ganar la confianza de don Enrique, y mejor dicho, la de doña Catalina, destruyendo ese influjo fatal que ejerce sobre ellos don García, influjo que será nuestra perdicion, hermana, si no nos interponemos á tiempo.

—Con Enrique, no lo dudo, conseguiré cuanto deseemos, porque me quiere en extremo ese pobre niño. Pero atraernos á Catalina me parece muy árduo si no imposible, dijo pensativa doña Leonor.

Una nube pasó por la frente de don Fadrique; sus cejas se fruncieron y abandonando la mano de la reina, le dijo vivamente contrariado:

—No será imposible, Leonor. Necesito la confianza de Catalina para mí y para vos; es el alma de Enrique, y Enrique es el rey, hermana.

—Lo sé, Fadrique, mas yo os diré lo que pienso y creo que vos me daréis la razon. Odios muy antiguos recibidos en herencia, recuerdos muy acerbos y resentimientos muy profundos, alzan una barrera muy alta entre la reina y nosotros. Por otra parte, no se esconde la privanza que alcanza con ella Elvira Manrique, la bella y orgullosa sobrina del arzobispo, y de ella deduciréis la natural consecuencia de que para proteger á su tio la malquista con los demas. No la he visto una vez que no haya estado acompañada de su dama, y esto me conduce á una reserva particular.

—Esa muralla de que hablais, replicó el duque con calor, está destruida hace tiempo por doña Constanza y don Juan. La deuda de sangre y odio que se hacian don Pedro y don Enrique fue harto cumplidamente pagada para que sus descendientes queramos aun ocuparnos de ella. No la tomemos, pues, en cuenta, hermana, y releguémosla al olvido.

—¡ Oh ! Fadrique, repuso doña Leonor con viveza, yo no puedo, nunca lo olvido; y os confieso que en mis horas de angustia se apodera de mí ese recuerdo como una mortal pesadilla.

El semblante tan animado del duque se tornó densamente sombrío. Doña Leonor que lo contemplaba con marcada admiracion guardaba silencio; pero viendo lo mucho que le habia afectado su réplica y que nada oponia á ella, le tomó una mano y le dijo con emocion:

—¡ Hermano! mis recuerdos os han sido importunos y mis dudas os han contrariado ¡ lo siento !

—Me han hecho mal, Leonor, respondió el duque impetuosamente; figuráos que mi pensamiento se asemejaba á una flor que se entreabre pura, fresca, perfumada, y que habian echado en su cáliz la sangre de un asesinato. ¡ Oh !...

Y don Fadrique dió un hondo suspiro. Doña Leonor, que seguia contemplándole, apoyó el codo en el brazo del sillon y la sien en la palma de la mano, concentrándose en sí misma un corto espacio que lo fue de silencio.

—Fadrique, exclamó de pronto la reina apareciendo en sus hermosos ojos toda la travesura que la caracterizaba; ¿ dijisteis que mi vuelta á Navarra ?...

—Se aplazaria indefinidamente, y no se realizaria nunca preponderando yo.

La reina se sonrió con maliciosa satisfaccion.

Aquella sonrisa disminuyó notablemente el ceño del duque.

—¿ Y que para ello ?... siguió interrogando doña Leonor.

—Era necesario destruir el influjo de don García que nos roba la voluntad y la confianza de don Enrique y de Catalina.

—¿ Y si hago que la alcanceis ?

—Os repito y juro por el santo nombre de Dios que no saldréis de Castilla.

—Acepto vuestro juramento, Fadrique, y os prometo solamente consagrarme á vuestra causa, *vuestra*, ¿ entendeis ?

—Yo me he comprometido por todos, dijo el duque sonriéndose.

—Yo por vos, replicó doña Leonor acariciando á su hermano con expresiva mirada. Con Enrique III, con ese niño cuya alma es de hombre y de las mejor templadas, contad.

—¿Y con Catalina?

—¡Tambien! si Dios me ayuda, hermano, y con nuestra cuñada la reina viuda, cuyo influjo puede sobreponerse al de la sobrina del arzobispo, en razon á que de ella no desconfian por inofensiva y boba.

—Usad del vuestro, Leonor, ya sabeis que nadie os resiste, le dijo el duque con galantería.

—En todo caso, hermano, será la seduccion cualidad que hemos recibido en herencia, porque ambos la ejercemos por igual. Y ya que veo vuestra frente desarrugada, os diré para que os prevengais, que esta tarde ha tenido don García una larga conferencia con la reina, estando vuestro contendiente furibundo en ella: así me lo ha dicho Juan de Velasco, que es de los nuestros, os lo participo.

—Ayudándome vos, hermana, no temo el furor del arzobispo ni sus odiosos amaños. Con que si me lo permitis, voy, aprovechando vuestro aviso, á neutralizar su influencia.

—¡A Dios, duque! y no me olvideis, le dijo doña Leonor alargándole su pequeña y linda mano.

—¡A Dios, señora! respondió don Fadrique tomándola y estampando en ella sus labios, y saludándola profundamente, añadió: Y hasta mañana si asistis á la recepcion.

—Sí haré, aunque tachen mi presencia, porque así nada escapará á mi observacion y cuidado.

Cuando salió don Fadrique de la cámara de la reina de Navarra iba pensativo, satisfecho; y al pasar los umbrales del palacio se dijo á sí mismo, ocupándose en cubrirse bien el rostro:

—¡Leonor, Leonor! si me cumples tu palabra, que me la cumplirás, porque está en tu interes, desafío á los dos arzobispos unidos, y ¡cuidado! que juntos ó separados son temibles esos sabios y rencorosos varones. Pues don Pedro ¡oh! bien medita y mejor resuelve, y sin embargo, queriendo que yo le abra camino, me ha lanzado por uno que ni siquiera imagina. ¡Adelante!

Y mentalmente diciendo esto con una confianza audaz, echó á andar siguiendo el muro del palacio, separándose á poco de él para tomar una calle contigua, luego otra, y así sucesivamente hasta avistar el alcázar.

Al columbrar recortándose en el cielo cubierto de pardas nubes la masa informe y pesada del edificio que habitaban los descendientes de Pedro I de Castilla y Enrique II el bastardo, el duque de Benavente se detuvo y lo observó atentamente.

La noche era oscura y fria: las inmediaciones estaban desiertas.

Los centinelas paseaban de faccion delante de la puerta del alcázar y en los

ángulos del edificio, que iluminaba la oscilante llama de una hoguera que ardia guarecida de la lluvia.

Otro rayo de luz más tibia reflejaba en los charcos de la calle, escapándose por entre las mal corridas cortinas de una ventana.

Aquella ventana, que reconoció el duque por la de la cámara de Catalina de Lancaster, indicaba que estaba velando allí retirada; así como algunas sombras que pasaron con lentitud confundidas en un grupo, que se habia quedado sola.

Tal presuncion hizo latir el corazon de don Fadrique, que murmuró con una emocion indefinible:

—Te quedas sola ¡y yo te voy á ver! ¡Oh! no te pido poder, Catalina, no, amor, felicidad, ¡todo ese mundo de ilusiones que me acaricia y me deslumbra desde que sentaste el pié en la tierra castellana!

Y haciendo un esfuerzo para dominarse cruzó lentamente el espacio que lo separaba del alcázar, y penetró en él sin obstáculo, como no le habia para ninguno de los tutores del rey y gobernadores del reino.

CAPITULO XI.

DONDE SE VE QUE NO TUVO HABILIDAD DON FADRIQUE PARA COGER UNA ROSA Y SE CLAVÓ EN LOS DEDOS LAS ESPINAS.

La reina, cuya privanza se disputaban reñidamente los dos bandos, cifrando en poseerla la más cierta de sus esperanzas de triunfo, por la natural influencia que debia ejercer sobre el ánimo del rey, se encontraba en aquella hora sentada en un coronado sillon en el fondo de su regia cámara; tan sola, tan inquieta y pensativa, que el que hubiese leido en aquel corazon no hubiera podido imaginarse ni remotamente que de él fiaban los potentes varones de la monarquía.

Catalina de Lancaster habia sido impuesta á Castilla como reina por las lanzas de Juan de Lancaster duque de York su padre, y la debilidad de don Juan I que no pudo rechazarlas. Las exigencias del esposo de la heredera de don Pedro se templaron con las concesiones del hijo de su asesino; la duquesa doña Constanza de Castilla abdicó en su hija todos sus derechos, y esta se los llevó en dote al príncipe don Enrique, que contaba nueve años ménos de edad.

Mas como la jóven doña Catalina podia quedar viuda fácilmente, porque el niño príncipe de Astúrias era muy endeble y enfermizo, se estipuló que no pudiese casarse el infante don Fernando á no mediar el permiso de aquella, puesto que al heredar el trono vacante por muerte de don Enrique contraia la obligacion de compartirlo con ella por medio de un casamiento.

La suerte de doña Catalina estaba, pues, íntimamente ligada á la suerte de dos niños que la muerte de don Juan habia dejado en la orfandad: su juventud encadenada á dos infancias: sus dias consagrados al cuidado de un enfermo que no podia apreciar su costoso sacrificio.

En la minoría de don Enrique, que tan turbulenta y azarosa se presentaba, ¿confiaba la nieta de don Pedro en la proteccion de los hijos de Enrique II? Su madre le habia referido muchas veces la infame historia de Montiel. ¿Se entregaba con fe á la lealtad castellana? No tenia pruebas de ella la que habia nacido en Westminster despues de arrojar á su madre de Sevilla. ¿Se sentia satisfecho el corazon de la jóven con el amor de dos niños que se refugiaban á su seno cuando temian ó lloraban? ¡No!

Entregada á sí misma en esa edad de ventura en que hasta la brisa y las flores tienen para ella su lenguaje y su armonía, le hablan al corazon y lo predispone á sentir esas impresiones sin nombre, sin definicion posible, ardientes, rápidas, luminosas como el relámpago, pero que hacen de la tierra un preludio del cielo; Catalina conocia con inquietud que su corazon despertaba, que latia con las primeras agitaciones de la vida, y conocia con amargura que el vacío era su destino.

Aquel dia habia oido gritos de rebelion en la alborotada villa y el estruendo de las armas á la puerta del alcázar. Dentro de su recinto habia visto desnudarse las espadas y estar los ballesteros, los donceles y la regia servidumbre con la espectacion del peligro. Teniendo en su regazo á el niño don Fernando que acongojado lloraba, sentia su mano las violentas pulsaciones de la del rey húmeda y calenturienta; y al observar la pálida faz de sus damas y el apocamiento del anciano obispo de Cuenca, ayo de don Enrique, habia experimentado la emocion del miedo casi pronunciado en terror.

Pocas horas despues la villa estaba quieta y el motin terminado; pero no estaba tranquila, pues aquella calma no era mas que una tregua para atacarse de nuevo. La discordia y el odio habian cobrado nueva fuerza con los sucesos del dia; los desmanes y las tropelías á partir desde aquel rompimiento escandaloso habian de ser más terribles; la reina, como el rey y el infante, estaban en su poder, sin que estos tuvieran fuerza para poderlos contener.

Despues de tantas emociones doña Catalina se sintió fatigada y tuvo un vivo deseo de estar sola para concentrarse en sí misma. Alejó á sus damas con el pretexto de rezar. Hízolo así por un breve espacio; mas á poco su preocupada imaginacion se distrajo, y con la mano en la mejilla, triste y pensativa, escuchaba el ruido de la lluvia estrellándose en los cristales de las ventanas y los silbidos del viento: en estos instantes la voz argentina de una dama anunció al duque de Benavente.

Por uno de esos presentimientos del corazon, que no es de ningun modo una supersticion el divinizarlos porque proceden del cielo, el de la reina latió al nom-

bre del anunciado, coloreándose sus frescas mejillas cuando le vió aparecer.

Extendió don Fadrique con marcada avidez una mirada en derredor, y una sensacion de gozo dilató su corazon al asegurarse que estaba la reina sola. Era la primera vez que sucedia.

El duque de Beñavente se adelantó en silencio, primero por respeto, y ademas porque en aquel instante las ideas se agolpaban atropelladamente á su cerebro, y las palabras huian de sus labios en fuerza de su emocion.

En aquel rico período de su juventud, Catalina de Lancaster poseia como los de su raza algo de querubin. Su tez era blanquísima y delicada; una espléndida cabellera rubia ornaba con sus sedosos rizos una frente de singular pureza, y en sus ojos de un azul oscuro y brillante se revelaba una dulzura inefable y algo de molicie y languidez. Rigorosamente vestida de luto, la severidad de su traje hacia resaltar la majestad de su persona y la nítida blancura de sus manos, abandonada la una sobre los anchos pliegues de su falda, miéntras que con la otra sujetaba las puntas del cinturon rolladas entre los dedos.

Nunca habia parecido tan bella á los ojos de don Fadrique como en el instante que, incitado por la ambicion, iba á solicitar de la reina el poder, y de la mujer el amor. Nunca tampoco se habia sentido tan conmovido y febril, como al mirarla incorporarse en su asiento para recibirle preludiando una sonrisa.

Por su parte la reina, que habia oido horas ántes al arzobispo de Santiago acusar con su enérgica destemplanza al duque como infractor de la inviolabilidad del concejo y atentador á la libertad del rey, se asombraba de su mirada radiante, de su frente plácida, de aquella agitacion fuertemente comprimida, incomprensible para su inocencia, pero magnética para su naturaleza.

Presintió lealmente que estaba en una de esas horas supremas de la vida, en las cuales se forman ó se rompen vínculos fuertes y poderosos; Catalina pensó que acaso Dios conducia aquel hombre á su presencia para que con su prestigio de reina y su dulzura de mujer lo separara de su alianza con el arzobispo de Toledo, restableciendo la calma en la alterada Castilla; y acariciando este pensamiento, le dijo fijando en él suavemente sus hermosos ojos azules:

—Me alegro que hayais venido, señor gobernador. Con eso os podré decir que por el dia de hoy tengo mil quejas contra vos.

Miraba el duque á la reina en tanto que esta le hablaba, pero tan fija, tan apasionadamente, que no pudiendo resistir la destelladora luz de sus negros ojos, bajó los suyos colorándose como la rosa.

—¿Os las ha dado el arzobispo de Santiago, señora? la preguntó don Fadrique notando con delicia la fuerte impresion que causaba.

—¡Tal vez! respondió la reina con su dulce expresion y los párpados medio velados.

—No lo he dudado, señora: por do quiera que vaya encuentro esta noche la huella de su paso. Solo él puede calumniar torpemente mis sentimientos; solo él

es capaz de envenenar mis acciones con su malicia. Pero vos no lo habréis creido, ¡oh! es imposible que lo hagais, añadió con indefinible expresion, porque el corazon adivina mucho mejor que el espíritu.

—Teneis razon, duque, el corazon adivina; por eso yo no he visto mas en vos que una voluntad que tuercen y un entendimiento que extravian, replicó doña Catalina luchando en vano por sobreponerse y dominar la fascinadora mirada que la envolvia. Por eso he dudado de lo que he oido; por eso estoy pronta á poner en vos mi fe, siempre que, bajo la palabra firme y leal de caballero, me jureis ser nuestro y no del primado; conciliar á esos mal avenidos prelados, tener alguna más deferencia con don García Manrique, á quien sé de cierto habeis amenazado personalmente hoy, y un poco más de union con los goberndores que os acusan de dividir en bandos y parcialidades.

Escuchándola don Fadrique hubo de perder la cabeza y no oir mas que á su palpitante corazon. Miró, pues, en silencio un brevísimo espacio á doña Catalina, dió un paso más hácia ella, y dejándose llevar del arrebato de su violento temperamento, le dijo:

—Para que pongais en mí vuestra fe, no se necesitan palabras ni juramentos. Sólo ¡y no más! con que conozcan lo que llena mi corazon, á lo que tiende mi voluntad, estaréis segura de quien os han hecho dudar. ¿Quereis que os lo manifieste? ¿Permitis que os someta como á Dios el secreto de lo más íntimo que hay en mí, de lo más profundo y más velado?

Ante aquella súbita proposicion, la reina sintió un indecible sobresalto. Sin embargo, ocultándolo tras una falsa y forzada apacibilidad, contestó resueltamente:

—¡ Sí !

—¿Y os dignaréis responderme si tengo el atrevimiento de dirigirme á vuestro parecer y convicciones?

Hizo doña Catalina un signo afirmativo y el duque continuó visiblemente afectado despues de un momento de indecision:

—No os voy á hablar del concejo de regencia ni de las rencillas que los devora. Quédese eso para otra vez que, mejor prevenida vos y más libre mi pensamiento, os ponga en claro esa ramificacion de intrigas que la mano de don García ha creado. Circunscribiéndome á mí, y concretándome á vos, permitid que, apelando solamente á la nobleza de vuestros instintos, os pregunte: ¿ creeis que un caballero que ama, ¡sí! que ama con ciega idolatría, pueda hacer otra cosa que proteger, servir y consagrarse en pro del objeto de su ferviente culto?

—Desde luego, si en su sangre hay hidalguía.

—Pues bien, démosle á ese sér que resume todas las aspiraciones de otro, su condicion semejante; figurémosla una flor y concedámosla los peligros á que está expuesta en el tallo que la mece: ¿podréis dudar que si á esa flor, que es su vida, la ve batida por el furor de una deshecha borrasca, vacilará en guarecerla interponiendo su propio pecho entre el huracan y ella?

Por una de esas intuiciones del corazon doña Catalina comprendió de repente los sentimientos que violentamente agitaban el del duque; lo que le iba á revelar, lo que le iba á pedir, á dónde la conducia; y conmovida, asustada, dejó caer la cabeza entre sus manos ocultando en ellas el enardecido semblante.

—Una palabra, doña Catalina, dijo el duque cada vez más audaz y más febril; sed generosa y pronunciadla. ¿Creeréis ahora que soy *vuestro* sin necesidad de un juramento? ¡Preguntadlo al corazon!

—Es inútil, murmuró agitada la reina.

—Lo creeis, ¿es verdad que sí?

—Sí, sí que os creo, dijo la jóven doña Catalina sonriéndose forzadamente con angustia.

—Pero me comprendeis... ¿no es cierto que me comprendeis? ¡Oh! decidlo, de rodillas os lo suplico.

Y dobló las suyas á los piés de doña Catalina.

Los latidos del corazon de la reina llegaron á los oídos del duque; pero dejó sin respuesta su pregunta.

—No más que esa palabra, esa tan sola; continuó diciendo don Fadrique con exigente y cortado acento; y no pido más.... ¡ me basta !... ¡ pero que la oiga!.. ¡ ella y una sonrisa !... y mi felicidad será tan grande, tan inmensa.... que me parecerá estrecho el mundo para mansion.

—Pues bien, la diré; dijo la reina levantando con resolucion su frente de veinte años y clavando en el duque una mirada dulce y tímida. ¡ Os comprendo! mas sabed que la flor á que aludis en vuestro emblemático lenguaje se siente ofendida en lo más delicado de su sér, y sólo con la seguridad que espera de no serlo nuevamente, os otorga la esperanza del perdon.

—¡ La esperanza ! repitió el duque devorando con su mirada á la reina, que por huirla tornó á poner la ardorosa frente entre sus manos; ¡ la esperanza ! ¡ese es el cielo de los ángeles, pero el infierno de los hombres !

Y acometido de un vértigo puso sus labios ardientes en los rubios y perfumados cabellos de la reina.

Esta se levantó de un salto, sacudió los dorados rizos de su sedosa cabellera, como si aquel beso de fuego hubiera dejado abrasadoras chispas entre ellos; y con un ademan lleno de majestad, levantando el brazo con direccion á la puerta, le dijo con la altanería de una reina y la imponente dignidad de una dama:

—¡Salid!

—¡ Perdon ! exclamó el duque cogiendo el orillo de su manto.

Tiró la reina con fuerza de él y repitió con energía:

—¡ Salid ! ¡ pronto !

Experimentaba don Fadrique en aquel instante supremo que tanto habia de influir en su suerte y en la de Castilla la violenta sensacion del que orgulloso, al pisar la cúspide de una montaña, siente desprenderse la roca que lo sostiene

y rodar con ella á un abismo.

Dos veces intentó hablar; pero la reina, siempre de pié, siempre señalándole la puerta, le impuso silencio con un ademan imperioso.

Confundido, humillado, dominado á su vez por doña Catalina, se levantó, y obedeciéndola salió de la cámara devorado de un violento despecho y de un amargo pesar.

Así que hubo pasado el umbral de la puerta cayendo tras él la pesada cortina de seda que la cubria, la reina, quebrantada, débil y acongojada, sin la ficticia energía que la habia sostenido, se sentó en el sitial sollozando.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó juntando las manos con desconsuelo; hé aquí un enemigo terrible que acabo de añadir á los infinitos de mi sangre; pero tú, tú que velas por los reyes, porque los reyes son tambien tus hijos, envíame un amigo leal que me defienda y un rayo de tu luz que me ilumine, para que conociéndole ponga en él mi confianza.

La cortina se movió, y una dama de peregrina hermosura, asomando la cabeza, dijo con voz dulcísima y penetrante:

—Señora, el alférez mayor, que está en la antecámara, suplica que le reciba V. A.; ¿le introduzco?

—Sí, Elvira, sí, respondió la reina sin titubear.

Y enjugándose las lágrimas añadió levantando los ojos al cielo:

—Rodrigo Lopez de Ayala es muy leal, segun cuentan. ¿Lo será para mí, Dios mio? ¿Lo será para Castilla, Señor, y para esos niños que amo?

CAPÍTULO XII.

DONDE SE DA CUENTA DE LO QUE LLEVABA Á LA CÁMARA DE LA REINA AL ALFÉREZ MAYOR DEL REY.

Apénas repuesta de su violenta emocion sintió la jóven doña Catalina los pasos de don Rodrigo Lopez de Ayala atravesando una parte de la antecámara, y seguidamente entró á su presencia el alférez mayor del rey.

Pasaba Rodrigo de treinta años. La honradez, el valor y la energía resaltaban en su fisonomía, cuya expresion seria y reflexiva se dulcificaba á intervalos por una sonrisa que prestaba un encanto singular á su semblante de perfecta regularidad.

De mediana estatura y de pocas carnes, una musculatura vigorosa y desarrollada al más alto punto, constituia en él una fuerza hercúlea que al decir de los caballeros que, como Gonzalo de Figueroa, habian medido sus armas con él, era su brazo de acero y de duro roble su cuerpo.

Su apostura y gallardía eran notables, así como tambien la cortesía de sus maneras y la dignidad de todos sus movimientos.

Vestia traje de córte y ceñia una larga espada, cuya empuñadura estaba ricamente cincelada.

Cuando entró hizo un saludo respetuosísimo á la reina y esperó á la conveniente distancia que doña Catalina se sirviera interrogarlo. Hízolo, pues, esta, diciendo:

—Solicitabais verme, leal Ayala; ¿qué teneis que noticiarme?

—Muchas cosas, señora, respondió Rodrigo con sonora y simpática voz; y la primera, que en vos sola tengo confianza despues de Dios para salvar esta pobre nave que zozobra.

—¿En mí? exclamó doña Catalina despejándose con aquella idea las sombras de su frente. ¡Oh! ¡así pluguiera á Dios! señor alférez del rey.

—Pues en vos está mi mejor esperanza, señora, porque estais colocada para ablandar á Dios, que en su cólera nos ha mandado á los arzobispos, y para dirigir á don Enrique, de quien sois ángel ahora y compañera más tarde.

—No sé, dijo la reina acariciando sus graciosos y ondulantes bucles, si soy un bien ó un mal para el rey y para el reino. Mas sí os aseguro que por ambos me encuentro dispuesta para grandes sacrificios. Dios os ilumine y hablad, porque creo que desde esta noche van á crecer los desafueros de los bandos y las desdichas de los pueblos.

—Y yo lo creo tambien, señora; pero así como Dios ha dejado remedio para las enfermedades del cuerpo humano, lo ha de haber dejado tambien para las del cuerpo social; todo consiste en saberlo y aplicarlo. Para Castilla hay quien encuentra uno, y yo os lo vengo á proponer.

—Explicáos, señor alférez, dijo la reina vivamente excitada.

—No sé si os han dicho que la guerra civil se ha encendido hoy, prendida por la mano del duque de Benavente y el odio de los arzobispos, que envolverá á toda Castilla si se la deja tomar pábulo; porque la guerra de bandos divide á los pueblos, á las familias, á los hermanos, y las encona entre sí con un implacable odio. Pues bien; ¿cuál es el motivo ostensible de esta guerra? Los arrogantes desmanes del duque y del conde de Trastamara, que exaltan el genio iracundo de don García; de ese antagonismo creciente de los dos arzobispos; de esa discordia de concejo tan numeroso y desavenido. ¿No es cierto, señora, que esta es la causa?

—Demasiado lo sé y conozco, respondió doña Catalina dando un suspiro.

—Pero la guerra civil se puede apagar quitándola el pretexto. Hé aquí la esperanza de salvacion concebida por mi hermano, vuestro leal corregidor de Toledo; esperanza que mi brazo se encarga de realizar, y que vengo á comunicaros para que puesto que el rey, niño y doliente segun me han dicho, no puede oirme y autorizarme, lo hagais vos como la reina su esposa.

—¡Oh! mostradme esa buena esperanza, Ayala, que buena debe de ser fiando en ella el honrado corregidor. Decid, no tardeis.

—Pues es la de anular la regencia, dijo el alférez mayor con tanto laconismo como firmeza.

—¡ Oh ! eso no es posible, exclamó la jóven doña Catalina asombrada y dudosa. ¿ Quién tiene poder ó facultad para conseguirlo ?... Nadie, porque las córtes no lo harán.

—Para conseguirlo sólo se necesita que V. A. decida al rey á presentar el testamento del difunto don Juan I.

—Pero ¿ no sabeis que está perdido ?

—Lo que sé es que está guardado.

—¿ En dónde, por quién ?

—Por quien le conviene tenerlo, por el duque de Benavente.

—Entónces no penseis en él, dijo la reina con amargo desaliento.

—Al contrario, insisto en mi idea.

—Mas ¿ en qué la fundais ?

—Hoy, como sabrá V. A., llegó de Zaragoza mosen Guerau de Queralt como embajador de Aragon y.....

—¿ Lo va á denunciar Guerau ? preguntó vivamente doña Catalina.

—¡ Oh, no ! mosen Guerau sólo viene á su embajada.

—Así debe ser; pero ¿ á qué entónces su nombre al hablar del testamento ?

—Lo hice porque están en íntima relacion. Queralt sabe, no importa por dónde, que el duque de Benavente tiene el testamento del difunto don Juan , y tiénelo á buen recaudo, porque en el concejo de gobernadores que el monarca dejó á Castilla, no estaba nombrado ni su sobrino el conde de Trastamara, ni el maestre de Santiago con quien tan unido está : y mosen Guerau, que es afecto á Castilla, nos lo ha manifestado á mi hermano y á mí, en quien desde la pasada guerra de Portugal tiene gran confianza, para que con él se corten estas funestas contiendas, mancilla de los gobernadores y ruina del estado.

—Con efecto, señor alférez del rey ; á presentarse el testamento, esa fatal alianza quedaria rota por inútil, y tal vez la regencia nombrada por don Juan gobernaria con más union que la de las córtes. Pero el duque no lo dará, estad seguro. Y ¿ quién lo arrancará de su poder ?

—Yo, señora, contestó Rodrigo Lopez de Ayala sin jactancia, pero con íntima seguridad ; con la ayuda del apóstol Santiago, si V. A. se resuelve á ordenármelo formalmente.

—¿ Tanta confianza teneis ?

—Señora, la que puede tener un hombre en sí mismo.

—¡ Oh ! poca es para tan árdua empresa.

—A mí me parece sobrada ; mandadme que lo recupere, y cuando vuelva os lo traeré.

Por dos veces fué la reina á darle la órden que le demandaba, y otras tantas espiró la palabra en sus labios vacilando ante la responsabilidad que envolvia; hasta que iluminada por una súbita idea se levantó con resolucion, diciendo:

—Consultémoslo con don Enrique, á quien si faltan años sobra prudencia y discrecion. Seguidme.

Y con paso ligero se encaminó á la puerta que conducia al departamento del rey, solitario por la parte que atravesaban, penetrando en la cámara real tan desierta como las habitaciones anteriores.

La vasta pieza que ocupaba el rey no tenia de regio mas que su destino, ni de lujoso otra cosa que las colgaduras del lecho ricamente recamadas.

Una lámpara de plata iluminaba débilmente la estancia, derramando un trémulo rayo sobre la lánguida faz del rey entregado á un sueño tranquilo y profundo... sueño dulcísimo de niño.

Enrique III sólo contaba, para desgracia de Castilla, once años. Su rubia cabellera, que en su primera juventud blanquearon los cuidados y las dolencias, estaba esparcida sobre la blanca almohada, formando una espléndida aureola á su rostro de una blancura mate, y la forma de su cuerpo endeble y enflaquecido se perdia entre la ropa que le abrigaba.

Paróse Rodrigo Lopez de Ayala á una respetuosa distancia del lecho, y la reina se adelantó sola hasta llegar á él.

Entónces se inclinó, puso suavemente sus dedos de rosa sobre la frente ancha y hermosa del rey, y dijo en voz baja, pero vibrante:

—¡Enrique! despertad.

Impresionable Enrique como todas las organizaciones nerviosas, abrió los ojos, y encontrándose con los de la reina inclinada todavía sobre el lecho, se dibujó en sus delgados labios una dulce sonrisa, miéntras que sacando los brazos tomó con sus pequeñas manos la de doña Catalina que habia rozado su frente. Preocupada esta, y conmovida con aquella infantil caricia, añadió con emocion:

—Despertáos bien, Enrique. Despejad vuestro entendimiento y oidme con atencion.

El niño don Enrique posó en ella una mirada, en que aparecia una elevada inteligencia precozmente desarrollada, y dijo con voz débil, pero singular acentuacion:

—Bien despierto estoy, hablad.

—Aquí teneis un vasallo de los mejores y más leales que viene á pedirnos una órden que necesita para acometer la empresa de restablecer la turbada paz de estos reinos. ¿Estais en disposicion de oirle?

—Sí, que se presente.

Y el rey, lo mismo que si los años y el hábito de mandar le hubiesen dado la costumbre y la ciencia de hacerlo, se dispuso á dar audiencia incorporándose en el lecho despues de soltar la mano de doña Catalina, quien vuelta á Rodrigo Lopez de Ayala, le dijo:

....hincó una rodilla para besar la mano que Enrique III.° le tendió....

[illegible] alférez mayor, acercáos.

[illegible] este así, y llegando, hincó una rodilla en tierra para besar la mano [illegible] Enrique III le tendió con indefinible dignidad.

[illegible] dándolo levantar, y tomando la palabra doña Catalina, dijo:

—Vuestro alférez mayor, aquí presente, y su hermano nuestro corregidor de Toledo, [illegible] que el testamento de nuestro padre y señor don Juan I existe en poder de nuestro tio gobernador don Fadrique de Castilla; el cual cautelosamente lo oculta por sus fines de ambicion. El valiente Rodrigo Lopez nos ofrece recuperarlo con la ayuda de Dios, si vos lo autorizais; y Pero Lopez de Ayala, que sabeis es tan entendido como leal, espera que la voluntad de nuestro padre [illegible] que llevándose á efecto contenga los males que amenazan, si la discordia [illegible] concejo continúa. [illegible] á echar á la nave que zozobra, [illegible] estis con ánimo de intentarlo?

—Yo sí, y ¿vos? contestó don Enrique interrogando [illegible] gravedad.

—Tambien, respondió doña Catalina con resolucion.

—Nosotros somos buenos hijos, dijo don Enrique dirigiéndose al alférez mayor, [illegible] nos someterémos á la voluntad de nuestro difunto padre, la presentarémos [illegible] al concejo, y lo empeñarémos á que la guarden en todas sus partes. Id, id, valiente alférez, á recobrarla, que no sólo os autorizo, sino que os lo mando [illegible] mente, y así lo declararé si os hacen cargo por ello.

—Gravísimos me los harán, pero el contestarlos queda para más [illegible] sólo encargo una cosa á V. A., y es que no participe mi intento [illegible] obispo de Santiago que obtiene vuestra confianza, ni á [illegible] camarero, que continuamente os rodea. El éxito [illegible]

—Por mí parte os lo prometo; ni aun pronunciaré la palabra [illegible] se no haya quien conciba una sospecha.

—Pues me comprometo á presentárosle con esa seguridad.

Un momento despues Enrique III reclinaba suavemente su blanda [illegible] en [illegible] ohada, Catalina de Lancaster se sentaba en su sillon, y Rodrigo Lopez de [illegible] cruzando la antecámara de la reina, saludaba cortesmente á un grupo de [illegible] que la animaban, dirigiendo á una de ellas una mirada fuertemente impregnada de amor.

Trascurrida una hora, el alférez mayor, sustituido el traje de córte por uno [illegible] sencillo de camino que ocultaba una cota de fuertes y menudas mallas, ceñida [illegible] suelta y delgada cintura una banda de seda blanca con una empresa [illegible] escondido entre el jubon el puño de oro de su daga, y abrigado con [illegible] tabardo, salía de la villa jinete en un poderoso alazan, acompañado de [illegible], sin tener en cuenta lo avanzado de la noche y lo recio del tempo[illegible] tomando el camino de Valladolid, dónde le dejarémos seguir su marcha con [illegible] diligencia que permitian los caminos convertidos en lagunas.

para besar la mano que Enrique III le tendió

—Señor alférez mayor, acercáos.

Hízolo este así, y llegando, hincó una rodilla en tierra para besar la mano que Enrique III le tendió con indefinible dignidad.

Mandólo levantar, y tomando la palabra doña Catalina, dijo:

—Vuestro alférez mayor, aquí presente, y su hermano nuestro corregidor de Toledo, aseguran que el testamento de nuestro padre y señor don Juan I existe en poder de nuestro tio gobernador don Fadrique de Castilla; el cual cautelosamente lo oculta por sus fines de ambicion. El valiente Rodrigo Lopez nos ofrece recuperarlo con la ayuda de Dios, si vos lo autorizais; y Pedro Lopez de Ayala, que sabeis es tan entendido como leal, espera que la voluntad de nuestro padre sea la que llevándose á efecto contenga los males que amenazan, si la discordia del concejo continúa. Es un áncora que vamos á echar á la nave que zozobra. ¿Os sentis con ánimo de intentarlo?

—Yo sí, y ¿vos? contestó don Enrique interrogándola con singular gravedad.

—Tambien, respondió doña Catalina con resolucion.

—Nosotros somos buenos hijos, dijo don Enrique dirigiéndose al alférez mayor, y nos someterémos á la voluntad de nuestro difunto padre; la presentarémos al concejo, y lo empeñarémos á que la guarden en todas sus partes. Id, id, mi valiente alférez, á recobrarla, que no sólo os autorizo, sino que os lo mando expresamente, y así lo declararé si os hacen cargo por ello.

—Gravísimos me los harán, pero el contestarlos queda para más adelante. Hoy sólo encargo una cosa á V. A., y es que no participe mi intento á nadie, ni al arzobispo de Santiago que obtiene vuestra confianza, ni á Juan de Velasco vuestro camarero, que continuamente os rodea. El éxito está en el sigilo.

—Por mi parte os lo prometo; ni aun pronunciaré la palabra testamento para que no haya quien conciba una sospecha.

—Pues me comprometo á presentároslo con esa seguridad.

Un momento despues Enrique III reclinaba suavemente su blanda cabeza en la almohada, Catalina de Lancaster se sentaba en su sillon, y Rodrigo Lopez de Ayala, cruzando la antecámara de la reina, saludaba cortesmente á un grupo de damas que la animaban, dirigiendo á una de ellas una mirada fuertemente impregnada de amor.

Trascurrida una hora, el alférez mayor, sustituido el traje de córte por uno harto sencillo de camino que ocultaba una cota de fuertes y menudas mallas, ceñida á su suelta y delgada cintura una banda de seda blanca con una empresa bordada, escondido entre el jubon el puño de oro de su daga, y abrigado con un ancho tabardo, salía de la villa jinete en un poderoso alazan, acompañado de su escudero, sin tener en cuenta lo avanzado de la noche y lo recio del temporal, tomando el camino de Valladolid, donde le dejarémos seguir su marcha con toda la diligencia que permitian los caminos convertidos en lagunas.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO FUE RECIBIDO DEL REY MOSEN GUERAU DE QUERALT, Y LO QUE LE DIJO EN NOMBRE DEL REY DE ARAGON.

Pasó la noche sin calmar en su trascurso las agitadas pasiones de don Fadrique de Castilla, excitadas por los acontecimientos de la víspera con una violencia espantosa; ni los precipitados latidos del corazon de la reina, ni la presurosa carrera de Rodrigo Lopez de Ayala; dando lugar á un nuevo dia más lluvioso y frio que el anterior, pero no ménos importante para la córte, como señalado para la recepcion de los embajadores navarros y aragoneses.

Fácil es de concebir lo que habia sufrido el conde de Benavente durante aquellas largas horas de insomnio, si se reflexiona que á pesar de la veleidad natural de su carácter habia concentrado en la reina doña Catalina un amor profundo y silencioso que tuvo toda la violencia de la pasion al nacer, todas las mágicas ilusiones del deseo para vivir, rechazándole al insinuarse por primera vez con el más acerbo desprecio la que en su inmensa presuncion habia asegurado ser suya.

Cuanto más bellas, más magníficas y seductoras habian sido las ilusiones que lo habian deslumbrado, más amarga y humillante encontraba la realidad; y la reina, de pié, radiante de majestad, señalándole la salida con su ademan orgulloso, estaba tenaz é implacablemente unida á su memoria.

Tambien la reina habia velado. Tambien en su mente habia un pensamiento fijo y en su corazon una agitacion constante. Tambien ella le veia incesantemente á traves de sus párpados entornados cayendo á sus piés de rodillas, cogiendo luego la orilla de su vestido, y sentia aun con estremecimiento febril la ligera presion de sus labios en los rizos de su magnífica cabellera.

Y cuando él en su frenética rabia y ella en sus recuerdos inquietos veian avanzar el dia, sentian una impresion indefinible y violenta, pensando que pasadas algunas horas iban á encontrarse frente á frente con la córte por testigo.

Mas á pesar de la reina y del duque, quienes de bonísima gana hubieran aplazado la presentacion de los embajadores, y á pesar del tiempo que no podia ser más crudo, á la hora designada por el concejo iban llegando al alcázar todos los que debian asistir á la ceremonia de recepcion.

Notábase mucho interes en los cortesanos, entre los que se oian ligeros murmullos, porque habia trascendido que la embajada de Aragon era de más importancia de la que á un pésame corresponde.

Con muy corto intervalo de tiempo entraron en el salon señalado para el efecto la reina doña Beatriz con sus tocas de viuda y su escaso séquito, la reina doña Leonor seguida de espléndida servidumbre, y los reyes de Castilla y Leon rodeados de sus tutores y gobernadores del reino.

En el fondo del salon y bajo un dorado solio estaba el trono que ocuparon Enrique III y la jóven Catalina de Lancaster.

Junto al rey se colocó el infante don Fernando, á la derecha la reina viuda, á la izquierda la de Navarra; luego seguian los gobernadores, y en torno de estos, los ricoshombres, los prelados, los diputados de las ciudades agrupados en la regia estancia, como en el combate de la víspera en derredor de los jefes de los bandos.

En el mismo punto de sonar la hora marcada para la presentacion de mosen Guerau de Queralt, entró el duque de Benavente. Brillante séquito le seguia, y su arrogante y hermosa presencia ostentaba todo el esplendor de un rey.

Sólo que su frente tan altanera y audaz tenia bajo su impasibilidad aparente una tristeza sombría.

Despues de besar ligeramente la mano de don Enrique, se inclinó para tomar la de la reina; mas acercándola á sus labios que apénas la rozaron, murmuró en voz sólo de ella perceptible:

—¡Es imprescindible hacerlo!

—¡De otro modo no sería! contestó trémula de indignacion la reina.

Y el duque, despues de protestar su insensato orgullo, fué á ocupar su puesto entre los gobernadores.

Enrique III con su gravedad precoz y majestad natural, con su frente apacible y serena, amarilla y casi mustia, y el manto real sobre los hombros, parecia estar en su centro presidiendo aquel acto solemne; y con singular aplomo y un instinto que maravillaba, dirigia sus miradas y enviaba sus sonrisas.

La reina, pálida y conmovida, dominaba sus impresiones con toda la fuerza de su voluntad, y aparentemente tranquila, ya se sonreia con la reina doña Beatriz, ya cambiaba una apacible mirada con el niño don Fernando, que tiernamente la queria, ó bien dejaba vagar su vista por la numerosa y escogida concurrencia.

Por su parte don Fadrique giraba sus ojos en rededor con tal impasibilidad, que parecia ajeno á todo temor ó simpatías; sólo sí, que cuando su mirada se encontraba con la de la reina, y era á menudo, la fijaba un instante en ella para desviarla en seguida con un respeto que tocaba en afectacion. Pero cuando doña Catalina bajaba sus hermosos ojos ó los separaba de él, que era siempre, entónces su mirada ardiente y penetrante se extasiaba en contemplarla.

En cuanto á los demas, impenetrable con su hermana, reservado y severo con los gobernadores, cortes con las damas, de todos era observado sin que ninguno pudiese penetrar lo que ocupaba aquel pensamiento cuidadosamente oculto.

A su vez doña Leonor, bajo un exterior tranquilo, devoraba la inquietud más angustiosa.

Tras de su frente sonrosada y serena, la duda con su zozobra, y la esperanza con su consoladora luz, se sucedian alternando.

Contaba con la decidida proteccion de su hermano unida á la de su poderoso partido; presumia que en su decision y firmeza se estrellaria la voluntad de su esposo don Cárlos y el influjo de don García, pero ínterin que lo incierto no fuera seguro, sentia un desasosiego inexplicable.

La sonrisa, sin embargo, aparecia de continuo en sus labios de coral, y para nadie tenia tan afectuosa expresion como la dirigida al arzobispo de Santiago á quien más por enemigo tenia y que más cerca de ella estaba. Y como no olvidase lo que habia ofrecido la víspera á don Fadrique, lanzaba de vez en cuando una acariciadora mirada á la reina que por instinto la rechazaba evitándolas con cuidado.

Tal era el aspecto que presentaba la córte cuando entró mosen Guerau de Queralt, precedido de un ligero murmullo de curiosidad y seguido de una corta pero brillante comitiva de apuestos y valientes caballeros de la corte de Aragon.

Era mosen Guerau de colosal estatura, buen talento, continente marcial, rostro feo que cruzaban dos anchas y prolongadas cicatrices, lo cual causó muy mal efecto en las damas castellanas que no podian distraer su atencion de las rojas señales que dejaran en el rostro del gigante aragones las sendas cuchilladas recibidas, de las cuales una corria por la frente cortando la ceja izquierda como un rio que pasa por entre un espeso juncar, y la otra desde el arranque de la encorvada nariz hasta perderse en la crecida barba de un rubio tornasolado.

Los caballeros castellanos que habian guerreado con él en la jornada de Portugal, apreciando en lo que merecia la pujanza y esforzado aliento del mejor adalid de Aragon, su prudencia y su lealtad, se holgaron mucho de verle, sin pesarles por eso que las beldades de Castilla no lo hallaran de su gusto.

El pujante embajador no se ocupó un solo instante del efecto que producia, sino que, dando principio á su cometido, expuso su embajada que estaba concebida en los términos más amistosos que pudieran emplearse, y se redujo á que el rey de Aragon, vista la tierna edad de don Enrique y receloso de que se prevalieran de ella el moro granadino, el portugues, ó *algunos naturales mal contentos que rehusasen obedecer* ó le moviesen guerra, contara para su defensa con su persona y vasallos; por lo que en vez de ir á pasar el invierno en Barcelona lo pasaria en Zaragoza para estar dispuesto en todo caso.

Que la paz con los portugueses la consultase despacio con su concejo confirmando las treguas por entónces; que cuidara mucho del tierno infante su sucesor; que respetara á la reina viuda, pues no tenia más valedor que él; que atendiese á la reina doña Leonor su tia, y por último, que en cuanto al gobierno del reino se dirigiera conforme á la *última voluntad de su padre.*

Levantóse un sordo murmullo al escuchar la última proposicion del embajador. Las negras cejas del duque se fruncieron airadamente, al par que los ojos del arzobispo don García brillaron como una llamarada de fuego.

Sin embargo, un silencio absoluto siguió á aquel primer indicio de tempestad, y el arzobispo de Toledo, con reposado continente y discretas cuanto comedidas palabras dió las gracias en nombre de su señor don Enrique III por las ofertas y consejos de tan buen aliado como era el rey de Aragon su tio, sin comprometerse en nada para lo sucesivo ni darse por entendido respecto de la indicacion al oculto testamento.

Tomada la venia de don Enrique, quien en cumplimiento de su palabra á Rodrigo Lopez de Ayala habia estado tan sobre sí, que ni con un gesto manifestó comprender la preparatoria alusion de mosen Guerau; se retiró este despues de besarle la mano y recibir los agasajadores cumplidos de la córte, dejándole muy pagado la cortesanía castellana, pero muy poco satisfecho la ambigüedad y disimulo del ilustre arzobispo de Toledo.

Concluida la recepcion de mosen Guerau de Queralt, se presentaron los reverendos obispos de Calahorra y abad del Perdon, embajadores de Navarra.

En términos bien sentidos dieron el pésame al rey por la desgraciada muerte de su padre don Juan, aseguró con solemnes protestas la buena amistad del monarca navarro y la lealtad de sus intentos, formulando nuevamente y con más brio la demanda de que volviese á su lado su esposa doña Leonor.

La peticion de don Cárlos era justa á toda luz; el obispo de Calahorra usó para exponerla sumo pulso y mesura en medio de la más templada energía. Pero la reina tuvo por valedores á su hermano, y con su hermano al primado y su poderoso bando; de modo que sólo pudo recabar la elocuente facundia del prelado navarro y la justísima demanda del monarca que representaba, una respuesta evasiva acompañada de las más expresivas manifestaciones de agradecimiento y amistad.

Es inútil asegurar á nuestras lindas lectoras, porque sin duda alguna ya se lo habrán figurado, que alcanzaron ménos éxito entre las damas los talares hábitos de los embajadores de Navarra que las encarnadas cicatrices de mosen Guerau de Queralt.

CAPÍTULO XIV.

Cómo Rodrigo Lopez de Ayala se enteró de lo que le atañia y dió cima á su empresa.

Miéntras que en Madrid cada cual se entregaba al descanso lográndole los más y desesperándose por no alcanzarlo los ménos, caballero Rodrigo Lopez de Ayala en su inteligente y poderoso alazan caminaba con la velocidad posible en la noche oscura y lluviosa que hacia, gracias á su destreza en manejar su corcel y al maravilloso instinto de este.

No ignoraba por cierto el alférez mayor del rey que la fortuna es amiga de los diligentes; sabía ademas todos los resultados é inconvenientes de una empresa atrevida frustrada, ó prematuramente descubierta, y trataba de procurarse la inmensa ventaja de dar el golpe ántes que prevenir la amenaza.

Corria, pues, en silencio asaz meditabundo y ensimismado; bajas las anchas alas de su sombrero para guarecer el rostro de la lluvia que no dejaba de caer; entregado enteramente á sus pensamientos, que ya atraian una sonrisa á sus lábios, ya arrancaban un suspiro de lo más hondo de su pecho.

Seguíale callado, pero sin quedarse atras, su escudero Hernando de Illescas, jóven como su señor, valiente, astuto y decidido, y en quien este miraba un compañero y un amigo, más bien que el primero de sus servidores.

A los primeros albores del dia pasaron el puerto de Guadarrama: la lluvia habia cesado por entónces, pero los caminos estaban intransitables.

—Bien poco hemos andado, Hernando, dijo Ayala con disgusto al reconocer el sitio; así no llegarémos jamas al término del viaje.

—Ahora andarémos, repuso aquel, porque lo que hemos hecho esta noche ha sido nadar desesperadamente, señor.

El escudero decia bien. Entónces empezó verdaderamente su carrera que fue violenta y continuada, sin descansar más tiempo que el absolutamente preciso para dar ligero descanso á los caballos y tomar los jinetes alguna escasa refaccion.

Al anochecer del siguiente dia los nobles animales estaban rendidos y sus dueños trataron de darles el necesario descanso.

—Hernando, dijo Ayala deteniendo su caballo y dejando adelantar el de su escudero; los caballos no pueden andar más. Hemos hecho mal en no entrar en Olmedo, y ahora no veo en todo lo que mi vista alcanza un albergue que nos cobije.

—Decis bien en todo, pero olvidais que por estos contornos debe haber un monasterio que nombran los naturales por de San Bernardo el Viejo, y los padres nos darán, si lo pedimos, hospedaje y bendiciones, dos cosas de las cuales la primera sabe Dios cuánto la necesitamos, y la segunda nunca viene mal ni está de sobra para quien como nosotros van á buscar aventuras.

—Tal no lo olvido, que á ese santo monasterio se encamina mi diligencia. Con que andemos y veamos si podemos llegar ántes que nos coja la noche, que ya se viene á más andar acercando.

—Pues segun fama, porque yo nunca lo he visitado, está sobre la márgen izquierda del Araya, y si mi oído no ha perdido nada de su antigua delicadeza, se percibe el murmullo de sus aguas.

—Yo tambien lo oigo á fe, y ahora me parece que distingo sus agujas, perdiéndose en aquella nube plomiza.

Y clavando las espuelas en el ijar de sus cabalgaduras, no insensibles al aviso, prosiguieron su camino, redoblando el cansancio de estas las fangosas arenas que pisaban.

Era, pues, bien entrada la noche, cuando junto á la cruz de piedra del atrio saltó á tierra Hernando y fué á tener la brida del caballo de su señor. Descendió este con ligereza y ambos fuéron á llamar á la puerta del claustro, cerrada como la de la iglesia.

Pasó tiempo y no poco sin que nadie contestara, por más que á porfía redoblaban los golpes con más fuerza caballero y escudero, asaz mortificados con no ser oidos ó atendidos que parecia lo más cierto.

—Paréceme, Hernando, dijo Ayala impaciente, que no es mucha la diligencia que tiene el portero para abrir al viajero que la noche trae á este asilo, y ¡por san Millan bendito! si el abad no está más pronto para concedernos la hospitalidad, mucho me temo tengamos que dormir sobre las losas del pórtico y atar estos caballos á un árbol.

—No hará tal ni él ni nosotros, replicó Hernando más amostazado que su señor. Voy á dar la vuelta al hospitalario monasterio á ver si encuentro otra brecha más practicable, y miéntras yo busco el flanco no levanteis vos el cerco.

Y tomando los caballos de la brida comenzó á rodear el muro para ver si descubria un rayo de luz por algun resquicio de aquellas puertas y ventanas tan cerradas.

La campana en tanto resonó en el espacio con fuertes y prolongados tañidos, perdiéndose sus vibraciones entre el seco crujir de los desnudos árboles del bosque agitados por un viento desapacible y frio.

A los largos tañidos se unian por intervalos los furiosos golpes que seguia dando Rodrigo á la puerta, hasta que por fin un ventanillo de esta se abrió, y asomando la cara redonda, pacífica y reluciente de un lego, preguntó con voz hueca y acento regañon:

—¿Quién llama en tan intempestivas horas á este santo asilo?

—Quien solicita un albergue para esta noche, endiablado portero; ¡abrid!

—Esto no es posada, respondió el lego con furia para disimular el mucho miedo que tenia; ahí cerca está Olmedo, más arriba Valladolid y despues Tordesillas, con que marcháos y Dios os guie.

—No haré tal cosa á pesar de vuestro deseo, hermano, replicó el impaciente alférez mayor; vos seréis el que iréis más que de paso á decirle á vuestro superior que un caballero que viene de muy léjos le suplica ser admitido en este mismo instante á su presencia.

—¿En este instante? No puede ser; su paternidad va á maitines.

—Eso no importa; avisadle, y despues que me hayais introducido ved si mi escudero que va buscando otra entrada ha conseguido encontrarla.

—¡Santa Elvira y san Julian con todos sus compañeros sean con nosotros esta noche! Nada ménos que dos se nos embocan para tenernos sobre un pié como á las grullas, murmuró el lego portero separando su enorme cara del ventanillo; y añadió perdiendo su voz una parte de su aparente volúmen: Puesto que insistis iré á decírselo al reverendo padre abad, y si vuelve vuestro escudero entre tanto, que se espere, no sea que quiera entrar por alguna ventana y se desnuque.

Pasado un corto rato, que no le pareció á Rodrigo Lopez sino muy largo, volvió el hermano portero, descorrió los enormes cerrojos que aseguraban la puerta, y abriendo sus pesadas hojas franqueó la entrada á su temido huésped, diciéndole con singular volubilidad y cortesía.

—El abad, señor caballero, os escuchará con la mejor voluntad cuando salga del coro la comunidad que va á rezar nona y á seguida los maitines. En cuanto á vos, si quereis ir á la hospedería, id; si no, por esta galería se va á la iglesia y allí le podeis pedir á nuestro Señor que os ilumine, guarde, defiende y conforte en todas las tribulaciones del alma y del cuerpo; en tanto que yo voy en busca de vuestro desencaminado escudero, que ya podia haber dado la vuelta al mundo cuanto más al monasterio, y no que me obliga á buscarle con este frio á pique de resbalarme y caer quedándome como un gálapago sin poderme menear.

Fatigado Rodrigo con aquella charla inaudita, para cortarla se dirigió á la iglesia por la galería indicada, y no encontrando el asiento que su cansancio requeria, se resignó á esperar todo el tiempo que durasen los rezos de la comunidad recostado en uno de sus macizos pilares.

Encendieron con parsimonia las luces del altar, comenzaron los monjes sus preces y salmódias, y el cansado é impaciente alférez mayor tuvo tiempo á prepararse dignamente para la conferencia solicitada, despues de elevar á Dios un piadoso pensamiento.

Concluido el coro un monje condujo á Rodrigo Lopez de Ayala, que conservaba el incógnito, á presencia del abad rodeado de la comunidad entera.

A la natural severidad del abad, á su reserva y desconfianza se habia unido el profundo disgusto de haber sido sorprendido y engañado por el jóven emisario del duque de Benavente, que sustrayendo de su poder un depósito tan importante habia triunfado de todas sus legítimas prevenciones. De manera que el ofendido anciano acogió al incógnito viajero con más pronunciada desconfianza y frialdad que á Gonzalo, siendo más notable su apático recogimiento y su rígida expresion.

Reunia el alférez mayor del rey esa seguridad de sí mismo que no se arredra por nada á una penetracion singular, suma prontitud en la decision y una firmeza extremada, lo cual con su noble y seria cortesanía lo ponia en sus aventuras á la altura en que le convenia colocarse.

No se dejó imponer con aquel glacial recibimiento, sino que echando una rápida ojeada por las dos hileras de monjes, en cuyo centro se habia colocado el abad, dijo al anciano prelado con tono respetuoso, en el cual no se traslucia ni temor ni descontento:

—Padre mio, os he pedido una conferencia con urgente empeño y me la habeis concedido, si no con la premura que la solicitaba, sin que la tardanza haya perjudicado mis intentos; pero veo que no es privada, y yo en este sentido la deseo, y aun diré más, la necesito.

—Si hubierais pedido confesion os hubiera recibido en el templo ó en mi celda, repuso el septuagenario abad con austero y frio acento; pero como lo que reclamabais era ser introducido á mi presencia, creí honraros más con añadir á la humildad mia la de la comunidad que me rodea.

—Es que, replicó el alférez mayor inclinándose para saludar á los monjes, no me trae á este monasterio la necesidad de un sacramento cuya celebracion fie á vuestra santidad, sino la precision de inquirir noticias y pormenores lo más ámpliamente detallados que posible sea tener sobre cierto hecho que conoceis, muy oculto hasta ahora con perversos fines, segun los sucesos han demostrado.

—No sé á qué aludis, contestó el anciano abad con aspereza, presumiendo le tendian un nuevo lazo de no ménos trascendencia que el en que ya habia caido; por lo cual no tengo que contestar sobre ese hecho que anunciais y os habeis encargado de inquirir. Por lo demas, si no teneis inconveniente podeis decir quién sois, á lo que venis, ó si mejor os place, en lo que os podemos servir la comunidad y yo como hermanos en Jesucristo.

—Soy el alférez mayor del rey, Rodrigo Lopez de Ayala; vengo á lo que he manifestado, y traigo para obligaros la recomendacion del digno y reverendo obispo de Cuenca, cuya bendicion es con vos.

Al nombre del prelado que estaba educando al rey y que era mirado como un dechado de virtud, unido al de Rodrigo, célebre por las gloriosas hazañas que le habian ilustrado, se serenó la adusta frente del abad, quien con más dulzura repuso:

—Bien venido sea el que viene en nombre del pastor de Jesucristo. Contad, pues, con mi atencion, y manifestad en lo que os interesa ser instruido.

—Es tan reservado, padre mio, lo que tengo que deciros y preguntaros, que sólo tengo facultad de fiarlo á vuestro oído.

Cediendo el abad á la firme insistencia de Ayala:

—Consiento en oiros, le dijo; seguidme y os guiaré á mi celda.

Y precediéndole salió de la sala donde quedó la comunidad poco satisfecha de aquella exclusion, y se encaminó á la celda abacial, en la cual ambos penetraron cerrándose la puerta tras ellos.

La conferencia del abad y Rodrigo fue larga, tardando en terminar más de dos horas, que por cierto se les hicieron más pesadas á los monjes que al alférez mayor las vísperas y maitines.

Por fin la puerta de la celda se abrió y apareció Rodrigo, cuya mirada anunciaba la satisfaccion; y el abad, depuesta en parte la desconfiada prevencion que era casi natural en él, le alargó la mano que aquel besó respetuosamente, y le dijo:

—Las horas que paseis en el monasterio deseo que os sean agradables, de modo que las recordeis con gusto cuando os halleis fuera de él, no por lo que podais gozar, sino por el buen deseo que os acoge.

—Si pudiera olvidar la importante causa que á esta santa morada me ha traido, me acordaria siempre del respetable varon que la rige, cuya rectitud, cordura y discrecion acabo de conocer y admirar.

Bajó el abad la encanecida cabeza con sublime humildad y replicó:

—Aquel que conoce el fondo del corazon me preserve de creer vuestros elogios que disto mucho de merecer por mis obras. Voy á mandar que dispongan alojamiento para vos y vuestro escudero, y no echeis en olvido que queda dispuesto si algun dia quereis descansar entre nosotros de las fatigas de la guerra ó de las amarguras que apenan la vida en el siglo.

—No sé si volveré á él, replicó gravemente el alférez mayor; pero sea ó no sea, tened por seguro que conservaré vuestra oferta en mi memoria y en el corazon el agradecimiento que me inspira.

Y terminando la conversacion llamó el abad á un monje, á quien encargó se dispusiese todo lo necesario para hospedar al ilustre alférez mayor del rey, recomendacion que le valió un abrigado y cómodo aposento, una cena abundante y sazonada, y un lecho limpio y mullido.

—Hernando, dijo Lopez de Ayala extendiendo con delicia sus fatigados miembros; en cuanto luzca el dia despertadme y ensillad los caballos, porque aun nos falta larga distancia por andar.

—Así lo haré, respondió Illescas tomando la luz; aunque con sentimiento, os lo confieso, porque empezaba á tomarle cariño al hermano Nicomédes, que tiembla cuando lo miro, todo de puro respeto.

Al rayar la aurora los viajeros se pusieron en camino, pasando con la rapidez de un metéoro por Valladolid, Tordesillas y Villalpando sin entrar en ninguna de ellas. Siempre corriendo noche y dia llegaron á Benavente, donde tampoco se detuvieron, sino que tomaron el camino del castillo feudal del duque, una de las más inexpugnables fortalezas de la edad media, y que llevaba el nombre de la ciudad que daba título á su señor.

Por fin, desde la cumbre de una suave colina que habian subido lentamente miéntras que el sol descendia hasta tocar en su ocaso, Rodrigo Lopez de Ayala y su escudero contemplaron el castillo de Benavente confundiéndose en las nubes.

La primera de sus miradas fue para él; la segunda la arrebató el apacible paisaje que se ofrecia á su vista de repente.

Descubríase en primer término un frondoso y ameno valle cruzado por el Esla, que se asemejaba á una argentada banda extendida sobre una alfombra de verdura.

Alzábanse en segundo las almenadas torres del castillo de Benavente, mole inmensa de piedra que se destacaba como un gigante en el azul horizonte, extendiéndose por una parte el parque enmarañado y sombrío de corpulentas encinas y añosos robles, y elevándose por otra una aldea con su pequeña y blanca iglesia, cuyo campanario descollaba sobre las cabañas amontonadas á su alrededor, como el castillo sobre toda la perspectiva que ligeramente hemos descrito.

—Separémonos aquí, Hernando, dijo el alférez mayor; quiero entrar solo y de incógnito en el castillo. Vos me esperaréis al principio de la avenida. Si álguien se os acerca, habladle naturalmente; si os preguntan, desorientais su curiosidad, y sobretodo, que no os hagais sospechoso.

Y clavando el acicate puso su caballo al trote.

La mansion feudal del duque de Benavente era una de esas fortalezas de la edad media en las que nada se habia olvidado para su defensa. Las altas murallas de piedra desafiaban al tiempo con su maciza solidez, dos torres con sus espesas almenas lo flanqueaban, y un profundo foso colmado de agua hasta desbordarse lo ceñia en su extension.

Página elocuente, atestiguaba mejor que las de una crónica las tendencias de su dueño y las costumbres de su época.

Rodrigo Lopez entró en una avenida sombría y se acercó resueltamente al castillo. El puente levadizo estaba levantado, y en la plataforma se paseaba un centinela con la ballesta en la mano.

El alférez mayor llevó una pequeña corneta á los labios y la hizo producir algunas notas agudas y cadenciosas anunciando la llegada de un viajero; el centinela trasmitió el aviso al alcaide, este dió sus órdenes al conserje, y uno y otro acudieron á la puerta á reconocer al que llamaba.

Iñigo Nuñez, alcaide de Benavente, era una de esas naturalezas leales y agrestes para quien no hay seducciones que basten para inducirlos á una traicion, ni

disfraz con que cubrir una idea. Garci Gomez era un anciano que habia envejecido con las llaves del castillo en su cinto. Ambos adictos al duque, ambos sencillos como asturianos y confiados como valientes.

En la primera grada apareció la marcial figura del vetusto alcaide, quien reconociendo al alférez mayor del rey con su instinto particular conoció que no se las habia con un pelgar sino con un infanzon. En consecuencia de este descubrimiento le dijo con atenta cordialidad:

—Ante todo, señor caballero, seais bien venido; y si gustais deteneros en el castillo, voy á mandar que se baje el puente, sirviéndoos decir quién sois.

—Muy justo es, y no lo rehuso, contestó Lopez de Ayala sin titubear ni turbarse; me llamo Floristan de Toledo. Voy á una comision muy peligrosa, y me he separado del camino dejando en él á mi escudero, porque sabiendo la fama del astrólogo del señor de Benavente no ménos que la cortesía de su alcaide, he querido lograr lo que tanto deseo poseer: mi horóscopo, para lo cual, si me dais permiso, entraré en el castillo, á riesgo de perder una hora de las que tengo contadas.

Anublóse el semblante risueño de Iñigo Nuñez, y Garci Gomez se santiguó; pero mandaron bajar el puente, que pasó Rodrigo despues de atar su caballo en el árbol más cercano.

—Caballero, dijo el alcaide haciéndole los honores sin rudeza, os franqueo la entrada con placer; pero os concedo vuestra demanda con disgusto. Sin embargo, si tal es vuestra resolucion, os guiarémos hasta el primer escalon de la torre que habita y perdonaréis que de allí no pasemos, porque como buenos cristianos que somos no nos comunicamos jamas con el hijo de Israel.

—Es lo suficiente y os lo agradeceré infinito, contestó el alférez mayor con su seria y noble expresion que cada vez infundia más confianza en los guardadores del castillo; y puesto que tanta es vuestra cortesía, guiadme, porque os repito que mis horas están contadas y su pérdida es acaso la de mis mejores esperanzas.

—Pues seguidme, replicó Iñigo Nuñez introduciéndolo, y que Dios no os castigue porque atentais á su poder, queriendo sorprender sus secretos.

Y echó adelante con marcada repugnancia. Seguíale Lopez de Ayala por aquella interminable serie de salones, galerías y pasadizos, puesta toda su atencion en reconocerlos para tener expedita la salida, hasta que llegando á una puerta pequeña que daba paso á una estrecha escalera que se acaracolaba en el muro, le dijo el alcaide deteniéndose:

—Está cumplida mi promesa, señor caballero. Subid esta escalera hasta el fin, allí encontraréis una puerta que estará cerrada, llamad y os hallaréis en su presencia. Yo os esperaré en la sala de armas por donde hemos pasado, y para llegar á ella no teneis mas que salir por la puerta que corresponde exactamente á la que paseis para entrar. A Dios y santiguáos, no tropeceis en la escalera, oscura como la boca de un lobo.

Hízolo así el alférez mayor poniendo el pié en el primer peldaño, y el buen Iñigo Nuñez, girando sobre sí mismo, volvió la espalda alejándose apresuradamente.

Rodrigo subió con precaucion, encontró la puerta, y notando que estaba entreabierta, hizo penetrar su mirada ántes que fuera descubierta su persona, para conocer la que tan resueltamente buscaba.

En el fondo de una pieza cuadrangular, desnuda y sombría, con dos ventanas estrechas y rasgadas practicadas en el muro, sentado junto á una mesa llena de libros, hacecitos de yerbas secas, cajas, compases, esferas y astrolabios habia un hombre leyendo á la luz del crepúsculo que allí penetraba. Llevaba una túnica verde ceñida con un cinturon de cuero y un turbante blanco cubriendo el límite de su frente ancha, desarrollada y de cenicienta palidez.

Replegado, digámoslo así, en su asiento, su estatura quedaba ignorada para el alférez mayor; pero su rostro prolongado y descolorido, su frente meditabunda y sombría como su morada, lo hundido de sus mejillas y lo profuso de su puntiaguda y rizada barba estaba iluminado por la luz que lo heria de lleno.

Los ojos, que en su demacracion parecian mayores y más salientes, estaban medio velados por sus párpados y se hallaban fijos en un libro que leia con profunda atencion.

El que lo examinaba notó ademas que era jóven y que debia de ser fuerte, porque no habia en él mas que hueso, nervio y espíritu.

Lopez de Ayala, tras el breve y profundo exámen de su persona, empujó la puerta y entró.

El judío se estremeció al ruido, dejó el libro sobre la mesa, y con una voz de timbre metálico y áspero acento de impaciencia le preguntó al alférez mayor que avanzaba:

—¡Oh! ¿Qué se os ofrece? ¿Quién sois?

Rodrigo llegó hasta él, lo colocó digámoslo así bajo su brazo y su mirada, y contestó con serenidad y resolucion:

—Mi nombre importa poco para mi comision. Esta es la de llevarme el testamento de don Juan I, que os entregó el alférez del duque vuestro amo dias despues de la muerte del rey, para lo cual estoy competentemente autorizado y dispuesto; con que dádmelo.

Mirólo atentamente el astrólogo y contestó sin titubear:

—Pues podeis dirigiros á quien lo tenga, porque el astrólogo Ben Samuel no es archivero de Castilla.

—Los documentos sustraidos tienen guardadores como vos, replicó Ayala sin inmutarse. Sé que lo teneis; dádmelo, y hemos concluido.

—Repito que no sé lo que decis, dijo el judío brillando un relámpago de ira en sus ojos; y entended que yo no recibo órdenes sino de mi señor el duque de Benavente.

—Ahora está léjos para dárosla, y por eso lo hago yo, que no me dejo engañar por nadie, ni me detengo ante nada. Sabedlo, y en consecuencia obrad. Dadme el testamento del rey.

—Lo que yo os daré será un consejo, y es que no amenaceis á quien puede confundiros. ¡Salid!

Rodrigo no respondió; pero lanzándose á la puerta en dos brincos, corrió atrevidamente el cerrojo. Luego, como el rayo, se precipitó sobre el astrólogo, que lo esperaba de pié y en la mano un largo y afilado puñal.

Hubo un momento de lucha desesperada. Rodrigo recibió una herida en la mano izquierda, y por dos veces el puñal del israelita, dirigido al corazon, resbaló sobre su cota de malla; pero logró desarmarlo, sujetarle, y quitándose la banda le ató las manos á la espalda, pasando los cabos con un fuerte nudo á uno de los piés de la mesa.

Este era el instante crítico para entrar en negociaciones.

Lopez de Ayala desnudó su daga aguda como una aguja, y sacó una escarcela llena de piezas de oro.

Puso esta sobre la mesa, empuñó la otra resueltamente, y acercándose al vencido le dijo con acento imponente por su calma y segura conviccion:

—Escuchad, prudente consejero: yo sé que guardais el testamento de don Juan I, que se os dió en una caja de plata. Debeis conocer que cuando vengo á buscarle á riesgo de que me hundierais vuestro afilado puñal en el corazon ó me arrojarais por esa ventana, estaré muy empeñado en llevármelo, y que para conseguirlo hallaré bueno todo medio, escogiendo el más corto por mejor. Esto supuesto, aquí teneis mil doblas si me lo dais, y señaló la escarcela; pero si rehusais el entregármelo, os acribillo á golpes con esta daga. ¡Elegid!

Y dió un paso hácia el astrólogo que, de espaldas á la mesa, iluminaban su rostro demudado los postreros reflejos del sol.

—Os han engañado, señor, dijo el judío obstinándose en su negativa; no le tengo, ni sé de él.

Rodrigo dió otro paso, levantó el brazo y le presentó la sutil punta de su daga.

El astrólogo se puso más blanco que el turbante caido á sus piés.

—Decidíos, dijo Rodrigo inflexible y sereno. ¡Oro ó muerte! ¡mirad que hiero!

La respuesta del judío fue una violenta sacudida que hizo crujir la pesada mesa y caer algunos de los objetos que mantenia, sin más éxito que apretar los nudos que lo sujetaban.

—Dadme lo que os pido, tornó á decirle Ayala sin herir, pero amenazando hacerlo.

—Ya os he dicho que no lo tengo, contestó con acento sombrío el astrólogo.

—¡Mentira! replicó con severa energía el alférez mayor; Gonzalo de Figueroa os lo entregó, encargándoos que lo conservarais.

—Me lo volvió á pedir á poco, y el duque se lo llevó, dijo el astrólogo con imprudencia.

—¡Mentira! Desde que Gonzalo se fué no ha vuelto nadie hasta hoy. Lo teneis en vuestro poder. ¡Dádmelo! ¡si no...!

Y tocó la carne del astrólogo la agudísima punta de la daga.

—¡Por el Dios de Abrahan y de Jacob lo juro! dijo el judío cuya frente se inundó de sudor; el alférez se lo llevó consigo, tan cierto como que la vara de Moises dividió las aguas del mar.

—El alférez no se llevó nada. Un ojo atento y escudriñador lo ha visto; le teneis; dadlo, y acabemos.

—Ni le tengo, ni teniéndolo os lo daria, dijo el astrólogo resuelto y desafiador.

—¡Oh! murmuró Rodrigo poniéndose pálido; me obligais... ¡Sea!

Y clavó la punta de la daga en la desnuda garganta del israelita.

Dió este un ¡ay! ahogado despues de un brusco estremecimiento, y separando el arma cayeron algunas gruesas gotas de sangre en su túnica, corriendo un hilo de ella por el cuello.

—Esto no es mas que avisaros, dijo Lopez de Ayala que sentia una penosa sensacion al ver la sangre del judío; no os obstineis en vuestro intento, dadme lo que os pido, lo que os compro, y que os arrancaré á todo trance por mucha resistencia que opongais.

El astrólogo le asestó una mirada de rabia feroz, y sin contestarle bajó la cabeza probando á reconocer su herida.

—Es que no puedo retroceder, exclamó el alférez mayor con su amenazadora energía; mucho ménos detenerme ante un obstáculo. ¡Hablad! si no salto por cima, y ¡ay de vos!

Un nuevo y más violento sacudimiento del astrólogo para romper las ligaduras que le aprisionaban fue su respuesta. Entónces Lopez de Ayala hirió, ligeramente, sí, pero una y otra y otra vez.

El astrólogo se rindió.

—Soltadme, murmuró con voz ronca, y os daré la caja que me entregaron.

—Cuando esté en mi poder.

—Para dárosla necesito el libre uso de mis manos, replicó el judío que en conseguirlo concibió una segura esperanza de vengarse.

—No es menester, dijo Ayala demasiado sereno para cometer tal imprudencia; decid en dónde está, y yo la tomaré aunque tenga que abrir el muro ó levantar estas baldosas.

—Sólo se necesita tocar un resorte, pero no daréis con él.

—Sí tal; dadme la clave y cederá bajo mi mano.

—Aunque os la dé no podriais; es un mecanismo que sólo á la mia obedece; si la quereis, pues, soltadme.

Tuvo Ayala un instante de indecision durante el cual brillaron los ojos

del astrólogo con un resplandor siniestro; pero cesó aquella y se apagó este.

La imaginacion de Ayala le sugirió una idea que lo conciliaba todo, la cual puso en ejecucion con la rapidez que habia sido concebida, examinada y resuelta.

Pasó las puntas de la banda á la cintura del judío sujetando una de sus manos á la espalda, miéntras que dejando suelta la otra cuidó de apresar el brazo entre sus dedos de hierro.

No tuvo pues más partido que tomar el depositario del duque de Benavente que el de apretar un resorte que habia en la mesa, á impulso del cual se levantó uno de los tableros de esta, dejando ver en un secreto algunos paquetes de pergaminos cerrados y sellados y la caja de plata guardada por el abad desde el cerco de Cillorico de la Vera hasta que Gonzalo de Figueroa la sacó de su poder.

—Esa es, dijo el astrólogo mostrándola con un gesto.

El alférez mayor la tomó, y como estuviera cerrada, le dijo presentándosela para cerciorarse que contenia el testamento del rey:

—Abridla para hacerme cargo de lo que contiene.

Hízolo así el judío, y Lopez de Ayala reconoció con indecible júbilo aquel pergamino tan violentamente conquistado.

Cerró, pues, la caja despues de guardar en su fondo el testamento de don Juan, y despues de volver á sujetar la mano del astrólogo dejándolo atado á la mesa, le dijo:

—Os dejo así para asegurar mi retirada, que á quedar libre lo estorbaríais de seguro. Ahí teneis el oro ofrecido y más mi banda que con pesar os dejo.

—Y haceis bien en sentirlo, respondió el astrólogo con acerbo y concentrado rencor; porque un dia si yo puedo ha de servir para ahorcaros.

Dicho esto quitó el alférez mayor el cerrojo que habia echado á la puerta y abandonó la torre descendiendo lentamente por la angosta y pendiente escalera.

Cruzó los desiertos y oscuros salones, pasó por las angostas y dilatadas galerías, y llegó por último á la sala de armas, donde le esperaba el alcaide con un anciano capellan y un escudero mutilado en Aljubarrota.

Era ya muy oscuro; gracias á esto no repararon las manchas de sangre que salpicaban su ropa, ni echaron de ver la herida de su mano escondida con cuidado entre los pliegues de su tabardo.

Adelantóse cortesmente á recibirle Iñigo Nuñez y le preguntó:

—¿Os ha vaticinado Ben Samuel vuestra suerte? ¿Llevais ya el ansiado horóscopo? Si es así, dadle fe, porque venga su ciencia de Dios ó concédasela el diablo cuanto promete se cumple.

—Algo me ha dicho del porvenir, contestó Rodrigo con naturalidad.

—¿Y os promete felicidad?

—Ménos de la que deseo, respondió el alférez mayor sonriéndose al recordar la amenaza del judío.

—No estando satisfecho es posible que bajeis de la torre arrepentido.

—Al contrario, lo que he adquirido esta tarde de ese admirable astrólogo aumenta mis esperanzas y fortalece mi espíritu. Mas permitid que os dé las gracias por haberme admitido y llevado á consultarlo, y luego que os diga á Dios y parta á concluir mi jornada.

—Id con Dios, señor caballero, puesto que tan de prisa vais; y á la vuelta, si pasais por el castillo, no os olvideis de visitarlo.

Rodrigo dió nuevamente las gracias, y saludándolos por última vez salió de la sala, bajó al patio, montó á caballo, pasó el rastrillo, luego el puente levadizo y entró en la larga y oscura avenida.

Al fin de ella encontró á Hernando que empezaba á estar inquieto.

—¿Habeis dado cima á la aventura? le preguntó tímidamente el escudero viendo que no parecia dispuesto á confiarle su secreto.

—Sí, respondió lacónicamente el alférez mayor montando en su impaciente alazan; pero hago voto solemne de que sea la primera y la última de este género que en lo sucesivo acometa.

Y saliéndose de la avenida tomaron en silencio el mismo camino que habian traido.

CAPÍTULO XV.

CÓMO FUE PRESENTADO EL TESTAMENTO DEL REY DON JUAN I POR SU HIJO DON ENRIQUE, Y LA RESOLUCION QUE TOMÓ EN SU VISTA EL DUQUE DE BENAVENTE.

Hemos dicho en nuestro capítulo anterior que Rodrigo Lopez de Ayala tomó la vuelta de Madrid así que salió del castillo de Benavente, y ahora añadimos que lo recorrió con no ménos diligencia de la que habia traido, y que no se olvidó del monasterio en que tan bien le hospedaron y tan exactas noticias le dieron.

Aun no era trascurrida una semana de su nocturna salida de la villa cuando tornó á ella de su precipitado viaje, y una hora despues de su llegada depositó en manos de don Enrique, á la sola presencia de doña Catalina, el rescatado testamento, recibiendo á cambio de él la lisonjera expresion de su aprecio y confianza.

Corta habia sido su ausencia de Madrid, y sin embargo, durante ella la posicion de los gobernadores se habia hecho más violenta y amenazadora, disponiéndose abiertamente los dos prelados á sustentar sus pretensiones en el terreno de la fuerza.

El vulgo, que no habia olvidado aun las desastrosas minorías de Fernan-

do IV y de Alfonso XI, las tropelías de los Laras y las desgracias acaecidas por las intrigas de los infantes don Juan y don Pedro de Castilla, miraba con terror á sus pastores porque sabía harto bien que su sangre habia de decidir la cuestion que debatian, sin que aliviara su suerte el que uno ú otro báculo preponderase.

Sin embargo, aun se sostenia el equilibrio merced á los esfuerzos del concejo de diputados y á la neutralidad forzada de los dos maestres, aun contenia el volcan sus erupciones, y no se habian reproducido los desacatos de San Salvador.

Era la mañana siguiente del regreso del alférez mayor.

En el alcázar habia notable afluencia de gente, y en esta se notaba alternativamente curiosidad, inquietud y recelos.

Fuera habia corrillos, dentro murmullos.

El rey, sin que se adivinara el motivo, habia convocado particularmente á sus tutores, á sus deudos, á los magnates, á los prelados, á los diputados de las ciudades, á su córte... y sucesivamente iban entrando todos en un salon señalado á este fin por don Enrique.

Pronto se hallaron reunidos con la reina viuda doña Beatriz y la de Navarra doña Leonor, el duque de Benavente, el conde de Trastamara, el almirante de Castilla, el adelantado mayor, los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara, el justicia mayor, el primado, los ricoshombres castellanos, los prelados, el concejo de diputados, todos los que servian empleo en el gobierno y el alcazar, la córte, en fin, tan completa como era.

Cada uno de los que entraban reconocia á los que le habian precedido, asestándolos una indagadora y desconfiada mirada que era devuelta con idéntica expresion.

Todos presagiaban iba á tener lugar un extraño ó fatal acontecimiento, sin poder atinar cuál pudiera ser, porque ¡cosa admirable! ninguno sabía para lo que era convocada aquella alta é imponente reunion, atribuyéndola cada cual á manejos de sus contrarios; pero cuyo objeto no comprendian por más que multiplicaban preguntas y conjeturas.

Interrumpiéronse de pronto los sordos murmullos que partian y circulaban de todos los ángulos del salon; las puertas se abrieron de par en par, y entraron por ellas Enrique III, Catalina de Lancaster y el infante, precedido de uno de sus escuderos que llevaba una bandeja de plata cubierta de un paño de seda, y seguido del buen obispo de Cuenca, cuya faz estaba notablemente compungida y apesarada.

Un silencio profundo, que no carecia de ansiedad, sustituyó á los primeros rumores que su presencia excitó.

El rostro expresivo de don Enrique, enflaquecido y sin frescura por sus frecuentes padecimientos, estaba triste y visiblemente conmovido.

La reina parecia tranquila, pero sus mejillas estaban sin color, lo mismo que

sus labios de los que habia huido su habitual sonrisa. Cubríala un largo manto de luto que daba un singular realce á su belleza.

Por último, el infante don Fernando parecia preocupado y triste, y aproximándose lo más posible á su hermano adelantaba su infantil semblante para mirar á su cuñada.

Indefinible fue la sensacion que produjo en los que la contemplaban la aparicion de aquel grupo compuesto de dos niños, una jóven y un anciano adelantándose con lentitud, pero á cuya vista se doblaron todas las frentes, conmoviéndose algun corazon.

Don Fadrique sintió latir el suyo con violencia al ver á la reina, y esta arder su frente, que se enrojeció como la escarlata al encontrar su mirada con la mirada del duque.

Adelantóse en tanto don Enrique con paso firme, y con una dignidad que sorprendia en un niño, por más que Dios hubiera hecho á este niño rey; y con un acento que le era peculiar y que revelaba la precoz conviccion de su poder, dijo dirigiéndose á todos los allí convocados:

—Señores, os hemos llamado y reunido en este recinto para participaros que el testamento de nuestro padre y señor, el rey don Juan I, que gloria haya, ha parecido y está aquí.

Y señaló con su pequeña mano la bandeja que descubrió el que la tenia.

El rostro del duque de Benavente se puso pálido y demudado, el arzobispo de Toledo se mantuvo impasible, y el de Santiago manifestó el descontento en su frente severa, oscurecida por una profunda desconfianza.

El rey, viendo que no se alzaba en medio de la general sorpresa ninguna voz que respondiera á la suya, continuó diciendo, dirigiéndose al arzobispo don García:

—Señor arzobispo y canciller, os lo entrego por mi propia mano, y os suplico á todos y cada uno de los que le van á oir y les está encomendado el hacerlo guardar que lo respeten y cumplan.

Y sin parecer notar la impresion que su anuncio y su súplica habian producido se retiró con la reina, el infante y el obispo, que tornó al salon cuando dejó al rey en su cámara.

El arzobispo de Santiago con frente torva comenzó la lectura del testamento. Conforme avanzaba iba serenándose, hasta quedar en su severa calma, cuando despues de la mas ámplia, terminante y solemne protestacion de la fe en que habia vivido y moria, y de las quince primeras cláusulas que sólo tocaban á la salud del alma y al ordenamiento de las cosas que afectaban á su conciencia, vió nombrados por testamentarios á doña Beatriz, su esposa, y á doña Leonor, su hermana; á don Pedro, arzobispo de Toledo; á don García, arzobispo de Santiago; á don Gonzalo Sarmiento, adelantado mayor; á Pedro Gonzalez de Mendoza, su mayordomo mayor, y al padre Fernando, su confesor, del órden del seráfico pa-

dre san Francisco (estos tres eran muertos); iluminándose con un destello de interior alegría al devorar de una rápida ojeada la cláusula veinte, por la cual designaba para regente del reino y tutores de su hijo al marques de Villena, á los dos arzobispos de Toledo y Santiago, al maestre de Calatrava, al conde de Niebla y al difunto mayordomo mayor, quedando nombrado en lugar de este, por la sustitucion que hacia en caso de fallecimiento, el alférez mayor del rey.

Durante la lectura del testamento cada uno de los que lo oian tomó una actitud proporcionada al interes que en él tenia, por las esperanzas que le infundia ó los proyectos que frustraba arrebatándole el poder.

El duque de Benavente, pues, que se pusiera pálido al oirle anunciar, dominándose prontamente escuchó su contenido con una arrogancia verdaderamente amenazadora. La reina doña Beatriz lloró á su esposo con sinceridad, agradecida á la proteccion que extendia sobre ella aun más allá de la vida; y la reina de Navarra se estremeció de alegría cuando oyó que la dejaba por testamentaria, y la recomendaba particularmente al rey, su hijo y sucesor, pues ya tenia un pretexto plausible para permanecer en Castilla y un motivo más para mezclarse abiertamente en todas las diferencias que amenazaban ocurrir.

En una palabra, la explosion de una mina llena de combustibles, á que se le prende fuego, no es más pronta ni más terrible que la que ocasionó el inesperado aparecimiento del acta en que constaba la voluntad del difunto monarca.

La reunion, sin embargo, conservó su reserva y ceremonia, disolviéndose ordenadamente cuando terminó la lectura del testamento. Empero los ménos previsores conocieron asustados que la calma que notaban era precursora cierta de una deshecha tormenta.

Ninguno, pues, soltó una prenda que sirviera de garantía para lo futuro.

No se discutió nada, no se prometió nada, no se resolvió nada, ni de lo que ordenaba el testador ni suplicaba su hijo; y se separaron entre el reprimido hervor de sus pasiones, igual en un todo al que forman las olas ántes de atronar el espacio, levantándose en embravecida furia.

El duque de Benavente, el conde de Trastamara y el maestre de Santiago eran los que debian resignar los poderes conferidos por las córtes de Madrid; pero los tres estaban decididos á conservarlos á todo trance, aunque para ello fuera preciso conmover toda Castilla encendiendo en su seno la guerra civil.

Léjos, pues, de doblar la cerviz á la voluntad del rey don Juan, salian para entrar en la liza, lanza en ristre y la visera alzada á imponer la suya al rey y al reino.

El arzobispo de Toledo salia del alcázar cuando el duque de Benavente, que habia cuidado de dar la mano á su hermana doña Leonor para subir á su litera, se reunió con él saludándolo.

Ostentaba el primado la misma calma y mesura que en el salon, miéntras que el duque hacia alarde de una altanera arrogancia tan retadora como amenazante.

Fuera que el primado la reprobase por inoportuna, ó que encontrándose fuerte por sí quisiera manifestarse en todo superior:

—¡Bien habeis guardado el testamento! le dijo con ironía mirándole severamente; y ¡par diez! duque, que ha venido á tiempo de embrollarnos de un modo extraño y fatal.

—¿Os acordais de lo que pactámos la noche del reto como vos lo llamásteis? le preguntó don Fadrique, clavados en él los ojos chispeantes.

—Yo no olvido nada, contestó el prelado perdiendo en parte su impasibilidad acostumbrada, y jamas lo que ofrezco. Es la segunda vez que os lo afirmo, señor duque de Benavente.

—¿Es extraño que dude, replicó el duque con amargura, si ahora os veo tibio, reprochador y severo?

—Don Fadrique, repuso el arzobispo con energía, no juzgueis nunca sino por las obras, y acortemos las palabras. ¿La reina Catalina?...

—¡Es la nieta de Pedro I! Donde ella está no cabemos nosotros los hijos de Enrique II.

—¡Está bien! A caballo y marchar pues, tornando con las mayores fuerzas que podais á reuniros conmigo, que os esperaré en Toledo. Os ofrecí que seriais gobernador y lo seréis, ó yo dejaré mi puesto.

Una mirada fue la contestacion del duque y con ella reveló lo que su orgullo no hubiera podido confesar: que aceptaba la promesa.

—Quisiera, sin embargo, duque, continuó diciendo el primado recobrada su calma y mesura habitual; quisiera, dijo, tener ántes una conferencia con la reina y don Enrique... y aun tal vez todo se podria concluir retirando el testamento. Esta noche...

—Llevaréis mi despedida al alcázar, señor arzobispo, y no pidais nunca sino lo que no podais tomar.

—¿Partis definitivamente?

—Ahora mismo, pues no. A los que suplican se les debe complacer.

—No olvideis eso, y hasta Toledo, dijo el primado, conciliando de esta manera sus opuestos deberes como varon de paz y hombre de bando y ambicion.

. . . . . .

. . . . . .

Los últimos rayos del sol despidieron deslumbrantes reflejos hiriendo en los limpios coseletes del brillante escuadron que seguia al duque de Benavente, marchando á galope por el camino de Valladolid.

Aquel escuadron estaba compuesto de su servidumbre más numerosa que la del rey Enrique III, y si no tan elevada como la de este, mucho más espléndida y bizarra.

A su cabeza iba don Fadrique montado en un corpulento y poderoso bridon, negro como el azabache.

Armado de punta en blanco lucia un coselete de escamas tan finas como lucientes. Un penacho de rizadas plumas se desprendia del pico del águila de su cimera, ondeando graciosamente mecida por el viento de la tarde; y como llevara alzada la visera mostraba en el semblante y actitud tan hostil y amenazadora arrogancia, que el vulgo, á quien habia trascendido el hallazgo del testamento del difunto monarca alegrándolo, por parecerle, como á Rodrigo Lopez de Ayala, que con él se terminarian las discordias en que ardia dividido el concejo, se retiró amedrentado á sus hogares, presintiendo á su vista que las pasadas contiendas se convertian desde aquel punto en guerra declarada y sangrienta.

CAPITULO XVI.

DE LA PLÁTICA QUE TUVIERON LA REINA DOÑA CATALINA Y EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Tristísimo por demas era el aspecto que presentaba la cámara de don Enrique algunas horas despues de la salida de la villa del duque de Benavente.

Cuatro personas hallábanse allí reunidas.

Eran estas el rey, la reina, el camarero mayor Ruy Lopez Dávalos, y la dama favorita de doña Catalina, Elvira Manrique de Lara.

Enrique III, á quien cada emocion violenta acortaba una porcion de los dias de su vida, estaba en su lecho entregado al sueño letárgico de la fiebre.

La reina doña Catalina sentada en un sitial en frente del augusto enfermo, escuchando su agitada respiracion lo contemplaba con una mezcla indecible de amargura y compasion. Pensativa y afectada suspendíanse gruesas lágrimas de sus rubias y luengas pestañas; lágrimas que enjugaba con el enves de su mano, procurando ocultarlas y reprimir los sollozos que morian en su garganta.

A pocos pasos de distancia, inmóvil y silencioso, Ruy Lopez Dávalos oia suspirar á la reina y estremecerse á don Enrique, sin que diera muestra de percibirlo su faz morena y expresiva, á pesar de tener fijas su vista en el uno y su atencion en la otra.

Detras del sillon de doña Catalina, medio oculta en la sombra, se dibujaba la elegante figura de Elvira Manrique, hija única del adelantado mayor don Alfonso Gomez Manrique de Lara, y acaso la dama más hermosa de Castilla y de Leon.

Tenia Elvira veinte años no cumplidos, una estatura proporcionada, un talle esbelto y delicado y una majestad indefinible. Más blanca que los jazmines, unos grandes y rasgados ojos negros, cuyo fulminante brillo templaban las larguísi-

mas pestañas que guarnecian sus delicados párpados, caracterizaban un rostro ovalado y perfecto, que embellecian los bucles de ébano de su rizada y magnífica cabellera.

Hija única, como hemos dicho, del adelantado mayor, habia crecido sin madre, protegida y guardada por los muros de Santa María de las Huelgas, rodeada de afectuosos cuidados por parte de la abadesa que la amaba con maternal ternura, y por parte de la comunidad que en su cariño les parecia superior, como lo es el ángel á la criatura.

Cuando la reina Catalina vino á Castilla obtuvo del influjo del arzobispo don García que su sobrina ocupara el primer lugar junto á ella; y sacándola del claustro fue presentada á la córte pocos dias ántes de los desposorios efectuados en San Antolin de Palencia.

La galante juventud de la córte rodea al nuevo astro de incienso y homenajes; los adalides quebraron lanzas por ella en la arena del torneo, los trovadores cantaron su belleza, y el mismo don Juan I confesó que era la reina de la hermosura en el famoso torneo donde el jóven Gonzalo de Figueroa midió la arena á impulso del fuerte brazo de Ayala que tan buen bote le dió.

El mismo dia que presentaron á Elvira en la córte, Rodrigo Lopez de Ayala que la habia visto en su casa y en el templo; Rodrigo Lopez de Ayala impresionado al más alto punto con su peregrina belleza; Rodrigo Lopez de Ayala que no vivia desde entónces sino con un pensamiento ¡Elvira! que no concebia otra felicidad que su amor, ni abrigaba otro temor que el de no alcanzar á merecerlo, pidió y obtuvo su mano, aplazando don Alfonso el himeneo, para cuando aquella cumpliera veinte años.

Cuantos conocian las altas prendas de Ayala encontraron explicable y merecida la aprobacion del adelantado mayor; pero lo que nadie pudo averiguar ni se adivinó siquiera, fue si Elvira aceptaba el esposo que le estaba destinado por natural inclinacion, por indolencia ó por obediencia pasiva á la paterna voluntad.

Ni la envidia ni la malevolencia de algunas damas que la aborrecian, porque la reina la preferia y Ayala la idolatraba, ni la interesada observacion de los cortesanos que buscaban afanosos un flanco en aquel corazon que apetecian, pudo descubrir sus misterios; porque Elvira, á pesar de su juventud é inexperiencia, en circunspeccion y reserva no tuvo quien la superara, así como no habia quien la igualase en discrecion y en hermosura.

Como quiera que fuese su frente, ostentaba la más pura candidez; sus negros ojos se adormecian con la languidez de la indiferencia; el orgullo satisfecho, el corazon tranquilo se revelaba en su ligera sonrisa; y el enigma continuaba incomprensible para todos, y tal vez para ella misma.

En la noche de que vamos hablando, impresionada con la dolencia del rey y la congoja que Catalina de Lancaster reprimia, pero que no ocultaba á pesar de

sus esfuerzos; afirmada una mano en el respaldo del sitial, inclinaba su encantadora cabeza para mirar á la reina, atenta al más leve de sus movimientos para adelantarse á sus deseos con la solicitud del afecto.

Acabando Ruy Dávalos, por órden de la reina, de descorrer las cortinas del regio lecho para renovar el ambiente que respiraba anheloso el doliente Enrique III, se abrió sin ruido la puerta de la cámara y anunció el ujier que la guardaba al ilustre arzobispo de Toledo.

Al oir el nombre del prelado tiñéronse las mejillas de la reina con los ardientes colores del carmin; Ruy Lopez Dávalos clavó una penetrante mirada en el primado que se adelantaba con paso lento por el fondo de la cámara, tornándola luego sobre el rey como si temiera al uno por el otro; miéntras que la hermosa sobrina de don García se adelantó algunos pasos con un respecto marcadamente de ceremonia, doblando, sin embargo, humildemente la cabeza.

No dirémos que don Pedro Tenorio se conmovió al abrazar con sólo una ojeada el cuadro que se le presentaba, sin que á su penetracion se escapara ningun detalle; pero sí que su frente se oscureció.

Llegando cabe el lecho saludó á doña Catalina despues de bendecirla, y luego se puso á contemplar de pié y con los brazos cruzados aquel sér tan débil y frágil que el abrasado soplo de la fiebre devoraba; y que, sin embargo, sujetaba entre sus manos el destino de Castilla, dando tan inmenso poder, que su nombre sólo bastaba para legitimar los actos más importantes y desvanecer la resistencia más audaz.

Indeciso estuvo y asaz perplejo sobre si hacer el postrer esfuerzo con la reina, ó esperar los acontecimientos que, segun se cuenta, con su violentísima sacudida iba en breve á estremecer todos los ángulos de la monarquía. Pero como lo primero convenia más á su intêres presente y futuro, caso de conseguir lo que se proponia lograr, no tardó en decidirse á aventurar un ataque á don García en el ánimo que dominaba.

Acercándose, pues, á la reina, y ocupando el asiento que Dávalos le presentó, dijo á doña Catalina en voz tan baja como lo requeria el estado del rey, y las más visibles muestras de interes:

—¿ Qué tiene don Enrique, señora?

—Pesar, contestó la reina, conteniendo penosamente las lágrimas, y una fiebre abrasadora.

—Dios será misericordioso con Castilla calmando lo uno y lo otro, repuso el primado casi conmovido mirando á Enrique III.

—En él tengo mi esperanza, padre mio, replicó la reina volviendo sus miradas á un crucifijo de marfil que pendia á la cabecera del rey.

Despues de un breve espacio de silencio, dijo el prelado con gravedad siguiendo el suspendido diálogo:

—Ignorando que don Enrique se hallase doliente venía en nombre de su

tio, el duque de Benavente, á desempeñar un deber suyo, no cumplido cerca del rey y V. A.

—Decid la parte que á mí me atañe, respondió la reina con amargura, pues el rey, gracias á las impresiones del dia, no está en disposicion de escucharos.

—Esta tarde, dijo don Pedro Tenorio pesando cada una de sus palabras que proferia lentamente y observando el efecto que en la reina producian, ha salido don Fadrique de la villa encaminándose á sus estados; y no pudiendo, no atreviéndose á presentar en un palacio del que se le arroja, me ha encargado lo haga por él, presentándoos su respetuoso homenaje.

Ruy Lopez Dávalos, que á pesar de la distancia en que se hallaba de la reina y del prelado, merced á su atencion, no perdia una palabra, frunció las cejas con enojo; y la sobrina de don García que lo habia oido asimismo, y advertido tambien el gesto del camarero mayor, correspondió á él con un ligerísimo arqueamiento de las suyas.

—Si el presentar un hijo el testamento de su padre; si el suplicar un niño á sus tutores que lo cumplan es un motivo, á juicio del duque, suficiente para autorizarle á faltar á sus deberes de deudo y de vasallo, comprendo su enojo y su precipitada salida, dijo la reina conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos; pero porque ese testamento lo hizo un rey y otro menor lo ha entregado, no ha debido un vasallo rebelarse contra la voluntad doblemente sagrada de aquel y los deseos del filial respeto de este. No ha debido, reverendísimo padre, porque no tiene disculpa en ningun sentido que la dé.

—Señora, os repetiré en contestacion las mismas palabras que me ha dicho al noticiarme su salida, replicó el primado empeñando la batalla que en el ánimo de la reina iba á dar á don García. ¿Os vais? le he preguntado; sintiéndolo, os lo conjuro. Ahora mismo, me contestó; al que suplica es menester complacerle.

Mirólo doña Catalina un breve instante con atencion, y más conmovida que ántes repuso con intencion:

—Aunque el testamento de don Juan I lo separe del gobierno y tutoría del rey, este no le separa de su lado, y sabe, ó debia saber don Fadrique, que el palacio de Enrique III, así como su corazon, está abierto á los hermanos de su difunto padre.

—No es del rey don Enrique de quien el duque duda ó teme; al contrario, su más acerbo pesar es el ver los peligros que le rodean y los males que amenazan á Castilla; fruto todo de la desatentada cólera de un hombre que pérfidamente ha calculado un ataque que le hiriera en lo más delicado, ¡el honor! que conseguirá regar de sangre castellana los campos que serán yermos, si vos, señora, no poneis coto á su funesto poder con vuestra mucha influencia.

Cruzó las manos Catalina de Lancaster con un triste y expresivo ademan, y

despues de reflexionar un corto espacio, dijo clavando en el primado una mirada de profunda intencion:

—Vuestras palabras, padre mio, constituyen una grave acusacion, al par que un consejo como de vuestra mucha prudencia; pero si existe, muy oscura debe de ser la condicion de ese hombre, y muy disfrazados deben de estar sus intentos, porque nos ni le conocemos ni advertimos.

Conoció el primado con su clara penetracion que estaba á punto de resbalar, y que si sucedia iba á ser violenta la caida; pero llevado de su conviccion ó de su odio, repuso sin titubear:

—Pues, señora, está junto al trono de V. A.

—¡Junto á mi trono! ¡no! no puede ser, exclamó la reina rechazando conviccion con conviccion.

—Su voz penetra en vuestro oído más que la mia... ¡y os domina segun veo! repuso don Pedro Tenorio exacerbándose con la contradiccion, pero sin perder su calma y mesura.

Doña Catalina no supo apreciar la valentía que da el odio, y queriendo parar el golpe que asestaba el primado á su adversario, lo provocó diciendo:

—¡Nombrad, nombrad ese hombre culpable!... ¡iba á decir criminal!

—No dudo en hacerlo, señora, puesto que me lo exigis. El arzobispo de Santiago.

Aquella designacion terminante y fria hizo que la bellísima sobrina de don García se sonriese con el más orgulloso desden, y que Ruy Lopez Dávalos se levantara bruscamente y diera algunos pasos por la cámara. Sin embargo, ambos á dos guardaron el más profundo silencio.

En cuanto á la reina, la impresion que produjo en ella se leyó en sus dulces y lánguidos ojos que se apartaron con esquivez del prelado, en su alba frente que al plegarse reveló el disgusto y en el sobrecargado acento de su voz al exclamar sin ser dueña de contenerse:

—¡Vuestro rival!

—No le tengo, señora, replicó el prelado con una mansedumbre que encubria su rencor y su orgullo violentamente excitado; no lo tengo ni en la tierra, que como hombre soy el último; ni ante Dios, para quien todo sér es igual como hechura de sus manos. Soy solamente un pastor que ve cómo se extravian sus ovejas, y en cumplimiento de un deber que el mismo Jesucristo le impuso cuando se las entregó para apacentarlas procura con afan y solicitud separarlas del abismo á donde las conducen ó se encaminan. En mí, señora, habla la conciencia y calla la consideracion; y he aquí por lo que os he manifestado sin temor que es él quien lanza de vuestro lado y de el del rey al duque de Benavente; y os afirmo que lo hace porque su energía frustra sus despóticas y ambiciosas miras, porque teme con razon que ejerza sobre V. A. y su sobrino don Enrique su

ascendiente de deudo y su vigilancia de tutor, menoscabando la suya que pretende preponderar tiranizándolo todo.

Muy delicada era la cuerda que sin saberlo acababa de herir el prelado.

Catalina de Lancaster alzó hasta él sus grandes ojos azules, pretendiendo leer en el fondo de su pensamiento si estaba iniciado en el único secreto cuya participacion sólo á Dios confiaba; pero no pudiendo descubrir nada á traves de aquel impasible continente, dijo despues de reflexionar, luchar y resolverse:

—Sé hasta la evidencia, padre mio, lo que acaso vos ignorais, y es que sólo un sentimiento *exclusivamente personal* ha impelido al duque á tomar una determinacion que atraerá con su violencia y demasía funestos trastornos á Castilla. De esto estad seguro; así como don Enrique y yo estamos decididos á permanecer extraños á todo interes individual, á toda querella parcial, á todo rencor inveterado de los que han rechazado nuestros ruegos para deponerlo, y nuestro influjo que no tiende mas que á conciliar y avenir.

Nada se traslucia en el semblante del arzobispo de Toledo miéntras que la reina hablaba. Nada absolutamente se mostró en aquella anchísima frente amarilla como el marfil orlada de blancos cabellos; y eso que el ilustre prelado era hombre de pasiones muy vehementes y en su larga conferencia con la reina todas se habian excitado.

Cuando Catalina de Lancaster, fuertemente excitada tambien, hubo formulado su resolucion con más firmeza de lo que era de esperar en su natural tímido y reservado y el respeto que le infundia el prelado, este, fijando una mirada penetrante en ella, replicó acentuando fuertemente sus palabras impregnadas ya por sí de un resentimiento y amenaza perceptibles:

—Prescindamos, señora, del odio y las querellas que engendran. Dejemos á Dios que lo juzgue, puesto que es el único que penetra lo más sombrío de su fondo, y hablemos del noble duque de Benavente que no participa de él. Lo que lleva á don Fadrique á sus estados, no son rencillas que sabe dominar, ni ambiciones que satisfacer, ni cólera que desfogar; lo que lleva es el imperioso cumplimiento de un deber sagrado para todo castellano noble y leal, haciendo todo cuanto es humanamente posible para salvar esta pobre nave que naufraga.

Doña Catalina levantó la cabeza bruscamente, y replicó con acritud:

—Reverendísimo padre, no concibo que se la salve abandonándola en la borrasca despues de haberla sacado del puerto.

—Hija mia, repuso el prelado con acento cada vez más breve, signo evidente de su comprimido despecho; el duque no la abandona; es que va por auxilio, y tal le puede traer, que consiga arrancarla del peligro que la cerca.

—A eso os responderé que Dios solamente conoce las intenciones y sabe lo futuro. Nosotros juzgando lo pasado descifiramos lo presente.

Y alargándole la blanquísima y trémula mano puso como reina término á la conferencia.

Besóla el arzobispo sin añadir una palabra más á las ya dichas, y saludándola con una reverencia, á Dávalos y á Elvira con una ligera inclinacion, salió silenciosamente de la cámara.

Así que se perdió el ruido de sus pasos doña Catalina hizo una seña al camarero mayor, el cual se acercó al instante.

—Buen Ruy Lopez, dijo Catalina de Lancaster interrogándolo con ansiedad, ¿habeis oido lo que ha dicho el arzobispo?

—Sí, señora, y á V. A. tambien lo que se ha servido contestarle.

—¿Y qué colegis de ese empeño en justificar al duque?

—Que se justifica prematuramente á sí mismo, porque ¡plegue á Dios que me engañe! pero ó no conozco á don Pedro Tenorio, ó sigue de cerca al duque abandonando la córte.

—¿Para rebelarse, Dávalos?

—¡Tal creo! De otro modo, ¿á qué esa vuelta anunciada?... Creedme, señora, don Fadrique, como las águilas, no suelta nunca la presa sobre que sienta la garra, y el arzobispo hace sus partes de modo que parece su campeon.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó la reina cruzando y apretando convulsivamente las manos, ¡pobre Castilla!

Y las lágrimas contenidas con tanto esfuerzo se derramaron por sus encendidas mejillas.

—¡Señora! dijo la peregrina Elvira Manrique arrodillándose á sus piés con emocion. ¡No temais por Dios á los traidores! En la red que tienden caen; y si se rebelan ¡sea un borron para ellos!

—¡Sea, Elvira! sea, sí; pero entre tanto, ¿quién sufre? ¡Oh! quien más inocente es. ¡Pobre, pobre Castilla!

—Doña Catalina, dijo Ruy Lopez con energía, vivimos en una época en que se necesita valor; ese os aconsejo para atravesarla, y tambien para que calmeis vuestro espíritu agitado, que os retireis á descansar.

—Lo tomo, Ruy, dijo la reina levantándose. Mandad á Juan de Velasco que no se aparte esta noche de la cabecera del rey, y vos velad hasta que se cierren las puertas del alcázar. Quedais pues en mi lugar; que nadie le dispierte ni le hable hasta que se le dé la pócima que ha preparado fray Mendo.

—Id tranquila, señora, contestó el camarero mayor con interes; y si me lo permitis, yo seré mañana el primero que vaya á daros noticia de la salud de don Enrique, y de cuyo lado os ofrezco no separarme.

—Os lo concedo, Ruy, y si el cielo quiere que sean buenas, le prometo una gracia al mensajero.

Dadas estas órdenes y hechas estas promesas la reina se acercó al lecho, puso su mano sobre la frente del doliente niño para conocer el grado de calor que le abrasaba, y retirándola en seguida hizo un ademan de afectuosa despedida

al camarero mayor, y se retiró con Elvira dejando más triste y silenciosa la cámara que lo estaba cuando dímos principio á este capítulo al que con permiso de nuestros lectores damos fin.

CAPÍTULO XVII.

QUE APÉNAS FUE LLEGADO EL DUQUE DE BENAVENTE Á SU CASTILLO LE PIDIÓ CUENTA DE SU DEPÓSITO AL ASTRÓLOGO, Y EL DESCUBRIMIENTO QUE HIZO Y LA RESOLUCION QUE TOMÓ.

Si la jóven y hermosa Catalina de Lancaster, en aquella noche en que tan acongojada estaba, asustada con el funesto sesgo que tomaban las que hasta entonces fueron discordias del concejo, convirtiéndose en guerra, y guerra á que ella con amargura se acusaba interiormente de haber contribuido con el duque en su desdeñado amor y con el concejo por la presentacion del testamento; si Catalina, decimos, hubiera podido penetrar con una mirada en lo futuro, ver los sucesos y conocer en detalle sus consecuencias, habria visto con asombro que la potente cólera que entónces amontonaba tan densas nubes en el horizonte de Castilla pasaria sobre su haz como un rugiente huracan, sin tocar los fuertes robles de la montaña, tronchando su ignota furia sólo una flor del verjel.

Pero doña Catalina no leia en el porvenir y sí en su corazon; no conocia los acontecimientos que habian de sucederse, ni podia remotamente imaginarse sus extrañas peripecias, ni el poder de los mágicos resortes que habian de ponerse en juego, deshaciendo ó alejando el nublado; y este con sus abultados terrores pesaba sobre su alma con el acerbo pesar de haber hecho demasiado para formarlo.

Creia haber muerto el amor de don Fadrique, y á la vez que esta conviccion tranquilizaba su conciencia que lo reprobaba, su corazon se ulceraba, porque aquel corazon que un beso habia estremecido amaba como se ama por la primera vez de la vida, entre ilusiones de oro y nubes de vaguedad deliciosa.

La reina, pues, que sabía todo lo concerniente al testamento y la ninguna parte que en su presentacion habia tenido el arzobispo de Santiago, mucho de lo que tan violentamente alteraba el ánimo del duque y algo de lo que se prometia el primado con apoderarse del suyo, no se dejó persuadir de las apasionadas razones de don Pedro Tenorio, sino que comprimiendo su amor, sus temores, resentimientos y pesares en lo más recóndito de su corazon empeñó la lucha con

el arzobispo en su conciencia de reina con tanta decision y energía como dignidad y firmeza.

Y eso que la jóven y hermosa Catalina de Lancaster en el secreto de su pensamiento sentia examinándose á sí misma un amargo pesar, rechazando el único medio que todo lo podia aparentemente conciliar: deberes y afecciones.

En cuanto á don Fadrique, henchido el corazon de hiel, firmemente persuadido que el tiro que lo derribaba de su alto puesto partia de la mano de la reina para separarle de su lado; profundamente herido en su mal correspondido y mejor dicho despreciado amor, en su ambicion y en su orgullo; iracundo y preocupado volaba por el camino de Benavente en alas de su impaciencia, acosado por un deseo de venganza tan vehemente que hacia parecerle siglos las horas que se retardaba.

Así como en la rapidez de su carrera iban apareciendo y pasando los objetos ante su vista, siendo una cosa misma columbrarlos, alcanzarlos y dejarlos á la espalda; así en su imaginacion se presentaban, rodaban y se confundian los pensamientos, imágenes y deseos en un más revuelto y confuso torbellino que el que forman las hojas secas del otoño cuando el viento las arremolina y arrebata.

Cuando la reina con su faz severa y descolorida, el rey publicando el testamento sin mirarle, y el arzobispo de Santiago con su clara y sonora voz leyéndole, se presentaban sucesiva y distintamente á su memoria, clavaba con un movimiento impetuoso las espuelas en el ijar de su noble corcel, que redoblaba la celeridad desordenada de su marcha.

A seguida, de su corazon hirviendo de pasiones subia á su cerebro otro pensamiento ¡la venganza! y le presentaba otra imágen ¡el astrólogo!

Entónces con otro movimiento nervioso y feroz llevaba la mano á su puñal engastado de rubíes y lanzaba á traves del espacio que lo separaba del judío una mirada de terrible amenaza.

Pero ¿á quién habia vendido el astrologo su secreto? ¿Quién lo habia solicitado? ¿De qué modo se habian valido para descubrirlo? ¿Quién le habia dicho á Catalina de Lancaster que existia, quién lo guardaba, y cuáles eran las disposiciones que contenia el testamento de su suegro? ¿El abad?..... no sabía sino la mitad de su secreto. ¿Gonzalo? despues de ignorarlo era incapaz de hacerlo. ¿El astrólogo? ese sí; pero ¿cómo? ¿por qué?

Hé aquí de lo que no podia darse cuenta el duque, confundiéndose sus ideas cuanto más se esforzaba por aclararlas.

Por fin, despues de una marcha seguida y rápida una alborada avistó su castillo. Ya estaba á la vista de su venganza.

Acelerando el paso como se aceleraba el latir de sus arterias se acercaron al castillo, que el primer rayo del sol doraba como una dulce esperanza á un pensamiento sombrío. El centinela que estaba junto á una almena observando el campo los reconoció. Dió la voz de aviso y todo se puso instantáneamente en movimiento.

Así que entró en la avenida la empolvada tropa se bajó el puente levadizo, los hombres de armas se formaron en dos filas en el gran patio de la fortaleza, y todos los criados se agolparon al rastrillo y donde quiera que pudieran encontrarse próximos al tránsito de su señor.

Garci Gomez con regocijado semblante y la cabeza descubierta le esperaba en el puente, Iñigo Nuñez, en la puerta abierta de par en par, y el capellan del castillo en las primeras gradas de la escalera principal.

Echó pié á tierra don Fadrique entre los gritos de júbilo de los habitantes de la fortaleza feudal, que tiraban las gorras al aire celebrando la llegada de su señor, y cordiales y respetuosas bienvenidas que recibia distraido, ocupado en buscar con una detenida mirada al astrólogo; y no hallándole entre sus servidores y vasallos, aguijado por el pensamiento fijo que acariciaba su venganza cortó bruscamente los corteses cumplidos del buen Iñigo Nuñez y tomó el camino de la torre mandando que no le siguiera nadie.

La cólera del duque se habia convertido en una exaltacion frenética, cuando llegó á la pequeña meseta donde estaba la puerta del astrólogo entornada como Ayala la encontró.

Sacó la daga de su vaina de oro y empuñándola con siniestra intencion empujó con violencia la puerta, precipitándose en la estancia y diciendo con ronca voz:

—¿Dónde está el perro traidor que me ha vendido como Júdas de quien desciende?

El astrólogo que lo esperaba, pero no tan pronto, se puso de un salto en pié, y al ver brillar la limpia hoja de la daga se tornó lívida la amarillez de su faz, los ojos se le inyectaron de sangre y respondió con voz trémula y cortada:

—No... no soy yo ese... ¡Ved la prueba!

Y levantando la cabeza mostró con su mano temblorosa las encarnadas cicatrices que señalaban las recientes heridas hechas por el alférez mayor.

A punto de hacerle otras que hubieran sido mortales el duque se detuvo, reconoció aquellas con una rápida mirada, y perdiendo su actitud amenazante, pero no su cólera destructora como el huracan, le dijo:

—¿Quién te ha hecho esas picaduras, porque no son otra cosa? ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿A quién has vendido mi secreto vil ó cobardemente? ¡Habla, vamos, dí sin mentira y sin rodeos!

—Es que no los he vendido, don Fadrique, replicó el astrólogo con una sombría y rencorosa amargura; me los han arrancado con una daga ni más ni ménos como la vuestra, arma de caballero segun veo.

—Aunque así sea, repuso el duque impetuosamente, ¿no tenias para defenderte un puñal? ¡Menguado! ¿No tenias lengua cuando te faltara ánimo para articular un grito y pedir socorro...?

El astrólogo tocó el resorte, se abrió el secreto de la mesa, y sacando el puñal, la banda y la escarcela, dijo:

—Vais á saberlo todo, y mala sea la conciencia que me condene.

Era el oscurecer: sabeis que de noche no sube nadie á la torre aunque vos se lo mandarais; mis gritos, á haberlos dado, se hubieran perdido en esas largas galerías como los suspiros del aire que las cruza.

No tenia auxilio, pues, de ningun género; sólo contaba con el que me diera mi puñal, que esgrimo bien.

Era el oscurecer, como he dicho, cuando un desconocido empujó la puerta y entró de repente; le pregunté quién era y qué queria. A lo primero me contestó que no me importaba; á lo segundo, que venía por el testamento de don Juan I.

Negué y no me creyó: insistió y lo despedí.

Como el rayo se lanzó á la puerta, pero fué para cerrarla. Entónces saqué mi puñal y lo esperé. ¡Ved esa punta! tinta está de su sangre.

Pero el pecho de aquel hombre era de bronce, sus brazos de acero, sus dedos como fortísimas tenazas: aquellos me estrechaban oprimiéndome mortalmente; estos me sujetaron y no sé cómo fue que me desarmó, y sujetándome con su rodilla me ató las manos con esta banda. ¡Miradla!

Era suyo, y como tal me trató.

Con la punta de una daga, que desnudó friamente, clavada en mi garganta, me pidió de nuevo el testamento... ¡Negué y apretó!

¡Qué más os diré! No supe, me faltó aliento para resistir aquella agonía de pinchazos y le dí lo que pedia.

Me dejó mil doblas en esa escarcela que ántes me ofreció y yo rehusé; ¡ahí están! y ademas me regaló la banda, que no pudiendo quitármela porque hubiera sido entregarse á mi venganza, tuvo que dejarla con gran sentimiento, segun dijo.

Así pasé la noche, don Fadrique; de pié, las manos atadas á la mesa, y la sangre goteando de las heridas hasta que el frio la coaguló. Larga, larguísima fue la noche del sufrimiento.

Por la mañana subió Bertran, cuidadoso de que no hubiera bajado por mi alimento, y me desató. Sino por él, creo por Abrahan que de pié hubiera muerto.

Esta es la verdad, señor, lo juro por el Dios único y omnipotente; y si no os satisface, terminad su obra como querais.

Antes que el astrólogo acabase su relato metió don Fadrique la daga en su vaina, y se apoderó de la banda poniéndose á examinarla con una atencion profunda.

Era esta de seda blanca, preciosamente recamada. Bordados en forma de empresa veíanse dos laureles de oro cruzándose en rededor de una azucena de plata, y entrelazada en los troncos habia una cifra compuesta de tres letras: R. L. A.

Estaba manchada por gruesas gotas de sangre, y una de ellas habia caido sobre el cáliz de la flor salpicando los laureles.

Con los ojos fijos tenazmente en la empresa que representaba la banda y la

sonrisa en los labios, el duque de Benavente estaba tan descompuesto que imponia.

—¡Bien, bien, bien! exclamó concentrando toda su ira, que sin embargo infiltraba en su calma sardónica. ¡Bien por el alférez mayor!... ¡Quién lo dijera del honrado, del leal, del noble Rodrigo Lopez de Ayala!... Ya se ve, ¡ira de Dios! cayendo yo se levanta él... ¿Quién lo extraña?... Mas ¡por Cristo, señor alférez, cara, muy cara habeis de pagar vuestra felona ambicion!

Traidoramente me habeis dañado, traidoramente me vengaré. Golpe por golpe ¡es la ley! y no os escapariés de ella... ¡Lo juro por el alma de mi padre!

Desde luego hé aquí un presagio que os es funesto, bravo Ayala; vuestra sangre ha manchado el orgulloso emblema de la dama que amais tan ciegamente. ¡Tampoco lo olvidaré!

Devoraba el astrólogo ávidamente sus impresiones, recogiendo sus palabras como un avaro el oro que profusamente le arrojan, porque sobre Rodrigo pesaban en aquella hora dos ofensas y dos venganzas.

El duque dobló cuidadosamente la banda y volviéndose al judío, le dijo con terrible energía:

—Ben Samuel, ¡á Castilla! Vamos á llevar la guerra, á sembrarla de pavor, á dar la ley, á vengar los agravios que me han hecho.

Y volviéndole la espalda descendió de la torre con ligereza.

Completo era el contraste que formaba la sombría torre del astrólogo con el alegre recinto del castillo, donde todo era ruido y movimiento.

Los clarines hacian oir sus marciales ecos en el patio lleno de arqueros y peones, los pajes y escuderos departian en alegres corros desde el patio á las almenas, cruzando bulliciosamente salones y galerías, y todos los caballeros de la comitiva del duque y los hidalgos inmediatos á su castillo que presurosos vinieran á saludarle, reunidos en la sala de armas hacian resonar bajo sus altas bóvedas el eco sonoro de sus robustas voces y el metálico crujir de sus espuelas en sus no interrumpidos diálogos y paseos.

Todas las ventanas estaban abiertas, el sol penetraba por ellas, y la luz era tan espléndida como la mansion feudal.

Desde la torre de Ben Samuel se dirigió el duque á la sala de armas, y entrando con paso firme y frente altaneramente erguida, dijo con el imperioso acento de señor y la ruda energía de guerrero:

—Todos los vasallos de Benavente ¡á las armas!

Una conmocion eléctrica hizo que todas aquellas frentes marciales se irguieran como la del duque, y que todas aquellas voces, formando una sola, repitieran con entusiasmo:

—¡A las armas!

—En este momento, pues, vais á salir del castillo á recorrer mis estados, á convocar mis vasallos para reunirlos, y que se apronten á seguir mi bandera que desplegará tremolando mi alférez el noble Gonzalo de Figueroa mañana al rom-

per el dia. Los que no estén á tiempo de marchar conmigo me seguirán con Alvaro de Villaizan y Ruy Perez de Arlanza, para que incorporándonos todos nos encaminemos á Castilla á libertarla como al rey de sus tiranos y opresores.

Y quitándose el yelmo que sostuvo en la diestra levantándolo, dijo con voz alta y vibrante:

—¡Benavente por don Enrique III!

—¡A la lid por Benavente y don Enrique III! respondieron con marcial ardor todos los guerreros descubriendo la frente y medio sacando las espadas.

El duque tornó á ponerse el fuerte yelmo y los caballeros le cercaron.

Poco despues el puente crujia bajo los piés de los caballos de cuantos iban á llevar las órdenes del duque, desde Villalpando hasta Cibrones, y don Fadrique se encaminaba á sus aposentos acompañado del buen Iñigo Nuñez y de Gonzalo de Figueroa.

—Iñigo, dijo el duque á su anciano alcaide, ¿con cuántos hombres podrémos contar mañana?

—¿Mañana...? muy poco tiempo es, don Fadrique; mañana apénas se podrán reunir doscientos caballos y doble número de infantes.

—¡Poco es, Nuñez! ¿Y en el siguiente dia?

—Un dia entero, señor duque, son veinticuatro horas; pasado mañana saldrán al mando de Ruy Perez y Villaizan cuatrocientos caballos y mil quinientos infantes.

—Eso ya significa algo, dijo el duque sonriéndose satisfecho.

—Eso significa un ejército, señor; y ejército que el rey ha de ser, y no afirmaré yo que en el término de dos dias lo reuna.

—Ni en el de cuatro tampoco, Iñigo, eso no dudo yo en creerlo; mas decidme: y ¿vos encontrais pesado el arnes? ¿Os quedais entre estos muros desiertos, ó nos acompañais á Castilla?

—Don Fadrique, contestó el buen alcaide dándole un golpecito familiarmente en el hombro; aunque mis cabellos blanquean, no le faltan brios á mi pecho. En la batalla de Nájera juré á vuestro padre, que Dios haya, que no me separaria de don Alfonso vuestro hermano, y este brazo que aquí veis lo salvó de una lanza inglesa que lo amenazó con su hierro cortando el brazo que la dirigia. Hoy que vais á combatir os acompañaré á vos; y si no puedo salvaros como al conde, sabré morir defendiéndoos.

—Iñigo, dijo el duque con expansion, hay corazones que olvidan; el mio no, nunca, ni nada, y en él se graban vuestras palabras que tal adhesion me aseguran.

—Nací en la casa de vuestro padre, me he hecho viejo á vuestro servicio; tanto es morir con vos, como morir por vos; en siendo á vuestro lado, ¡satisfecho! Esto dicho, si me lo permitis, voy á la armería á sacar lanzas y ballestas y á empezar á repartir.

—¡ Cómo si os lo permito ! en mi presencia como en mi ausencia estais en Benavente en completa libertad. Id, pues.

El adicto alcaide se aprovechó del permiso del duque y salió á dar cumplimiento á sus deberes. Don Fadrique se volvió entónces á Gonzalo, y viéndole serio y como contrariado, le dijo:

—Gonzalo, ¿ en qué pensais que de tan mal talante os pone ?

—En Iñigo Nuñez, respondió su gallardo alférez dando un suspiro.

—¿Y mi honrado alcaide os arranca ese suspiro? replicó don Fadrique sonriendo.

—Y otro que ahogo, añadió el jóven Gonzalo sonriéndose tambien.

—¿ Y por qué son esos suspiros exhalados y sofocados ? ¡ Caballero el más impresionable de cuantos calzan espuela !

—¿ Por qué han de ser, señor duque, sino porque tengo celos de su lealtad y adhesion?

—¡ Par diez ! Señor alférez, lo que decis merece que os pregunte si delirais.

—Si delirar es tener un deseo vivo y ardiente de interponer mi pecho entre la muerte y vos, no vacilaré en afirmarlo.

—Figueroa, dijo el duque serio y conmovido; no podeis saber nunca el valor que hoy dia, en que he recibido conocimiento de grandes agravios y que he tomado tremendas resoluciones, tienen para mí ese afecto que me mostrais, y para el cual no tengo otra recompensa que el mio, tan profundo para amar como lo es para aborrecer.

Y alargándole la mano añadió vuelto á su tono natural:

—Con que mi valiente alférez, id á activar los aprestos que han de hacerse para mañana , y enviadme, si por acaso lo encontrais á vuestro paso, á Bertran que me quite esta armadura.

—Lo buscaré si no lo encuentro, respondió Gonzalo estrechando la mano que se le habia tendido.

Y saludándolo se fué satisfecho y enorgullecido, no por la distincion del duque, sino por merecer el afecto del hombre que le fascinaba por la grandeza de sus pensamientos, la arrogancia de su carácter y la fuerte é indómita condicion de sus ardientes pasiones.

CAPÍTULO XVIII.

CÓMO SIGUIERON LAS ALTERACIONES EN CASTILLA, SALIÉNDOSE EL ARZOBISPO DE TOLEDO DE LA VILLA DE MADRID.

No era un secreto para algunas personas de la córte la existencia de un testamento otorgado en una hora de tristeza y desaliento por el rey don Juan I en el cerco de Cillorico de la Vera, cuando principiaron los descalabros de sus huestes por el mortífero contagio que las diezmó.

A la muerte del monarca declaró el arzobispo don García Manrique, como canciller, que no tenia ningun testamento en su poder, ni pudo encontrarse el de Cillorico por más que se buscó entre las diferentes actas que estaban á su cargo, acompañándole en esta tarea el justicia mayor Diego de Zúñiga y el respetable obispo de Cuenca, ayo del rey don Enrique.

Nadie extrañó el que así sucediera, porque despues del cerco de Cillorico, donde se hizo, tuvo lugar la funesta jornada de Aljubarrota, donde con la corona de Portugal perdió don Juan I sus bagajes y tesoros, y nada tenia de raro que al testamento le hubiera cabido la misma suerte.

Sucede que por ocultas y recatadas que se hagan las cosas siempre hay un ojo que las observe y vea, una lengua que las confíe y propale, y una casualidad que las descubra: y de esta providencial y eterna regla no se eximió el guardado testamento.

Mosen Guerau de Queralt, que estuvo en la guerra de Portugal prestando buenos y señalados servicios, supo de boca del mismo don Juan, que lo apreciaba mucho, quiénes eran los gobernadores que nombraba en su testamento; y como este lo habia mandado con su hermano don Fadrique al abad del monasterio de San Bernardo el Viejo de Valladolid para que le guardase y sólo le diera ó manifestara, caso que él feneciera en aquella guerra que tan mal aspecto iba tomando.

Sabía, pues, con certeza que el duque no habia sido nombrado gobernador y que era el único que sabía dónde estaba depositado; y naturalmente presumió que el interesado en que no pareciese era de seguro el que debia de haberlo sustraido ó empeñado al abad, para que faltando á las instrucciones y órdenes del difunto monarca lo negase y ocultara.

Estos indicios tomaron cuerpo con otros más significativos, y á su venida á Castilla era evidente para él, gracias á una confidencia del poderoso marques de

Villena hecha á don Alfonso de Aragon, tio de don Enrique III, que el testamento estaba en poder de don Fadrique, quien así se lo habia asegurado al primado de Castilla cuando despues de publicada la muerte de don Juan se reunieron en Madrid.

Hemos nombrado por incidencia al marques de Villena, deudo cercano de los reyes de Castilla y Aragon, gobernador de aquel, y que por sus intereses residia temporalmente en este; hombre muy célebre y de quien si no nos ocupamos extensamente es porque no atañe al interes de la historia que concienzudamente escribimos, sin darle parte á otros que á aquellos que realmente la tuvieran.

Volviendo, pues, á mosen Guerau, dirémos á nuestros lectores, que noticioso de los disturbios del concejo y testigo en parte de los desmanes y desafueros que en el mismo dia que llegó dieron principio amenazando aumentarse, propuso á Pedro y Rodrigo Lopez de Ayala, con quienes tenia grande amistad desde Cillorico de la Vera donde se conocieron, que valiéndose de todos los medios posibles se apoderaran del testamento si el duque no lo habia inutilizado, y que presentándolo se cortarian de raíz aquellas funestas discordias, rompiéndose la terrible y estrecha alianza de una parte del concejo, y restableciéndose en cambio, si no la union, el equilibrio que debia reinar entre sus miembros, tan hostilmente opuestos y desigualmente divididos.

Aprobado el pensamiento de mosen Guerau por los dos hermanos, se pensó en los medios de llevarlo á cabo. Aquel se encargó de preparar los ánimos para recibirlo, recomendándolo tan particularmente al rey, que llamara su atencion y la del concejo; Rodrigo de noticiárselo á la reina y decidirla á que le autorizara para recobrarlo, y empeñara á don Enrique á presentarlo; y el entendido é influyente corregidor de Toledo, de proporcionar con tanta prontitud como reserva una recomendacion eficaz del reverendo obispo de Cuenca para el abad de San Bernardo.

La intencion de mosen Guerau de Queralt era bonísima, y los esfuerzos de Pedro y Rodrigo de Ayala en alto punto laudables; pero el éxito no correspondió á sus esperanzas.

Durante los dias que el infatigable y osado Rodrigo tardó en traer el rescatado testamento presentó el concejo de gobernadores el aspecto de un volcan, cuyo cráter inflamado amenazara una violenta erupcion. Sin embargo, esta no fué hasta la salida de la sesion regia. Entónces sí, entónces arrojó su lava á torrentes.

La más airada efervescencia reinaba en el concejo un dia ántes; un dia despues era la division más enconada, era la guerra ó por lo ménos un preludio atemorizador; era la lucha con un encarnizamiento mortal.

Y así se abordó la cuestion que ya no podia esquivarse, pues era preciso decidir si debia guardarse el testamento presentado, ó seguirse lo dispuesto por las córtes.

Segun las leyes de partida sancionadas por las córtes de Alcalá en 1349 tenia facultad don Juan I para designar la regencia del reino durante la menor edad del príncipe don Enrique, y sólo en el caso de que faltara un acta donde constase su voluntad, las córtes debian atender á formarla con arreglo al mismo código, que marcaba en quién debia recaer la eleccion.

Mas no se discutia este doble derecho establecido con toda la fuerza de una ley. La cuestion que se debatia era que, encontrándose nombradas dos regencias igualmente legales en su forma y representando ambas una voluntad que tenia poder y derecho para investirlas de sus regias facultades, cuál de ellas habia de resignar en la otra.

La ley y la razon declaraban que debia guardarse el testamento acatando la prerogativa real. La conveniencia, empero, podia dar á la regencia de las córtes la fuerza de otra ley no votada ni sancionada, pero que es la primer ley de los pueblos; y esta materia delicada por sí la desenvolvian la pasion y el egoismo del interes personal.

Indiferente debia serle al primado que una ú otra regencia quedase, puesto que ambas lo llamaban y en ambas habia de presidir por su elevado carácter; pero ninguna tuvo su apoyo. Rechazó una y otra, y la razon sólo estaba en su alianza con el duque y su aborrecimiento á don García que de las dos era parte.

De aquellos dos bandos que dividian las opiniones y los odios surgió uno más que confundió á los otros y que lo hizo brotar el primado con una palabra, como brotó la luz de otra palabra de Dios.

Pidió una tercera regencia nueva y pura.

Y para probar lo conveniente y lo necesario que era, con su mucha sabiduría y persuasiva elocuencia mostró una por una todas las dificultades de un gobierno compartido entre tan gran porcion de regentes, la falta de unidad, de accion, de fuerza y de pensamiento, que lo haria ser siempre débil y vacilante; y como las dos regencias estaban compuestas de tan crecido número, y como las dos adolecian de la misma falta, pidió á las córtes que sacrificando la legalidad de estas al bien público reeligieran una compuesta de uno ó tres gobernadores.

La pasion extraviaba al insigne prelado y sus palabras al concejo y á las córtes, que se desviaban del camino recto para intrincarse en otro tan torcido como sembrado de obstáculos.

Si el arzobispo de Santiago no hubiera conocido sobradamente en el mismo punto de formular el primado su proposicion que encerraba un tiro certero y calculado para derribarle; si con su natural prevision y sagacidad no hubiera comprendido que acceder á una nueva eleccion equivalia á resignar el poder en sus manos y en las del duque de Benavente, por espíritu de contradiccion, por instinto de odio se habria opuesto á sus designios con toda la obstinada firmeza de su carácter de hierro.

Sin apoyar ninguna de las diversas opiniones que emitian los opuestos bandos, sin indicar siquiera la suya propia, sólo hablaba para combatir el proyecto de reeleccion; pero entónces empleaba toda su elocuencia, toda su energía, rebatiendo los argumentos uno tras otro, todos los que se levantaban para sostenerla.

Otro elemento habia ademas con que luchaba sin vencerlo don Pedro Tenorio, elemento de resistencia que prestaba su ayuda á don García y con el cual era este más fuerte que su adversario.

El concejo de diputados habia llegado á unirse con el arzobispo de Santiago en la oposicion á nueva eleccion de regencia. Ninguno queria dejar su puesto, y sostenidos por las córtes de do salieron, combatian al primado sin tregua, rechazando tenaz y sostenidamente su interesada proposicion.

Y los dias se sucedian unos á otros, los debates eran cada vez más reñidos, los ánimos se enardecian más y más, los resentimientos se enconaban á lo sumo, y los dos prelados continuaban disputándose la victoria, sin que entre tanto se resolviera cosa alguna de lo que tanto importaba decidir.

Así las cosas, cundieron súbitamente por la villa fuertes rumores sobre la rebelion del duque de Benavente; la alarma penetró en todas partes; los partidarios de don García Manrique pidieron una explicacion al primado, que rehusó darla sin excusarse; y acalorándose más de lo que era debido á su dignidad y augusto carácter, rayaron en demasía los discursos de ambos prelados.

Ya todo se precipitó. Don Pedro Tenorio se levantó perdida la calma que tanto le importaba conservar, y seguido del maestre de Santiago salió de San Salvador ántes que concluyera la sesion.

Entónces protestaron los diputados de las ciudades que seguirian reconociendo la regencia nombrada por las córtes hasta que no recibieran poderes para otra cosa.

Esto y la no esperada accion del arzobispo de Toledo produjo una sensacion profunda, dando la sesion por terminada así que hizo su protesta el último diputado.

Miéntras que estos extendian sus actas con más calma de la que era de esperar siguiese á la salida del primado y el maestre, estos ganaron la calle encaminándose juntos á la morada del primero, sin que cambiaran ni un gesto hasta que llegaron á ella.

Pero allí se desquitaron del silencio del tránsito, pues estuvieron conversando hora tras hora, tres; pasadas las cuales despidióse el maestre, y el arzobispo llamó á sus pajes y escuderos para mandarles hicieran sus preparativos de viaje; mas con tal prontitud, que ántes de una hora estuviesen fuera de la villa.

Dejarémos, pues, á estos y aquellos enjaezando mulas, ensillando caballos, haciendo lios, llenando cofres, recogiendo libros y guardando ornamentos, todo con gran prisa y diligencia, para seguir al maestre de Santiago que tomó con ademan resuelto por una calle angosta y retirada, donde se alojaba en un espa-

cioso edificio el maestre de Calatrava don Gonzalo Nuñez de Guzman.

Una no escasa porcion de soldados de la órden, sentados en ancha rueda, departian misteriosamente en el zaguan, ínterin el centinela terciada al brazo la alabarda paseaba con monótona continuacion por delante de la puerta que guardaba.

Y aquí apuntarémos de paso que cada uno de los gobernadores ¡y eso que eran muchos! tenia una fuerte guardia para no ser ménos en esto que Enrique III, á cuyo nombre gobernaban.

Pasó el maestre con severa faz por entre los soldados cuya plática interrumpió, atravesó sin obstáculo todas las piezas que habia ántes de llegar á la que ocupaba don Gonzalo, que por cierto en ella se hallaba y en aquel momento sentado en un altísimo sillon de damasco carmesí medio envuelto en su hábito, la morena y arrugada mejilla afirmada á la dura palma de su mano, y completamente sumergido en un mar de reflexiones.

Y no debian ser estas nada gratas, por cuanto su fisonomía tan abierta y noble estaba oscurecida y triste, la frente sobretodo hondamente plegada, la mirada tan fija como la de un abstraido, y de tanto en tanto se mordia el cano y tupido bigote, muestra en él inequívoca de grande enojo ó pesar.

Si fuera posible expresar con la pluma lo mucho que en un solo gesto puede manifestarse por rápido que sea intentaríamos describir la expresion del que hizo don Gonzalo cuando la voz algo áspera de un escudero llevó á su oído el ilustre nombre de don Lorenzo Suarez de Figueroa.

Levantóse prontamente al oirlo, y sin embargo que su rostro no se mostraba muy regocijado con la visita que por las puertas entraba con altiva gravedad, se adelantó con marcial continente no exento de cortesía á recibirlo.

No era la amistad que unia á los dos poderosos jefes de las órdenes de Calatrava y Santiago proporcionada al solemne juramento que debia estrecharla; pero uno y otro hasta entónces la habian guardado permaneciendo neutrales el dia que la despótica demanda del duque de Benavente habia alcanzado la airada negativa del arzobispo de Santiago y silenciosos en los agitados debates del testamento y regencia.

Mas en el estado á que las cosas habian llegado no podian continuar del mismo modo.

Los dos eran gobernadores hasta que no se cumpliese lo dispuesto por don Juan I; los dos estaban unidos á los arzobispos con vínculos que si no eran sagrados, eran al ménos poderosos; ambos veian llegado el instante de decidirse abierta y declaradamente por el uno ó el otro prelado, pues se trataba de rebelarse y resistirse; y un juramento que en la edad media no osaban quebrantar los que le prestaban, aunque en ello les fuése la vida, impedia á los maestres dirigir su espada á un mismo blanco hallándose colocados por su mala estrella donde lo habian de ser uno de otro, combatiéndose frente á frente.

Hé aquí, pues, lo que llevaba á don Lorenzo á presencia de Guzman y lo que tenia al leal maestre de Calatrava tan inquieto y sombrío, desde que comenzaron los disturbios del concejo y las desavenencias de los prelados.

Lo más difícil de ciertas cuestiones es á nuestro humilde parecer el abordarlas. La que ocupaba el ánimo del maestre de Santiago, conocidas como conocia las disposiciones y antecedentes de Guzman, era un tanto espinosa y delicada, razon por la cual don Lorenzo Suarez de Figueroa se sentia algo suspenso y embarazado para decir á don Gonzalo á lo que venía, buscando en su magin las frases más á propósito para atraerle á su bando por sorpresa, si por conviccion no podia.

Nuñez de Guzman habia conducido al maestre á un asiento frente del suyo, y mirándole de hito en hito le dijo con su osada franqueza así que notó su embarazo y su silencio:

—Don Lorenzo Suarez de Figueroa, ¿venis á que renovemos nuestro juramento?... porque me parece que no deja de ser ocasion para ello.

—Así es como lo decis, contestó el interpelado maestre sintiéndose descargado de un peso enorme con ahorrarse el preámbulo con que ya estaba á punto de empezar. A buscaros vengo, don Gonzalo, para que puesto que llegó el dia desenvainemos á la vez los aceros y entremos juntos en la lid.

—¡Por san Bernardo, maestre! replicó el de Calatrava con su acento rudo y leal; declaráos ántes que nos comprometamos lanzándonos á un extremo del que no se puede volver sino con mengua.

—Eso quiero hacer, don Gonzalo.

Y don Lorenzo Suarez de Figueroa en vez de explicarse guardó silencio pensativo.

—Permitid que os pregunte, maestre, dijo el de Calatrava entrando de lleno en la cuestion. ¿Es verdad que pensais en otras batallas que las que se dan los prelados con sus aguzadas lenguas?

—No hay ya medio de evitarlas, despues de lo que como yo habeis presenciado hoy.

—Lo que yo he visto, maestre, es que todos nos despeñamos, sin que haya una mano que nos contenga. Y ya que nuestra desgracia parece conducirnos á ese funesto trance, menester es convenir lo que á nosotros atañe. ¿Por quién pensais combatir, puesto que á la contienda va á dársele el triste matiz de la sangre, único que le faltaba? ¡Por vuestra vida! respondedme claramente y con lisura.

—Por la justicia y el prelado que la sustenta, respondió el maestre de Santiago usando de ambajes en vez de la franqueza que se le pedia para explicarse.

—Haceis bien ¡voto á Caín! repuso don Gonzalo con una sonrisa amarga que mostraba la ironía de sus palabras; yo estoy resuelto á lo mismo.

—Pues dadme vuestra mano y marchemos, dijo don Lorenzo Suarez aparentando creerlo.

—¡Marchar! ¿Adónde? le preguntó el anciano Guzman fingiendo con malicia que no comprendia adónde habian de ir.

—¿No lo presumis? respondió el maestre de Santiago declarándose abiertamente. A Alcalá, donde nos espera el primado.

—¡Se ha ido ya ese... arzobispo! dijo con ímpetu el de Calatrava, levantándose bruscamente pintada la cólera en el rostro.

Púsose de pié á su vez don Lorenzo alterado, y con tono seco y resuelto repuso:

—Ya se ha ido, maestre, y yo voy á seguirle ahora.

—¡Pues yo no! Yo me quedo, dijo el maestre de Calatrava mirando frente á frente al de Santiago con no ménos decision y más energía.

—Acordáos que jurasteis sobre el sacrosanto cuerpo de nuestro Señor Jesucristo que seríamos amigos, replicó don Lorenzo con acento de reconvencion.

—¡Y lo serémos, á lo ménos por mi parte! contestó don Gonzalo con dignidad.

—Tambien jurasteis no desnudar la espada...

—¡Sino en defensa de Enrique III y en pro y gloria de Castilla! dijo el maestre de Calatrava tomando las palabras de los labios del de Santiago; mi juramento está aquí siempre, don Lorenzo.

Y se llevó la mano al corazon con un enérgico ademan.

—Y nunca como ahora lo necesitan el uno y la otra, maestre, oprimidas como están por don García y sus secuaces.

—¿Lo necesitan?... ¡Por Santiago vuestro patron! Mirad, Suarez, si quiero ser vuestro amigo, cuando no os digo que mentis, replicó don Gonzalo no pudiendo contenerse roto el dique á su indignacion.

La fisonomía del maestre de Santiago se contrajo: blanco de cólera se puso, y con un movimiento que denotaba lo profundo de su agravio, llevó la mano al pomo de su espada medio sacándola de la vaina.

Hizo don Gonzalo un enérgico ademan para contenerle, y tornándosele pálidas las encendidas mejillas, le dijo con un acento que se sublimaba con la violencia que se hacia para ser humilde.

—¡Señor maestre de Santiago, perdon por el santo cuerpo de Dios!

—¡Sea por su santo nombre! contestó Suarez de Figueroa tendiendo la diestra á su ofensor con tanta altivez como dignidad.

—Maestre, dijo el de Calatrava despues de algunos segundos de violento silencio, ¡no nos separemos por la inmaculada Madre de Dios! Dejemos que en el terreno de la fuerza ellos solos diriman su derecho; nuestro puesto está junto á los dos niños, que debemos proteger y guardar como si fuéramos sus padres.

—Sólo os responderé una palabra, don Gonzalo, y creed que esa sale del corazon. Siento que no me sigais, y lo siento con extremo; pero es imposible el que permanezca aquí, porque mi honor me manda cumplir lo que prometí como caballero ántes que á vos me uniera el lazo de un juramento.

—Idos, pues, con don Pedro Tenorio, dijo severamente Guzman. Yo me quedo con Enrique III, mi pupilo; es el primer deber de mi conciencia.

Mordióse los labios don Lorenzo Suarez de Figueroa, que añadió con irónica intencion devolviéndole el reproche:

—Y con don García Manrique, maestre.

—Y con todo el que no le abandone aunque sea mi más mortal enemigo, dijo con entereza el anciano jefe de Calatrava alzando con arrogancia su altiva frente. Y por lo que hace á nuestro juramento, prosiguió diciendo don Gonzalo dulcificando algo su semblante y acento; aunque sabe el que lo recibió en su trono de serafines que no soy quien lo quebranta; aun cuando vos lo rompais, no lo tengo por disuelto, en tal manera, que suceda lo que sucediere, ni en defensa de mi vida cruzaré mi espada con vos, maestre, ni con ninguno que ostente la roja cruz de la órden de Santiago.

—Y yo, don Gonzalo, tampoco con la vuestra, dijo don Lorenzo Suarez de Figueroa aceptando el medio que la lealtad de Guzman habia encontrado de hacer compatibles sus deberes y su juramento. Separémonos, pues, ya que mi honor y vuestra conciencia nos prohiben imperiosamente obrar de consuno en esta causa, permaneciendo juntos y estrechamente unidos como debíamos estarlo; pero no nos encontremos en los combates al frente de las enemigas huestes. No os obstineis, maestre, á sostener lo que toda Castilla se alzará por derrumbar; pensad maduramente que cuanto más se prolongue la lucha serán sus consecuencias más terribles, y haced por el reino lo que haceis por un hombre ó un deber.

—Por lo que á mí hace, os diré que á Uclés voy; allí esperaré lo que resolvais, y estad seguro que mi mano no relajará el lazo sagrado que en Ocaña nos unió. Y tened en cuenta, maestre, que procediendo de este modo falto á mis convicciones y antiguos compromisos.

—Pues está dicho todo, don Lorenzo. Tomad, hé aquí mi espada; guardadla en prenda de mi palabra, y si falto á ella dirigid su punta contra mi pecho y atravesadlo por traidor.

Y desciñéndose su rico cinturon sacó la espada y se la entregó al maestre de Santiago.

Tomóla este, y quitándose la suya, le contestó alargándosela:

—Recibid la mia en cambio, y si no cumplis lo que ofreceis, que se crucen como nuestra voluntad.

—¡Amen! dijo el maestre de Calatrava recibiéndola y pasándosela á la izquierda mano le tendió la diestra, añadiendo: Id con Dios, don Lorenzo, y confiad en mi lealtad.

—Él quede con vos, maestre, contestó con tristeza el de Santiago; y hasta que luzcan dias más serenos para Castilla, ó que viendo el abismo á que os empujan vayais á buscarme á Uclés.

Y apretándose las manos los dos maestres se despidieron separándose en seguida, y por aquella vez quedó gozoso y triunfante el de Calatrava, y se fué mustio y de mal talante el de Santiago, cogido con sus mismas armas por el honrado y rudo Guzman, para quien era el juramento la eterna pesadilla de su vida, desde el instante que lo prestó y pudo adivinar adonde lo conducia y la lucha que tenia que sostener, colocado entre los dos arzobispos.

CAPITULO XVIII.

CONTINÚA LA MATERIA DEL ANTERIOR, Y SE DA CUENTA DE LA SALIDA DE MADRID DE LA CÓRTE, Y CÓMO Á DON ENRIQUE LE LLEVARON Á VALLADOLID.

Seguian los acontecimientos en Madrid su curso precipitado y violento.

Despues del primado, que se fué para Alcalá, salió el maestre de Santiago para Uclés, redoblando su marcha la alarma del vulgo, ya temeroso y alborotado. Inconsiderado era el proceder de don Pedro Tenorio y harto culpable en un prelado que por sus odios y rencores, por sus ambiciones y compromisos de bandería, encendiera la guerra civil, poniéndose á su frente como jefe.

Porque aunque proclamaba en alta voz que su intento no era otro que libertar al rey y á Castilla de los desafueros y tiranías de los regentes, tiranías y desafueros que no estaba exento de haber cometido, no libre de haber provocado, su responsabilidad no se borraba con protestas, y pesaba sobre su conciencia la larga serie de desgracias que atraia sobre los hombres que debia gobernar en paz como apacible pastor de Jesucristo, y con justicia y rigorosa imparcialidad como uno de los más poderosos delegados del derecho y potestad real que en nombre de Enrique III ejercia.

Desde Alcalá pasó á Illescas y Talavera, y desde esta última llamó á las armas á los nobles con sus mesnadas y á los hidalgos con sus tizonas. Escribió á los concejos de su diócesis y á las villas y ciudades levantando y reuniendo tropas con una actividad asombrosa.

Ademas envió cartas á Francia, Navarra y Aragon; y manifestando los motivos que le obligaban á tomar una resolucion tan extremada fulminaba quejas y acusaciones contra el arzobispo de Santiago y su bando, conminando sobretodo al concejo de diputados que tan vigorosa oposicion le habia hecho.

Llevó tambien la querella á Clemente VII, quien tenia con él una deuda de agradecimiento, pues á su influjo era debida la obediencia que le rendia Castilla y Navarra; y preparando dentro y fuera los ánimos en su favor se puso de acuer-

do con los malcontentos, que eran infinitos, y levantando un ejército se reunió con el duque de Benavente.

Unidos negociaron la alianza con el poderoso marques de Villena, que desde Aragon seguia los movimientos de Castilla. Unióseles asímismo el maestre de Alcántara don Martin Yañez de la Barbuda y otros muchos hidalgos y caballeros de gran cuenta, organizándose un ejército que ascendia á mil quinientos caballos y cuatro mil ochocientos infantes sin contar las gentes del maestre de Alcántara, que si no era mucha, era en cambio de la más escogida y avezada á los combates.

En Madrid, la córte que se componia de la nobleza se fraccionó al estallar las desavenencias de los regentes, y unos, que fueron los más, se unieron al duque de Benavente; otros se fuéron á sus castillos á dejar pasar aquella borrasca, y los restantes quedaron con don García Manrique, quien en cambio de aquellas deserciones se habia moralmente apoderado del rey su pupilo, de quien dimanaba el poder y el prestigio que en vez de perder aumentaba.

Sin embargo, por dias, por horas se iba haciendo más falsa y precaria su situacion. Con la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros habian crecido los cuidados, hiriéndole crudamente las amarguras y decepciones que sobre él venian á turbion.

Verdad es que á todo hacia frente con energía, que en su pecho no tenia entrada el temor ni el desaliento; pero se concentraban en su corazon las pesadumbres que lo cercaban estrechando su círculo á medida que el peligro, tomando una forma real, aparecia claramente á la vista.

A cada nuevo armamento que se hacia en Alcalá, á cada refuerzo que llegaba, corrian las nuevas de boca en boca sin parar hasta Madrid, donde circulaban con el aumento y rapidez competente, esparciendo la alarma y el temor.

En tan críticas circunstancias, los gobernadores que permanecian con don Enrique, y no eran otros que el arzobispo de Santiago y el maestre de Calatrava con el concejo de diputados, acordes en defenderse, suspendieron las sesiones de córtes y decidieron la traslacion del rey y la córte á Valladolid, como punto más fuerte y distante, hecha pronta y sigilosamente; dictando ademas todas las medidas necesarias para la defensa con una actividad y un ardor superior, si cabe, á lo que se desplegaba en el opuesto bando para atacarles.

Antes que trascendiese la más leve noticia en Alcalá salió de Madrid Enrique III, apénas repuesto de su última dolencia, la reina, el infante don Fernando, el obispo de Cuenca, la servidumbre en extremo mermada por las deserciones y el miedo; el arzobispo de Santiago, el concejo de diputados, el justicia mayor, el adelantado mayor y el alférez mayor del rey con seiscientas lanzas, que en union de don Gonzalo Nuñez de Guzman, que mandaba otras seiscientas de la órden de Calatrava, iban escoltando al rey.

Llegados á Valladolid los gobernadores continuaron sus aprestos de guerra;

fortificóse la ciudad más y más, y dentro de sus muros se reunieron cuantos hombres se encontraron aptos para embrazar una lanza ó disparar una ballesta.

Pocos dias despues los centinelas enviaron el grito de alarma á la ciudad. Las lanzas del arzobispo de Toledo estaban á la vista de Valladolid.

Diferente fue la impresion que aquel grito produjo en los que le oyeron. Los guerreros sintieron esa eléctrica conmocion que hace hervir la sangre en las venas y latir el corazon, donde se agolpa con el deseo de verterla; el arzobispo de Santiago redoblarse su energía y aumentarse su rencor; el buen don Gonzalo Nuñez de Guzman la tristeza y el disgusto; y por último, en los pacíficos habitantes de Valladolid el temor y la inquietud.

El maestre de Calatrava, don Alfonso Manrique, Ruy Lopez Dávalos y Rodrigo Lopez de Ayala corrieron á ponerse al frente de todas las fuerzas con que contaban, ordenaron sus escuadrones, y despues de arengarlos el arzobispo don García, los distribuyó el adelantado mayor desplegando al aire la bandera con los leones castellanos que tremoló el fuerte brazo del alférez mayor del rey.

En seguida llamó don Gonzalo á don Enrique Fernandez de Arellano, comendador el más antiguo de Calatrava, y presentándolo á don Alfonso Manrique, á Ruy Dávalos y á Rodrigo Lopez, les dijo:

—Señores, don Enrique Fernandez de Arellano representa desde este momento al jefe supremo de la órden de Calatrava. Dirigíos á él en lo que ocurra, porque yo con cincuenta caballos voy á guardar á mi pupilo don Enrique.

Y volviéndose luego al comendador, añadió:

—Comendador, para pelear y vencer os delego todas mis facultades; no lo olvideis.

Luego, poniéndose á la cabeza de lo más escogido de la órden, formó una pequeña tropa con la que se dirigió al alcázar, puesto el más importante de todos, pues los dos bandos sabian sobradamente bien que su fuerza no consistia tan sólo en la razon, sino en tener en su seno al augusto niño cuyo nombre invocaban igualmente.

Miéntras tanto el ejército del arzobispo de Toledo se extendió lentamente por la llanura, acampando con la mayor osadía en las frescas orillas del Pisuerga; viniendo la noche en breve á extender su estrellado manto sobre sitiados y sitiadores sin que les trajera á unos ni á otros sueño ni descanso, pensando en lo que á otro dia debian ejecutar para conseguir la apetecida victoria.

Aquella noche, pues, lo fue de insomnio para los guerreros que velaban por la seguridad, los unos de sus muros, los otros de su campo; durante ella se oia en el recinto de Valladolid los golpes de los sitiadores clavando sus tiendas, divisándose á la clara luz de las hogueras pulular y agruparse los soldados lanzando sombríos reflejos sus armaduras y el hierro limpio y bruñido de alabardas y partesanas.

En aquella espectativa pasó la noche y lució el dia ansiado y temido

en que se iban á romper las hostilidades, á sellar con sangre la contienda.

Con los preparativos de uno y otro bando se hacia inminente el peligro, crecian los cuidados, doblábase la ansiedad y subia de punto el ardor de los combatientes, que deseaban con afan llegar á las manos.

Y de aquel cuerpo que estremecia la impaciencia, la cabeza, que era don García Manrique, estaba serena y en su mayor lucidez, y el corazon, que era Enrique III y Catalina de Lancaster, se hallaba inquieto y comprimido.

Desde muy temprano estaban juntos sentados en el interior de una vastísima cámara el rey, la reina, el infante, el obispo de Cuenca y la jóven y hermosa Elvira Manrique.

El rey estaba muy pálido, y sin que tuviera miedo se le conocia que estaba vivamente afectado. Doña Catalina, profundamente preocupada, estaba tan triste, tan agitada, que á veces no oia lo que pasaba en derredor y otras se estremecia como si le fueran á descargar un golpe.

El infante don Fernando, atónito y amedrentado el pobre niño, tenia un brazo echado sobre el hombro de don Enrique mirando al obispo de Cuenca y otras veces á la dama de la reina, que á pesar de sus temores y cuidados siempre le enviaba una sonrisa.

En cuanto al anciano prelado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en las flores de la alfombra, que por cierto no veia, movia tristemente la cabeza, mostrando muy á las claras estar más atemorizado que cuantos en aquella hora sentian la flaqueza de tener miedo.

Tal era el aspecto que presentaban las cinco personas que estaban en la regia cámara cuando seis palabras arrojadas de la boca de un ujier vino á variarlo completamente con decir:

—¡Su alteza la reina de Navarra!

CAPÍTULO XIX.

EN EL QUE SE RETROCEDE PARA MEJOR PROSEGUIR LOS SUCESOS DE ESTA HISTORIA.

El mismo dia y casi á la misma hora en que aparecieron orillas del Pisuerga las huestes del arzobispo de Toledo venian por el camino de Madrid con direccion á Valladolid dos viajeros bien montados en andadoras mulas castellanas, los cuales, por la mitra, el báculo de oro, el sombrero forrado de sinoples, la cruz de dos traversas treboladas del mismo metal del báculo, y el cordon verde con seis nudos orlando el escudo que llevaban sobre sus coletas de sarga negra, po-

dia colegirse, sin temor de equivocarse, eran dos pajes de algun príncipe de la iglesia.

Caminando con gran diligencia, pretendian, al parecer, llegar ántes del mediodia al lugar de San Chidrian que á corta distancia debia estar, porque se percibia en la clara atmósfera el humo de sus hogares y el lejano ladrido de los perros, cuando aparecieron á traves de los grupos de árboles del camino dos jinetes montados en ligeras jacas tordas vistosamente enjaezadas, que de la parte de Medina del Campo se adelantaban con rapidez.

Eran estos dos gentiles mancebos de hasta veinte años de edad, con escaso bigote rubio el uno y bien poblado y negro el otro; los dos ni hermosos ni feos, gallardos y bien portados, vestidos iguales en un todo y ostentando en el pecho el partido escudo de Castilla y Navarra, superado de una corona real. Llevaban plumas blancas en los sombreros, y las caidas alas de estos daban sombra á sus ojos fijos en los viajeros, con quien no podian ménos de unirse á poco que unos y otros avanzaran.

Apresuraron el paso los de la mitra y báculo para llegar ántes á la encrucijada donde se unian los dos caminos, y dejar á los de Medina correr libremente por el de Madrid si lo seguian, ó entrar ellos los primeros en San Chidrian si tomaban los otros el de Valladolid; pero no lograron su intento, porque imitando su accion los de los castillos y cadenas, redoblaron su ligereza y los alcanzaron á poco espacio que anduvieron, saludándolos muy cortesmente.

—Muy de prisa caminan los hidalgos, dijo uno de los que de Madrid venian á los que de Medina llegaban.

—No tanto como mi señora desea, respondió uno de los de las plumas, que por más señas fue el barbirubio.

—Segun eso, vais sin duda de aposentadores, repuso el del negro coleto.

—Lo habeis acertado, contestó con soltura su interlocutor; y paréceme, si no me engaño, que vos traeis la misma comision.

—Adivinásteislo, señor hidalgo, dijo el de Madrid complacido. Y ¿será indiscrecion preguntaros á quién precedeis tan diligentes?

—De ningun modo, ántes bien pláceme mucho el decíroslo; vamos á hospedar á nuestra señora la reina de Navarra doña Leonor de Castilla. Y ¿vos?

—A nuestro señor el reverendo fray Juan Bautista, obispo de San Ponce, legado del santo padre Clemente VII.

Quitáronse el sombrero los aposentadores reales, y ántes que pudiera contestar, dijo el paje del legado, que aun no habia pronunciado una palabra:

—Gran compañía hemos encontrado, pero mucho me temo que nos estorbemos mútuamente en lugares como el que tenemos á la vista; porque en villas y pueblos mucho mayores, gracias si con trabajo hemos podido encontrar lo necesario.

—No decis mal, contestó riéndose el barbirubio; pero mi señora queda repo-

sando en Adanero, y piensa dormir en Montuenga; así que en San Chidrian estaréis solos por hoy.

—Pobre tierra es esta, por cierto, para que viajen por ella personas de tan gran cuenta, replicó el aposentador del legado que no hablaba las más veces por no incomodarse en abrir la boca.

—Eso consiste, señor extranjero, contestó el del negro bigote fruncidas las bien cortadas cejas, en que es una tierra que sustenta á muchos más de los que debia.

—¡Corpo di Cristo! exclamó con viveza el otro paje del legado; eso debe ser porque en Villacastin apénas ha habido con que servir la mesa al obispo mi señor.

—Pero figuráos, seor paje, despensero ó lo que seais, le dijo con sorna el barbirubio, que ántes que pasaseis vos lo hizo el rey don Enrique y la córte, despues entraron el arzobispo de Toledo y el duque de Benavente con otros muchos señores de los más poderosos de Castilla, y á más á más, llevan seis ó siete mil aposentadores; con que no extrañeis haber recogido migajas.

Ya iban á entrar en el lugar por el que asomaban algunos labriegos, y ántes de despedirse dijo el mal contento paje al bien dispuesto aposentador anudando su rota plática:

—¿Y adónde va su alteza con tanta prisa?

—A Valladolid donde está su deudo el rey de Castilla. Y ¿el reverendo obispo, vuestro señor, hácia dónde se encamina tan diligente?

—Tambien á Valladolid, y á lo mismo segun creo.

Sonrióse con malicia el castellano, y dijo:

—Puesto que segun presumo llevamos en todo la misma comision, allá nos verémos, seor paje; y hora quedáos con Dios, que ya estais en San Chidrian.

—Él os acompañe, respondió un poco amohinado el buen italiano, dirigiendo su mula por la primer calle que se le presentó á la vista.

Picando espuelas los otros á sus tordillas siguieron la via de Montuenga á donde iban á prevenir posada á la reina doña Leonor.

Claramente se conoce por el diálogo que antecede de los pajes del legado y los aposentadores de la reina de Navarra que uno y otros corrian presurosos á Valladolid á evitar el primer choque de los dos bandos, y con él un derramamiento de sangre que haria imposible todo avenimiento si llegara á efectuarse como era de temer.

Formada la tempestad en el cielo de Castilla y á punto de que tronara, se salió de la córte doña Leonor pasándose á su villa de Arévalo, siendo su intencion el no decidirse ostensiblemente por ningun bando para conservar su influencia sobre los dos, á fuer de prudente y precavida.

Eso no quitaba que privadamente se correspondiese con unos y con otros, y que escuchando las quejas de todos, á todos diera la razon; bien que siempre trabajaba en pro del duque, y eso que se dió por enojada cuando su precipitada

salida de Madrid y declarada alianza con el arzobispo de Toledo y sus parciales.

Empero tenia doña Leonor sobrado talento y un conocimiento harto profundo de los hombres y de las cosas para no comprender que los extremos á que se habian dejado arrastrar los partidos eran fruto de rencorosas pasiones y mezquinos intereses; y tenia tambien un alma de elevado temple y sangre castellana en las venas para no ver con pesar el abismo adonde se lanzaban, arrastrando tras sí á la infeliz Castilla.

Conocia con su clara inteligencia que iban á estrellarse si se les dejaba obrar; sabía ademas que para el vencido no hay ley, ni para el vencedor respeto que lo enfrene, y tembló por la libertad de don Fadrique si sucumbia, y por el reino si triunfaba.

A estos sentimientos se agregaban otros de propio y vivo interes, y estos y aquellos la impulsaron á ponerse en marcha para Valladolid con el objeto de extender una mano suplicante á cada bando y probar á conciliarlos con sus esfuerzos y ascendiente, y si no obligarlos á una tregua por lo pronto, y despues negociar un arreglo que todo lo conciliara del mejor modo posible.

En Montuenga supo por sus aposentadores que el obispo de San Ponce viajaba con la misma diligencia y propósito que ella, y al temor de que llegaran á las manos se unió el deseo de que el legado de Clemente VII no se le anticipara en su obra; con lo que se dió tal prisa, que pasó por Olmedo, Valdestillas y Puente de Duero sin tomar descanso en ninguna parte de las que le tenia preparado, llegando al campamento del Pisuerga cuando todo se estaba disponiendo para acometer la ciudad, siendo el siguiente dia el destinado á que las lanzas de un prelado fuéran á buscar en el corazon de los soldados del otro la mejor razon que á cada uno de ellos asistia.

El duque de Benavente que estaba activando con su presencia los preparativos del asalto que imaginaba dar en cuanto rayara la siguiente aurora, fue el primero que vió acercarse la lucida escolta de la reina, y reconociendo á su hermana se apresuró á recibirla.

Pasó doña Leonor por entre tiendas y guerreros, escudada su condicion de dama con su rango de reina, que habia de imponer respeto á la desalmada soldadesca, y acompañada de don Fadrique que agradablemente sorprendido iba guiando su palafren.

Descendió de él en brazos del duque, y cuando hubieron entrado en la tienda de este, le dijo con expresion dulce y suplicante, expresion á la cual pocos mortales tenian la fortaleza de resistir cuando con ellos se empleaba:

—¡Mi Fadrique! Aquí teneis á la reina de Navarra, á vuestra hermana Leonor que viene á demandaros, si es menester de hinojos, no prosigais en vuestro intento de llevar la guerra al alcázar de vuestro mismo pupilo; que con el olvido de vuestros resentimientos cimenteis la paz en el reino, dando fin á tantas tropelías, á tanto desman como á vuestra sombra se cometen con estas revueltas y trastornos.

—Doña Leonor, contestó con ironía el duque; me atribuís un poder que no tengo. Yo no soy otra cosa aquí que un soldado del reverendísimo arzobispo de Toledo, gracias á don García Manrique que es mi contrario, á la reina doña Catalina que lo protege, y á Rodrigo Lopez de Ayala que tan bien sabe servirlos. No tengo mando ni influjo, y siéntolo hoy como nunca, porque no puedo deciros ¡hermana, sea como lo habeis pedido!

—Lo que sois y seréis siempre, repuso la reina con energía, es hijo del rey Enrique II, grande como el primero de Castilla, poderoso como el más alto de sus potentados. A vos debe cobijaros el manto de púrpura de Enrique III, al apoyar su débil mano en vuestro robusto brazo, y no la bandera de un arzobispo rebelde. Sois, y bien lo sabeis, el jefe de este ejército, y si no ved vuestra bandera la más alta, la más acatada de todas las que se despliegan por el viento que las agita; y me dirijo á vos porque sois castellano, porque sois una rama de un árbol que sustenta Castilla con su sangre para que le dé lustre y gloria, porque no podréis oirme sin conmoveros, cuando yo, Leonor de Castilla, os diga con las manos juntas: ¡Fadrique! ¡hermano mio! que todo se transija, que se arregle sin estruendo, sin combates, sin sangre, para bien de los pueblos y honra de vuestro nombre preclaro.

—Aunque sea lo que decis, señora, dijo inflexiblemente el duque, Dios os ha enviado muy tarde para Castilla. Aunque mi voluntad cediera, no puedo retroceder; mirad, mirad ese campo y veréis que es imposible no dar cima á lo emprendido.

Echó doña Leonor una rápida ojeada sobre el acampado ejército, y fijando despues sus pardos y hermosos ojos en el duque, le dijo:

—Sí, veo en él soldados más espesos que las apretadas mieses que crecen un poco más allá y destrozan vuestros caballos; pero no os atreveréis á negar que la mano que ha con ellos formado fuertes haces puede dispersarlos con solo un movimiento de ella.

—¡Leonor! contestó don Fadrique con amargo acento, para hacerlo sería preciso que se borraran de mi pensamiento los recuerdos; porque como Dios me deje la memoria no será mi voz la que les diga: ¡idos!

—¡Oh! dijo doña Leonor juntando las manos, ¡no lo digais, hermano! pero dejadme que llore por el que no se conmueve ni á la voz de la sangre, ni á la voz más alta aun, más vibrante de la patria, cuando se elevan á él formulando una súplica angustiosa.

—Una y otra tienen aquí su eco, Leonor, dijo impetuosamente el duque golpeándose el corazon. Yo tambien sufro, y sufro mucho al levantar mi espada sobre esa muchedumbre inocente y contra esos hombres que la empujan á su punta; pero... me han herido el corazon, me han robado traidoramente, me han echado del concejo... ¡Oh! no, Leonor, no, me han ofendido y me vengo. ¡Justicia, hermana, justicia! Ya no apaga mi resentimiento otra cosa.

—¿Y ese espíritu de Dios, porque la justicia no es otra cosa, Fadrique; no sabeis que el hombre, todo pasion, todo abuso, es impotente para juzgar segun él en propia causa?

—Yo sí, Leonor, porque ántes de obrar fallé; y creedme, empeñada la pelea no quiero esquivarla, huirla; eso sería dudar de mi fuerza ó mi razon, y yo estoy muy seguro de la una y de la otra. El sol de mañana y ¡triunfo!

—Pues bien, Fadrique, con esa conviccion que abrigais ¿no comprendeis que el fuerte triunfa con más gloria cuando cede del derecho que nadie le puede disputar? ¡Pensad en el leon que hacemos por armas los hijos de Castilla!

—¡Leonor! ¡Si lo supierais todo!

—¡Sí, lo sé todo, Fadrique; sí, sí, y no de ahora, que sois muy noble, muy grande, para que no sepais perdonar y alargar la diestra á un enemigo!

—¡Oh! sois una irresistible tentadora. ¡Dejadme! dijo el duque visiblemente afectado.

—Fadrique, Fadrique, exclamó la reina de Navarra con su simpática voz que heria todas las fibras del duque; esa emocion que reprimis me dice que no apelo en vano á vuestro corazon. ¡Oh! no rechaceis mi súplica... ¡Ceded!

—Pero ¿qué quereis de mí, Leonor? dijo don Fadrique procurando dominarse para que su hermana no lo dominara.

—¡Dios mio! ¡qué puedo yo pediros!... ¡La paz de Castilla para que forme el pedestal de vuestra gloria!

—Tengo el sentimiento de repetiros que no puedo lo que creeis, porque tanto como yo manda don Pedro Tenorio, respondió el duque luchando con la reina, y reluchando consigo mismo; don Pedro Tenorio á quien habeis olvidado, y que no lo merece por cierto.

—Tal no lo olvido, replicó prontamente doña Leonor asestando el último golpe á don Fadrique para rendirlo; que con su ejemplo iba á obligaros.

—¿Con su ejemplo? Mirad que es inexorable tras esa calma apacible. Ni un ápice cederá en sus pretensiones.

—No lo espero yo tampoco; mas estad seguro que entrará el primero en transaccion, porque creedme, Fadrique, aquí cada cual va á su interes.

—Yo he pactado...

—Una palabra, y he concluido, dijo doña Leonor interrumpiéndolo. Si el legado que llegará en este mismo dia al campo, si es que ya no está en él, consigue del primado que se entre en negociaciones, que preparen una avenencia entre la córte y sus sitiadores, ¿me prometeis no oponer ningun obstáculo para que tras una tregua se haga definitivamente la paz?

—Os lo prometo, si eso os contenta.

—¿Quisierais jurármelo, señor caballero? dijo la reina dirigiéndole una indefinible mirada y una seductora sonrisa.

—En todo estoy pronto á complacer á V. A., respondió el duque cediendo al triple influjo que en la reina lo combatia.

Y poniendo la diestra en la cruz de la espada, dijo:

—Juro por mi honor que no pondré obstáculos á la paz si hay quien la restablezca sobre las bases que debe.

—Héme tranquila ya, dijo doña Leonor teniendo la delicadeza de ocultar la alegría de su triunfo para no alarmar la susceptibilidad del vencido; la guerra no asolará á Castilla, gracias á vos que la habréis impedido.

—Teneis mi palabra, Leonor, contad con ella suceda lo que suceda, pero no olvideis ¡por Cristo! añadió con toda la altanería de su carácter revelada en un ímpetu violento, que no quiero que se coloque ningun hombre entre Enrique III y yo, ni el canciller ni el primado. ¡Nadie! Basta de mengua.

—Fadrique, dijo la reina poniéndose en pié, ved si teneis algo que añadir á lo que voy á proponer. Seréis regente y tutor, guárdese el testamento de don Juan, ó quede vigente la actual regencia.

—Concediendo eso no hacen por cierto mucho.

—¿Qué pretendeis más? decid: ¿los gastos de la guerra?

—¡Pse! eso me es indiferente.

—Pues ¿qué quereis? ¡Hablad!

—Que me llamen á su lado; que Enrique y Catalina ¡los dos! me digan ¡ven! Eso ante todo.

Oscurecióse la brillante mirada de la reina, pero contestó sin vacilar:

—Os llamarán. ¿Deseais otra cosa?

—No, con eso me satisfacen.

—¿Y para otro?

—Nada, porque cada uno, Leonor, pedirá para sí más tal vez de lo que se les pueda dar.

—Teneis razon, dijo la reina sonriéndose; y ahora quedáos con Dios, hermano, y estad pronto para acudir cuando de Valladolid os llamen.

—¿No veis el arzobispo, hermana?

—¡Sí tal! Iré á besar su santo anillo.

—Y á deslizar en su oído vuestras seductoras palabras, añadió el duque besando la mano que la reina le tendia.

Esto diciendo salieron de la tienda doña Leonor y el duque, encaminándose á la del primado rodeado entónces de numerosos grupos que sin quitar de ella los ojos departian en voz baja.

Pasaron por entre ellos doña Leonor y don Fadrique y llegaron en brevísimos instantes á la no muy propia mansion del reverendísimo arzobispo de Toledo.

Hasta la misma puerta salió don Pedro Tenorio á recibir á la reina; inclinóse esta profundamente al verle, y el primado bendiciéndola la dijo con acento grave y afectuoso:

—Bien venida seais á nuestro campo, señora.

—A él me trae una muy cara esperanza para mi corazon, padre mio, contestó doña Leonor con profunda intencion y dulcísimo acento; la de oiros repetir á los castellanos las palabras que Dios les dijo á sus apóstoles al hacerles el más precioso de sus dones. ¡La paz os doy!

—¡Oh Dios! ¡ojalá estuviera á mis alcances el dársela, señora! respondió don Pedro Tenorio con tristeza y mansedumbre; ¡ojalá pudiera imitar á nuestro divino Maestro, como vos imitais, hija mia, en este momento á los ángeles á quien os asemejais!

Alzó vivamente la cabeza doña Leonor para mirar al arzobispo y vió á tres pasos de don Pedro Tenorio al legado de Clemente VII, á quien conoció al punto por su rostro, tipo de singular pureza y perfeccion de la raza italiana, y el hábito dominico que vestia.

Poseia la reina ese talento raro y precioso que constituye el comprender una situacion por complicada que esté, con sola una mirada y la facultad de obrar con una prontitud igual á su comprension.

Así fue que conoció estaba sentada la primer base de concordia por la mano del obispo de San Ponce, y la necesidad de comprometer en presencia de este al arzobispo para echar sobre él la más posible responsabilidad quitándola de sobre los hombros del duque; y como doña Leonor pasaba rápidamente de la reflexion á la accion, giró su mirada lentamente por los tres que la contemplaban fijándose con intencion en el duque, respetuosa en el legado y suplicante en el arzobispo, á quien dijo con las expresivas inflexiones que daban á sus palabras un encanto y persuasion inexplicable:

—No dudeis de vuestro poder, padre mio; y si lo quereis probar, salid, salid á ese campo, reunid esas huestes, inspiráos en vos mismo, habladles de paz, y ellos recibirán vuestras palabras como la tierra el rocío, enviándoos como las flores al cielo que las refrigera el perfume de su adhesion y obediencia.

—¡Ah, hija mia! replicó el primado rechazando de sí la grave y digna mision de pacificador que doña Leonor queria imponerle. ¿Qué importa que yo les hable de paz y que ellos la deseen como el ciervo sediento las aguas, si en Valladolid no serán escuchadas? Sólo conseguiria paralizar sus nobles esfuerzos para derrocar la tiranía que los ha hecho desbordarse como el torrente, apurado el sufrimiento.

—Sin embargo, padre mio, ¡dad el ejemplo, ceded y perdonad! Ya sabeis lo que hizo, no el que estaba entre fuertes haces de un campo guerrero, sino en los brazos de una humillante cruz.

—¡Ay! si en Valladolid...

—En Valladolid se hablará de paz, padre mio; de Valladolid se tenderá una mano que reciba la vuestra para estrecharla, si hay, como no lo dudo, una voz que se eleve en el alcázar y exhorte con energía á la reconciliacion y al olvido.

Y adelantándose un paso con majestad besó la mano del obispo de San Pon-

ce, quien dió dos hácia doña Leonor, pintándose en su morena y expresiva faz la admiracion y el interes más pronunciado.

La reina de Navarra habia hecho un prosélito del legado.

Dejando la mano de este tomó la del primado en la cual estampó un ósculo respetuoso, y saludando á los dos salió con el duque, mudo espectador lo mismo que el enviado de Clemente VII de sus esfuerzos con el arzobispo para inducirlo á la paz.

—¡Par diez! mi Leonor, dijo el duque cuando la conducia fuera del campo; no extraño todo el afan que muestra don Cárlos vuestro esposo por teneros á su lado. ¡Sois sin par!

Miróle la reina entre alegre y maliciosa, y le contestó con donaire:

—Es que quiero probaros la necesidad que hay de que permanezca en Castilla, lo cual deseo no olvideis.

—¡Oh! Leonor, menester sería que yo faltara de ella para que así sucediera.

Y poniéndole su rodilla la ayudó á subir á su palafren.

Tornóle á besar la mano por despedida, y mandó á Gonzalo de Figueroa que con cien lanzas la escoltara hasta dejarla á las puertas de Valladolid.

Ya en ellas despidió á Gonzalo con suma cortesía, mandó detener su comitiva á cincuenta pasos, y entró en Valladolid acompañada tan sólo de su escudero Fernan Diaz de Sandoval.

Introducida en la ciudad tan pronto como á sus puertas se presentó, su primer cuidado fue ir derechamente al alcázar donde debia seguir su comenzada negociacion, materia de que nos ocuparémos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO LA REINA DE NAVARRA NO PERDIA NINGUNA BATALLA DE LAS QUE DABA.

Al anunciar la sonora y altisonante voz del ujier á la reina de Navarra las dos personas que en la regia cámara estaban sentadas se pusieron de pié, y las tres que lo estaban se volvieron con presteza hácia la puerta que se abria para dar paso á doña Leonor de Castilla.

Adelantóse el rey á recibirla, doña Leonor abrió los brazos, y Enrique III se precipitó en ellos anudando los suyos en el cuello de su tia. Doña Catalina, atraida por una de sus irresistibles miradas, se refugió en ellos tambien, miéntras que el infante don Fernando tiraba de su vestido y el buen obispo de Cuenca bendecia á Dios porque la traia en aquel conflicto y tribulacion en que se hallaba.

No era menester la singular perspicacia de doña Leonor para conocer la im-

presion que dominaba aquellos dos corazones que latian junto al suyo, y en tanto que con sus caricias los conmovia para ganarlos, reflexionaba poniéndose á la altura que era menester para conseguirlo.

Sentándose entre Enrique III y Catalina de Lancaster, despues de besar las encarnadas mejillas del infante y de saludar cordialmente al buen prelado y á la hermosa dama que mucho le pesaba que allí estuviera, dijo al rey con su insinuante acento y mucho cariño:

—He venido desde Arévalo en alas del deseo, don Enrique; sin pensar más que en vos desde que llegaron á mi noticia los sucesos y desmanes ocurridos partí de mi villa temiendo la mayor de las desgracias, el no llegar á tiempo de evitar que se vierta la sangre castellana, de no poner por mi parte el broquel donde se emboten los golpes que mútuamente se asestan.

—¡ Loado sea Dios que os ha traido ! contestó don Enrique con alborozo.

—Y el tiempo me parecia eterno miéntras no llegaba á vos para deciros: extended, don Enrique, extended vuestra mano entre esos hombres que alucinados, ofuscada en mal hora la luz de su razon, quieren sin embargo que prepondere por sólida y elevada, y en su orgullo por sostenerla llenan de luto esta pobre Castilla, tan fiel, tan leal, tan sufrida, y que desde el borde del abismo á do la conducen lanza hasta vos su súplica que hora os trasmite mi lengua.

—¡ Ay tia mia ! dijo don Enrique con tristeza y notable conviccion; desde que soy rey he llorado muchas veces, y he llorado por mis vasallos, he llorado por Castilla, tan huérfana como yo; pero no puedo evitar el conflicto en que se encuentra, arrastrada por los que osados y desleales han atentado á nos y á nuestro concejo.

—Mirad, repuso doña Leonor que comprendió la altura á que se hallaba el arzobispo de Santiago con el rey; en justa ley ninguno de los dos bandos merece la reprobacion de sus pretensiones, ni sus jefes el dictado de traidores y desleales con que á uno de ellos lo acabais de designar, porque ambos á dos igualmente os aclaman, os defienden y darán su vida por vos. De ellos á vos sólo existe adhesion, y de vos á ellos no debe haber más que afecto. Luego, en esas huestes que en las orillas del Pisuerga acampan, hay un hombre pronto á justificar con sus obras la verdad de lo que os afirmo; quien si ha tomado las armas, es porque cree que os oprimen; si quiere ser vuestro tutor, es para protegeros y guardaros; quien, en fin, si el poder de la voluntad bastara, saltaria los muros de Valladolid para salvaros en sus fuertes brazos, capaces de sustentar un trono. Creedme, donde está el duque de Benavente no puede haber traicion ni deslealtad.

—¡ Oh ! exclamó el rey con una ironía amarga infiltrada en su voz infantil; mucho nos ama nuestro tio y bien cumplidamente lo muestra, encendiendo el primero la guerra civil que llena de desolacion el reino.

—Os engañan los que tal os hayan dicho, replicó doña Leonor con firmeza.

Quien ha prendido el incendio con intencion de que lo devore, para purificarlo tal vez, está en este palacio, de que la desgracia de Castilla le ha hecho dueño.

El niño se trasformó súbitamente en hombre, y poniéndose en pié dijo con arrogancia y severidad:

—Aquí soy yo el dueño, señora.

Doña Leonor conoció que tenia que combatir al rey y al arzobispo en el corazon de don Enrique, y trató de vencer á todo trance al segundo para apoderarse del primero. Mirólo, pues, con indescribible expresion y replicó enérgicamente:

—¡Ah! ¡no, don Enrique, pluguiera al cielo que fuese! Eslo el que se oculta detras de vuestro cuerpo, eslo don García Manrique.

La reina doña Catalina, que se habia puesto como la cera de pálida, no alzó su voz para defender al acusado, ni sus ojos para mirar á la acusadora; el obispo de Cuenca hizo una exclamacion que lo mismo significaba el asentimiento á lo dicho por doña Leonor que la manifestacion de deplorarlo, y la orgullosa Elvira guardó un silencio que le imponia al par el respeto y su altivez. Solo Enrique III hizo frente diciendo con amargura:

—¡Tambien vos contra él! ¡Oh, Dios mio! el aire que se respira en mi Castilla está impregnado de odio y de calumnia. El arzobispo de Santiago es recto en su intencion, es firme en su propósito, es el que me defiende, el que me escuda. ¿Quién está á mi lado sino él?

Ninguna duda le quedaba ya á doña Leonor de que don García habia dominado el ánimo del rey, y variando de rumbo como un hábil piloto, se dirigió derechamente al corazon de la reina, diciendo con un sentimiento que, exaltándose por grados, llegó á ser vehemente y conmovedor:

—Yo no puedo persuadirle porque duda, pero vos, doña Catalina, vos, á quien Dios ha puesto á su lado para que seais su ángel y su guia, hasta que él pueda ser vuestro apoyo y protector; vos, en quien cree, decidle que debe escuchar á todos sus vasallos, y no á uno; decidle que á un rey solo Dios puede negarle lo que pide, cuando demanda la paz de sus pueblos; decidle que esa paz tan deseada, tan necesaria no se sacrifica á un odio; decidle que la más escogida porcion de sus vasallos sólo espera una palabra de su boca para demostrarle su adhesion y su amor; decidle, en fin, que los llame y que los una, ya que reside en él la augusta potestad de hacerlo.

Subyugada Catalina de Lancaster por el ascendiente de aquella voz, por el fuego de aquellos ojos destelladores y hermosos, por aquel ademan digno y suplicante; trémula y palpitante tomó las dos manos del rey, y con un acento que cortaba su misma emocion, le dijo:

—Enrique, si os resistis por una afeccion.... arrancadla del corazon miéntras cumplis un deber.... En la vida, Enrique mio, siempre y ante todo seamos reyes.... es nuestro destino, y no lo debemos esquivar en su severo cumplimiento...

Sobre vos pesan los deberes que impone la diadema, como gozais sus privilegios... Considerad esos bandos como una familia desunida, pero toda querida; interponed vuestra mediacion con el arzobispo don García.... unid con vuestras manos la suya y las de sus contrarios, y tal vez así Dios hará que se salve nuestra fiel Castilla, que os colmará de bendiciones porque de vos le vendrá la paz, y la paz es la vida de los pueblos.

La fisonomía movible y expresiva de don Enrique manifestó sucesivamente la emocion, la repugnancia y la indecision, clavando sus ojos en la recamada alfombra sin resolverse ni á hablar.

—Don Enrique, dijo su ayo uniendo sus súplicas á las de doña Leonor y doña Catalina; cuando un padre ve reñir á sus hijos, cualquiera que sea el motivo, los llama, los atrae á su pecho y les dice con infinito amor: Union y fraternidad. ¡Amáos como yo os amo! Y los vasallos son hijos.

Don Enrique aun resistia con firmeza, aun predominaba en su voluntad el influjo de don García; y para eximirse del de Catalina de Lancaster, poderosísimo para él, volvió los ojos hácia su hermano por no ver los de la reina fijos en él tenazmente.

Entónces el infante saltó sobre sus rodillas, y ciñéndole el cuello con sus tiernos brazos, exclamó llorando y acariciándole:

—Enrique mio, llámalos, tu eres el rey y vendrán.

—¡Hasta él! dijo doña Leonor con voz vibrante mirando al niño don Fernando cubrir de besos la frente, los ojos y la boca de su hermano.

—Llamad al arzobispo, dijo Enrique III cediendo.

Y despues de besar á su vez los rubios cabellos del infante y de que este se fuéra gozoso á acariciar á su cuñada, exclamó cruzando sus manecitas:

—¡Cuando tendré veinte años!

Trasmitida su órden, fue obedecida al instante; presentándose el prelado que aguardaba con impaciencia el resultado de la conferencia de la reina de Navarra y su pupilo.

Enrique III lo miró con una expresion de pesar, casi de ansiedad indefinible; pero en un tono medio absoluto, medio suplicante y que no admitia réplica, le dijo:

—Mi bueno y leal tutor, deseo y os ruego que se intente todo lo que sea decoroso y posible para que terminen esas odiosas discordias á satisfaccion de todos mis vasallos. Mi tia, la reina de Navarra, se pondrá de acuerdo con vos para las negociaciones que hayan de entablarse desde este instante. Proponed una entrevista y aceptad una transaccion si es honrosa y razonable; no olvidando, padre mio, que os lo suplico, añadió saltándosele las lágrimas; única cosa que puedo hacer por Castilla, hasta que mi mano no la rija.

Frunció las cejas don García; pero viendo la emocion del rey y las miradas aprobadoras de doña Catalina, respondió sin vacilar:

– Si tal es el deseo de V. A., voy á enviar al campo una embajada. ¿Es eso en lo que os puede complacer vuestro tutor?

—Sí, y ¡gracias porque lo haceis! contestó Enrique III alargándole con expansion su enflaquecida y diminuta mano.

Ligeramente la apretó don García llevándola á sus labios, y saludando gravemente á doña Catalina y á doña Leonor se fué á comunicar al maestre de Calatrava y al concejo de regencia los deseos de don Enrique, y á discutir los medios que se habian de emplear para cumplirlos.

Así que se fué el arzobispo, la reina de Navarra, que ocultaba el gozo del triunfo bajo un exterior conmovido, se levantó y dijo:

—Voy á irme para ponerme en estado de cumplir la parte que os habeis servido encomendar á mi cuidado, y que llenaré con ese celo que todo lo allana; pero entre tanto á la otra parte de Valladolid me espera un corazon que se agita entre la inquietud y la esperanza. ¿Qué le digo á ese hombre que tiende sus brazos hácia vos?

—Que venga, y los mios le recibirán, respondió sin titubear Enrique III.

—Y ¿vos, doña Catalina, vos á quien particularmente se dirige?

La reina trémula y vacilando no contestaba, pero el pacífico obispo de Cuenca le dirigió una mirada tan suplicante y tan elocuente para conciliar, que la hizo decir:

—Decidle que le espera la reina Catalina de Lancaster.

—Aun más, añadió doña Leonor estipulando todas las condiciones con que el duque se habia sometido; en nombre de mi amor os pido una gracia. ¿Me la concederéis generosamente?

—Desde este instante, respondió el rey con prontitud.

—Pues héla aquí. Sólo pido que repitais al oido de don Fadrique lo que me habeis facultado para decirle, cuando venga á escucharlo á vuestros piés.

Púsose como la escarlata doña Catalina y guardó silencio, pero Enrique III que no hacia nada á medias contestó:

—Y para probarle que sabemos perdonar y que le amamos como nuestro tio que es, le otorgarémos ahora, para cuando fuéremos mayor, la primera gracia que nos pida. Decídselo en mi nombre y el de la reina. ¿Quereis más de vuestros sobrinos?

—Sí, daros un abrazo porque sois grande, Enrique, le dijo su tia con efusion.

—Y yo os volveré mil, repuso el rey lanzándose á su cuello con viveza, vuelto en parte á su condicion de niño.

Poco despues salió la reina de Navarra con el obispo de Cuenca; Cárlos de Arellano, camarero del infante don Fernando, se lo llevó á sus habitaciones; Elvira Manrique pasó á otro aposento, y quedaron solos Enrique III y Catalina de Lancaster.

—Catalina, la dijo el rey poniéndole su manecita en el brazo, ¿estais con–

tenta con el giro que se le va á dar á esta funesta contienda de los arzobispos?

—¡Oh! mucho. Y ¿vos?

—¡Tambien! Sólo que tengo así... cierta pena en el corazon.

—Y ¿por qué, Enrique mio?

—¿Por qué? ¡Os lo diré francamente! Porque ya no tenemos derecho á pedir que se guarde el testamento de nuestro padre, y era un deber, como dice nuestro ayo, el hacerlo respetar.

—Así es, pero quizá sea mejor que cumplirle el guardar la sangre de nuestros vasallos.

—Sí, Catalina, sí; pero valía más no haberlo mostrado si se habia de retirar, no sirviendo sino de un combustible fatalísimo á los ánimos que con él se han inflamado.

Cuajáronse de lágrimas los hermosos ojos de la reina, que repuso:

—Dias muy tristes nos cuesta en lo pasado, y Dios haga que su influjo no se extienda á lo futuro; pero, Enrique, creedme, no es el testamento de nuestro padre lo que se disputa, es que hay tres ambiciones en la lucha, y todas tienden al mismo fin.

—¡Tres! ¿Pues nuestro tio obra por sí, fuera de la cuestion que para él es personal de regencia?

—¡Ay Enrique! más que nadie, porque los arzobispos quieren mandar sobreponiéndose el uno al otro; pero el duque quiere sobreponerse á todos, y obtenerlo todo.

—Contraria le sois, Catalina, dijo Enrique III dándole un golpecito en el hombro familiarmente. ¡Si la reina de Navarra os oyera!

—Contraria. ¡Oh!

Y Catalina de Lancaster dejó asomar una triste sonrisa á sus labios, miéntras que colocando en las palmas de las manos su blanquísima frente ocultaba los sentimientos que podian revelarse en un furtivo y luminoso destello de sus ojos.

CAPÍTULO XXI.

CÓMO DON GARCÍA MANRIQUE LE CUMPLIÓ LA PALABRA AL REY.

Interin que en el alcázar tenian lugar las escenas que hemos referido en el capítulo que antecede notábase la mayor efervescencia en Valladolid, formando en calles y plazas y aun en los puntos de armas grupos y corrillos donde se de-

partia mezclándose en sus acaloradas peroraciones los nombres de los dos prelados unidos con el del rey, la reina de Navarra y el legado de Clemente VII.

No ménos movimiento y agitacion se notaban en las tropas sitiadoras; aquí el nuncio apostólico y allí la reina doña Leonor hablaban enérgicamente de paz y reconciliacion.

Vencidos los mayores obstáculos por doña Leonor los restantes no era difícil superarlos; y el obispo de San Ponce, sin poner en juego sentimientos tan generosos y elevados como la reina de Navarra, ganaba terreno exhortando como hombre de Dios á la templanza y al olvido por una parte, miéntras por otra halagaba como entendido diplomático los intereses de los contendientes, obligándolos mútuamente á conceder y á admitir para poder transigir en beneficio de todos.

Horas despues los dos gobernadores y el concejo de diputados se reunian para recibir al legado, y doña Leonor tornaba al campo de los sitiadores acompañada de don Juan Serrano, obispo de Cuenca, de Diego Lopez de Zúñiga, justicia mayor de Castilla, y del adelantado mayor don Alfonso Manrique.

Comenzadas las negociaciones no se interrumpieron hasta que se determinó y convino por ambas partes guardar una tregua cuyo término no se fijó, quedando pendiente todo de lo que resolviera una junta compuesta de las personas más entendidas y poderosas de los dos bandos: junta presidida por la reina de Navarra y el legado, que se debia reunir en la villa de Perales, la cual habia de decidir la cuestion de testamento y regencia, conciliando en lo posible las encontradas opiniones que sobre ella habia, poniendo un término á las pretensiones y diferencias que á tan mal trance los condujera.

La noche vino á tender su tachonado manto sobre sitiados y sitiadores. Los últimos se entregaron más tarde al reposo; sin embargo, las lumbradas se fuéron apagando; las canciones de los soldados, sus riñas, sus juramentos cesaron poco á poco desvaneciéndose del todo; y en aquel campamento, horas ántes tan lleno de animacion y ruido, reinó el silencio turbado solamente por los pesados pasos de los centinelas de avanzada, el crujido de sus armaduras ó el choque de sus alabardas con aquellas.

Mas en una y otra parte velaban todos aquellos cuyos intereses ó poder se hallaban comprometidos en el convenio que debia celebrarse en Perales; y en la tienda del arzobispo de Toledo en las altas horas de la noche aun discutian reunidos el obispo de San Ponce, el duque de Benavente, el conde de Trastamara y el maestre de Alcántara, formulando entre quejas y protestas pretensiones que tendian á apoderarse por via de conquista de las más ricas perlas de la diadema real.

CAPÍTULO XXII.

CÓMO SE CONSIGUIÓ CESARAN LAS GRANDES ALTERACIONES DE CASTILLA CON EL CONVENIO DE PERALES.

Al romper el alba del siguiente dia salió de Valladolid la reina de Navarra con su numeroso séquito, y en su pos el arzobispo de Santiago, el justicia mayor Diego Lopez de Zúñiga, el adelantado de Castilla don Alfonso Manrique, Pedro Lopez de Ayala, Alvar Perez de Osorio con otros muchos ricoshombres y caballeros.

El obispo de San Ponce los esperaba en Perales, adonde se fué derechamente cuando salió de la tienda del arzobispo de Toledo; y este á su vez montó á caballo así que lucieron los primeros rayos del sol y tomó el mismo camino acompañado del conde de Medina de Pomar, del maestre de Alcántara y los principales caballeros de su bando designados para asistir á la junta.

En la última trinchera los esperaba don Fadrique, que en verdad no habia cerrado los ojos en toda la noche entregado á sus diversos pensamientos. Al pasar por su lado se inclinó sobre el cuello de su caballo y tendiéndole la mano le dijo:

—¿Habeis pensado lo que os propuse?

—Sí, contestó el duque mirándolo fijamente.

—¿Y qué?

—Que estoy en lo mismo que os manifesté al retirarme; de otro modo, reverendísimo padre, no cedo.

—Me alegro, duque; y os repito lo que os dije. O no se hará cosa alguna, ó volveréis á ocupar vuestro asiento en el concejo.

Y saludándolo espoleó á su brioso troton.

—Escuchad una palabra, don Martin, dijo don Fadrique al maestre de Alcántara que iba departiendo con el conde de Medina de Pomar.

Este se acercó, y poniendo el duque la mano sobre el negro cuello de su corcel, le dijo en voz baja y acento decidido:

—Maestre, á vos confio mis poderes; ahora hé aquí mis instrucciones. Allanar todos los obstáculos que se presenten para un avenimiento; acortar el tiempo que ha de durar la discusion, porque las palabras, aunque sean hermosas, no valen mucho para nada; no consentir en que se guarde el testamento de mi hermano don Juan, á no ser adicionándolo con un aumento de regentes en el que se cuente mi nombre, y por lo demas prestáos á cuanto quieran los arzobispos,

inclinándoos más á don Garcia que á don Pedro para terminar más pronto.

—¡Diantre! Eso no es muy facil, duque, en presencia de don Pedro.

—¡ Bah ! No lo creais, por la paz algo hay que sacrificar; no titubeeis ante ninguna concesion, que ya se compensará todo; y si esos buenos prelados no se deciden, pedid que tome parte en las discusiones Rodrigo Lopez de Ayala, y avisadme en el momento.

— Se hará como deseais, duque, respondió el valiente gallego retorciendo el largo bigote; pero ¿ para qué diablos necesitais al alférez mayor que más sabe manejar la espada que la lengua ?

—¡ Qué quereis, don Martin ! él solo puede satisfacerme en la única cosa que anhelo. Caprichos del corazon, maestre; pero aunque no comprendais este, hacedme el gusto de no olvidarlo.

—No lo temais, mi memoria corresponde dignamente á mi brazo; y si tardan en avenirse, le traigo á Perales aunque sea de los cabellos. Y así, á Dios, don Fadrique, que el primado ya va léjos.

—Él os guie, maestre, y no os descuideis en acortar.

Y separándose el duque el maestre clavó el acicate en el ijar del caballo y fué á incorporarse con la cabalgata que corria por el camino de Perales, adonde llegaron los últimos.

A las diez ya estaban todos reunidos en la sala del concejo de la villa abriéndose las negociaciones, pero al entablarse se suscitaron largos debates, en cuyo fondo sólo se hallaba exclusivo personalismo, siendo amargas y violentas las recriminaciones de los dos prelados que habrian sido por su talento brillantes lumbreras de la Iglesia si su ambicion ó los pecados de Castilla no los hubieran hecho regentes del reino y tutores del rey don Enrique.

Inútiles eran los esfuerzos que se hacian por la reina y el legado para conciliar y transigir; puestos los dos arzobispos frente á frente dejábanse llevar de su resentimiento, que á cada réplica se hacia más acerbo.

No llevaban, pues, traza de determinar lo que tanto se deseaba, y ménos de avenirse. Ambos prelados desplegaban por igual sus fuerzas, sus recursos, su sabiduría y su odio: pensaban en vencer, pero no en ceder. Ellos eran ántes, y se sobreponian á todo.

Una brusca indicacion del maestre de Alcántara llevó la cuestion á su terreno, y ya en él, simplificándola don Garcia Manrique preguntó á su rival brillando sus ojos con el fuego que le comunicaba su pensamiento impenetrable en aquel instante excepto para Dios:

—Decidíos y responded. ¿ Gustais que se guarde en todo el testamento del rey don Juan, apartándoos de vuestro propósito de reeleccion ? Sí, ó no.

Una sola mirada de don Pedro Tenorio sobre don García le bastó para que divisara vagamente un lazo en aquella paladina pregunta, y una rápida reflexion le dió medio para evitarlo.

—Sí, quiero, replicó con resuelta firmeza, y juro no descansar hasta que no lo consiga; pero con la condicion que se han de añadir por gobernadores al duque de Benavente, al conde de Trastamara y al maestre de Santiago.

—¡ Nunca ! respondió don García Manrique con violenta energía. O la voluntad del rey, ó la de las córtes; ¡ pero no nos impongais la vuestra !

Los dos arzobispos estaban de pié, mostrando harto bien en sus rostros severos y su actitud imponente la fortaleza de su alma y la tenacidad de su voluntad.

No cediendo no habia avenencia, y ninguno de los dos se encontraba dispuesto á ello, declarada ya su opinion y su voluntad.

Castilla, pues, se precipitaba.

Entónces Diego Lopez de Zúñiga se levantó, y extendiendo su brazo con majestad entre ambos contendientes, dijo con acento que dominó como el trueno:

—En nombre de Castilla ¡ ceded y conformáos !

El obispo de San Ponce se puso á su lado, alargó una mano á cada uno de los prelados, y les dijo con la misma autoridad que hubiera empleado Clemente VII, á quien representaba:

—Varones de Dios, ¡ paz, paz, paz por Jesucristo y por Enrique III !

Todos los ricoshombres y caballeros de los dos bandos se levantaron á una exclamando con un solo grito de entusiasmo :

—¡ Paz ! ¡ Viva Enrique III !

La reina de Navarra se dirigió al arzobispo de Santiago, y con acento conmovido y las manos juntas le preguntó :

—¿ Accedeis, padre mio ?

El arzobispo absorbió con su mirada profunda la mirada de la reina, y le contestó con acento que encerraba una protesta :

—¡ Accedo en nombre de lo que habeis invocado !

—¡ Gracias ! dijo doña Leonor siempre seductora y oportuna.

—Pues á consumar á Valladolid esta avenencia y reconciliacion.

—A Valladolid, á Valladolid, repitieron todos sucesivamente.

Pero ántes se extendió un acta donde se pactó guardar el testamento de don Juan I, añadiendo á la regencia y tutoría al duque de Benavente, al conde de Trastamara y el maestre de Santiago; que serian licenciadas las tropas, y que todos habian de consagrarse á gobernar en union y paz hasta la deseada mayoría del rey don Enrique.

Señaláronse rehenes por una y otra parte. Dió Diego Lopez de Zúñiga su hijo; Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor de la casa real, el suyo, y el mayordomo del infante don Fernando á su primogénito, quedando en poder del arzobispo de Toledo hasta tanto que se reunieran córtes en Búrgos y se juraran las paces que firmaron entónces todos los presentes.

En aquel mismo dia se trasladaron á Valladolid y se presentaron en el alcázar á besar la mano al niño Enrique III, quien los recibió á todos con sem-

blante agradable y palabras afectuosas, sin distinguir á los de un bando ni otro.

Fue don Fadrique el primero que penetró en el alcázar. Se presentó solo, y hubo quien al verle entrar en la regia cámara le pareció hallarse en extremo conmovido.

Enrique III se adelantó á recibirle como á su deudo, y abrazándolo le dijo:

—Mucho deseábamos ver á nuestro tio don Fadrique.

—Nunca, por mucho que sea, tanto como yo á vos, don Enrique; contestó el duque estrechando á su endeble sobrino contra su robusto pecho.

Despues, dirigiéndose á la reina, añadió con emocion clavando en ella sus expresivos y grandes ojos negros radiantes y apasionados:

—¿Me perdonais, señora..... sinceramente?

Catalina le extendió una mano, que temblaba fuertemente, y contestó con expansion:

—¡Hago más!

Inclinóse el duque para besarla la mano, y cuando levantó la cabeza pudo leerse en su semblante altanero no el gozo del triunfo, sino los suaves y puros reflejos de la felicidad.

CAPITULO XXIII.

DONDE SE DA CUENTA DE ALGUNAS COSAS QUE SIRVEN PARA QUE SE COMPRENDAN MUCHAS OTRAS Y ENTRETENIMIENTO DEL LECTOR.

Tranquila al parecer quedaba Castilla con el avenimiento de los dos prelados; tranquila debia seguir, pues que se habia encontrado el medio de halagar los intereses de los hombres prepotentes del estado. Gozaban por fin la apetecida calma, y aunque su dulzura fuera momentánea, y una tregua más bien que una sincera y estable reconciliacion el convenio de Perales, la monarquía necesitaba de reposo y aprovechaba ávidamente el intervalo que se le concedia para descansar de las pasadas fatigas y zozobras en medio del placer y la alegría.

La poderosa grandeza del reino, reunida por los acontecimientos en rededor del trono, desplegaba su fastuoso lujo y su ostentosa magnificencia en justas y torneos, en cacerías y festines.

Olvidando el pueblo las pasadas borrascas corria presuroso al palenque á celebrar con entusiasmo el valor y la destreza de los paladines que lidiaban, ó

se agrupaba en torno del palacio del festin para recoger ansiosamente los ecos armoniosos de la música y los cantos de los trovadores que perdidos y á retazos llegaban hasta sus oídos entre las risas, los murmullos y los resplandores, sin acordarse de lo pasado, sin pensar en lo futuro y sin cuidarse de sí mismos.

Arrastrados por el ejemplo Enrique III y Catalina de Lancaster habian excitado á su vez el entusiasmo popular recorriendo las inmediaciones con el venablo ó el azor en la mano. Doña Leonor de Castilla, doña Beatriz de Portugal, el duque de Benavente y la grandeza hacian una córte asidua á los reyes, y miéntras los gobernadores se repartian como despojo las rentas de su pupilo, la reina gozaba un luminoso rayo de felicidad que se reflejaba en su apacible semblante.

A la sazon se hallaba reunida en Búrgos á la flor de la nobleza de Castilla y Leon la más escogida de Aragon y Navarra para tomar parte en un torneo famosísimo que hacia el duque de Benavente en obsequio de Catalina de Lancaster, y al que debia concurrir el rey, la reina y la córte.

Grandes preparativos se habian hecho, desplegando un lujo y magnificencia asombrosa el poderoso magnate que pretendia ser el primero en Castilla; terminando tan espléndida y brillante fiesta con un festin, en el cual la reina de Navarra concedia á los vencedores el honor de recibirlos.

La primavera embellecia la naturaleza, las perfumadas brisas de mayo habian sustituido á los frios vendavales de diciembre, los prados se tapizaban de flores; todo renacia, todo se vivificaba á los dorados rayos del sol, y el cielo, terso y puro, hacia olvidar las nubes y las tempestades.

Era la víspera del torneo. Muy de mañana salió de Búrgos Enrique III con el arzobispo don García, el mayordomo mayor Juan Hurtado de Mendoza y un numeroso séquito á caza de cetrería, proponiéndose pasar una parte del dia en el monasterio de Santa María de las Huelgas y no regresar hasta la noche.

La reina doña Catalina, doña Beatriz de Portugal, los duques de Benavente y Alburquerque, el conde de Monte Alegre y el de Medina de Pomar, los maestres de Calatrava y Alcántara, el alférez mayor Rodrigo Lopez de Ayala, la condesa de Alburquerque, la de Cintra doña Guiomar de Leiva, la jóven Elvira Manrique y otras muchas damas y caballeros de la servidumbre regia se hallaban reunidos esperando la vuelta de don Enrique en una espaciosa galería, por cuyo fondo una dorada y tallada puerta daba paso á los jardines, sobre el que caian todas las ventanas cubiertas á la sazon con pesadas cortinas de seda color de perla.

La tarde era magnífica; sentíase el calor grato y suave de un dia de estío templado por una brisa ligera y perfumada con el aroma de las flores que penetraba por las entornadas puertas de la galería.

El sol desaparecia del horizonte disminuyéndose la luz; la reina mandó abrir todas las ventanas y descorrer las pesadas cortinas que las cubrian.

Imposible es describir el encanto de aquella tarde de primavera en su último período, tan imposible como pintar las encrespadas olas del mar ó sus rizadas

y quietas ondas; el pincel y la pluma es insuficiente siempre para copiar ó describir á la naturaleza en su hermosura, su grandeza ó su armonía, á esa naturaleza tan rica y eterna que forma la mano de Dios y que no es dado á la del hombre imitar.

El cielo estaba de un azul diáfano y trasparente. Un aura suave y murmuradora jugueteaba entre el oscuro y frondoso ramaje; millares de flores de variados y finos matices entreabriendo sus perfumados cálices embalsamaban el ambiente con sus penetrantes emanaciones; las saltadoras aguas de las fuentes unian su murmullo á los últimos y melodiosos trinos de las aves saltando de rama en rama ántes de esconderse entre sus hojas.

La reina abarcó de una mirada toda aquella gala y hermosura del jardin, y volviéndose con viveza á doña Beatriz que estaba á su lado, le dijo:

—Doña Beatriz. ¿Sois de parecer que en tanto que viene don Enrique disfrutemos la brisa de la tarde que nos está brindando en el jardin?

—Sí por cierto, contestó la viuda de don Juan I con prontitud; y ademas os daré las gracias por ese pensamiento que nos va á proporcionar no poco solaz y placer.

Levantóse, pues, Catalina de Lancaster, invitó á los que la acompañaban con gracioso ademan á que la siguieran, y bajó la primera al jardin con doña Beatriz que no se separaba de su lado un punto.

Iban, pues, las dos reinas una junto á otra, y á su lado los duques de Alburquerque con la favorita Elvira Manrique, y confundidos y en rededor de las damas venian los maestres de Calatrava y Alcántara y los demas que en la galería se hallaban.

Al salir de un bosquecillo de mirtos descubriéronse caprichosos y bien cortados cuadros de lindísimas y frescas flores, llamando su atencion uno de azucenas que, medio inclinadas sus cándidas corolas, se mecian débilmente á impulso de la apacible y espirante brisa.

Descollaba entre todas una que, doblándose su delgado tallo al paso de la increible porcion de flores que sostenia, parecia ocultarse con modestia á las miradas que su hermosura atraia.

—Mirad, exclamó con admiracion doña Beatriz descubriéndola; mirad esa frágil vara qué multitud de flores tiene; miradla tocando casi la tierra á poco que el viento la sacuda.

Inclinóse sobre ella Catalina de Lancaster, pasó sus dedos de rosa por uno de sus frescos y blanquísimos pétalos una y otra vez, y enderezándose despues de acariciarla, dijo con entusiasmo:

—Eso es un prodigio, en verdad. ¡Oh vara fecunda! Tan apiñadas están las flores que apenas pueden abrir confundiéndose unas con otras.

Cruzó don Fadrique por detras de la reina, bajóse como para examinarla, y cortando la flor que Catalina de Lancaster habia tocado, la ocultó rápidamente en el lazo de su banda.

Esto fue hecho con tanta prontitud como disimulo; sin embargo, no lo fue tanto que la mirada indiscreta ó curiosa de la favorita Elvira no sorprendiese su accion; y como el duque lo notara y ella lo apercibiera, se enrojeció como la escarlata la altiva frente de la hermosa dama.

En cuanto á los demas nadie notó aquel incidente sin interes ni consecuencias aparentes para ellos.

—Don Sancho, dijo de pronto Catalina de Lancaster dirigiéndose al duque de Alburquerque. ¿Qué nos contais de ese astrólogo famoso, que tan maravillosamente posee el conocimiento de los astros y los arcanos del porvenir?

—Señora, que á creer á los que le consultan, y son muchos, tiene á su disposicion el libro del destino.

—Y ¿no sois vos uno de esos? replicó la reina sonriéndose.

—No, señora, contestó el duque de Alburquerque con gravedad. A los ancianos sólo les guarda el porvenir la muerte; y para recibirla bien, no necesito saber la hora en que ha de llegar.

—De manera que no conociéndole no nos podeis hablar de él; veamos si con el duque de Benavente tenemos más fortuna, pues lo es satisfacer la excitada curiosidad.

Y volviéndose al duque que iba junto á su cuñada doña Beatriz, le dijo con un acento dulce y afectuoso:

—Don Fadrique. ¿Conoceis vos á ese astrólogo de quien tan extraordinarias cosas se cuentan?

—Sí, señora, contestó el duque con tanto respeto como complacencia.

—Y ¿justifica su fama?

—¡Y mucho más!

—¿Os ha hecho vuestro horóscopo? le preguntó la reina doña Beatriz sonriéndose con malicia.

—No, señora; quiero saber mi felicidad de otros labios que de los de un astrólogo; y en cuanto á la desgracia, si estoy destinado á ella, tiempo de sobra tendré para saborearla.

Y el duque contestando á su cuñada miraba á doña Catalina por cuya frente pasó una sombra de tristeza.

—Maestre, dijo la reina volviéndose y llamando al de Calatrava. ¿Habeis consultado á ese astrólogo, asombro de Búrgos?

Dió don Gonzalo Nuñez de Guzman un paso para colocarse á su lado, honra que le cedió el duque de Alburquerque, y con su acento franco y decidido respondió:

—Yo, señora, no consulto á otro que mi honor; porque á decir verdad no creo mas que en Dios, ni fio de nadie sino de mi espada y la razon. Lo que hace la córte es confiarle sus secretos por querer penetrar los del Altísimo.

—La ciencia humana es un destello de la sabiduría de Dios, dijo don Fadri-

que con altivez, y resplandece en la inteligencia privilegiada y portentosa del astrólogo Ben Samuel para quien no hay secretos ni en la tierra ni en el cielo. Sin embargo, maestre, yo si alguno tengo lo recato de él como de todos. Soy para ellos un avaro.

Y esto diciendo clavó una mirada melancólica y profunda en la reina, que no la observó atendiendo al maestre, que repuso con su ruda franqueza:

—Haceis bien, duque, por lo que toca á vos; en cuanto á lo del astrólogo, os diré que es difícil convencerme haya hombres, y ese en la raza maldita, con los cuales comparta Dios uno de los atributos de su omnipotencia.

—Si el marques de Villena se lo propusiera, le dijo el duque de Alburquerque al maestre de Calatrava, seguro estoy, don Gonzalo, que lo habia de conseguir.

—Sin duda alguna, don Sancho, dijo la reina sonriéndose; si no miente la fama, que atribuye á nuestro tio don Enrique de Aragon un tan profundo conocimiento de los astros y de los oscuros misterios del porvenir escritos en las constelaciones celestes por el mismo dedo de Dios. ¡Oh maestre! añadió Catalina de Lancaster pretendiendo atraer á don Gonzalo á la opinion de don Fadrique. ¿Por qué no habeis de creer que los hombres puedan descifrarlos? El que conoce al Criador, bien puede comprender la creacion.

—Os confesaré, señora, replicó el maestre que la habia escuchado con visible complacencia; os confesaré, repito, que oyéndoos dudo de mis propias convicciones.

—Pues para concluir de persuadiros nos hablará don Sancho del sabio marques de Villena, á quien deseo vivamente conocer; y don Fadrique de ese astrólogo que trae á Búrgos admirado y á toda la córte suspensa.

Y esto diciendo entró en un gracioso y rústico pabellon, sentándose con doña Beatriz en un asiento de verde musgo, dispuesta á continuar la comenzada plática, no sin brindar ántes á la numerosa comitiva la libertad de seguir el paseo que ella terminaba, y con ella los duques y el maestre don Gonzalo Nuñez de Guzman.

En el mismo instante, ora en pequeños grupos, ora en parejas solitarias, se esparció la concurrencia por los anchos jardines, departiendo los ilustres paladines de la guerra del moro granadino, á quien se pensaba escaramuzar sobre Antequera, ó del próximo torneo; y las damas de fiestas y de amores.

Quiso Rodrigo Lopez de Ayala aprovechar aquel movimiento general para reunirse á su hermosa prometida, más al incorporarse con ella se interpuso la portuguesa doña Guiomar de Leiva, que le detuvo diciendo:

—Señor alférez mayor, ya que tengo el gusto de encontraros os haré, si me lo permitis, una pregunta.

—Decid y tendré el honor de contestaros, respondió Rodrigo saludándola cortesmente y ocultando el disgusto que le inspiraba tal contrariedad con mesurada galantería.

—Pues está reducida á saber si justais mañana, ó no haceis mas que tomar parte en el torneo.

—Pienso quebrar tres lanzas en las justas, contestó lacónicamente Ayala, miéntras su mirada buscaba por todas partes á Elvira que habia desaparecido á su vista.

—En cuanto á colores no os pregunto cuál llevaréis, porque son conocidos los vuestros, prosiguió diciendo la buena condesa de Cintra entrando por una calle de rosales dispuesta á proseguir paseo é interrogatorio; pero como las empresas y divisas varian á capricho, os he de pedir noticia de la que ostentaréis para reconoceros en cuanto entreis en la liza.

Rodrigo dió un suspiro, y le contestó resignándose á sufrir su compañía y sus preguntas:

—Ostentaré la que há tiempo procuro ilustrar: una azucena al natural en campo de oro.

—¡Azucenas! exclamó la condesa pasando de una idea á otra como una mariposa de rama en rama. ¡Qué magníficas las tiene este verjel! ¿Las habeis visto, señor alférez mayor?

Ayala hizo un signo negativo con la cabeza y su compañera de paseo hizo otro de admiracion.

—Parece imposible, exclamó, si os parasteis como todos cuando doña Beatriz, mi señora, las mostró á la reina.

—Y sin embargo, condesa, os juro que no las ví, digo mal, que no las miré.

—Mirad, señor Lopez de Ayala, exclamó nuevamente la voluble portuguesa; mirad á Leonor de Guzman que por aquel bosquecillo cruza ligera y alegre como un pájaro. ¿Quién va en pos, no le veis?

—¿El qué, doña Guiomar? preguntó á su vez Rodrigo que, distraido profundamente, no habia visto á la ricahembra de Alburquerque ni oido mas que la última palabra de la condesa.

Paróse esta, y mirándolo de hito en hito entre burlona y ofendida, dijo:

—Señor alférez mayor. ¿Estais en vos? ¿Os han encantado?... ¿Qué os absorbe hasta ese extremo?

Lopez de Ayala se sonrió, y reconociendo su descortesía contestó:

—Perdonadme, doña Guiomar, y no me tengais por encantado, como no sea por vuestras gracias; pero vagaba en este instante mi pensamiento por otro jardin más ancho, más florido, más ameno, y las visiones que flotaban por mi mente rodeadas de purísima auréola se han interpuesto momentáneamente entre mis ojos y el objeto que me mostrabais, no siendo sensible sino al eco de vuestra dulce voz.

—¡Vamos! ya os voy comprendiendo, replicó la portuguesa maliciosa y risueña, estais soñando con los ojos abiertos; os doy mi parabien por esa doble existencia que gozais de lo positivo y lo ideal, con lo cual sois completamente

feliz, pues suple lo uno lo que de lo otro falte cuando la realidad no os satisfaga.

—No tanto como se os figura, condesa; el sueño es sueño y nada más; luego, cuando se despierta y se palpa el desengaño á la impresion del placer, se sucede la amargura de no poderle gozar.

—¡Oh! y ¡cuánto siento, señor alférez mayor, el haberos despertado! dijo la condesa de Cintra afectando pesadumbre; y pues que hácia aquí viene doña Ines de Osorio, os dejo con vuestro pensamiento para que entregándoos á él torneis á adormeceros y á soñar.

Y saludándolo, esto dicho, se alejó dirigiéndose á recibir á la dama que venía. Cuando las dos se reunieron preguntó la castellana á la portuguesa:

—¿Qué os decia tan melancólicamente el alférez mayor, mi Guiomar?

—Me hablaba de sus visiones, le contestó la portuguesa á la castellana con singular gravedad.

—¡Qué me dices! exclamó asombrada la crédula dama. Y ¿cuándo las ha tenido?

—Segun se ha explicado, ahora miéntras paseaba.

—Y ¿qué ha visto, Guiomar mia?

—Visto ¡nada! Ni de cerca ni de léjos; ahí está el mal, doña Ines.

—No os entiendo, condesa, dijo atónita la dama mirando á la imperturbable portuguesa.

—Pues hablo claro y os digo cuanto sé; pero dejemos esto y paseemos por entre esos hermosos cuadros.

Y las dos se dirigieron á ellos variando discretamente la conversacion la buena condesa de Cintra.

Entre tanto seguian doña Catalina y doña Beatriz bajo la fresca enramada conversando con los duques y el maestre; y su brillante servidumbre y las damas y los apuestos y nobles cortesanos, seguian asimismo recorriendo el jardin, reuniéndose y dispersándose segun se les antojaba, ocupándose de sí mismos unas veces y otras veces ocupándose de los demas, y con el aroma de las flores se elevaban en el espacio las risas y los murmullos de dulces conversaciones.

Elvira, que habia desaparecido á los enamorados ojos de Rodrigo; Elvira, que no tomaba parte en diálogos ni paseos; Elvira, que sola y silenciosa ligeramente se recostaba en uno de los rústicos pilares que sostenian el pabellon, realizando bajo aquel cielo de diáfana transparencia el ideal más perfecto y acabado de la mujer, ni veia las flores, ni las damas, ni los galantes cortesanos; toda su atencion estaba fija en los coloquios que dentro del pabellon se tenian, y adonde solia dirigir furtiva y penetrante mirada.

Solo tambien, y á poca distancia de la peregrina dama, estaba Rodrigo Lopez de Ayala; el cual, así que se desembarazó de la condesa, buscó á su prometida, y hallándola en el sitio que hemos dicho, se paró primero á contemplarla

en su graciosa actitud, frunciéndose sus negras cejas cuando notó su abstraccion y sus rápidas miradas al interior de la rústica enramada.

Y cosa singular, Elvira que no tenia mas que alzar los ojos para encontrar á Rodrigo, que habia cuidado de colocarse delante de ellos, tan distraida estaba que no se fijaban en él jamas sus miradas, á pesar de vagar á veces en torno suyo.

Mas fuera que Rodrigo cediese involuntariamente al influjo de irresistible atraccion que ejercia sobre él su hermosa prometida, ó bien que quisiera romper aquella situacion violenta en que la distraccion ó la indiferencia de Elvira le habia puesto, ello fue que se dirigió á ella derechamente; y asimismo tambien Elvira al verle por un movimiento irreflexivo y pronto dejó su sitio, y echando por la calle más próxima se alejó fruncidas las negras cejas, arrancando entre pensativa y despechada los pétalos de una rosa.

La accion de Elvira brusca y marcada por su impaciencia hizo que Rodrigo resentido y confuso se parara un instante como si tratara de retroceder ó retirarse; pero cambiando súbitamente de idea siguió en pos de ella acelerando el paso hasta que la alcanzó. Entónces, con acento que no era de reconvencion ni de sorpresa, sino respetuoso y sentido, le dijo:

—¡ Elvira ! Huyendo así de mí, me obligais á que aparezca á los ojos que nos miran como un perseguidor osado é importuno.

—No huyo de vos, señor alférez mayor, contestó orgullosa y friamente su prometida; ni los que nos ven y me conocen pueden creer que haya nadie tan audaz que me imponga su presencia.

Las morenas mejillas de Rodrigo se enrojecieron al oir la dura réplica de la hechicera y altiva favorita de Catalina de Lancaster; y despues de una corta pausa, durante la cual Elvira arrancó los últimos pétalos á la flor, y en que Ayala consiguió dominar la desagradable impresion que habia recibido, la dijo con resolucion y firmeza:

—Escuchad, cara Elvira, escuchad, y no os ofendais por lo que os diga, siquiera por el profundo sentimiento que va á dictar á mi lengua las palabras que profiera.

—Os oiré, Ayala, dijo su prometida seria y glacial; y si no lo hago con placer, de vos será la culpa que tan mal me prevenis.

—Si os he prevenido mal, replicó Rodrigo con amargura, ha sido por un exceso de respeto. He temido que mi expansion os fuese enojosa vista vuestra helada acogida, y conozco que aunque os pese ya no soy dueño de contenerla.

—Señor alférez mayor, repuso Elvira con desabrimiento, no comprendo vuestros temores, y encuentro un poco atrevida, para blasonar de tanto respeto, la imposicion de vuestra presencia y de vuestras expansiones, péseme ó no el que las tengais.

—Con mucha crueldad me tratais, Elvira, pero no importa; paso por todo

y aprovecho la ocasion de hablaros; porque há ya dias que vuestra indiferencia y mi silencio están alzando entre nosotros una barrera que más tarde ya no podré destruir.

La contrariedad que sufria Elvira era tan visible como la impaciencia que la devoraba, sin embargo que procuraba ocultar la una y la otra con un exterior frio y reservado.

—No sé, le dijo despues de un momento de silencio, qué os inspira esos recelos á que de seguro falta causa.

—¡ Ay ! ¡ Desgraciadamente no , Elvira , replicó con vehemencia Rodrigo clavando sus rasgados ojos más negros que el azabache en el rostro seductor de su prometida; sobran para mi devoradora inquietud. Ya no comprende vuestro corazon al mio, ya no encuentran nunca mis ojos vuestra mirada, ya me veis en horas de celos y desaliento dudar de mi ventura, y no os dignais afirmar la fe que vacila con una palabra de seguridad, ni disipar la tempestad de mi alma con una sonrisa de vuestros labios.....

—Disimulad, Ayala, que os interrumpa , dijo Elvira con resolucion ; pero ahora que me ofendeis, ya no debo escucharos por mi propia dignidad.

—Nadie la respeta cual yo, replicó tristemente Rodrigo; pero no es faltar á ella deciros que desde la hora fatal que os trajo á Búrgos comenzó á eclipsarse mi estrella, y que ya apénas por intervalos me envia un trémulo y fugitivo destello, no de vuestro amor, Elvira, que no he sido tan feliz que lo posea, sino de vuestra antigua preferencia, que tanto me prometia y halagaba.

Encogióse de hombros con un gracioso movimiento de desden la orgullosa dama, y nada contestó.

Por su parte Ayala, serio, pero fuertemente impresionado, prosiguió diciendo:

—Hubo un dia, Elvira, que no se borrará de mi memoria, un dia que decidió mi suerte, un dia en que se me reveló súbitamente la felicidad, no sé si del cielo ó de la tierra; el dia que os ví, Elvira, por primera vez, tan hermosa que me maravillasteis fascinándome. Hora os lo recuerdo, porque sensacion por sensacion, necesito manifestaros la inmensidad de un amor que ó no comprendeis ó rechazais; de un amor que ha vivido de sueños y esperanzas, que se agita y estremece hoy con tormentos que no podeis comprender, vos tan ciegamente idolatrada, y que ha llegado á ese punto en que no basta un corazon solo á contenerlo, y necesita que otro corazon lo participe.

—Sois elocuente, Ayala, para hablar de vuestro amor, dijo Elvira siempre glacial; y eso que la ocasion no es oportuna, y que veis me resiente el que lo hagais.

—Lo confieso, Elvira, me ois contra voluntad; pero yo necesito hablaros, porque he conocido harto bien por mi mal que el silencio me ha perjudicado con vos, me ha hecho extraño á vuestros sentimientos, relajando el único lazo que existia entre nosotros, la confianza que da una mútua seguridad. Hé aquí

por lo que á riesgo de desagradaros, que es lo que más siento, prosigo con obstinacion mi propósito.

A esa época dorada de magníficas ilusiones, de dulcísima felicidad, de inefables esperanzas, ha sucedido otra bien inquieta y desdichada, y hay momentos, Elvira, en que creo que hay á mis piés un infierno en el que voy á caer si vos no me arrancais de su orilla.

Búrgos, Búrgos me ha sido funesto. El primer dia que lo pisé sorprendí sobre vos la mirada de un hombre, y en aquel instante sentí la cólera enrojecer mi frente, el temor asaltar mi espíritu, la hiel inyectar mi corazon... desde ese dia tengo celos, pero celos que no matan, sino que acrecen mi amor.

Me he dicho que dudar de vos era ofenderos, y he comprimido mi sufrimiento que no ha tenido ni desahogo, ni consuelo, nada, ni aun ha sido comprendido.

Devorándolo en silencio, muchas veces el hálito inflamado de mis suspiros ha rozado vuestra sien nacarada sin que lo hayais percibido en vuestra profunda distraccion.

Muchas otras os he dado á conocer mi tristeza, que se va haciendo habitual, y el interno penar que me consume...; pero vos, cuando no estais preocupada, os mostrais tan tibia, tan indiferente, tan alejada de mí... que no le mitigais jamas con ese poder que Dios ó mi desgracia os han dado sobre mí; y Elvira, perdonadme que os lo recuerde, pero yo os he entregado mi albedrío, mi vida, y de vos esperé ¡orgullo es! primero, una preferencia; luego, una dulce confianza, y despues ¡el amor! con todas sus supremas delicias.

—Señor alférez mayor, dijo Elvira con tono breve y seco, nuestra mútua situacion es esta, no la desconozcamos ni tergiversemos. Vos me visteis y os agradé; no procurasteis agradarme, sino que solicitasteis mi mano con empeño, y mi padre os la concedió. Entre ambos existen convenios, promesas, una palabra empeñada y aceptada; pero yo soy extraña á todo, porque conmigo no contasteis en vuestras pretensiones. Vos teneis derecho para llevarme al altar, y yo tengo el deber cuando esto suceda de consagraros mi vida; ántes no tengo ninguno, Ayala, lo que haga será deferencia y nada más, ya que me obligais á decirlo.

—Elvira, si no estais dulce conmigo, hablais con franqueza, y lo aprecio, dijo Ayala sin insistir en sus quejas; todo ha sido creer yo lo que no es, y esperar lo que quizá no será tampoco. Un error merece indulgencia; y si me atreviera á exigir algo de vos, sería el que la usarais conmigo.

Por primera vez alzó Elvira los ojos y los clavó en el alférez mayor, que sostuvo su mirada sin que de sus ojos destellara la pasion que se enseñoreaba en su alma, ni entreabriesen sus labios la sonrisa que siempre la acariciaba; y, cosa inexplicable, la frente de la jóven se inclinó plegada y triste.

—Rodrigo, le dijo tras un corto espacio de silencio con dulce y melancólica

expresion; cada corazon tiene sus misterios, cada felicidad sus sombras. No os alarmeis por la vuestra ni querais profundizar los mios; yo misma no los comprendo, y vos os perderiais en su fondo.

No dudeis en creerme. Nadie, y esto os lo juro, está más alto que vos en mi aprecio; lo demas... su dia tendrá.

—Gracias, Elvira, gracias, dijo Rodrigo volviendo á manifestar en su rostro serio pero expresivo una ternura apasionada y loca; perdonadme mis celos y amadme... ¡Oh! Elvira... ¿Me amaréis... ese dia que es mi sueño? ¡Mirad, sois para mí el aire que respiro... la vida... más, el alma tambien!

—Rodrigo, exclamó su prometida afectada y ruborosa, os lo suplico, no hablemos de amor; sufro al hacerlo.

—Pues bien, no hablemos; pero permitidme que me acerque á vos cuando mi ventura nos reuna, sea en el alcázar, ó en los festines, ó donde quiera que os halle. Permitidme que mañana os repita mi pregunta en el palacio de la reina de Navarra, y que ántes en el torneo os pruebe que soy tan fuerte para pelear como débil para resistiros.

—Sé que sois un héroe, dijo Elvira sonriéndose y suspirando; pero sin concederle su demanda ni negársela tampoco.

—Seré invencible si me concedeis como talisman una prenda vuestra. Entónces la victoria será mia...

Elvira tuvo un momento de indecision, de lucha; pero se resolvió, y quitándose el guante de la mano derecha se lo entregó, diciendo:

—Tomad, y acordáos mañana en el palenque que vuestra gloria es mi orgullo.

Rodrigo lo tomó, lo llevó á sus labios, y despues de imprimir en él un ardiente ósculo, lo guardó apresuradamente porque sintió pasos á su espalda.

Apénas tuvo tiempo de ocultarlo, cuando adelantándose el que venía hasta nivelarse con ellos, saludó respetuosamente á Elvira y con altivez á Rodrigo.

Elvira le contestó con frialdad, Rodrigo con mesura; pero los labios de aquella temblaron ligeramente, y las cejas de este se fruncieron con despecho.

El importuno era el duque de Benavente.

—Señor alférez mayor, le dijo con intencion, suplico me perdoneis que os interrumpa, pero deseo saber si mañana me haréis el honor de justar conmigo ántes de tomar parte en el torneo, ya que no pude hacerlo en las famosas de Palencia y de Segovia.

—Mia será la honra, señor duque, contestó Ayala con perfecta cortesía. Mañana nos medirémos lanza á lanza y cuerpo á cuerpo.

Cambiadas estas palabras, Elvira, que habia estado esperando á que Rodrigo las terminara, le saludó con un gracioso ademan, y bajando apénas la cabeza al duque, se alejó dirigiéndose hácia la condesa de Cintra y doña Ines de Osorio, que á su encuentro venía saludándola.

Entre tanto la noche comenzaba á extender su negro velo sobre el animado verjel.

La diáfana claridad de la luna sustituia la incierta luz del crepúsculo vespertino, añadiendo la vaguedad poética y misteriosa de sus blancos resplandores un encanto más á aquel elíseo donde no faltaba calma, flores, aroma y sombra que lo poblaran.

El rey habia vuelto al alcázar. La reina, pues, y con la reina todos se apresuraron á dejar el jardin para ir á su lado, y abandonando el pabellon y los bosquecillos se encaminaron á la galería, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Elvira se habia separado nuevamente de la condesa de Cintra y doña Ines, y deteniéndose un momento en el pabellon que Catalina de Lancaster acababa de abandonar, dejó que la comitiva, que no iba muy ordenada, se adelantara.

El murmullo de las voces se perdió; Elvira estaba sola y contemplaba aquel oscuro y perfumado recinto con una expresion triste y amarga.

Por su parte don Fadrique, que iba con el maestre de Alcántara, echó una rápida ojeada en derredor suyo, y no encontrando lo que buscaba, separándose de don Martin se arrimó á su lado, y recatándose en la sombra que proyectaban los árboles, vió desfilar á toda la córte excepto á Elvira que, como hemos dicho, se habia detenido en el rústico pabellon.

Así que pasó el último se deslizó con disimulo, y retrocedió cuidadoso y resuelto.

Miéntras que el duque volvia, Elvira emprendia lentamente el camino del alcázar.

Llevaba las manos cruzadas sobre su seno de alabastro y la cabeza baja entregada á una de aquellas distracciones que eran el tormento de Ayala.

O no vió, ó se desentendió del duque, á cuyo lado pasó rozando la seda de su vestido la espada de don Fadrique; este, por el contrario, colocándose á su lado le dijo en voz baja pero impregnada de amor y de despecho:

—Elvira, si apreciais en algo mi ventura ocultad de mi vista esa mano sin guante.

Sintió la jóven y hermosa dama de Catalina de Lancaster un brusco estremecimiento nervioso que agitó todo su sér: nada respondió, redobló el paso, pero ocultó maquinalmente la mano bajo los encajes de su otra manga.

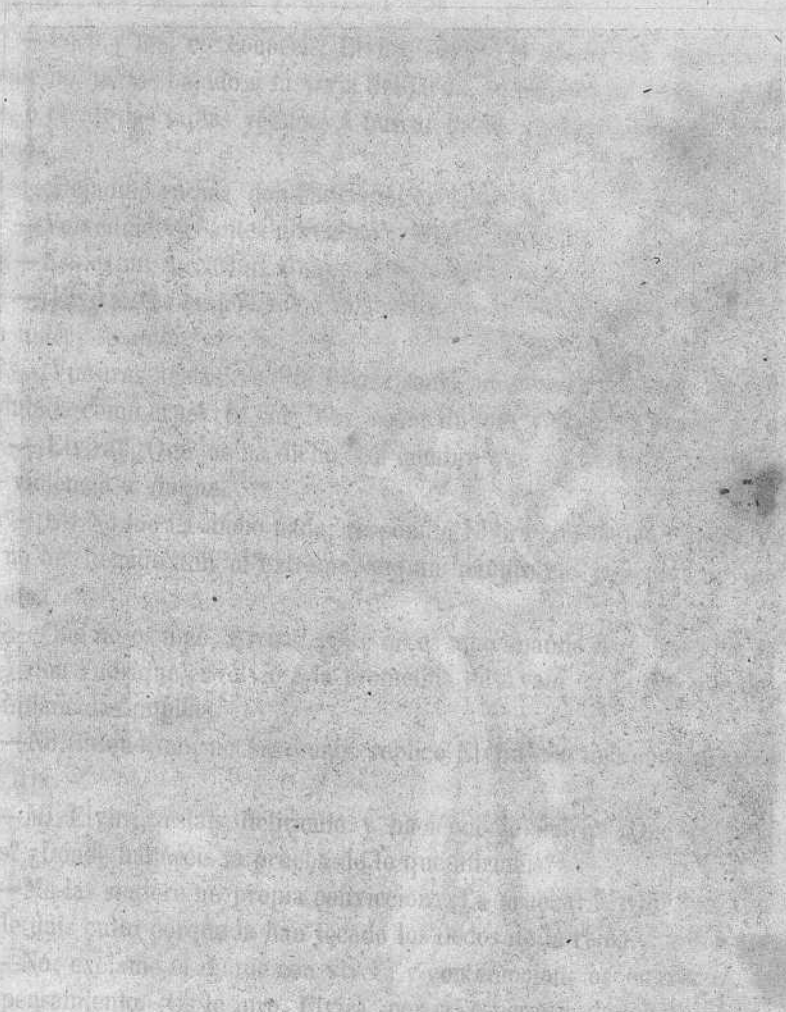
El duque, que la seguia, añadió aun más bajo, aproximando su cabeza á la de la prometida de Ayala:

—¡Por mi vida ó la suya! la que os sea más cara, os lo suplico, Elvira, que oiga yo esta noche vuestra dulce voz, que vibre para mí solo, que me extasíe al escucharla pronunciando mi nombre...

Elvira se sonrió con una expresion tristísima y orgullosa, se apretó el corazon y guardó silencio.

—¿Bajaréis á vuestro jardin, Elvira? ¿Sí? ¡Hablad! ¡decidme que sí!

Yd a la verja Elvira ¡prometédmelo!..



—Eso es lo que no haré, dijo Elvira con acento breve y decidido.

—¿Por qué, luz mia?

—Porque sería un proceder tan liviano como traidor, y ni debo ni quiero tenerlo.

—Poco y mal me conoceis, Elvira, repuso el duque con energía; si á media noche no habeis bajado á la verja del jardin, ó estrello mi frente contra sus barras, ó escalo las tapias yéndoos á buscar hasta vuestro aposento, suceda lo que suceda.

—¡Dejadme en paz, don Fadrique! exclamó la jóven con amarga impaciencia.

—Volvedme vos ántes mi calma perdida, mi libertad, mi sosiego.

—Eso es un sarcasmo, duque, que merecia una estrepitosa carcajada.

—¡Elvira, eso respondeis á mis ansias! le dijo don Fadrique reconviniéndola con indecible amor.

—¡Vuestras ansias! repitió Elvira sonriéndose amargamente. La burla es tan calculada como cruel. Id con Dios, señor duque, y dejadme seguir mi camino.

—¡Elvira! ¿Qué os ha dicho ese hombre que así os ha cambiado? exclamó con violencia el duque.

—¡Él! No me ha dicho nada, respondió Elvira con su tono breve y orgulloso; no he llegado aun al extremo que un hombre me convenza de que otro no me ama.

—¡Que no os amo, Elvira! ¡Que no os amo cuando daria mi vida por vos!

Y don Fadrique envolvió á la prometida de Ayala en la luz que despidieron sus inflamadas pupilas.

—No, duque, no; no me amais, replicó Elvira con una concentracion amarga y fria.

—Mi Elvira, estais delirando y haciéndome sufrir. ¿Qué os sugiere esas ideas? ¿Dónde hallaréis la prueba de lo que afirmais?

—Me las sugiere mi propia conviccion. ¡La prueba!... ¡Oh! vedla en esa flor que le dais culto porque la han tocado los dedos de la reina... á quien amais.

—No, exclamó el duque con viveza y con emocion; os engañan... ese es un mal pensamiento. ¡Os lo juro, Elvira, por mi esperanza de felicidad!

—¡Oh! No jureis, don Fadrique, dijo Elvira con amargura. Yo os amo y sabeis la inteligencia del corazon.

—¡Elvira! dijo el duque enorgullecido y feliz. Esa palabra debia ser contestada de rodillas.

Y luego con vehemencia añadió deslumbrándola con el fuego de su mirada.

—Id á la verja, Elvira. ¡Prometédmelo! Que viva esas horas de esperanza, aunque luego muera de placer.

Elvira extendió su nevada mano hácia la flor un poco ajada que medio cubria la banda, y clavó sus ojos brillantes de fiebre con una asiduidad que el orgullo queria disimular en los ojos destelladores del duque.

Este la comprendió, y fascinándola primero con su mirada, dijo despues á su oído:

—¿La quieres, estrella de mi vida?

Elvira no respiraba, no hablaba, pero continuaba mirando al duque y teniendo extendida su blanca y bonita mano para recibir la flor que excitaba sus celos.

—¿Irás, Elvira, irás? le preguntó don Fadrique más exigente, más apasionado que ántes.

—Iré, contestó la prometida de Ayala con un arranque febril.

Hecha aquella promesa puso el duque la perfumada azucena entre los dedos de la jóven con una suave presion.

Elvira ocultó la flor en su fino cendal, y ligera como una sílfide echó á correr hácia el alcázar despues de darle un á Dios al duque, que permanecia inmóvil en el mismo sitio hasta que la perdió de vista.

—Señor Lopez de Ayala, dijo á este la portuguesa condesa de Cintra subiendo anhelante la última grada de la escalera. ¿Os van dejando vuestras visiones?

—Doña Guiomar. ¡Sois implacable! contestó riéndose el alférez mayor.

—Pero ¿os han dejado el uso de vuestros ojos?

—¿Quereis ponerlos á prueba?

—¡Cabalmente!

—Pues decid en qué os servis emplearlos.

—Solamente mirar si está por aquí el duque de Benavente que se ha perdido á los mios.

Ayala dirigió una rápida ojeada en torno suyo buscándolo ávidamente, pero fue en vano, porque como saben nuestros lectores permanecia en el jardin.

—Se ha eclipsado, señora, le dijo á la condesa con tono tranquilo y ligero, sin embargo que su frente se nubló.

En aquel instante resonó en su oído la respiracion agitada de Elvira, que tan alucinada iba que pasó por su lado sin verlo.

—Elvira, exclamó doña Guiomar deteniéndola. ¿Dónde estabais que no os he visto? Venid á mi lado si os place, ya que no he gozado este placer sino momentáneamente.

—Doña Guiomar, ¿qué decis? Si estaba ahí, cerca de vos.

—Y yo sin encontraros desde que salieron las reinas del pabellon...

—Condesa, dijo Ayala con una amarga sonrisa, ni vos encontrais lo que quereis, ni yo veo lo que debiera.

Y se separaron entrando en la iluminada galería.

Una hora despues el duque de Benavente se paseaba agitado y pensativo por sus aposentos, parándose unas veces delante de las abiertas ventanas para recoger los rumores de la calle, y otros delante de la puerta como si quisiera percibir el andar de una persona que esperara con impaciencia.

Oyó por fin unos pasos tardos y pesados que se acercaban lentamente á la

puerta. Una mano seca y arrugada la entreabrió, y una voz áspera y cascada dijo:

—¿Se puede entrar?

—Pase la dueña, contestó el duque viendo una estantigua rebujada en un ancho manto aparecer en el dintel de la puerta.

Obedeció la vieja, y llegando al duque le hizo una profunda reverencia.

—¿Me traeis lo que os he pedido? le dijo don Fadrique con interes.

—Y lo que no se puede pagar con todo el oro del mundo, dijo la dueña con zalamería.

Y sacó de debajo del manto una llave bastante grande, que entregó al duque.

Brillaron los ojos de este con siniestra alegría, y tomándola respondió:

—Por eso, dueña, se os pagará en perlas.

Y puso á su vez en manos de aquella un riquísimo collar.

—No descubrais nunca que yo os la he dado, dijo la vieja guardando la joya con tanto afan como gozo.

—Perded todo temor, que no lo sabrá jamas, contestó don Fadrique tranquilizándola. Pero decidme, ¿bajará vuestra señora esta noche...?

—Sin duda alguna; primero faltará al dia la luz que ella á su palabra.

—Pues idos, señora Mencía, y velad porque nada la suceda.

—Decis bien, señor duque. Voyme pues. Quedáos con Dios y no olvideis á quien bien os sirve y mucho os quiere.

Fuése la dueña.

Entónces el duque sacó de una caja de nácar la banda de Rodrigo Lopez de Ayala, la desdobló, y dirigiéndola una mirada de intenso odio exclamó:

—Voy á vengarme de tí, traidor Ayala; destruyo tu felicidad, te hiero en el corazon y en tu orgullo. Tu azucena tan pura, tan fragante, tan hermosa que enloquece, ¡es para mí! Y cuando mi aliento la seque te la arrojaré á la frente.

CAPÍTULO XXIV.

DÓNDE SE CUENTAN LAS AVENTURAS DEL TORNEO Y CÓMO EL PREZ SE PARTIÓ.

Al tomar la pluma para dar principio á este capítulo vienen á nuestra memoria los lindos y sentidos versos de Jorge Manrique cuando al recordar la córte de don Juan II dice:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon,

¿Qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galan?
¿Qué fue de tanta invencion
Como trajeron?
¿Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

Y despues de repetirlos no podemos ménos de preguntarnos si esos cuadros magníficos que la edad media nos legó fueron fielmente copiados; si esas escenas caballerescas donde se desplegaba tanto valor y bizarría, tanto denuedo y arrogancia, han tenido realmente lugar en esos llanos de nuestra vieja y leal Castilla; si las coronaciones de Alfonso XI y de su nieto Juan I hechas en Búrgos con tan brillante aparato, en las que tantos donceles fueron armados caballeros, celebrándolas con tantas justas y torneos, tantas fiestas y alegrías, no son visiones deslumbrantes evocadas por nuestra imaginacion ávida de gloria y grandeza, que se lanza á buscarlas á traves de los siglos y las generaciones que nos precedieron y pasaron.

Pero no podemos dudar de ellas; hémoslas visto trazadas en la historia: ella nos dice que existieron esas fiestas no comparadas de asombrosa magnificencia; los galantes paladines cuyo tipo representaba la bella y noble figura de Suero de Quiñones; los reyes que armados de una fuerte coraza justaban de aventureros en los palenques ganando fama de valientes y caballeros; esa sociedad, en fin, vestida de hierro, ceñida de espada, sedienta de gloria, que no teniendo enemigos en la península que combatir y vencer, fué á conquistar con su valor y heroísmo un nuevo mundo á sus reyes, llenando su ancho ámbito con la fama de sus proezas inmortales.

Y naturalmente debian ocurrírsenos estas dudas y reflexiones al echar una ojeada sobre la vieja crónica que vamos siguiendo, la cual describe minuciosa y detalladamente el torneo que dió en Búrgos á la reina y la córte el poderoso duque de Benavente, cuadro admirablemente concluido y que nosotros sólo intentamos delinear.

Fuera de Búrgos y en sitio aparente para ello se habia construido una anchurosa liza capaz de contener veinte mil espectadores. Cómodas y espaciosas graderías circulares cubiertas de matizadas alfombras servian de zócalo á una cubierta, dilatada y elegante galería, adornada de colgaduras de seda verde y blanca prendidas con guirnaldas de rosas, elevándose en el centro de ella un estrado sobre gradas, y en medio de este, bajo un recamado dosel, el trono que debian ocupar el rey Enrique III y la reina Catalina de Lancaster.

Lujosos asientos cubiertos de blandos almohadones de terciopelo estaban dis-

puestos para el infante don Fernando y la reina de Navarra, y despues de estos seguian los de los gobernadores, las damas y la córte.

En los extremos del palenque, uno frente de otro, se alzaban dos tablados que figuraban ser almenadas torres, destinadas para los jueces que habian de presidir, y sobre un almohadon de terciopelo carmesí, bordados en sus esquinas los castillos y leones brisados del duque de Benavente, habia una bandeja de oro primorosamente cincelada que contenia una banda de seda azul celeste bordada de plata y perlas, destinada como prez al vencedor.

Espléndidos pabellones levantados en el campo para los combatientes les proporcionaban reposo y comodidad, miéntras que los de los mantenedores situados en la liza ondeaban sobre ellos las blasonadas banderas de sus dueños, que tremolaban desde la mañana. En sus puertas pendian colgados sus escudos, ostentando empresas, divisas y motes que los laureles que recogieran habian de darles la celebridad que les faltara.

Interiormente los decoraban armas y trofeos y algunos escabeles para descansar, alzándose ademas de los pabellones una multitud de tiendas para albergar la concurrencia y los pajes y escuderos que cuidaban de los caballos que piafaban con impaciente ardor.

Desde mucho ántes de la hora señalada para empezarse la justa acudian en tropel los habitantes de Búrgos y de muchas leguas en contorno para situarse cómodamente en las graderías, apiñándose poco á poco hasta cubrirlas del todo la numerosa concurrencia.

Las damas y caballeros iban ocupando á su vez los asientos que en la galería les estaban destinados; los tañedores hacian oir los ecos de sus alegres añafiles y tambores, y el sol, elevándose en el horizonte, doraba con su espléndida luz tan variada perspectiva.

Pronto el movimiento y el ruido se aumentó; entraron los mantenedores en sus pabellones; los pajes y escuderos, los heraldos y farautes cruzaban yendo de acá y acullá; los palafreneros conducian de la brida arrogantes y fuertes caballos de batalla, y los jueces del campo subieron á lo alto de sus torres con la vara de oro en la mano.

En medio de aquel estruendo marcial y de la confusion que lo motivaba entraron en el palenque el rey don Enrique, doña Catalina, doña Leonor de Castilla y el infante don Fernando, seguidos de una numerosa comitiva y saludólos con entusiastas aclamaciones la inmensa multitud que de pié agitaba sus bandas y cendales enviando al espacio sus alegres vivas.

Entónces presentó la liza un aspecto de mágica animacion.

En la galería á do quiera que la vista se volvia no encontraba para fijarse sino plumas, flores, galas y pedrería que ostentaban las damas en sus trajes y tocados que realzaban á lo sumo su hermosura.

A sus piés se extendia el pueblo llenando el ancho círculo de la gradería, y

engalanado, airoso y contento saludaba con entusiasmo á los paladines, agitándose y formando las mismas ondulaciones que las ondas del mar cuando se rizan.

En la arena del palenque seis cuadrillas de á treinta combatientes cada una, armados de punta en blanco, con dalmáticas de vivos colores sembradas de flores y ostentando preciados blasones, luciendo en los bruñidos yelmos airones y penachos de largas y rizadas plumas, se adelantaban á saludar á Enrique III y á las reinas de Castilla y Navarra, lo cual hicieron bajando las puntas de sus lanzas; y la presencia de aquellas, la hermosura de las damas, la alegría del vulgo que seguia victoreando, y el lujo y la gallardía de los paladines, formaban un todo de extraordinario y fascinador efecto.

Y ya que imperfectamente lo tenemos bosquejado, entrarémos en algunos pormenores que á nuestro propósito conviene y son necesarios para inteligencia del lector.

Las seis cuadrillas reconocian por jefes al duque de Benavente, al conde de Trastamara, al de Medina de Pomar, al maestre de Alcántara, á Ruy Lopez Dávalos y á don Alfonso Enriquez, señor de Rueda y Melgar, nieto del maestre de Santiago don Fadrique de Castilla, y uno de los más valientes y apuestos caballeros de la córte de Enrique III.

Cada cuadrilla usaba un mismo color que era el de su jefe, y cada guerrero su divisa propia; tres debian combatir con otras tres en el torneo, y en las justas, que eran ántes, estaban de mantenedores don Fadrique y don Pedro de Castilla con el maestre de Alcántara.

En los capítulos del torneo se establecia romper solamente tres lanzas, no pudiendo entrar nuevamente en combate el que una vez fuera vencido.

En cuanto al prez se declaraba pertenecer al que quedando dueño del campo en el torneo no hubiera sido vencido en la justa; prez que necesariamente habia de otorgarse á uno de los seis jefes ó de los caballeros que formaban las cuadrillas.

Despues de saludar á Enrique III y las reinas levantó el duque de Benavente la lanza y dirigió una mirada al trono que compartian el niño Enrique y la jóven Catalina de Lancaster, deteniéndola en esta un breve instante. Descendiendo de la reina la clavó en Elvira que estaba á su lado, y la contempló otro instante.

En aquel instante aquella mirada reveló un loco engreimiento de sí mismo, las pasiones satisfechas, el corazon rebosando vida y felicidad.

Y fue tal su arrogancia, y tan manifiesto el convencimiento de su poder, que inducia á suponer estaba dispuesto á tocar las nubes con su altanera frente.

Llevaba un coselete de bruñido acero con relieves y filetes dorados; cubria la coraza una dalmática de brocado verde salpicada de capullos de rosa bordados de oro; el yelmo con follajes dorados de un trabajo de extremada delicadeza sujetaba en su cimera un penacho de blancas y finísimas plumas que bajaban ondulando hasta sus hombros; montaba un caballo de raza color de perla, y la

rica mantilla que lo cubria estaba bordada de oro y engastados en el mismo metal el pretal y las armas.

La divisa de su escudo era un mar embravecido de plata y azul, y entre nubes sombreadas de sable salia una mano de encarnacion extendiéndose sobre las agitadas ondas con este mote: *Su influjo lo calma.*

Dieron los caballeros dos vueltas en la liza y retirándose las cuadrillas se apearon los mantenedores entrándose en sus pabellones; los jueces del campo, que lo eran el maestre de Calatrava y el adelantado mayor, se pusieron de pié haciendo una señal con sus varas, y en el mismo instante sonaron las trompetas, y abriéndose el palenque entró en la liza un paladin armado de punta en blanco, esmaltada de negro la armadura, un negro penacho ondeando sobre su cimera, la visera calada y por divisa un cometa de oro en campo de gules con este mote: *Aparezco y destruyo,* el cual, dirigiéndose al pabellon del maestre de Alcántara, tocó en el escudo con el cuento de su lanza, retirándose hecho esto al centro de la palestra.

El buen don Martin Yañez de la Barbuda montó en un arrogante alazan cubierto de una rica mantilla de seda blanca bordada con jazmines de oro. Llevaba una coraza lisa y brillante, una dalmática blanca, y blancas las plumas de la cimera, que por cierto aumentaban su colosal estatura; y tomando en su robusta mano cubierta por la fuerte manopla la lanza que le dió un escudero, y asegurando en la otra el escudo cuya empresa era un leon rapante de oro en campo de gules sosteniendo en su garra el peral y la cruz de la órden en un escudete con este mote: *Yo lo defiendo,* se dirigió á su contrario con arrogante continente.

—Por san Julian del Pereiro, mi patron, señor caballero del cometa, que venis fatídico y espantable, dijo el maestre mirando al enlutado incógnito de alto á bajo.

—Eso ya lo verédes cuando tengais la punta de mi lanza en vuestro pecho, respondió con tono presuntuoso el encubierto paladin.

—¡Vive Dios! que si haceis la mitad no más de lo que decis, os proclamo la mejor lanza de Castilla, replicó en tono burlon el valiente don Martin.

Y enristrando su lanza volvió grupa para tomar campo.

Toda la atencion estaba fija en los dos campeones, los cuales, volviendo á escape se encontraron con tal furia que, rompiéndose la lanza del incógnito en el pecho del maestre como si fuera contra una roca, saltaron por el aire las astillas, á la vez que el de la negra armadura, perdiendo los estribos al terrible ímpetu de la de don Martin, rodó por la arena miéntras que un estrepitoso aplauso partió de todos los ángulos del palenque celebrando el pujante bote del vencedor.

—Caballero del cometa, le dijo don Martin con sorna; ya hemos visto vuestro influjo, que no es tan grande ¡vive Dios! que alcance á estorbar quedeis rendido á mis piés.

—Lo confieso, contestó con sordo acento el malparado caballero.

—Pues alzad, y llevad entendido que así acostumbro á devolver las amenazas; repuso el maestre satisfecho retirándose con esto á su pabellon.

Levantóse el vencido, y ayudado de los escuderos que le presentaron su caballo, montó dejando la palestra confuso y avergonzado.

Tornaron á tocar las trompetas, y abriéndose el palenque entró en él un paladin montado en un caballo tordo, cubierto de una mantilla azul oscuro con rapacejos de plata.

Traia puesto el jinete un coselete de luciente acero con esmaltes blancos, y lo mismo que el escudo sin empresa ni blason: llevaba la visera calada, llamando la atencion tanto por su marcial gallardía como por la gracia y la flexibilidad de todos sus movimientos.

Cruzando la palestra fué á herir el escudo del maestre, retirándose luego á su sitio.

Inmediatamente subió don Martin en su alazan, y acercándose á su retador le dijo examinándolo con cierto aire desdeñoso:.

—Par diez, señor caballero, que si no mirara las espuelas de oro que calzais no sabria qué pensar viéndoos sin blason y sin empresa.

—¡Qué quereis, valiente maestre! contestó con calma el del blanco esmalte; no á todos les es dado el poner en su escudo un leon como el que extiende su garra en el vuestro; y á los que esto les acontece, reservan sus blasones para cuando puedan añadirles por orla una palma ó un laurel.

—Lo que á mi entender significa que la modestia que tal confiesa tiene más pretensiones que el valor de sus seguros alardes.

Y esto diciendo se separaron para tomar campo y entrar en lid.

Igual denuedo mostraron entrambos paladines en el primer encuentro, la misma actividad y destreza en el segundo, y en el tercero saltaron en mil pedazos las lanzas: los caballos á su rudo empuje tocaron la arena con las ancas, pero los dos jinetes los enderezaron con fuerte brazo sin perder ninguno los estribos.

Una salva de aplausos saludó á los que tan bien habian justado. El maestre alargó su ancha mano al del escudo sin divisa, y le dijo con arrogante superioridad:

—Digno sois, caballero, de lidiar con el más valeroso; y por mi vida os aseguro que sois tan buena lanza como el que más.

—Poco es eso, maestre; miéntras no sea la mejor no habré conseguido lo que anhelo.

Y separándose de don Martin fué á tocar en el escudo del conde de Trastamara, con quien justó con conocida ventaja.

Rota, pues, la última lanza entre el caballero sin divisa y don Pedro de Castilla, un faraute del duque fué á pedir por cortesía al paladin de parte de su señor que dejase ver su rostro ó dijera su nombre, ya que con él no queria com-

batir; oido lo cual por el del blanco esmalte, levantó la visera de su yelmo y mostró á las curiosas miradas de los espectadores el bien proporcionado rostro de Gonzalo de Figueroa, brillantes de marcial fuego sus ojos garzos y su hermosa frente iluminada con el placer y la satisfaccion que experimentaba siendo reconocido por uno de los mejores brazos de Castilla; y miéntras de la liza se alzaron mil voces para victorearle, él se volvió hácia el estrado, saludó á Enrique III y á las reinas con indecible gracia, luego á las damas que agitaron sus cendales, y por último al pueblo que lo aclamaba, saliendo en seguida del palenque.

Otros paladines entraron en la liza despues que Figueroa se retiró, justando ya con don Fadrique, ya con el conde de Trastamara, ó bien con don Martin; mordiendo unos la arena como el malaventurado caballero del cometa, sosteniendo otros los encuentros con destreza y fortuna como Figueroa, pero sin vencer ninguno á los mantenedores, hasta que presentándose Rodrigo Lopez de Ayala fué á tocar en el escudo del duque, retirándose á la palestra á esperarle, apoyándose con gracia en su poderosa lanza en tanto que don Fadrique venía.

Tenia Rodrigo alzada la visera dejando ver su rostro serio, sus mejillas sin color, su frente noble, sus cejas más negras que el azabache y sus ojos de profunda y expresiva mirada. Por lo demas, no revelaba ninguna emocion, era un justador frio, cortes, seguro, pero sin arrogancia.

Traia un coselete negro con relieves dorados; el yelmo, del mismo color que la armadura, sostenia en la dorada cimera un rico penacho de finísimas plumas de un amarillo caido y delicado. Montaba un soberbio caballo cordobés que de ébano parecia, enjaezado con una mantilla de escarlata con flecos y bordados de oro; y en el escudo llevaba por divisa una azucena al natural en campo de oro rodeada de laureles con este lema: *Por ella, y para ella.*

Montó el duque prontamente en su mejor caballo de batalla que le tenian de la brida dos escuderos, tomó la lanza, embrazó el escudo y marchó derecho á encontrar á su adversario.

En aquel instante estaba el duque ligeramente encarnado, lo que hacia resaltar el brillo de su mirada, embelleciendo de un modo admirable su varonil fisonomía.

Al acercarse don Fadrique el alférez mayor se inclinó sobre el cuello de su negro corcel en ademan de acariciarlo, pero al enderezarse miró al estrado donde Elvira se hallaba deteniendo un brevísimo espacio la vista en la peregrina faz de su prometida, que ligeramente palideció al notar su profunda y exploradora expresion. De Elvira llevó su mirada al duque que llegaba con la venganza en el pensamiento y la arrogancia en la frente.

Sin trocar una palabra hiciéronse un saludo cortes y bajando en seguida la visera se apartaron para tomar campo.

Un silencio profundo reinaba en la animada concurrencia, claro indicio del

interes que despertaban la fama del alférez mayor y las altas pretensiones que el poderoso mantenedor sostenia con brillante éxito en aquella mañana que habia para él amanecido feliz.

En el primer encuentro la lanza del duque se quebró contra la bien templada armadura de Rodrigo, saltando la suya en tres pedazos al chocar en el escudo de su contrario. Los escuderos les dieron otras, y los dos adalides se lanzaron á la carrera por segunda vez con un brio que redoblaba el orgullo, el odio y los celos, encontrándose con tal ímpetu que la lanza de Ayala dirigida al pecho del duque se quebró, á la vez que este alzando la suya asestó con toda la fuerza de su brazo un furibundo golpe en la cabeza de su rival, que abollando el yelmo se la hizo doblar con violencia.

Fuego destellaron los negros ojos de Rodrigo á traves de las aceradas barras que los defendian; pero se mantuvo firme en el arzon, y recibiendo nueva lanza tornó por tercera vez á tomar campo.

Con la velocidad del rayo se lanzó á rienda suelta el negro bridon de Ayala hácia el duque, que con no ménos furia avanzaba; y dirigiendo Rodrigo la embotada punta de su lanza á la cintura de su contrario, le dió un bote con tan seguro y pujante brazo, que retrocediendo el caballo hizo rodar al jinete sobre la removida arena.

Unánimes y estrepitosas aclamaciones saludaron la victoria del alférez mayor; las damas agitaron sus bandas y cendales, y los ministriles tañeron sus instrumentos mezclando sus alegres sonidos á los aplausos de la multitud.

Púsose el duque de pié ocultando su ira y sonrojo entre las caladas barras del yelmo, ira que subió de punto cuando Ayala le dijo con ironía:

—Os debo el honor del triunfo, don Fadrique, y os aseguro por mi vida que le aprecio en tanto, que no encuentro una palabra á propósito para daros las gracias por habérmele dispensado.

Asestóle el duque de Benavente una de sus más altaneras miradas y le contestó con sardónica sonrisa mirando miéntras hablaba á la hermosa dama de Catalina de Lancaster.

—Aunque eso sea así, creedme, señor alférez mayor, harto pagado me encuentro.

—Sé muy bien, replicó Ayala con calma glacial á pesar de que su sangre subió hasta su frente como una llamarada de fuego, que siempre con vos quedo deudor, y que mi deuda no data de este momento; pero tengo la esperanza de que me haréis la justicia de creer que Rodrigo Lopez de Ayala sabe y procura pagarlas.

—Pues hasta el torneo, caballero, contestó don Fadrique con arrogancia amenazadora.

—No tomo parte en él, repuso Rodrigo con firmeza; pero aunque el mundo sea muy ancha liza, no lo es tanto, señor duque de Benavente, que no nos encontremos otra vez.

—Y para que yo os reconozca si alguna vez os place cruzarlo de incógnito, id á recibir la banda que os podeis ceñir en lugar de otra que quizá deis por perdida, dijo el duque roto el dique de su cólera y resentimiento.

—Sí haria á necesitarla, porque me sobra brio para disputarla y fuerza para conseguirla, pero no la he menester, contestó Ayala con suprema altivez; porque siempre será conocido quien como yo no oculta jamas su *cara*, su *blason* y su *divisa*.

Y saludándole como se saluda á un vencido le dejó para llegar al pabellon de don Pedro de Castilla, en cuyo escudo golpeó con el cuento de su lanza, tornando á la palestra, que ya habia despejado el duque de Benavente.

No se hizo aguardar el conde de Trastamara por cierto, sino que al instante cabalgando con gallardía en su blanco corcel, fué á buscar á Rodrigo, puesto en hacerle pagar su victoria obligándole á morder la arena; mas no fue así, sino que á pesar de sus esfuerzos para vencer al alférez mayor fue vencido por este, que con uno de sus buenos botes lo sacó del arzon y lo arrojó á la arena midiéndola mal su grado.

Nuevos y repetidos aplausos resonaron en el palenque celebrando al vencedor; y así que el conde se retiró, Lopez de Ayala hirió con un fuerte golpe el escudo del valiente maestre de Alcántara, espectador de sus anteriores triunfos.

El famoso hidalgo de Galicia, que segun dejó asegurado en el epitafio que compuso él mismo para su sepulcro no conoció nunca el miedo, se adelantó con imponente ademan hácia el alférez mayor que en la palestra le esperaba.

—Señor Rodrigo Lopez de Ayala, le dijo con desdeñoso y compasivo acento, muy codicioso, par diez, os mostrais hoy de laureles; cuidad por vuestra vida de conservar los que en otras lides llevais cogidos, atendiendo al refran de vuestra sentenciosa Castilla, que dice: *Rompe la codicia el saco*.

—Si tal creeis de mí, valiente maestre, estais en un error gravísimo, respondió Ayala con indiferencia; sólo me falta en esta lid uno que coger desciñéndole á vuestra sien, tan profusamente coronada de ellos.

—Muy jactancioso estais, señor alférez, dijo el maestre midiendo su delgado y elástico talle que no envaraba el hierro que vestia; y no os sienta bien, porque aun la victoria está por decidir.

—En todo os equivocais, don Martin; no conozco la jactancia, y si no, ved que hago siempre la mitad más de lo que digo.

—No soy el duque ni el conde, replicó ofendido el gallego.

—No he tampoco olvidado que sois el hidalgo don Martin Yañez de la Barbuda, maestre de la órden de Alcántara.

—Pues así como conoceis su nombre, prosapia y condicion, vais á sentir lo que puede la fuerza de su brazo, que no ha descargado hasta hoy sobre vos.

Y clavando el acicate á su alazan partió á galope para tomar campo.

Igual fue el ímpetu del primer encuentro y tan terrible que los dos caballos

clavaron las ancas en la arena al chocar las lanzas en los escudos, cayendo estas de sus manos quebradas en dos pedazos.

Tomaron otras nuevas, volvieron grupas los caballos para tornar á embestirse, y las lanzas fueron rotas del mismo modo y con igual violencia.

—Ya no os queda mas que una lanza, señor alférez del rey, dijo con triunfante acento el maestre que dió la victoria por suya.

—Con eso sobra para venceros, respondió con calma y seguridad Rodrigo blandiendo la que el escudero le alargaba.

Y con una soltura que revelaba su destreza revolvió sobre el atlético don Martin, y de un bote le arrancó de la silla lanzándolo como una montaña á la arena, pero con tal prontitud y facilidad que sólo podia darla una agilidad y fuerza sobrehumana.

Ya no fue una aclamacion, fueron mil las que celebraron su triple victoria. Los heraldos lo proclamaron vencedor en la justa, y en tanto que su nombre por ellos pronunciado era repetido con entusiasmo pasando de boca en boca, Rodrigo saludó á Enrique III y á las reinas, inclinó su lanza delante de la palpitante Elvira, y saliendo del palenque tomó sin detenerse el camino de Búrgos.

En tanto que los guerreros se preparaban para empezar el torneo, Enrique III, la reina Catalina y la de Navarra se retiraron á un pabellon ricamente adornado para tomar un necesario refrigerio y descansar un corto espacio; pero la impaciencia del niño don Enrique no los dejó sosegar, aprovechando la exquisita galantería del duque que todo lo habia prevenido, y volvieron en breve á la liza ocupando el estrado como ántes.

Y conociendo que el capítulo se haria interminable si detalláramos los varios y brillantes lances del torneo, todos los gloriosos hechos y los increibles esfuerzos para vencer y no ser vencido de los ciento ochenta caballeros, flor y nata de los paladines castellanos que en él tomaron parte, hemos pensado omitirlos, diciendo para satisfacer á nuestros lectores que hicieron maravillas de fuerza, destreza, agilidad y cortesía, particularmente los tres vencidos mantenedores que á toda costa querian borrar con sus proezas las de Rodrigo Lopez de Ayala.

La innata y desmedida presuncion del hidalgo don Martin estaba empeñada en triunfar á todo trance de don Alfonso Enriquez con quien hora combatia, porque el arrogante maestre habia mordido la arena por primera vez en justas, y era tal su coraje y humillacion, que le parecia poco para vengarla vencer á los ciento setenta y nueve caballeros que habia en la palestra. No pudo suceder así, porque estaba en un mal dia, y el ilustre descendiente de don Alfonso XI lo sacó por segunda vez del arzon; y como para probar que no hay dicha cumplida en este mundo, el bizarro Gonzalo de Figueroa tuvo la honra de hacer perder los estribos al vencedor de don Martin, contribuyendo poderosamente en union de

su amigo Juan de Velasco á que el duque de Benavente quedara dueño del campo, terminando el torneo que fue, al decir de los que á él asistieron, el más fecundo en aventuras y lances peregrinos.

Así que vencidos y vencedores despejaron la palestra bajaron los jueces de sus almenadas torres y se dirigieron adonde la reina Catalina estaba, como que era la que debia dar el prez, aumentando con esto su valor, y decidir una duda que á los jueces ocurria.

Seguíanles cuatro escuderos del duque con dalmáticas verdes y blancas, colores del mismo en el torneo, precediendo á igual número de pajes que conducian con gran majestad la bandeja de oro en su rico almohadon, cerrando la marcha otros cuatro escuderos vestidos como los primeros en un todo.

—Maestre, exclamó Enrique III así que el de Calatrava estuvo á distancia de poderle oir. ¿Quién ha sido el más valiente de todos los paladines que han justado y combatido?

—Valientes lo son todos á cuál más, señor, contestó don Gonzalo con noble orgullo; pero el más diestro, el más esforzado de todos ellos, es sin duda alguna vuestro alférez mayor Rodrigo Lopez de Ayala.

—¿Lo veis? dijo don Enrique gozoso dirigiéndose á su tia. ¿Veis cómo afirma el maestre lo que yo os he dicho ántes? ¡Nada resiste á su lanza!

—¿De modo que á él le adjudicais el prez? le preguntó doña Leonor al maestre ligeramente resentida, porque habia enaltecido con su ruda franqueza la destreza y pujanza de Rodrigo.

—Eso es, señora, lo que venimos á consultar con la reina que lo es del torneo; porque segun lo establecido en los capítulos de este, hay dos vencedores y un solo prez impartible.

Atentísimamente escuchó la jóven y hermosa Catalina de Lancaster á don Gonzalo, y viendo que de ella se esperaba el fallo, dijo despues de reflexionar un breve instante:

—El alférez mayor ha vencido á los tres mantenedores, su triunfo es grande, y tiene muy buen derecho al prez. ¿No es verdad, don Alfonso?

—Innegable, señora, contestó el adelantado mayor, inclinado visiblemente hácia Ayala.

—Y segun las condiciones que en sus capítulos puso el duque, tiene tambien derecho nuestro don Fadrique como dueño que ha quedado del campo. ¿No es así, maestre?

—Sí, señora, así es.

—Pues es mi parecer que reciba el alférez mayor la banda que ha ganado y á toda luz le pertenece.

—Pero y ¿don Fadrique, señora? le preguntó con viveza don Gonzalo.

—Don Fadrique quedará harto pagado, exclamó la reina de Navarra tomando la iniciativa en la cuestion, con una flor de vuestro ramillete.

—Yo os lo aconsejaria tambien, señora, sino temiera ofenderos, añadió el maestre con su franqueza habitual.

—Léjos de ofenderme, maestre, aprecio en todo vuestro parecer que sigo, ora por insinuacion de nuestra tia doña Leonor, ora porque vos lo aprobais.

Y desprendiendo de su vestido un broche formado de un magnífico zafiro lo puso en la bandeja de oro que le presentaron los pajes de rodillas.

Dos farautes fuéron á llamar al duque y al alférez mayor; presentóse el primero, pero no el segundo con no poca sorpresa de los espectadores que no podian adivinar el motivo de tan singular modestia. La reina lo esperó hasta que los jueces la dijeron habia vuelto á Búrgos; entónces tomó el broche con su blanca mano y mirando al duque que de hinojos ante ella se habia hincado, le dijo:

—Hanme dicho los jueces del torneo, y yo lo he visto, que habeis lidiado con sin igual denuedo y que sois vencedor en este como nuestro alférez mayor en la justa, por lo que hemos venido en dar la banda, que ahí está, al valiente Rodrigo Lopez de Ayala, y este zafiro, que aquí veis, á vos que tan bien le habeis ganado.

Y clavó el broche un poco trémula en la fuerte dalmática del duque.

—Señora, respondió don Fadrique que sentia con delicia rozar los suaves dedos de la reina en la seda de su dalmática, nada he hecho que merezca tan alta prez ni tan lisonjeras palabras; pero eso mismo servirá para que en más le tenga y no olvide nunca que en su lenguaje esta rica piedra significa recompensa, y la he recibido de vuestra mano.

—Don Gonzalo, y vos, don Alfonso, prosiguió diciendo la reina despues de haber escuchado al duque de Benavente con apacible semblante, cuidareis de entregar esta banda al alférez mayor del rey Rodrigo Lopez de Ayala, ya que su modestia nos priva de que la pongamos sobre sus hombros; y podeis decirle que hoy ha desplegado con la bizarría y la destreza de un castellano la pujanza tan celebrada de los Douglas de Escocia, siendo nuestra admiracion y la de la córte entera que justamente le ha aplaudido.

—Siento que el valiente alférez mayor no esté aquí para escucharos, respondió don Alfonso Manrique prontamente y con mesura; pero tengo orgullo en deciros que lo que le habeis visto ejecutar en el palenque es el preludio de lo que suele hacer en las batallas. Por lo demas, serán fielmente ejecutadas vuestras órdenes trasmitiéndole vuestras lisonjeras palabras.

Concluidos tan comedidos y discretos razonamientos dióse la órden de marchar, abandonando la liza el rey, que estuvo complacidísimo, las reinas y la córte; se dirigieron por el camino de Búrgos, seguidas de los paladines de más pro que habian tomado parte en la justa y el torneo, esperando tenerla asimismo en el festin de la reina de Navarra.

CAPÍTULO XXV.

CÓMO LA ESTRELLA DE RODRIGO LOPEZ DE AYALA SIGUIÓ OSCURECIÉNDOSE Á PESAR DE SUS ESFUERZOS.

Todos los prestigios de una fiesta real de la edad media circundaban poco despues del torneo el palacio de doña Leonor de Castilla.

La esclarecida nobleza del reino que en Búrgos se encontraba á la sazon, los valerosos paladines que más bizarramente habian justado, las bellísimas damas por ellos celebradas, la córte, en fin, con la reina de Castilla, que lo habia sido del torneo, se encontraban en la encantada mansion de la reina de Navarra. Tan brillante reunion justificaba aquel famoso lema de *guerra á los héroes y amor á las damas* que inmortalizó la edad en que fue proclamado.

¡ Amor ! hermosa y delicada flor que exhala su embriagante aroma sobre la juventud que la aspira con delicia y avidez. ¡ Amor ! vida del corazon que contigo se dilata, se ennoblece, se purifica y sublima. ¿ Por qué como para la beatitud ha de haber para tí predestinados que arrulle tu aliento vivificante ?

Y lo son, y muy dichosos, aquellos para quien sólo tiene luz, calma y goces; aquellos que pueden besar uno á uno los pétalos de la flor, aquellos para quien no tuvo espinas, que la conservaron fresca y perfumada sobre el corazon que hizo feliz.

Pero los que no son elegidos para saborear tamaña ventura; los que la ven siempre ante sus ojos sin alcanzarla su mano nunca; los que ven con la frenética angustia de los celos que otra mano la corta y la marchita..., para esos el amor es un tormento y la vida un preludio del infierno.

Y perdónennos nuestros lectores la digresion á que nos ha conducido el principio que proclamaban nuestros antepasados; porque aunque no lo parezca, atañe grandemente á esta verdadera historia harto impregnada de esa emanacion de la vida, de esa centella de fuego divino que los paganos deificaron con el nombre de Amor.

Mas volviendo al festin de la reina de Navarra darémos una idea de él diciendo que ardian millares de luces en los vastos salones del palacio, haciendo resaltar los vivos colores de las alfombras que tapizaban el pavimento, y reflejando en los florones del artesonado se amortiguaban en los profundos y elegantes pliegues de las colgaduras de raso carmesí que espléndidamente los adornaban. Esto en cuanto al local.

Por lo que hace á la concurrencia, la formaban numerosos grupos de caballeros con tostada faz y negra melena, de altivo continente y penetrante y fiero mirar, vestidos de terciopelo y brocado con espada ceñida y zapatos un tanto puntiagudos; y las encumbradas damas de la córte, tan bellas, tan elegantes y seductoras como lo son las morenas hijas de la privilegiada España, ostentando galas y diamantes que deslumbraban ménos que sus fascinadoras miradas.

La noche por sí era digna del dia. El cielo estaba de un azul oscuro sembrado de apiñadas y rutilantes estrellas, que no se cuidaban de mirar por cierto ni los afortunados participantes del festin ni los excluidos de él, que en grupos murmuradores circulaban en rededor para recoger algunos ecos vagos y perdidos, ó contemplar suspirando á las damas y caballeros que solian acercarse á las abiertas ventanas, presentándose como una aparicion en el foco de luz que despedian.

Sin embargo, una mujer, ó más impresionable á su encanto, ó cansada de homenajes y placer, se dirigió á la más distante, y afirmando en el alfeizar su desnudo brazo clavó sus ojos con una atencion profunda en el riquísimo manto que Dios extendió sobre los hombres.

Era esta Elvira Manrique de Lara, cuyas emociones desde la víspera eran tan violentas y variadas, que fatigada de reprimirlas, de ocultarlas, sentia la imperiosa necesidad de un instante de calma y de soledad, de un poco de aire que refrescara su abrasada frente.

Llevamos dicho, y no una vez sola, que la prometida de Ayala era sobremanera hermosa; pero en el instante en que pensativa y nebulosa elevaba al cielo una mirada fija y profunda, rayaba en ese punto que no se puede describir, sin saber si aquel indefinible encanto provenia de sus ojos que rodeaban un ligero círculo azulado, de sus labios rojos y entreabiertos, ó de las sombras que cubrian su frente alabastrina velando con la tristeza el orgullo.

Y luego la embellecian poetizándola su blanco y vaporoso traje, el rico collar de perlas que adornaba su descubierta garganta y los negros y undosos rizos que acariciaban sus mórbidas y redondas mejillas, el cuello y los hombros, cuya tersitud y blancura hacian resaltar.

El alférez mayor que la seguia por do quier, como sigue el satélite á su astro, la vió irse á la apartada ventana, la vió abstraerse y concentrarse en sí misma, dirigir al cielo su mirada y acaso su pensamiento, y apartado y respetuoso la estuvo contemplando un no corto espacio con extática admiracion.

Pero Elvira continuaba siempre abismada en su pensamiento, inmóvil, interrogando con su mirada tenaz á Dios ó á sus constelaciones celestes; y Rodrigo, no pudiendo resistir al deseo de oir su dulce y vibrante voz, y ansioso de que aquellos ojos tan brillantes y fascinadores se fijaran en los suyos, se acercó, y pasando á su lado, la dijo:

—¿Qué enviais al cielo con vuestra fija mirada, hermosa Elvira? ¿Es acaso un recuerdo, ó más bien una esperanza?

—Ni lo uno ni lo otro, Ayala, respondió su prometida sin variar de postura ni mirarle; busco tan sólo mi estrella.

—¿La conoceis por ventura?

—¡No, y daria por ello... mi vida!

—¿Quereis que os la muestre? le preguntó Rodrigo complaciente y galante.

—¡Oh! Sería singular favor; pero no os tengo por astrólogo muy sabio, noble Ayala.

—Es que no se necesita serlo para conocer la vuestra, replicó el alférez mayor con galantería. ¿La quereis ver?... Pues miradla, y la mostró con el dedo el más brillante de cuantos astros fulguraban en el azul manto de los cielos enviando á la tierra sus trémulos y suaves destellos; esa es la vuestra, Elvira, esa tan resplandeciente y bella. Cuando estoy en el campo ansío la noche por verla; sólo de ella me cuido, sólo á ella miro, porque sus luminosos reflejos semejan los de vuestros ojos sin par como ella.

Sacudió Elvira sus elásticos y sedosos rizos con un movimiento de indefinible significacion, y mirando á Rodrigo le dijo con brusca entonacion:

—Empiezo á creer, Ayala, que me quereis extremadamente.

—¿Empezais ahora, Elvira?... Yo creia que lo teniais ya olvidado, contestó Rodrigo sonriéndose.

—¡No! Nunca habia pensado en ello hasta hoy que me he puesto á reflexionarlo.

—¿Y por qué hoy más que ayer se ocupa vuestro pensamiento en medir mi amor?

—No os puedo explicar la razon.

—Será porque anoche oisteis á mi propio corazon perceptiblemente que lanzándose hácia el vuestro os dijo, rompiendo la reserva que lo comprime: ¡yo os amo!

—¡Oh! No, no es eso, Rodrigo.

Y Elvira apoyó maquinalmente su cabeza en el marco de piedra que guarnecia la ventana, tornando á clavar sus ojos con una expresion inquieta y aflictiva en el estrellado firmamento.

Era Rodrigo Lopez de Ayala una de esas organizaciones rectas y nobles, inaccesibles á la sospecha lo mismo que á la traicion, que concentran sus sentimientos vehementes siempre por una delicadísima susceptibilidad, que rara vez rompen su natural reserva, pero que cuando lo hacen salen de sus labios las palabras hirvientes como la lava contenida de los volcanes.

Rodrigo conoció desde el momento en que el duque de Benavente principió su obra de venganza y seduccion que pretendia robarle su felicidad; pero dueño de sí no dejó entrever sus celos sino despues que se desbordaron en el jardin del alcázar. Hasta el instante en que Elvira no le reveló con la profunda tristeza de su réplica que su corazon lo rechazaba, no creyó que pudiera don Fadrique arrebatárselo.

Aquella idea despertó su egoismo, su energía; le sublevó ante la posibilidad perder la ventura que habia soñado; y resuelto á luchar y á defenderla, le dijo tras un corto intervalo de silencio, empleado en calmar su violenta y amarga impresion:

—No sé lo que debo pensar de cuanto habeis dicho, Elvira; os obstinais en ser impenetrable para mí, y sin embargo me dejais entrever repulsiones y afecciones que me han de herir y atormentar. Yo tambien en el largo dia de hoy llevo hechas muchas, muchísimas reflexiones; yo tambien he pensado que se aventura en una lucha encubierta, debida á un misterioso y perverso influjo, el éxito de mi amor en sus más risueñas esperanzas, y que es necesario que combata ese influjo, y que termine con perseverancia y energía esa lucha de mala ley.

Elvira se sonrió con la expresion de la duda, pero una duda inquieta y triste; y Ayala continuó diciendo con fe y pasion:

—Cuando salí de la liza esta mañana, rota mi última lanza, me puse á sondear con mano firme mi corazon, y el vuestro ¡Elvira! que si no se me revela, yo lo adivino con mi afan de interesarlo. He podido conocer la ciega idolatría que me inspirais, y he medido despues en su ancha extension la ventura que me podeis dar con sólo una caricia, con una palabra de afecto y benevolencia. Y luego, recordando lo pasado, os he considerado tan pura, tan noble, tan leal, que me he vuelto al porvenir con suprema confianza.

Escuchadme, Elvira. Cuando un amor es profundo, vehemente, intenso, noblemente sentido, ese amor es irresistible, y más pronto ó más tarde se hace participar del que lo inspira. Pues bien, ese amor es el mio; ese amor que en breve os rodeará completamente os atraerá hácia el que lo siente y que os consagra su vida desde ahora.

Delante de esta esperanza... no retrocedo por nada, no; por nada, Elvira, no lo dudeis... porque si llegara á convencerme que tenia un rival... lo mataria y lucharia con su recuerdo sin ceder hasta que lo arrancara de vuestro corazon.

Elvira se estremeció con un sacudimiento nervioso, lo miró con ansiedad y le preguntó con un ligero viso de reproche:

—¿Aunque lo destrozarais, Ayala...?

—¡No, así no! Jamas podria hacerlo mi mano á pesar de su firmeza, respondió Rodrigo mirándola con delirante ternura.

—Y ¿qué hariais, Ayala, si adquirierais esa certidumbre?

—Nada, Elvira, contestó el alférez mayor visiblemente afectado con la exigente pregunta de su prometida.

—Pero decidme, insistió esta con nerviosa impaciencia: ¿es verdad que me aborreceriais?

—No, Elvira, miéntras aliente mi corazon latirá por vos.

—Pero ¿qué hariais? Porque así no se puede vivir, exclamó Elvira con acento febril.

—Ya os lo he dicho ¡nada!

—Figuráos que no os amara, al contrario, que me inspirarais una aversion insuperable: ¿me amariais?

—Ya veis que sí, y eso que no me dejais ninguna ilusion sobre los sentimientos que os dominan.

—Pues bien, demos un paso más; suponed que amara á otro.... como vos me amais á mí.....

—¡ Elvira ! exclamó Rodrigo poniéndose pálido y chispeando sus ojos. ¡Por favor ! no repitais eso nunca.

—Pero y ¿ si sucediera ?

—¡ Aun !

—Sí, respondedme, dijo Elvira que parecia resuelta á llevar sus suposiciones hasta el fin por más que Ayala se resistiera á fijar término á su amor.

—Si adquiriera ese amargo convencimiento... os devolveria vuestra libertad.

—Y ¿ ya no me amariais, Rodrigo ?

—Siempre os amaré, Elvira, siempre, ya os lo he dicho, respondió Ayala impresionado y sombrío; sólo una cosa os podria arrancar de aquí.

Y se llevó la mano al corazon.

—¿ Cuál ? preguntó Elvira obcecada en sus indagaciones y diríase que vertiginosa.

—Que el ángel se elevara á la mansion de donde vino, y dejara una mancha en la frente de la mujer, contestó Rodrigo enardeciéndose la suya fuertemente á sólo aquel pensamiento.

—¡ Oh ! exclamó Elvira pasándose la mano por la frente con un movimiento indeliberado y brusco; no os daré el derecho de que la desprecieis. ¡Basta de prueba !

—Muy ruda es á la que me habeis sujetado, replicó Ayala con despecho; no extrañeis que su impresion sea tan violenta que me saque de mí mismo.

—Mia es la culpa, pero no la cometeré más, repuso Elvira con altivez. Descuidad.

—Poco generosa sois conmigo, dijo Ayala con amargura; nada me perdonais despues de haber herido todas las fibras de mi sér. Dejadme creer, dejadme esperar, dejadme el porvenir ya que el presente así se ha sobrecargado de nubes.

—Nada os vedo, Ayala, creed, esperad y amadme; perdonad que os atormente; es..... yo no sé cómo os lo explicaria que pudierais comprenderme, porque la palabra sufrimiento es muy vaga para explicarlo.

Y dos lágrimas gruesas y brillantes se suspendieron en las negras pestañas de Elvira, revelando, no la emocion, sino la pena.

Dió Rodrigo un paso más, puso á su vez el codo sobre la repisa de la ventana y la mejilla en la mano, fijó sus ojos con inmenso amor en los ojos que deslumbraban con el brillo de sus lágrimas; y con ese acento de dulce y condescen-

diente expresion que sólo tiene el cariño cuando es infinito y profundo, le dijo:

—Elvira: ¿me teneis por caballero?

—Cumplido y sin tacha.

—¿Creeis qué os amo?

—No puedo dudarlo.

—¿Que nada, ni aun la mia, y soy egoista, me interesa tanto como vuestra felicidad?

—Tambien, Ayala.

—Pues bien, decidme qué es lo que atrae esas lágrimas que cubren vuestros ojos y caen en mi corazon; séd franca conmigo que seré para vos tan benévolo, tan delicado como un hermano.

—Rodrigo, contestó Elvira medio volviéndose para enjugar las que corrian por sus mejillas sin que nadie lo advirtiese: ¿me concederéis un favor si os lo demando?

—Sí, y haré todo lo que querais, como pueda disipar vuestro enojo ó vuestra pena.

—Pues siendo así, prometedme olvidar que las he vertido y no pensar en lo que ha podido arrancármelas en tan inoportuno momento.

—Eso es imposible, Elvira, y no puedo prometerlo, pero sí que no os las recordaré nunca. ¿Os basta?

—Sí; porque sé que vos cumplis lo que ofreceis y no os permitiréis ni una alusion jamas.

—Así es como lo decis; nunca os la haré en ninguna circunstancia. Pero para lo sucesivo permitidme que yo tambien os pida una gracia.

—¡Hablad!

—Que me concedais vuestra confianza, Elvira. ¡Eso no es amor!

—No, pero es un alto aprecio y me complazco en asegúraroslo.

—Y que mañana os vea sonreir cuando entre en la cámara de doña Catalina.

—¿Mañana y no esta noche? replicó Elvira sonriéndose dominada por la abnegacion de Ayala.

—Esta noche y siempre, contestó el alférez mayor feliz con aquella sonrisa.

—Y ahora, señor alférez mayor: ¿me quereis dejar sola con mi estrella y mi pensamiento?

—Os obedezco con pesar, pero os obedezco, respondió Rodrigo suspirando.

—No os pese tanto, porque ved, la reina se va, y yo lo hago en su seguimiento.

Y saludándolo fué á reunirse con doña Catalina, que con efecto cruzaba el iluminado salon acompañada de la reina de Navarra y seguida de sus damas para retirarse del festin.

Ya estaba en las últimas gradas de la escalinata del palacio, cuando el duque de Benavente, que le habia cedido al conde de Trastamara el honor de conducir

á la reina á su litera, poniéndose junto á Elvira la dió la mano para ayudarla á descender, diciendo en voz sólo para ella perceptible:

—Ni una palabra, Elvira. ¿Por qué empañais mi ventura?

No la articuló la prometida de Ayala, pero alzó hasta él sus negros ojos que revelaron en sólo una mirada todo el amor que es capaz de sentir un corazon.

—Decidme como anoche: ¡os amo! decídmelo, Elvira mia, murmuró el duque estrechando su mano orgulloso y desatinado.

—Más, mucho más que mi vida, contestó la peregrina Elvira en voz sumamente baja, trémula y conmovida.

El duque oprimió nuevamente la mano que temblaba en la suya, y sin añadir uno ni otro una palabra más, aquel condujo á esta á su litera, la ayudó á subir, y con un lacónico, pero expresivo á Dios, se despidió llevando su inmensa ventura que saborear; miéntras que Elvira en el fondo de su litera, cerrando los ojos se apretaba el corazon con ambas manos, porque sus latidos la estremecian.

CAPITULO XXVI.

QUE LA VIDA, COMO EL CIELO, TIENE NUBES Y TEMPESTADES.

No todo en el mundo es fiesta, así como tampoco placer lo que en la vida se goza.

Las tan animadas y brillantes de Búrgos habian cesado; ya en razon del tiempo que era en extremo caloroso, ya porque la salud de suyo frágil y delicada del rey se hallaba quebrantada y débil con el rigor de la estacion; ya, en fin, porque de nuevo comenzaban á hervir sordamente las pasiones contenidas en la apariencia, pero siempre violentas y dominantes.

Dos meses habian trascurrido desde el famoso torneo del duque de Benavente; durante ellos, el alcázar cerrado, excepto á los regentes y á las reinas doña Leonor y doña Beatriz, no habia oido resonar en sus espléndidas cámaras una risa, pues ni Enrique III dejaba el lecho, ni la jóven y hermosa Catalina de Lancaster su cabecera.

Por su parte don Fadrique, apurando á grandes sorbos la ancha copa de la felicidad, se entregaba sin reserva á las deslumbrantes ilusiones de una insensata esperanza, basada en la muerte del doliente don Enrique.

Los arzobispos de Toledo y Santiago no habian perdido el tiempo en la inac-

cion. Segun lo que en Perales convinieran habian convocado á córtes generales que debian reunirse en breve para sancionar y jurar lo allí pactado, mandando á Rodrigo Lopez de Ayala sobre Antequera para refrenar la audacia de los moros, quien habiéndolos arrollado en un encuentro y deshecho en otro, escaramuzando con los de Baeza y haciéndolos retirar con pérdida de sus más arrojados caudillos, regresó á Búrgos con un laurel más y el mismo amor en el corazon.

En esos dos meses Elvira habia perdido la paz de su corazon y la serenidad de su frente.

Veia acercarse el dia en que habia de entregar su mano al alférez mayor, fijado irrevocablemente por su padre, y veia al duque de Benavente postrarse á los piés de Catalina de Lancaster, y á esta poner en él su confianza, con una inquietud creciente y angustiosa.

Y sin embargo, sus angustias, sus celos, sus temores no asomaban ni á sus ojos ni á sus labios, todo lo ocultaba, todo lo devoraba en silencio, y el orgullo le ponia á su rostro una máscara, y á su lengua una mordaza.

Era de tarde, Elvira no habia ido al alcázar, sino que se hallaba en un aposento de su palacio, ricamente amueblado, sentada en un alto sillon de terciopelo carmesí, los codos apoyados en una mesa, y la frente en entrambas manos que á la vez la sostenian y apretaban.

A pocos pasos de distancia, sentadas delante de unas pintadas vidrieras abiertas de par en par, dejando paso á un ancho balcon con balaustrada de piedra, estaban cuatro dueñas; tres de ellas tiesas como si fueran de palo, flacas como eremitas y viejas á cuál más, tenian una labor sobre las rodillas, las manos en actitud de coser y los hundidos ojos fijos en la cuarta, la cual, montando unos anteojos en su larga y afilada nariz, leia pausadamente con voz alta y cascada.

Cuatro doncellas bonitas y graciosas, frescas y airosas en extremo, con sus corpiños escotados y sus blancas gorgueras, bordaban con ligereza sin alzar los ojos de su trabajo; y detras de ellas un paje de talle tan delgado y elegante como una dama, vestido con una ropilla de seda azul celeste, miraba á la dueña con expresion burlona y picaresca, escuchando mal su grado la lectura que á todas tan sabrosa parecia, á juzgar por la atencion con que era oida.

Deteniéndose la lectora un instante para volver la hoja, lo cual hizo muy torpemente, las dueñas oyentes parpaguearon, y el paje inquieto como un pájaro dejó su sitio por otro, miéntras la altísima dueña, continuando su lectura, prosiguió diciendo con tono lento, sostenido y de una igualdad pasmosa:

«Y entónces Carlo Magno dijo á grandes voces: Aquí caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas, y...»

—Doña Mencía, dijo el paje interrumpiéndola; ahí debisteis dar una gran voz, porque el señor Carlo Magno no lo diria así tan quedo y de seguido como

nos lo estais leyendo, que no parece sino que nos encomendais el alma como si fuéramos difuntos.

—Por lo ménos, paje lenguaraz, os encomiendo el silencio; que yo bien me sé cómo lo dijo y cómo lo he de leer; y vamos callando, que la aventura es fuerte.

Y tornando á la interrumpida tarea, siguió leyendo en el mismo tono, diciendo de esta manera:

«Y dicho esto, se adelantó á los suyos, y empezó de hacer tales cosas que á todos hacia estar espantados; así sus caballeros, como sus enemigos; y puesto á su lado Fierabras, Recarte de Normandía y el duque Regner, y dieron tanta priesa á los paganos, que les fue forzado meterse en la villa, y pensaron alzar una puente levadiza, mas Fierabras la tuvo que no la pudieron alzar, y dijo á los otros que entrasen en la villa con buena ordenanza, sin dejar de herir varonilmente á sus enemigos. Y en la entrada hubo gran mortandad de cristianos, la de las ventanas y las torres los mataban á pedradas; y viéndose Carlo Magno en tan gran afrenta, dió una voz diciendo, socorrer, caballeros...»

Y doña Mencía la dió tan grande, que dueñas y doncellas la miraron entre sorprendidas y espantadas, excepto el paje, que tornando de nuevo á interrumpirla, la preguntó con serena faz:

—Decidme, doña Mencía: ¿descendeis en línea recta de Fierabras, ó de rama colateral?

—Yo desciendo de los Perez de Leon, contestó la dueña quitándose los anteojos despues de poner el libro sobre las rodillas. ¿Por qué lo preguntais, Fernando?

—No es sin misterio, doña Mencía, replicó el paje burlon; os lo pregunto porque en todo teneis trazas de ser su hija ó cuando ménos su prima hermana, y quise saber si lo erais por línea recta ó trasversal, porque de su casta sois.

—Y vos de la de Lucifer, atrevido rapaz, exclamó la dueña encendida en cólera.

—Prosapia regia, replicó el paje sin turbarse. ¿Sois de la servidumbre suya, anciana dueña?

—Soy quien os ha de sacar la lengua por descomedido, cortándoos las alas que no os corresponde tener.

Iba á replicar el paje y la dueña á ponerse los anteojos, cuando la que á su lado estaba, tocándola en el codo con el suyo, los hizo caer de su mano en el punto de colocarlos en su larga nariz, dejando á la vez con la palabra en los labios á Fernando, porque tomándola ella sin cortesía, la preguntó á la iracunda lectora con acento meloso y compungido:

—Doña Mencía de mi alma: ¿duerme mi señora doña Elvira?

—¡No lo sé! respondió la interpelada con aspereza.

—Pues podriais callar por si acaso, repuso la interpelante con tono blando y amistoso, pero en realidad temerosa de que un nuevo apuro de Carlo Magno arrancase otro grito á la lectora asustándola otra vez.

—Quien ha de callar sois vos, doña Gomez de mis pecados, replicó aquella agriamente ya que os ha hecho nuestro señor parladora como una urraca.

—Me estais sofocando, doña Mencía, y bien sabeis que nunca me dejais hablar, porque todo os lo quereis charlar vos, que parece que lo teneis por abasto, y con abrir la boca os defraudamos.

—¡Y si nunca decis nada á tiempo, como decia vuestro difunto marido!

—Viviérame él, y yo hablaria de sobra sin que nadie me pusiera coto.

—Por no oiros se murió; con que no os pongais á llorarlo por eso, respondió impaciente doña Mencía.

Y acabando de promediar los anteojos en su nariz se disponia á proseguir el cuento de Carlo Magno, anudando el hilo tantas veces roto de sus aventuras, lo que hiciera seguramente si otra dueña, que no quitaba los ojos de su señora desde la interrupcion de doña Gomez, tirándole de la manga, no le dijera:

—Miradla qué pensativa y qué triste está; ahora que se levanta para venir al balcon la podemos ver la cara.

Efectivamente, Elvira, triste y pensativa como su dueña habia dicho cruzó en silencio por entre ellas y fué á recostarse en la balaustrada del balcon, tornando á poner su sonrosada mejilla en la palma de la mano.

Durante un corto espacio tuvo elevada su vista, fija en la bóveda celeste con ferviente y afligida expresion como si formulara una súplica al que sustituye con su voluntad poderosa la brisa al huracan y la luz á las tinieblas; y luego, sin que en aquellos ojos, que demandaban auxilio con una ansiedad angustiosa, brillara la luz de la esperanza, descendieron de la region de los ángeles para vagar por la mansion de los hombres.

El balcon caia á un florido y extenso jardin; por un momento y siempre distraida paseó su mirada por los caprichosos cuadros cuajados de olorosas flores, siguió el incierto vuelo de los pájaros que se escondian entre las frondosas copas de los árboles, fijándose por último en el horizonte donde se amontonaban densos y oscuros nubarrones.

La mirada oblícua y disimulada de doña Mencía la siguió, pero en vano; porque su señora vuelta de espaldas á ella, permaneció inmóvil y abstraida.

—¿Qué la traerá tan preocupada y melancólica? dijo con la expresion de la más ardiente curiosidad la dueña mirona á doña Mencía.

—Nada sé, respondió hipócritamente la cómplice de don Fadrique; pero presumo que será su próxima boda, que sin duda es lo que más impone á una doncella.

—Pues debia estar á mi entender muy contenta, porque el señor Rodrigo Lopez de Ayala es un cumplido caballero, con unos ojos que hablan y un talle que da gloria el mirarle, y á más á más que la quiere extremadamente.

—Qué quereis, doña Suera, pero el mudar de estado no es el mudar las tocas.

—Así será, pero para mi santiguada no es motivo ese para acuitarse á tal punto.

Vino el paje de puntillas adonde las dueñas estaban, y acercando su cara fresca y sonrosada á la fea y arrugada de la curiosa dueña, le dijo terciando agresivamente en la conversacion:

—¡Ay doña Suera de mi alma! Yo creo, así os asista el arcángel san Miguel en todas las tentaciones y flaquezas de vuestra vida, que vos sois la causa de su tristeza.

—¡Yo! Pues mísera de mí: ¿qué es lo que he hecho? ¿En qué la he ofendido? preguntó estupefacta la dueña.

—Vos en nada, doña Suera; pero teniéndoos delante piensa en lo perecedero del mundo.

—Vaya enhoramala el paje bellaco, dijo la dueña tan mortificada como ofendida.

—Perdonad, repuso Fernando haciendo un gesto provocativo y burlon; perdonad, pero lo he dicho porque cuando uno os mira no puede ménos de exclamar: y ¡esto ha sido una mujer!

La más cumplida bofetada que dió jamas la mano descarnada de una dueña resonó en la llena mejilla del paje, quien de un salto se refugió junto á su señora, sacándola de su enajenamiento.

—¿Qué haceis, Fernando? exclamó Elvira mirando alternativamente á las dueñas y á su paje predilecto, en cuyo rostro estaban estampados los secos dedos de la vieja.

Pero ántes que aquel respondiera, todas las otras, de pié y alborotadas, lo acusaban con increible enfurecimiento, pidiendo castigos para el delincuente.

—No quiero oir denuestos, dueñas, dijo Elvira frunciendo el ceño; si él ha hecho una travesura bien os habeis propasado en el castigo. Con que basta, callad y sosegáos; dejad vosotras esa tarea, y vos, Fernando, dadme el cendal que dejé sobre la mesa y seguidme, que voy á pasear al jardin.

Todas las personas á quien se dirigian sus órdenes las cumplieron sin replicar. El paje la precedia para abrir la puerta á su tránsito, y cuando pasó la última se colocó á su espalda respetuosamente.

Cada vez más preocupada Elvira recorria las arenadas calles del jardin sin pararse á coger una flor, ni decir una palabra al mudo y solícito Fernando.

A veces su frente se plegaba con una tristeza profunda; á veces una alegría inmensa, inefable y dulcísima se desprendia como un relámpago de sus ojos, y á poco el orgullo y la impaciencia se revelaban en el fuerte arqueamiento de sus cejas.

Todo esto indicaba una lucha interior que agotaba su fuerza, porque ya no la podia ocultar á pesar de sus esfuerzos, y dominarla mucho ménos.

Llegó por último á la verja de hierro por donde se salia á una angosta y desierta callejuela formada en parte por la cerca del jardin.

Aquella verja estaba impregnada con los suspiros del duque; puso Elvira

contra ella su frente nacarada, absorbiéndose muda y palpitante en sus recuerdos.

Así pasó un largo espacio; durante él, Elvira tomó una resolucion.

Afirmándose en ella levantó la cabeza, miró á Fernando y le dijo con febril precipitacion:

—Tengo un proyecto, Fernando. ¿Me quieres ayudar á realizarlo?

—¿Si quiero?... Pues si brincaré de alegría sólo con pensar que os puedo complacer.

—Por eso lo fio de tí, porque sé que me quieres algo y no me pondrás obstáculos.

—Permitid que os diga que en lo de algo os engañais; si hubierais dicho mucho, la calificacion sería más propia; por lo demas, para el paje Fernando de Bobadilla no hay dificultades que no venza, tratándose de servir á su señora.

—Pues pruébamelo, Fernando.

—¡Hablad!

—¿Sabes dónde vive Ben Samuel el astrólogo... ese que la córte celebra tanto?

—Sí, señora, como que he ido hasta la puerta con Gonzalo Arias, el escudero de don Alfonso.

—Entónces sabrás guiarme, porque quiero consultarlo.

—Cuando querais.

—¡Oh! pero lo has de tener tan en secreto que no se sepa jamas.

—Primero me dejaré matar que descubrirlo.

—¡Júramelo, Fernando!

—¡Lo juro por el santo nombre de Dios y por el alma de mi padre que esté en el cielo!

Aun tuvo Elvira un instante de indecision, pero venciéndola, le dijo:

—Pues bien, esta noche irémos; así que todos se acuesten vienes aquí á esperarme. Vé encubierto.

—¡Oh! de tal modo me he de poner que no me conozca nadie.

—Ninguna precaucion es sobrada, porque te repito que no quiero que nadie lo sepa. Yo vendré á buscarte cuando sea tiempo, y saldrémos por aquí.

—Vos dispondréis, y yo obedeceré en todo.

—Eso quiero, y ahora volvámonos, y sé discreto si aprecias mi favor.

Dicho esto tomó la resuelta Elvira la calle más corta que conducia á su espléndida morada, donde empezaban á brillar las luces en salas y galerías, resbalando su resplandor sobre los emparrados que sombreaban las ventanas con los flexibles vástagos cuajados de jazmines y madreselva.

Elvira, en una de esas horas en que el corazon se deshace en las alternativas de la incertidumbre, quiso ponerle término conociendo la realidad, sin comprender ni pesar las graves consecuencias que podrian seguirse de su irreflexiva accion.

CAPÍTULO XXVII.

EN EL QUE SE DEMUESTRA CÓMO EL LIBRO EN QUE LEYÓ EL ASTRÓLOGO BEN SAMUEL NO SE APOLILLARÁ JAMAS.

Serian las diez de la noche cuando la imprudentísima Elvira y su paje se deslizaron como dos sombras por la verja de su jardin abierta traidoramente al duque de Benavente por la dueña, y ahora por la trémula mano de su desaconsejada señora.

Don Alfonso Manrique, despues de rezar sus oraciones y bendecir á su hija, acababa de acostarse tranquilo y confiado, creyéndola entregada al sueño de la inocencia y á los cuidados de sus dueñas.

Y miéntras el adelantado mayor se dormia murmurando quizá el nombre de Elvira, esta, recatada en un ancho manto, caminaba de prisa por las solitarias calles de Búrgos al lado de su fiel paje.

El cielo estaba tempestuoso; las nubes corrian empujadas por fuertes ráfagas de un viento seco y caliente que levantaba torbellinos de polvo, y la luna, velada á veces por densos nubarrones, iluminaba otras con sus pálidos rayos la confusa masa de edificios y el intrincado laberinto donde se alzaban, y que seguia con ligera planta y sin estorbo alguno la silenciosa pareja.

Así atravesaron gran parte de la ciudad, y en uno de los intervalos de luz que iban siendo más cortos, mostrando el paje con su dedo una torre cuadrada de ladrillo que en la parda bóveda se recortaba, rompiendo por primera vez el silencio, la dijo:

—Ahí vive el astrólogo, señora.

Alzó Elvira la cabeza que llevaba siempre baja y la vió dibujarse informe y negruzca en el fondo oscuro en que se levantaba aislada y sombría. Una luz viva y encarnada salia por una estrecha ventana, proyectando como una llamarada en el muro de un convento fronterizo de la torre. Las demas, lo mismo que la puerta, estaban cerradas.

El primer movimiento de Elvira fue detenerse; pero habia avanzado mucho y muy inconsideradamente para retroceder, le parecia que una mano más poderosa que su voluntad la empujaba, y cediendo á su impulso irresistible dijo á su paje con decision:

—Quédate aquí, Fernando, y espérame; si tardo acércate y llama, pero no

entres; desde fuera me guardas mejor que acompañándome. Cúbrete bien que nadie te vea si acaso por aquí pasa, y observa.

—Entrad sin temor, que yo quedo aquí vigilando y guardándoos, respondió el paje mostrando en su confianza un alto concepto de sí mismo. No separaré mi vista de la torre, y á la más leve señal que me hagais ó que note alguna novedad, estaré pronto para todo.

Y esto diciendo se embozó en la capa, se recostó en un hueco de la pared, quedándose tan inmóvil cual si fuera una estatua de piedra en ella incrustada.

Elvira se acercó á la puerta, cogió un enorme llamador que á la altura de su mano estaba pendiente sobre una plancha de hierro, y dió dos golpes que fuertemente resonaron, y trascurrido un corto espacio sin que nadie contestara los repitió más fuertes y retumbadores.

Desde donde quedaba Fernando vió asomarse por la ventana de donde salia la luz una cabeza cubierta con un blanco y voluminoso turbante, y Elvira oyó una voz de sonoro y varonil timbre que de lo alto descendia preguntando con acento de duda:

—¿Es á mi torre donde llaman?

—Sin duda alguna, si es la del astrólogo Ben Samuel, respondió Elvira palpitando.

—La misma es, replicó el astrólogo cambiando su acento de duda por otro de sorpresa. Pero ¿quién sois que á esta hora venís á ella?

—Una dama que gusta de hablaros, contestó la prometida de Ayala procurando tranquilizarse.

—Sea bien venida, repuso el astrólogo cortesmente; voy á abrir, esperad un instante miéntras bajo.

Y Ben Samuel se retiró de la ventana prontamente.

Poco esperó Elvira, la puerta se abrió y apareció ante sus ojos Ben Samuel con su larga túnica verde, su blanco turbante y una lamparilla de hierro en la mano, á cuya luz parecia aun más pálido y demacrado, más salientes los arcos de sus cejas y más penetrantes sus ojos de un brillo sombrío.

Si Elvira hubiera, por una repentina inspiracion, sabido ante quien se hallaba; que aquel astrólogo á quien iba á consultar, á quien le iba á pedir luz para fijarse en el cáos en que rodaba, era el depositario de todos los secretos del duque de Benavente, y al cual toda la córte habia corrido presurosa á enterarle de los suyos; que aquel astrólogo en su intenso odio y en su tenebrosa venganza la habia envuelto con Rodrigo, habria temblado huyendo precipitadamente; pero por desgracia ignoraba el funesto influjo que habia ejercido en su suerte la banda fatal de Ayala, y ni aun un presentimiento se insinuó en su corazon al encontrarse rostro á rostro con él.

No vaciló, pues; entró en el antro de su enemigo, lo siguió por la estrecha

escalera penetrando en el aposento principal de la torre donde Ben Samuel tenia su laboratorio.

Ocupó Elvira un ancho sillon de baqueta que el astrólogo la presentó, y este permaneció de pié delante de ella con los brazos cruzados y ademan respetuoso.

Bien es verdad que puestos en ella los ojos la contemplaba demasiado ávidamente.

Por instinto Elvira se recataba en su manto.

Ben Samuel permanecia callado y su hermosa visitadora ordenaba sus ideas agitadas y descompuestas.

—Sabio Ben Samuel, dijo Elvira rompiendo el silencio con su dulcísima voz no muy segura, vengo á buscaros á vos que leeis en el porvenir, para que levantando una punta del velo que cubre el mio le hagais visible á mis ojos, ansiosos de conocerlo.

—Si haré, respondió el judío inclinándose gravemente. Preguntad y sabréis.

—Quiero saber, repuso Elvira con emocion, lo que siente un corazon por mí, pero en su desnuda realidad. Quiero saber hasta qué punto es sagrada la palabra de un caballero espontáneamente empeñada.

—¡Dios de Jacob, lo que pide! exclamó Ben Samuel con énfasis. ¡Lo que siente un corazon y lo que vale una palabra!

Incorporóse Elvira con viveza y arrojando á los piés del astrólogo una bolsa de seda carmesí primorosamente bordada de oro y bien repleta de doblas que despidieron un argentino són al caer, replicó:

—Poco es eso para lo que podeis, sabio doctor.

—Poco es sin duda para lo que puedo deciros, respondió el astrólogo con acento profundo sin tocar la bolsa caida á sus piés; pero mucho para que vos lo escucheis. De ese corazon se alimenta vuestra vida, como la planta del jugo de la tierra donde brota; de esa palabra está pendiente vuestra felicidad y acaso vuestra honra; la duda es un compuesto de fe y esperanza que vacila, que desmaya, pero que sostiene en sus varias alternativas... y tras de la realidad no hay nada que esperar y mucho tal vez que temer.

Creedme, para leer en el destino se necesita mucho valor ó mucha desesperacion, y aun os queda para lo último dulcísimas ilusiones que perder.

—Teneis razon, dijo Elvira tristemente; hay realidades que conocidas no queda más consuelo que el de morir, pero hay circunstancias en la vida que es preferible conocerlas á vagar en la horrible incertidumbre de la duda. Yo no puedo temer más de lo que temo, y si puedo afirmar mi fe y tranquilizar mi espíritu con lo que me digais, mostradme pues el libro abierto, y estad seguro que leeré con avidez y valor.

—Pedis resueltamente vuestro horóscopo. ¿No es eso, señora?

—Lo pretendo, sí; por eso he venido. Pero lo que deseo sobretodo es conocer su corazon, y no digo su pensamiento, porque es tan móvil y veleidoso

que nada le puede sujetar, ni el poder de la ciencia ni el influjo de la pasion.

—Dadme una prenda de ese hombre y vuestra mano, dijo el astrólogo, que si realmente no sabía los misterios del porvenir, conocia los del corazon humano, y los conocia tanto que podia predecirle sus dolores y alegrías sondeando sus heridas y pasiones, que comprendia con una sola palabra, y más que con ella por el modo de modularla.

Tiró Elvira de una cinta que rodeaba su cuello y en cuyas puntas estaba sujeto un medallon de oro guarnecido de rubíes, lo abrió y sacó los pétalos de una azucena cuidadosamente conservados, pero secos y sin perfume.

—Es lo único que he recibido de su mano, dijo alargándolos cuidadosamente á Ben Samuel.

Los ojos del astrólogo destellaron un vívido y ardiente relámpago que deslumbró á Elvira aturdiéndola; aquella flor que sus dedos estrechaban le revelaba que la venganza del duque iba á recibir el complemento.

—La mano, si os servis, dijo tendiendo la suya para recibirla.

Elvira se la alargó con decision.

—Sin guante, si gustais.

La prometida de Ayala se lo quitó con prontitud.

El astrólogo la tomó, la observó un instante, y reteniéndola en la suya clavó sus ojos con irresistible fijeza en la medio velada faz de su consultadora, y dijo acentuando lentamente:

—Aquí está escrito: ¡Rodrigo Lopez de Ayala!

Un estremecimiento nervioso de la mano que en la suya tenia le probó á Ben Samuel lo que aun dudaba, y era que podia devolver en veneno la sangre que Ayala le habia hecho verter.

En aquel momento el rostro del judío estaba demudado, una expresion siniestra y feroz animaba sus facciones pronunciadas y angulosas; y Elvira, cuya mano abandonó, palpitaba creyéndole entregado á una misteriosa inspiracion.

Ben Samuel, con efecto, estaba preocupado, no en buscar los secretos del destino, sino sitio en que herir á la que queria conocerlo. Fué á la mesa y removió los libros, los abria y aparentaba leer; despues tomaba la esfera y compases y hacia como si trazara líneas y figuras en un pergamino, se iba á la ventana á contemplar el firmamento cruzado de ardientes relámpagos, y por último, yendo á Elvira que seguia todos sus movimientos, la dijo:

—¿Quereis conocer lo futuro? ¡Venid!

Abandonó Elvira el sillon y fué á colocarse al lado del judío delante de la estrecha ventana. Ben Samuel extendió su brazo flaco y musculoso señalando con su dedo al cielo, y dijo:

—Mirad ese gran libro.

—Le veo, respondió Elvira clavando en él sus ojos con ansiedad.

—¿Sabeis lo que forma la tempestad?

—No.

—Pues es los vapores de la tierra.

—¡ Bien !

—El corazon, como el cielo, tiene sus tempestades; las pasiones producen en aquel lo que los vapores acumulados en este. Tenedlo presente.

—¡ Continuad !

—Fijad ahora vuestra atencion en esa rica alfombra, sobre la que el Eterno sienta su pié. ¿ Qué veis en ella ?

—Nubes que quieren cubrirla.

—Poned la mano en vuestro corazon.

Elvira la puso y sintió como la rechazaba con sus violentos latidos.

Ben Samuel prosiguió diciendo :

—Esas nubes que corren en pos unas de otras henchidas de electricidad van á chocar en breve, y entónces retumbará el trueno y bramará la tempestad con furor. Hé aquí de presente la fase de vuestra vida. ¡ Seguidla !

No era ya atencion lo que prestaba Elvira, era una avidez ardiente que devoraba el cielo con sus miradas.

—Desde el Oriente, siguió diciendo Ben Samuel con acento profundo, avanza como un gigante, rodando sobre las otras, una nube más densa, más oscura que todas; es la última, y trae en su seno el rayo que se desgajará dentro de pocos instantes sobre la aguja más alta de Búrgos. ¡ Miradla y decidme lo que noteis!

—Que se extiende con rapidez como un manto que se despliega.

—Y ¿ ahora ?

—Cubre enteramente el disco de la luna.

—¿ Que veis en el firmamento poco há tan terso y azul ?

—Nada.

—Y ¿ en rededor de esta torre ?

—Tinieblas, vacío....

—Ya teneis vuestro horóscopo trazado, dijo Ben Samuel con implacable y frio acento; ese es vuestro porvenir de alma y de posicion.

—¡ Sea ! repuso Elvira agitada y sombría. De mí nada tengo ya que preguntaros, pero de *él* sí; *él* tambien tiene su página en ese libro terrible; mostrádmela, quiero leerla como la mia.

—¿ Aun quereis saber más ?

—Sí, ahora más que ántes; véanlo mis ojos todo claro, todo distinto, todo verdad; no haya duda sobre nada , y pues que todo lo penetrais , decidme: ¿ á quién ama ? ¿A ella ó á mí ?

—A ella, ántes, ahora y despues.

Dos gruesas gotas de sangre saltaron de los labios de Elvira, en los que clavó sus blancos dientes al oir la respuesta del astrólogo dada con profunda conviccion y una complacencia feroz.

—¡ Siempre á ella ! dijo Elvira con amargura.

Y se limpió con el cendal los labios bajando con abatimiento su orgullosa frente.

—Pero ¿ por qué mentir ese falaz amor que me ha perseguido en todas partes ? exclamó dudando aun de tan villana traicion. Lo pasado es más fácil de explicar que lo presente y lo futuro: hacedlo.

—Es tan fácil, que no sé cómo no lo adivinais. Queria vengarse, y lo ha hecho gozando como un bienaventurado la más suprema felicidad.

—¡ Vengarse ! repitió Elvira asombrada. ¿ De quién ? ¿Por qué?

Cruzó los brazos Ben Samuel, y mirándola con vengativa y sardónica expresion, la dijo :

—Es una historia, señora, que os la voy á contar en resúmen, como acaba de revelárseme. Un hombre agravió á otro; los nombres los conoceis; lo agravió robándole una prenda que apreciaba, y aquel que habia sido agraviado juró vengarse robándole otra más apreciada si la tenia; no fue una cosa, porque estas no podrian satisfacerle, fue un sentimiento, fue todo lo que vos sabeis, y se saldó la cuenta por completo. Si me preguntais qué le falta para terminar su obra, os diré que tan sólo rechazar el instrumento con su pié y arrojarlo á la frente del enemigo.

—¡No lo hará! exclamó Elvira con fiereza. ¡No lo hará, lo juro por mi nombre!

Tres golpes dados con fuerza en la puerta hicieron retumbar la torre y á Elvira quedarse sin accion.

La tempestad empezaba á mugir sordamente, y los relámpagos inundaban la torre de luz.

El astrólogo se asomó á la ventana y preguntó :

—¿ Quién llama ?

—¡ Castilla ! respondió una voz masculina, clara y armoniosa.

—¡ Esperáos ! respondió el astrólogo retirándose.

—¡ Abrid, voto al diablo, que yo no espero nunca, y á vuestra puerta ménos ! añadió otra voz más robusta y sonora con acento iracundo y amenazador.

Era aquella voz la del duque de Benavente.

Al oirla sintió Elvira una reaccion violenta ; toda la sangre que circulaba por sus venas refluyó al corazon, y del corazon se agolpó al cerebro, que le pareció iba á estallar y romperse.

Se abalanzó á Ben Samuel, lo cogió convulsivamente del brazo, y con acento resuelto y de febril energía le dijo :

—Decidle á ese hombre que se vaya.

—Ni yo puedo decírselo, ni él lo hará, contestó el astrólogo sin titubear siquiera.

—Escuchad, Ben Samuel, repuso Elvira sin soltarle ni perder su acento impe-

rioso y decidido; quiero salir de aquí sin que me vea... ¿Lo oís? ¡ Vamos á ver cómo me sacais !

—Venid, dijo el judío llevándola hácia la puerta.

—¡ Oh ! aun tengo que deciros, replicó impetuosa y altaneramente Elvira retrocediendo hasta el fondo y arrastrándolo tras sí; atended: ahora dudo de vuestra ciencia, y no estoy segura si realmente penetra en lo futuro, ó sólo conoce lo pasado, ó si todo lo que habeis dicho no son más que palabras, casualidad y mentira; tampoco lo estoy de si me conoceis, pero en todo caso sabed que no me habeis visto nunca, que no he pasado jamas los umbrales siniestros de esta torre: en una palabra, que sólo sabrá mi venida Dios, vos y yo. ¿Entendeis?

Y acercándose á la mesa y tomando la seca azucena, añadió en la expansion de su orgullo:

—En la inteligencia, sabio astrólogo, que si descubris mi secreto os destrozará mi venganza de la misma manera que mi pié esta flor.

Y dejándola caer la deshizo pisoteándola.

Votos, golpes y juramentos resonaron en la puerta con más fuerza.

—Y ¿ si no quisiera dejaros salir de este recinto ? dijo Ben Samuel con fria y desdeñosa calma. Y ¿ si me pluguiera guardaros en rehen para mí ? Y ¿si, por último os entregara al que espera mal su grado en esta puerta ? ¿ De qué servirian vuestras amenazas, débil y seductora beldad ? ¿De qué serviria vuestro poder, orgullosa descendiente de los Manriques y Laras?

—Serviria para predeciros vuestra muerte, replicó Elvira con energía. ¿ Creeis que he venido sola ? ¡ Pues os engañais torpemente ! Hay quien me espera, hay quien á un solo grito que dé, á un movimiento que note, á una tardanza no convenida, caerá sobre vos pidiéndoos cuenta del ultraje que reciba.

Un golpe tremendo que pareció sacar la torre de quicio y un duo de injurias sazonadas de imprecaciones se hicieron oir, cubriendo las últimas palabras de Elvira.

—Estoy hecho á prueba de dagas, replicó el astrólogo con amarga sonrisa pasándose la mano por la garganta; pero no quiero deteneros más. Venid y saldréis sin que os vean, puesto que así lo deseais.

Y precediéndola la condujo á la escalera acaracolada y medio derruida, por la que bajaron sin luz.

Abrió la puerta Ben Samuel y tras ella empujó á Elvira que contenia su agitada respiracion.

—Ganas me dan de ahogaros, Ben Samuel, dijo el duque de Benavente entrando con los brazos extendidos para no tropezar rozando casi su mano con el manto de la palpitante Elvira.

—¿ Por qué diablos no bajais luz esta noche ? ¡ Creeis que tenemos la de los relámpagos en los ojos ! exclamó el que primero llamó.

—¡ Señores mios, perdonad ! No tengo más luz que la lámpara, y esta está colgada de la bóveda.

—Así debiais estar vos, Ben Samuel, replicó don Fadrique empezando á subir por la escalera.

—Duque, si estais en puerto de salvacion alargadme caritativamente una mano, pues por más que extiendo mis remos no toco una orilla que seguir, que no parece si no que floto en el cáos.

—Dadme acá la diestra si atinais, Dia, que no haréis poco si lo conseguis.

—¡Perdon, señores, perdon! repitió el astrólogo humildemente dando tiempo á que pasaran.

—Esò es, ahora quedáos en el portal para si caemos que no sea sobre vos, dijo el duque tomando la primer vuelta de la escalera.

—Voy á seguiros, señor duque, contestó Ben Samuel con tono deferente y respetuoso.

Y tomando la mano de Elvira la hizo pasar con extremada ligereza por delante de sí, la sacó de la torre y cerró la puerta.

En tanto seguian lentamente su ascension por la angosta y empinada escalera, el duque votando á maravilla, su compañero resbalándose á cada paso, y el judío repitiendo de tanto en tanto:

—¡Perdon, señores, perdon!

—¡Bendita sea la luz, si puede serlo la que aquí arde! esclamó don Fadrique al poner el pié en el estrecho y ennegrecido laboratorio del astrólogo, dirigiéndose seguidamente al sillon que ocupó Elvira, único de su especie en el escaso ajuar que lo amueblaba.

Pero ántes de posesionarse de él tropezó con un objeto que despidió al moverse un metálico sonido.

—¡Pese á tal! dijo el duque bajándose y cogiéndolo. Hé aquí por lo que maese Ben Samuel nos detenia: le sorprendímos contando su tesoro y no quiso abrirnos hasta guardarle.

—Os engañais, contestó el astrólogo con intencion; aun no han contemplado mis ojos esas monedas, que presumo han de ser oro.

—Y de buena ley, segun lo argentino del són que despiden; y muchas por el peso de la bolsa.

Alargó el judío la mano como para tomarla así que concluyó el duque de hacer su observacion, mas este que la tenia suspendida en la diestra y los ojos puestos en el astrólogo, los fijó al alargársela en ella, y retirándola bruscamente fué á examinarla á la vacilante luz de la lámpara; y enarcando las cejas súbitamente, como si le causara su vista admiracion ó sorpresa, se volvió al astrólogo interrogándole con visible interes, diciendo:

—¿Cómo ha venido á poder vuestro esta bolsa?

Una alegría siniestra brilló en los ojos de Ben Samuel, que contestó:

—Por mano de una dama, la más blanca y bella de cuantas en Castilla se celebran.

—¿De una dama?

—¿Qué os admira?

—¿A mí? ¡Nada! Y ¿sabeis su nombre?

Sonrióse con sardónica expresion el astrólogo, y respondió:

—Poco alcanzaria mi ciencia si no me lo hubiera revelado.

—¿Sobre qué ha venido á consultaros, que tan espléndidamente os ha pagado?

—Me ha pedido su horóscopo.

—¿Se lo habeis hecho?

—Ligeramente se lo he trazado.

—Y ¿no figura mi nombre en él?

—Tanto, por lo ménos, como el suyo en el vuestro.

Durante este breve diálogo, sostenido con viveza, y en el que el duque mostró tanto interes como Ben Samuel impasibilidad, el tercer personaje silencioso, pero atento desde que en el laboratorio entrara, exclamó al oir la contestacion del astrólogo:

—¡Hola! Don Fadrique, decidme, en nombre de la amistad que nos une, ese que así se enlaza con el vuestro.

—Perdonad, Dia Sanchez de Rojas, contestó el duque gravemente; perdonad que no os lo diga, pero es nombre que, por pronunciarlo de cierto modo al oído de un hombre en este mismo instante, daria el mejor de mis estados, un número no escaso de los dias de mi vida; mas porque no resuene unido al mio en los de otro alguno, derramaria si fuera menester toda la sangre de mis venas. Tanto, que para borrar el único vestigio de sus huellas voy á guardar esta bolsa que lo atestigua.

Y añadiendo la accion al anuncio la vació en una punta de la mesa, dejando amontonadas las doblas que contenia, y doblándola la guardó.

—Esa bolsa, dijo el astrólogo que miéntras el duque la desocupaba habia estado mirándola con escudriñadora y penetrante atencion; esa bolsa me ha sido dada, y yo la aprecio en mucho más de lo que contiene.

—¿Es que la quereis vender? replicó don Fadrique con desprecio. ¡Par diez, Ben Samuel, no desmentis vuestra raza! Yo os la pagaré como acostumbro.

Y sacando una escarcela verde bordada en plata la vació con prontitud sobre las áureas monedas.

No habia aun cesado de oirse el ruido que hacian al caer las unas sobre las otras, cuando retumbó un trueno sobre la misma torre que la hizo estremecer desde el cimiento.

—Muy mala noche hace, don Fadrique, dijo Dia Sanchez así que dejó de resonar el terrible estampido sobre su cabeza; mucho me temo que no acuda á la cita Juan de Velasco ni Diego de Andrade.

—Lo que quiere decir que deseais retiraros, contestó el duque visiblemente admirado.

Asomóse el astrólogo á la ventana y miró al cielo cuya negrura resaltaba al surcarlo los relámpagos que se sucedian casi sin interrupcion. Acercóse tambien el duque, y al apercibirlo Ben Samuel murmuró como hablando consigo mismo:

—Fortuna es que no tardará en llegar.

Púsole don Fadrique la mano en el hombro bruscamente y le preguntó en voz baja pero con imperio:

—¿Quién, y adónde, Ben Samuel?

—Ella, á su palacio.

—¿Ella?

—Sí.

—¿Elvira?

—Elvira.

—Pero ¿cuándo la habeis visto?

—Poco há, ella salia en el instante que vos entrabais.

—¿Con quién ha venido?

—Sola y encubierta.

—Dia, dijo impetuosamente el duque de Benavente; vámonos.

—¡Que me place! contestó el caballero con prontitud.

—Lo creo, dijo el judío con sarcasmo; porque hay quien asegura que el mayor placer de vuestra vida es oir tronar en el lecho.

—Y no se engañan, si añaden que lo que más siento en el mundo es oirlos en la torre de un astrólogo adivino, replicó Dia Sanchez fruncido el ceño.

—Ben Samuel, dijo el duque con autoridad revelando su rostro expresivo una resolucion generosa y noble; si viene Juan de Velasco, ó Diego de Andrade, decidles que mañana, despues que salga del alcázar, los veré y decididamente les daré una cita donde se arregle todo lo que definitivamente se ha de hacer para la reunion general de córtes.

—Está bien, respondió el astrólogo sin quitarse de la ventana; se lo diré si vienen.

—Alumbradnos, añadió don Fadrique encaminándose á la puerta.

—Escuchad ántes, dijo Ben Samuel que con la cabeza inclinada y los párpados medio cerrados no se movió de su sitio.

—¿Qué me quereis decir? respondió el duque retrocediendo un paso.

—Una observacion que muy de cerca os interesa.

—Manifestadla, pero muy brevemente.

Y don Fadrique dió algunos pasos más hácia el judío.

Dia Sanchez de Rojas se detuvo en el umbral.

El astrólogo se acercó al duque, y clavando en él una mirada donde brillaba un odio intenso y un vengativo fuego, como si quisiera inoculárselo en su alma,

con sus ojos, con su aliento, con sus palabras, le dijo cargando cada una de ellas de despreciativo desden:

—El testamento de don Juan I será puesto en vigor, y lo será por vos.

Una llamarada de ira coloró el rostro del duque de Benavente que contestó con violencia:

—¡Mentira, Ben Samuel, mentira!

—Tan cierto como que el alférez mayor Rodrigo Lopez de Ayala será regente en lugar vuestro.

—Os aseguro que no me sustituirá, respondió don Fadrique con siniestra expresion.

—Y yo os aseguro que sí; lo he visto en las estrellas ántes que la tempestad las cubriera con sus velos, repuso el judío incitando con un conocimiento infernal todas las ardientes pasiones del duque; así como dejaréis escapar vuestra venganza, y no la lograréis á pesar de cien ofensas recibidas y brindaros la ocasion á consumarla.

—¡Que no me vengaré! repitió el duque destellando sus ojos sombríos amenazadores reflejos. ¡Bah! si lo dicen las estrellas, respondedlas que se engañan... ó que ¡mienten!

—Ni se engañan ni mienten. ¡No! no os vengaréis ni de él ni de ella.

—¡Ella!... ella está todavía al alcance de mi mano, exclamó con terrible energía el duque y él muy cerca de la punta de mi puñal.

Y sin querer oir lo que Ben Samuel le replicara se lanzó á la escalera por la que descendió con ligereza haciendo lo propio su compañero.

Descolgó el astrólogo la negra lámpara de hierro para alumbrarles, y así que pasaron el dintel de la puerta la cerró subiéndose al laboratorio, por la ventana del cual se puso á contemplar la tempestad que bramaba con furor, sin perder por eso el diálogo siguiente tenido á media voz al pié de ella cuando el trueno calló:

—Dia Sanchez, dijo el duque con tono al par comedido y resuelto, os voy á pedir un favor.

—Decid, contestó aquel un tanto sorprendido de la solicitud y el modo con que la presentaba.

—Que os marcheis por esa parte, miéntras yo sigo por esta.

—Concedido, dijo Sanchez de Rojas embozándose en su capa. Id con Dios, duque, y sin mi compañía.

—El sea en la vuestra, Dia, y ¡perdonad!

Y con esto, tomando como quien la conoce la misma direccion que llevaba Elvira, echó á andar tan velozmente que no parecia sino que le habian puesto alas en los piés.

—¡Andad! dijo el judío cuando se perdió el ruido de sus precipitados pasos. !Andad! y cruzáos cual los relámpagos que os guian, estrellándose los unos en los otros como el granizo que arroja la tempestad.

Y apoyando los codos en el alfeizar y su luenga y rizada barba en las manos, añadió contemplando la negra bóveda:

—Sólo es grande tu cólera, ¡Señor! Sólo tu aliento amontona las olas en montañas. Solo tu voz es la que resuena potente y atronadora haciendo enmudecer el orbe, que tiembla de pavor al escucharla....

La cólera del hombre, pequeño en todo, es parecida al fuego de una hoguera, que se extingue si no se la remueve y alimenta.

CAPÍTULO XXVIII.

CÓMO LOS RELÁMPAGOS SIRVIERON PARA MÁS DE LO QUE EL PAJE NECESITÓ.

Cuando Elvira sintió el aire cargado de eléctricas emanaciones, pero libre, rozar su frente, y oyó la puerta rechinando sobre sus goznes al cerrarse, conoció de lleno todo lo imprudente de su accion y el peligro de que acababa de escapar por un milagro de su energía, energía ficticia como todo lo que es violento y que desapareció con lo que la habia excitado.

Así que su primer pensamiento fue huir; pero se detuvo un instante sin saber hácia dónde dirigirse por entre las densas tinieblas que habian invadido la calle con sus tenebrosos velos, sin dejarla reconocer dónde la aguardaba Fernando.

Pero este, que no habia quitado ojo de la torre desde que su señora entró en ella, salió de su escondite al oir llamar al duque, y cruzando la calle de puntillas y recatándose se acercó á ellos, deslizándose como una sombra hasta situarse á cortísima distancia de la puerta que se abrió para que entraran los importunos visitadores y saliera Elvira despues.

Por fortuna Fernando estaba ya acostumbrado á la oscuridad, merced á lo cual distinguió claramente á su señora, y viéndola parada se acercó, y cogiéndola respetuosamente del manto le dijo:

—Aquí estoy, señora mia.

—¡Ay! Fernando, que pena tenia no viéndote, exclamó aquella reconociéndole.

—No es extraño que os haya sucedido, porque no estaba en donde me dejasteis, y la noche bonísima hase tornado negra y horrible. Con que si os parece, paso y andemos.

Levantó Elvira la cabeza, y al ver tan negro y amenazador el cielo, imágen

de su destino, un estremecimiento nervioso recorrió sus miembros que sintieron un frio intensísimo.

—¡Horrible es! dices bien, murmuró con una agitacion extremada, horrible, muy horrible, pero vamos de prisa y mucho más que hemos venido.

—La primer vez, sin duda, que los relámpagos sirven de algo, dijo el paje que se hizo la señal de la cruz al darle uno en el rostro tan ardiente y largo que lo deslumbró.

—¿Oyes? exclamó Elvira asustada, pareciéndole oir ruido de pasos.

—¡Brama la nube sordamente! pero si caminamos ligeros aun podrémos llegar al palacio ántes que la tormenta rompa su seno estallando.

Y redoblando el paso apénas rozaba la tierra con su ligera planta.

Ya llevaban andadas un no corto número de calles y callejuelas, cuando al volver una esquina la silenciosa y preocupada Elvira dió de bruces con un hombre que la doblaba igualmente distraido, pero con tal violencia que se le descompuso el antifaz arrancándole una interjeccion.

—¡Perdonad! dijo con voz varonil y simpático timbre el que acababa de recibir tan recio golpe que le hizo retroceder un paso.

Dió al decir esto un inflamado relámpago, á cuya viva luz conoció Elvira que era nada ménos que Rodrigo Lopez de Ayala á quien encontraban en tan mal punto y sazon.

Sin embargo, dueña de sí en aquel crítico instante contuvo el grito que articuló su garganta, no hizo siquiera un gesto, y torciendo sin responder palabra á su excusa dobló la esquina y continuó más rápidamente su marcha.

Muy de prisa iba, y mucho terreno ganaba; pero á poco sintió tras sí pasos, no ménos veloces que los suyos, y que parecian venir en su seguimiento.

A pesar de su diligencia sólo estaban á la mitad de la calle, que lo era muy larga y estrecha, y á cuyo fin habia un nicho en la pared de una casa, donde se veneraba una tosca imágen de la Vírgen que alumbraban dos pequeños faroles, iluminando un corto trecho que hacia parecer más lóbrego el resto á donde no llegaban sus vacilantes y opacos resplandores.

El que los seguia muy en breve los alcanzó, y al nivelarse con ellos les dirigió una detenida y penetrante mirada; pero era tal la oscuridad, que no pudo distinguir sino dos bultos, y siguiendo adelante ligero como una exhalacion fué á colocarse bajo el nicho de la Vírgen.

Era patente para Elvira, que no habia perdido ninguno de los movimientos de Ayala, pues no era otro el que la seguia, que la esperaba para verla á la ménos incierta luz que la de un relámpago y acabarla de reconocer si abrigaba alguna duda.

Y como mil veces hubiera preferido morir á que esto sucediera trató de esquivarlo á todo trance, para lo cual se paró para entrar en el radio de la luz, y le dijo á su paje que tambien habia reconocido á el alférez mayor:

—Fernando, yo no quiero pasar por esa luz...

—Pues volvamos y harémos un pequeño rodeo para evitarla, respondió el paje con serenidad.

Mas apénas habian desandado veinte pasos percibieron otros en el extremo opuesto de la calle. Detúvose nuevamente Elvira y le preguntó á Fernando con ansiedad:

—¿De dónde vienen esos?

—De donde nosotros, y si mi oído no me engaña creo distinguir el sonido de las espuelas del que entró en la torre cuando vos salisteis.

Un sudor frio cubrió la frente de Elvira, que cruzando las manos exclamó espantada.

—¡Dios mio, los dos!

—¿Qué hacemos? preguntó Fernando, que á pesar de sus diez y seis años no le faltaba ni resolucion ni energía.

—Yo no lo sé Fernando, dijo Elvira trémula y sombría; mi cerebro está como la tierra, cubierta de tinieblas.

—Pues entónces dejadme obrar, replicó Fernando que comprendió de repente todo lo delicado y expuesto de la situacion de su señora. Sigamos andando y hablemos al mismo tiempo.

Y ligeros como el pensamiento tornaron para donde Ayala los esperaba.

—¿Vos no quereis que os vea el señor Rodrigo Lopez?

—No, Fernando, de ningun modo.

—No os verá por vida mia. ¿Ois? los pasos se detienen; todo es tiempo que ganamos.

Ahora escuchádme con atencion. Para llegar al palacio hay que concluir esta calle, andar toda la que sigue á la derecha, luego volver á la misma mano, despues seguir la cerca del jardin hasta llegar á la verja. Tomad la llave.

—¿Me vas á dejar sola? exclamó Elvira con terror.

—Sí, señora, respondió el paje tan resuelto como sereno; porque yo necesito adelantarme para desembarazaros el camino.

—¡Fernando! ¿Olvidas que eres un niño y que es Ayala quien lo ocupa?

—No, señora, dijo el paje tranquilo.

—¿Que te matará si lo intentas?

—Dios me preserve de dudarlo, pero para matar á un pájaro que es ménos que un niño se necesita tiempo y que se deje coger; lo primero se lo haré perder y ganar á vos, y con él estais salvada, porque no necesitais otra cosa. Lo segundo, procuraré que no lo consiga.

—Ademas, te conocerá probablemente, y es igual que vea á entrambos ó á uno.

—Con mi cinturon tengo ya hecho un antifaz, replicó Fernando haciéndole

como lo decia; y descuidad, si él es fuerte yo soy ágil, y la lucha cuando ménos será igual.

Tomad, tomad la llave; se abre á la derecha empujando.

Elvira la tomó con mano trémula, porque llegando al fin de la calle estaba á cortísima distancia de Rodrigo, oyéndose nuevamente los pasos del que presumia ser el duque.

—En cuanto volvais la esquina corred con toda la ligereza que podais, siempre tomando á la derecha, y burlaréis al que nos espera y al que nos sigue. Hasta entónces, serenidad.

Era tanta la que el paje tenia que se la infundió á Elvira, de quien se separó; adelantóse y se dirigió audazmente hácia el alférez mayor, quien habia ido y vuelto de la misma manera que ellos.

Vióle venir Rodrigo, y adivinando por su decidido talante lo hostil de sus intentos, se adelantó á recibirle situándose en medio del arroyo para que no se le escapara la que á todo riesgo queria reconocer; pero el paje con sin igual prontitud y atrevimiento se arrojó sobre él, le agarró la gorra de terciopelo con que se cubria, y tirándola á larga distancia, variando la voz le dijo apostrofándolo:

—¡Mal caballero! á las damas se las saluda, se las socorre, pero no se las espía.

Empujarle violentamente contra la pared y desnudar su daga fue obra de un segundo para Ayala, pero ese segundo bastó para que Elvira pasara, y doblando la esquina escapara de su vista.

Locura era sólo pensar en resistir ni luchar con Rodrigo, y no lo imaginó siquiera Fernando, que conservaba su serenidad y su astucia reveladas en aquel instante con un valor y una resolucion singulares. Así fue, que sin intimidarse al ver el acero dirigirse á su pecho, lo desvió con su diestra, de la cual saltó la sangre sin que una arruga de dolor se marcara en su mal cubierta y hermosa frente.

La mano de hierro de Ayala oprimió su brazo, y arrastrándolo adonde estaba la gorra, con voz que alteraba la cólera le dijo:

—De rodillas, ¡villano, traidor, y coge mi gorra!

Sintió Fernando una eléctrica sacudida que le duplicó su energía, y olvidándose de fingir la voz que la cólera hizo vibrar con aspereza, dijo:

—¡No se doblan las mias sino para Dios!

—Y ¡para Rodrigo Lopez de Ayala! replicó este con altanería haciendo doblar el frágil talle del paje que se encorvó bajo su vigoroso brazo como el flexible vástago de un árbol con la ráfaga de impetuoso viento.

—Mirad cómo no, exclamó enderezándose bruscamente.

Y escurriéndose de su mano como una elástica serpiente ganó lo largo de la calle con tal ligereza que Rodrigo tuvo por vano el perseguirle.

Todo esto fue tan rápido que apénas dió tiempo para que Fadrique, que tras Elvira venía, entrando en el círculo que iluminaban los faroles, conociera á Rodrigo y viera huir á Fernando, y doblando la esquina prosiguiera su marcha en pos de la fugitiva, deseoso más que ántes de encontrarla.

Tambien Rodrigo conoció al duque, y sus sospechas fueron más atroces, por cuanto las apariencias eran más culpables y acusadoras; y cogiendo su gorra apresuradamente, maldiciendo al insolente que lo habia insultado y detenido, se lanzó en pos del duque y de Elvira delirando de celos y ciego de ira.

Saliendo de la luz fue más completa la oscuridad que lo envolvió; nada distinguia por más que sus grandes ojos desmesuradamente abiertos pretendian con una insensata avidez penetrar en la profunda masa de tinieblas que lo rodeaba.

Caian algunas gotas de agua, los truenos resonaban á lo léjos, y los relámpagos no eran tan continuos. Rodrigo seguia adelante con ansiedad frenética.

Y no era extraño, porque veia lo que hubiera sido un crímen el suponer horas ántes, á pesar de sus celos, de sus temores y de sus sospechas.

Sentia con desesperacion que su más hermosa, su más acariciada ilusion moria, y moria ennegreciendo sus recuerdos, como ennegrece el veneno todo lo que toca.

Pensaba con furor que Elvira, su Elvira, aquella Elvira tan idolatrada, tan rodeada de respeto, de incienso, de adoracion, marchaba sola en medio de la noche con una tempestad deshecha, siguiendo el antojo liviano de un hombre que la infamaba sin amarla.

La sangre hervia en sus venas á esta idea; se mordia los labios con inmensa rabia, y acariciando su daga redoblaba el paso para cerciorarse plenamente de la traicion de Elvira, ó convencerse claramente de que sus ojos se habian engañado.

Uno de aquellos relámpagos que rompian las nubes rápidos y descoloridos alumbró la desierta calle adonde daba el jardin de Elvira, y á su luz vió Rodrigo á su prometida apoyada en el brazo de don Fadrique.

Aun dudaba, aun queria oir, y para conseguirlo se acercaba con precaucion conteniendo su respiracion fuerte y agitada, atentísimo para sorprender una palabra que no llegaba á su oído, y sin embargo latia su corazon, como si distintamente la oyera.

Ya no los separaba mas que algunos pasos cuando los vió pararse; el duque abrió la verja, se inclinó hácia Elvira, sonó el ligero ruido de un beso, y despues la voz de don Fadrique diciendo:

—¡A Dios, Elvira!

Esta entró en su jardin, el duque esperó un instante dándola tiempo para que lo cruzara, y despues volvió por los mismos pasos.

Ya no dudaba Rodrigo, pero le parecia ser presa de una infernal pesadilla.

Dos veces pasó la mano por su frente y se oprimió las sienes que latian con una precipitacion espantosa.

Parado como estaba, cuando sintió que el duque se acercaba, sacó su daga y la empuñó, pero sonriéndose con amargura la guardó murmurando:

—Quédese para ese bastardo todo lo que es traidor y villano. Yo me vengaré con luz, y me vengaré de otra manera.

Haciendo este corto soliloquio se afrontaron el duque y Rodrigo, un relámpago iluminó sus rostros, el del primero expresaba el gozo de una venganza satisfecha; el del segundo, pálido hasta la lividez, la calma de una concentracion poderosa.

Siguió don Fadrique su camino, y tomó el inverso Ayala; caia el agua en gruesas gotas, y para que su frescura calmara el fuego de su frente se quitó la gorra cuya pluma estaba manchada con el lodo de la calle.

Pensando en Elvira y en el duque, en su amor y en su desengaño, en lo presente y lo futuro, se plegaba más y más su frente con iracunda y sombría expresion, entreabriéndose á veces sus labios con una sonrisa de sardónica amargura.

—Si álguien me lo dijera le responderia que miente, decia Ayala allá para sí andando á pasos lentos y desiguales; pero mis ojos lo han visto y mis oidos lo han escuchado. ¡Mañana descubriré en su impura frente la huella de su beso!

¡Cuando me parecia poco el mundo para ponerlo á sus piés!

¡Cuando en mi fascinacion y en mi credulidad la conceptuaba superior á mí mismo, incapaz de un pensamiento doble, pura como el cáliz de una flor, digna como la pureza!

¡Cuando era tal mi ceguedad que su mismo desvío era para mí una garantía de su franqueza y su lealtad!

¡Y ellos se habrán mofado de mi amor, de mis sueños de infalible ventura, de mi confianza tan loca, tan necia! ¡Oh! ¡Elvira! Él se vengaba, pero tú ¡tú á quien tanto he amado! ¡Todo acabó! El amor y el engaño, porque yo no te amo ya; la prediccion del festin se cumplió.

Mentia Rodrigo al decir esto, y mentia por engañarse. Verdad era que Elvira habia caido del alto pedestal en que hasta allí la contemplara, pero al precipitarse habia destrozado su corazon, grabándola más en él.

Pero en tanto que haciendo mentalmente este razonamiento y otros muchos más amargos, si es posible, se encaminaba á su casa despues de vagar como una sombra por las desiertas calles de Búrgos; Elvira, que no le vió, preocupada con don Fadrique, atravesó el jardin como un ave perseguida, penetró en las espléndidas habitaciones, y llegó por último á su aposento débilmente iluminado por una lámpara de plata.

Sin tomar aliento ni pararse se dirigió á la luz y miró un objeto que en la mano traia.

Era la bolsa dada al astrólogo.

A su vista sus manos se crisparon, dos lágrimas brotaron de sus ojos, y arrojándose en un sitial exclamó:

—¡Dios mio! El mundo se desploma sobre mi cabeza para abatirla.

—¿ Estais ahí, señora mia ? preguntó un momento despues la voz fresca y agradable del paje introduciéndose por la juntura de la puerta.

—Sí, Fernando, estoy rato há, contestó su señora iluminando su bellísimo semblante con un fugitivo rayo de alegría.

—¡ Loado sea Dios ! Entónces voy á cerrar la verja, y ya podréis dormir tranquila.

—No lo haré por cierto hasta no saber si Ayala te conoció.

—No le dí tiempo para ello. Así que conjeturé estabais á salvo me escurrí bonitamente, y haciendo un rodeo para desorientarle, si acaso me perseguia, acabo de llegar ahora sin que nadie me haya visto.

—Mañana te daré las gracias que mereces, replicó Elvira más tranquila; ahora márchate, no sea que álguien pueda oirte aunque tan quedo hablas.

—Eso haré, pero ántes permitidme que os asegure no he hecho cosas que las merezca de vuestro labio; y que os avise ademas no me pidais mañana la mano para ninguna cosa aunque se os ofrezca su uso.

—¡ Te han herido ! exclamó Elvira sobresaltándose.

—No más tengo que un arañazo, pero como las dueñas son tan maliciosas y habladoras y todo lo van chismeando, es menester que no lo noten, porque llenarian el mundo con sus sospechas é indagaciones.

—Tienes razon y has hecho bien en avisármelo. Vé, pues, cierra la verja y recógete, que ya es bien tarde y no tendré sosiego hasta que lo hagas.

– Pues voy en un vuelo. Hasta mañana.

Y retirándose el dispuesto y despejado paje, fué al jardin, cerró la verja cuya llave dejó puesta el duque cuando entró Elvira, tornó al palacio que cruzó silenciosamente y á tientas, entró en su aposento, y desnudándose apresuradamente y metiéndose en el lecho, exclamó con la sonrisa y la expresion del que está altamente satisfecho de sí mismo :

—¡ Ahora que truene !

CAPÍTULO XXIX.

CÓMO RODRIGO LOPEZ DE AYALA HIZO MÁS DE LO QUE SE PROPUSO, Y OTRA COSA DE LO QUE QUERIA.

Sólo habia producido la tempestad de la noche precedente, tan fecunda en emociones y peligros para Elvira, un calor excesivo y sofocante cual no se habia conocido jamas en la templada temperatura de Búrgos. El sol lucia á inter-

valos, pero cuando sus rayos caian sobre la antigua córte de los condes de Castilla abrasaban como el fuego.

Sin embargo, Enrique III, que en los dias precedentes habia experimentado una lenta mejoría, en aquel se levantaba, y la córte iba oficiosamente á dar el parabien á la reina Catalina que habia señalado hora para recibirla.

Era, pues, una fiesta que llevaba consigo, si no la alegría de las anteriores, el fausto y la ceremonia con sus goces de amor propio.

A pesar de su noche de insomnio, á pesar de la fiebre que esta le produjo, á pesar de lo mucho que la espantaba encontrarse frente á frente con el duque de Benavente y con Rodrigo Lopez de Ayala; ver á Catalina de Lancaster en el lleno de su grandeza, de su esplendor y de su felicidad; Elvira, esclava de su posicion y de los deberes que la imponia, dejaba adornar su cargada y dolorida cabeza con una guirnalda de perlas, y ceñir con un cinturon de plata á su leve y flexible talle una doble túnica de seda azul celeste que hacia resaltar la blancura de su cuello, medio cubierto con sus negros y perfumados rizos.

Y miéntras sus doncellas se asombraban de su incomparable belleza, de sus indefinibles y seductores encantos, de sus galas y composturas, ella cerraba los ojos porque la luz la deslumbraba causándola malestar.

Pero ántes de que saliera de su retrete, ni acabara su tocador, ni cesaran las exclamaciones de admiracion que excitaba, ni las oficiosas preguntas sobre la eleccion de joyas, á que sólo contestaba con monosílabos lánguidos y distraidos de aprobacion ó indiferencia, entraba por su palacio el alférez mayor en traje de córte, ostentando tanto lujo como elegancia.

Y tras la calma severa de su frente morena y descolorida Rodrigo ocultaba la violencia de sus pasiones y la amargura de los sentimientos, que en vez de aplacarse y disminuir en las horas trascurridas, habia por el contrario exaltádose y acrecido con la reflexion y el exámen.

Su resolucion estaba tomada. Desde la noche anterior se habian disuelto los lazos que tan fuertemente le unian á su prometida: sólo le quedaba por romper el que aun subsistia: su palabra y la del adelantado mayor.

Despues queria entregarse en alma y cuerpo á su venganza, y en su concentrado furor sólo conocia que pudiera saciarla el arrojar á la frente del duque la acusacion de traidor, el epíteto de villano, su condicion de bastardo, y despues arrancarle la vida, venciéndole en combate singular, á la luz del sol y á presencia de Castilla. Don Fadrique y él no cogian en el mundo.

Don Alfonso le esperaba con tranquila complacencia. Dábale á su visita, que habia sido ceremoniosamente anunciada, un fin harto distinto del que llevaba. Atribuíala, en su absoluta ignorancia de cuanto habia sucedido, á la impaciencia de su amor que le haria solicitar acortara el tiempo prefijado para realizar su himeneo, y decidido á favorecerle de antemano, lo señalaba anticipándolo al dia en que por él mismo fue aplazado.

Don Alfonso, pues, se sonreia aguardándole; pensaba en los trasportes que su condescendencia producirian en el enamorado alférez mayor, y sentia con delicia un reflejo del placer que Rodrigo iba á gozar.

Porque entre el anciano Manrique y el esforzado y valiente Ayala existian otros vínculos que los de un convenio: existia una mútua apreciacion de cualidades semejantes, y á la vez que Rodrigo sentia un afecto verdaderamente filial por el padre de Elvira, este, que carecia de la dicha de tener un hijo varon, veia con orgullo virtudes que idolatraba en el que iba á unir su nombre con el de su preclara ascendencia.

Cuando Ayala se presentó se adelantó á recibirle, le tendió cordialmente la mano, y despues de brindarle un asiento y ocupar otro á su vez, le dijo con serena y agradable expresion:

—¿Qué teneis que decirme, bravo Rodrigo, tan urgente é interesante, que segun Hernando de Illescas, á quien me habeis enviado para que os esperara, no puede dilatarse de esta mañana?

—Una cosa de gran importancia para mí, respondió el alférez mayor serio y grave; y á tener más amor propio, más presuncion, añadiria que tambien lo es para vos.

—¿Me venis á suplicar que adelante vuestra boda? le preguntó el adelantado sonriéndose con benevolencia indecible.

—Al contrario, don Alfonso, respondió Rodrigo respetuosa pero decididamente; vengo para que no se efectúe.

Mirólo atónito don Alfonso, y su semblante, que tan apacible estaba, se alteró sonrojándose de indignacion: brillaron sus ojos con la llama del orgullo ofendido, del honor ultrajado con tan inconcebible desprecio; pero conteniéndose, le dijo tan altivo como mesurado:

—Explicáos, señor alférez mayor del rey; porque lo que insinuais es tal, que se niega mi inteligencia á comprenderlo.

Ayala sufria un disgusto inexplicable ante las explicaciones que se le exigian, explicaciones que ó sobre Elvira, ó sobre él, iban necesariamente á atraer toda la indignacion, toda la cólera del pundonoroso y altivo adelantado mayor. Sin embargo, en aquella alternativa no vaciló, y caballero ante todo, prefirió sufrirla y se resolvió á callar su fatal descubrimiento aunque no justificara con un motivo poderoso su anunciada y ofensiva resolucion.

—Tengo necesidad de recordaros, dijo despues de un corto espacio de silencio por su parte y de expectacion por la de don Alfonso, que cuando salió vuestra hija del convento y yo la ví, vivamente impresionado de su hermosura y altamente prendado de sus cualidades, que parecian ser como su belleza sin par, tuve la honra de pediros su mano y la ventura de que me la concedierais de muy buen grado suyo y vuestro, como entónces me asegurasteis.

—Os preferí á sus muchos y encumbrados pretendientes, porque me mereciais un altísimo concepto: continuad.

—Cuánto la he amado, y lo orgulloso que estaba con su predileccion; cómo la he servido; de qué modo unia en mi pensamiento su felicidad á mi felicidad, sobreponiendo siempre la suya, no debe escondérseos ni á vos ni á nadie en la córte, porque he hecho alarde de mi amor y gala de mi culto. Mas luego, motivos tan graves como poderosos me han convencido plenamente que mi mejor, mi más grata esperanza no debe realizarse jamas; que nuestra union no puede, no debe efectuarse, y como consecuencia de esta íntima y profunda conviccion vengo á devolveros vuestra palabra, asegurándoos mi eterno reconocimiento por habérmela otorgado.

Tornó á mirar el adelantado mayor á Rodrigo por un breve espacio con tal fijeza como altivez; dos pliegues profundos unian sus pobladas cejas, y su rostro respetable por la edad y la nobleza de su expresion estaba imponente con su severa actitud ruda y amenazadora.

—A un padre que ha concedido su hija empeñando solemnemente su palabra se le dan razones claras y precisas para rehusar la una y devolver la otra con menoscabo de la honra de aquella y menosprecio de esta, dijo don Alfonso con acre energía. Ahora bien, señor alférez mayor, esas exijo de vos, porque á mi carácter de padre uno la cualidad de caballero, y á uno y á otro necesitais satisfacer cumplidamente. Así, pues, si las teneis, dadlas, y fuera livianas excusas ni mentidas protestas que se vuelven contra vos.

—Las tengo, respondió Ayala con calma y resolucion; pero son un secreto que sólo parto con Dios, y eso porque él los penetra sin que nuestro labio se los confie.

—Pues tambien lo compartiréis conmigo, dijo impetuosamente don Alfonso.

—Perdonad, pero nunca lo conseguiréis de mí.

—Oid, señor alférez mayor, dijo conteniéndose don Alfonso; sé que sois un honrado y pundonoroso caballero; sé que habeis amado á Elvira con pasion, y sé que el amor que ayer mismo vivia no puede haber muerto hoy. Una razon debe existir que os impulse á obrar como lo estais haciendo, faltando á lo que debeis y merece una dama como Elvira Manrique de Lara y un padre como el que tiene y ha consentido en serlo vuestro. Una veleidad de afecto, un cálculo, un antojo no os puede mover, porque sois incapaz de tenerlos. Os conozco y os hago justicia. ¿Qué es pues lo que os ha impelido á dar un paso semejante? Declaradlo, declaradlo sencilla y lealmente. Os lo suplico, Rodrigo, y no me hagais recordaros que tengo derecho y voluntad para mandároslo.

—Os lo repito, don Alfonso, replicó Ayala con firmeza; esa razon, esa causa, sólo la someto á Dios.

—Pero Dios está en el cielo, repuso con vehemencia el adelantado; y yo, como padre, le represento en la tierra; hablad, tengo su potestad, no os resistais á ella.

—Yo la respeto como os respeto á vos; pero todo lo que tenia que manifestaros está dicho, contestó Rodrigo inflexible en su resolucion.

—Una palabra aun, dijo don Alfonso; y no extrañeis que la anteponga á una accion, porque no quiero que esta sea irreflexible ni ligera. ¿Os ha tocado Dios en el corazon, y por su amor trocais el tálamo por el celibato?

—¡Dios! dijo Ayala haciendo un esfuerzo terrible sobre sí mismo para dominarse y conservar su calma. ¡No!... de seguro.

Tomó don Alfonso un silbato de plata de encima de una mesa y aplicándole á sus labios le hizo dar un agudo sonido.

Dos pajes se presentaron en el mismo instante en el dintel de la puerta.

—Id y decidle á mi hija que necesito verla y que no puedo esperarla; que venga.

Rodrigo hizo ademan de levantarse, ademan maquinal y brusco.

—Aun no, señor alférez mayor, dijo don Alfonso conteniéndole con otro de autoridad; esperáos, que aun no he contestado á vuestra rehusadora resolucion, y me cumple el hacerlo cómo vuestro merecimiento alcance.

Ver á Elvira en aquel momento, verla en presencia de su padre, despreciarla frente á frente, era una prueba muy ruda para Ayala, cuyo corazon herido y desesperado latia de tal modo á aquella idea que tenia que sujetársele con el brazo para que el adelantado no notara su agitacion.

Pero era preciso concluir, y Ayala aceptó la prueba seguro de su fuerza para salir de ella triunfante.

Sin embargo, cuando Elvira entró con paso lento y flojo, cuando mirándole con ese brillo triste de la fiebre le sonrió, Rodrigo necesitó toda su razon, todo su orgullo, toda su dignidad para parar su sonrisa con una severa mirada.

Y luego con una fijeza, con una encendida y delirante rabia se puso á buscar en su frente sonrosada el sitio donde el duque habia puesto sus labios.

Por su parte Elvira lo adivinó todo y las rodillas le temblaban, porque la segunda mirada de Rodrigo le probó que tenia su frente por mancillada y que la iba á escarnecer.

Don Alfonso notó su emocion y su frente se puso sombría. Dominando empero su temor, que encerraba mucho de angustia, se adelantó á recibirla lo mismo que el alférez mayor, que cediéndole y acercando su asiento le ocupó Elvira mirando con un ligero viso de pasmo á su padre y á Rodrigo serio y respetuoso, pero implacable.

—Elvira, le dijo don Alfonso con un acento grave y mesurado; tengo que repetirte delante del señor Rodrigo Lopez de Ayala lo que sabes tiempo há: que le agradaste, que te amó, que solicitó tu mano con empeño, y que yo se la concedí contando con tu voluntad, que le fue favorable.

Elvira bajó los ojos y recogió los rizos que embellecian su frente, ocultando su ansiedad con toda la energía de que era capaz.

—Hoy viene él mismo á decirme que un motivo de inmensa gravedad hale probado y convencido que tu enlace con él es imposible, y en este concepto rehusa tu mano y me devuelve mi palabra, es decir, falta á la suya.

Yo prescindo de si es ó no consecuente en quien ha hecho por largo tiempo alarde del honor que habia solicitado y obtenido. Confiesa una causa y no la explica, de modo que me deja inferir una ofensa hecha á mi honor, ó por él ó por otro, y á mí, como padre y como caballero, me incumbe el averiguarlo para obrar en consecuencia.

Díme, pues, hija mia: ¿en este enojoso asunto ha podido ser parte alguna palabra tuya inconsiderada ó imprudente, alguna accion ligera, alguna preferencia indebida, alguna indicacion tuya que encerrara algun temor sobre el porvenir.... algo, en fin, que haya podido herir su corazon ó su delicada susceptibilidad?

En el fondo de su conciencia Elvira se encontraba culpable, en el de su corazon tambien; pero ante aquella humilde confesion se rebeló su orgullo, su innata delicadeza, el respeto que profesaba á su padre, á su honra, á su nombre, á sí misma, y tuvo bastante firmeza, bastante energía y resolucion para negar diciendo:

—No, padre mio; y estoy segura que él mismo lo afirmará.

—Bien me conoceis cuando lo estais, dijo Rodrigo asomando la hiel á sus labios contraidos.

—Y mal os conocia yo cuando he dudado, añadió el adelantado mayor con una cólera tanto más violenta cuanto más comprimida se hallaba.

—Dios me libre de hacer recriminaciones, replicó friamente Ayala.

Y cruzando los brazos al decir esto miró á Elvira con tan soberana expresion de desden y desprecio, que hizo enrojecer como la escarlata su tez alabastrina y temblar de indignacion.

—Inútiles serian ya, dijo altaneramente don Alfonso.

Y volviéndose á su hija añadió con un acento impregnado de ternura, de consideracion blanda y dulcísima, de suave y acariciadora expresion:

—La reina espera, Elvira; vé al alcázar donde está tu sitio y olvida el enojo que te he dado.

—Con vos, dijo Elvira tomándole una mano con un movimiento nervioso; venid.

—Tengo que despedir al señor Rodrigo Lopez, y no puedo. Vé en tu litera con tus pajes y escuderos; vé, que el tiempo pasa, hija mia.

—Iré como mandais, contestó Elvira en voz baja y conmovida.

Y llevando la mano á sus labios secos y encendidos estampó en ella un beso.

No levantó la vista á Rodrigo, no le saludó siquiera, y salió con la cabeza inclinada más lentamente que entró.

—Por ahora termina nuestra conferencia, señor alférez mayor, dijo el ade-

lantado acercándose á Rodrigo; pero cuento con vos para continuarla así que salgamos del alcázar, que supongo lo haréis solo.

Y al decir esto echó una significativa mirada á la espada que Ayala ceñia.

—Siento deciros, respondió este con acento breve y decidido, que no puedo complaceros.

—¡ No ! Y ¿ quereis decirme por qué, noble y valiente Rodrigo ? le preguntó don Alfonso con sarcasmo.

—Porque lo soy mucho uno y otro para continuarla en ningun sentido con vos.

La cólera de Rodrigo se desbordaba con las excitaciones que sufria. Sin embargo, aun era dueño de sí, y estaba resuelto á luchar para comprimirla.

—¡Señor alférez mayor ! ¡A mí el insulto de rehusar lo que os propongo!

—No es insulto, es consideracion, señor adelantado, dijo Ayala con intencion.

—La comprendo y la rechazo; no hay más plazo que el de la ida al alcázar, despues me seguiréis, porque yo os sabré obligar....

Tomó Rodrigo su gorra y contestó con firmeza:

—Don Alfonso, no quiero cruzar mi espada con vos. Tenedlo entendido y no insistais.

—¡Que no! ¡ira de Dios! ¡Qué consejo!

Y arrojándole con furor su guante á la cara, añadió:

—Me habeis precisado á que os azote con mi guante y á que os insulte con mi lengua, diciéndoos mal caballero, desleal, cobarde...

—¡Dios me contenga, ó no pronunciais una palabra más! dijo Rodrigo poniéndose lívido de cólera. ¡ Sea, y pronto!

—En concluyendo la córte me hallaréis en el camino de Valladolid, á cien pasos de la puerta, solo y dispuesto á probaros la razon con la punta de mi espada.

Y calándose su gorra volvió la espalda, saliendo de la presencia del adelantado, que trémulo de ira le siguió con su amenazadora mirada.

Pero así que á ella desapareció su semblante pudo compararse á uno de esos horizontes del otoño, cuyas tintas encendidas y deslumbrantes se tornan en nubes cenicientas y sombrías cuando le faltan los ardientes reflejos del astro del dia al hundirse en su ocaso.

Todo el fuego de iracunda pasion que animaba su rostro se disipó dejando en su lugar sombra y tristeza; cambió la espada que ceñia por otra más fuerte y afilada, espada de duelo, no de córte, y miéntras la ponia en el cinturon murmuró:

—Soy su padre, lo que he hecho es un deber. Ahora el juicio de Dios decida: me someto á su fallo; pero provocándolo la defiendo, y acaso la justifique.

En seguida llamó á sus escuderos y se fué al alcázar, donde suponia á su hija.

CAPITULO XXX.

DONDE SE DA CUENTA Á QUIÉN CONFESÓ ELVIRA LA LECTURA DEL FAMOSO LIBRO DE BEN SAMUEL, CON OTRAS COSAS QUE VERÁ EL LECTOR.

Elvira habia dicho al astrólogo Ben Samuel, cuando horas ántes devorada de celos y de ansiedad lo consultaba, que no podia temer más de lo que temia; y Elvira hora por hora experimentaba un nuevo temor que superaba en mucho á los anteriores, viniendo á probarle que para ello existia un *más* siempre ascendente en la esfera de la humillacion y el sufrimiento.

El que hora la abrumaba era horrible, pues no necesitaba presenciar la escena que siguió á su salida para estar convencida de cómo iba á terminar.

Y en la tribulacion de su alma y el desórden que empezaba á apoderarse de su espíritu no tenia más que un pensamiento fijo: evitar que su padre cruzara el acero con Ayala y cayera sobre su frente la sangre que si Dios tenia justicia habia de verter su campeon.

Pero ningun medio para conseguirlo se presentaba á su ofuscada mente, y el tiempo, corriendo siempre, llevaba con cada uno de sus instantes perdidos una probabilidad, si alguna tenia, de remediar la desgracia que amenazándola estaba.

Y se paseaba agitada por su aposento miéntras su comitiva la esperaba al pié de la escalera: un escudero tenia abierta la portezuela de la litera y Fernando en la estancia contigua la aguardaba elegantemente vestido.

—¡Un medio, Dios mio, para evitarlo! exclamaba torciéndose las manos. ¡Una luz para salir de este cáos! ¿Dónde la busco? ¿Dónde la hallaré? ¡Inspiradme!

Y una idea brotó en su mente como el fuego del herido pedernal.

—Fernando, gritó acogiéndola ávidamente; Fernando, venid.

Entró el paje con su mano herida oculta bajo los pliegues de su ropilla de gala, alegre como el pájaro que canta saltando de rama en rama, y se puso á su lado mirándola con su inteligente expresion.

—Fernando, le dijo, vas á ir á casa de mi tio don García, ahora, ahora mismo, más pronto que el rayo, y á decirle que le espero, que no me muevo de aquí hasta que venga. ¡Por Dios, Fernando! no le dejes hasta que le veas venir.

—Descuidad, respondió su despejado confidente; vendrá, no digo ántes que yo, porque quiero traeros la noticia.

Y como una exhalacion salió del aposento y del palacio.

—¿Baja la señora? le preguntó el escudero así que le vió, y que ya estaba cansado de tener la portezuela en la mano tan largo rato.

—Bajará, confestó el paje serenamente; no os separeis, porque ya tomaba la escalera.

—Pues ¿adónde vais tan deprisa?

—¿Yo? A esperarla.

Pasó media hora, y el escudero y los demas de la servidumbre se ocupaban en hacer conjeturas y comentarios sobre la tardanza de su señora, cuando apareció Fernando encarnado de fatiga.

—¡Pues qué! ¿Aun no ha bajado? les preguntó con su socarrona sonrisa el burlon del paje.

—¡Pesia á vos y á nuestra mala ventura! Aun se está pór sus aposentos.

—Subiré á ver qué la detiene.

Y pasó por medio de todos, subiendo con singular ligereza las anchas gradas donde se hallaban dueñas, pajes y escuderos.

—Y ¿mi tio? preguntó Elvira saliendo á encontrarle así que le oyó.

—Ya viene por esa calle cercana: ahora mismo le teneis aquí. ¿Mandais algo más?

—Que me esperen y todo esté dispuesto para ir al alcázar, y que en cuanto llegue introduzcan aquí á don García.

Fuése el paje, y á poco subia el arzobispo de Santiago por la escalera con ambas manos extendidas, que besaban con gran respeto y veneracion dueñas y doncellas, pajes y escuderos, haciéndole sendas reverencias.

Oyólo Elvira, y sintiéndose acometida de un fuerte temblor tuvo que sentarse en un sitial, sin color y sin fuerza.

Siempre que su tio la visitaba acostumbraba salir respetuosamente á recibirle, pero incapaz de hacerlo en aquel momento sólo pudo alargar la mano para coger y besar la del prelado.

—¿Estais enferma, hija mia? le preguntó el arzobispo notando la palidez de su rostro y el ardor de su mano que abrasaba.

—Creo que sí, respondió Elvira llevando la mano que tenia libre á su ebúrnea frente para recoger los rizos que medio la cubrian; pero, continuó poniéndola sobre su corazon: aquí, aquí es donde está mi mal.

—Hija mia, repuso don García mirándola con interes y sobresalto: ¿qué estais diciendo? ¿Quién, ó qué os da enojos? Contádmelo por vuestra vida y yo lo remediaré.

—Sentáos por Dios y escuchadme, señor... pero no pongais la frente severa, porque sellaréis mis labios y mi corazon se acabará de romper.

—¡Romperse! ¿Qué contiene, Elvira, tan amargo ó doloroso que así os aflige? Hablad, hablad, hija mia; comunicádmelo todo.

Elvira se deslizó del sitial hincándose de rodillas, y poniendo sus manos cruzadas sobre las de su tio le dijo con explosion:

—Quiero confesarme con vos... soy una pobre penitente. ¡Perdon!!

—Elvira, dijo el prelado con ansiedad poniendo su mano sobre la cabeza de su sobrina, ántes de oiros os bendigo, despues os perdonaré, y siempre hallaréis en mí consuelo; hablad.

—¡Necesito más'... ¡Necesito amparo!... ¡Necesito todo vuestro poder; porque Dios, sí, sí... apartó sus ojos de mí y su mano me ha dejado!

—¡Qué osais proferir, hija mia! Dios no os obandona ni os abandonará nunca; será que vos no confiais en él. Pero explicáos, que yo os oiga, que sepa de dónde procede vuestra amarga desesperacion.

Sin que pudiera Elvira calmar la febril agitacion que experimentaba, parándose ántes para elegir entre el confuso y revuelto tropel de pensamientos que se agolpaban á su cerebro, con una vehemencia que cortaba de pronto deteniéndose, como si la palabra que iba á decir le quemara los labios, principió su confesion que escuchaba don García con una atencion profunda.

—No quiero hablar de lo pasado: es inútil y para nada sirve. Ademas sabeis, pues casi lo formasteis, el lazo que me unia á Rodrigo Lopez de Ayala y que debia estrecharse muy en breve.

Yo estaba dispuesta á cumplir mis compromisos y los deberes que me imponia; pero Dios, no, no fue Dios; la desgracia trajo á mi lado un hombre como no hay otro: el duque de Benavente. ¡No me interrumpais! Dejadme... todo os lo diré, y veo que es bien atroz.

No tengo mas que un crímen... pero yo no lo cometí ni lo imaginé siquiera... es que me alucinaban y me empujaron; yo no tuve parte, lo juro ante Dios.

Una dueña me abrió el camino de perdicion, porque al momento tuvo cómplices en mi servidumbre... Caí en la tentacion de oirle, le creí, le amé, y me perdieron.

Hay más, no es eso solo.

Pasaron dias, no felices, porque la flor de mis amores estaba erizada de punzantes espinas que me destrozaban el corazon; pero yo creia y esperaba. El duque me habia prometido revelar su amor y sustraerme al de Ayala en un dia dado.

A esos dias, que han sido como los delirios de una fiebre de agitados, siguieron otros de tibieza, de retraimiento; ellos me trajeron la duda, y la duda es peor que la muerte.

Luego siempre tuve celos, siempre, siempre. ¡Lo que he sufrido, Dios mio!

Porque no tenia nada en que apoyarme, ni fe ni afecto; todo lo he concentrado dentro de mí misma, y veia acercarse paso á paso la crísis de mi destino que podia ser bien fatal.

¡Ay! veces ha habido en que el corazon no podia contener tanta inquietud, y en momentos ha sido superior mi ansiedad á mi prudencia, á mi orgullo, á todo; y sin embargo no he proferido una palabra que pudiera revelarla, ni á él, ni á nadie, ni aun á Dios.

Así lució el dia de ayer; dia que tuvo para mí horas de angustia, pero angustia que luchaba por sacudirla, como el reo por arrancar el dogal que le ahoga... y quise saber á todo trance lo que tenia que temer y lo que me quedaba que esperar. Fijarme, no seguir vagando entre lo incierto, porque eso aniquila, acaba.

Llegó la noche, y mi paje y yo salímos furtivamente por el jardin muy encubiertos y recatados, y fuímos á una torre á la extremidad de Búrgos donde habita el astrólogo que tanto admiró á la córte con su ciencia.

¡Oh! Ben Samuel es un sabio. Mi horóscopo lo trazó en el cielo, y por cierto no mintió.

Supe, satisfaciendo mi afan, que el amor del duque era mentido. Supe que lo habia fingido fementida y villanamente llevado de una venganza, y que cumplidamente alcanzada sólo le faltaba... rechazar el instrumento que tan bien le habia servido.

A ese punto el arzobispo deshizo entre sus dedos crispados la manga de encaje que llevaba; pero pudo dominarse y guardó silencio, dejando á Elvira continuar su sacramental revelacion.

—Una fatalidad incomprensible me perseguia, y la desgracia que acompañaba mis pasos condujo los de don Fadrique á la misma torre... ¡Tal vez para ver en el cielo una corona! Pude salir sin que me viera por merced del astrólogo, á quien amenacé y me despreció, porque era una noche de prueba.

No andaba, volaba así que estuve en la calle, y ya salvada la mitad de la distancia, hizo mi maldita estrella que en Ayala tropezara, y hubo de reconocerme á pesar de lo recatada y encubierta que yo iba. Anoche pude conocerlo, y esta mañana me he convencido que así fue.

Ya tocaba casi la verja del jardin; dábame por salvada, cuando el duque me alcanzó, se apoderó de mi mano que pasó por su brazo, y me dijo con indecible insolencia:

—Bellísima Elvira, sois ligera como un ave. Corriendo vengo tras de vos, primero para deciros lo que Ben Samuel ignora, y es que mi palabra está cumplida en lo que os ofrecí, y despues, que tomeis esta prenda que imprudentemente habeis soltado, y me entregó un objeto que yo tomé con mano trémula y en silencio, porque aquella audacia me pasmó.

Me tomó la llave y abrió; me detuvo, no sé con qué intencion, y luego cediendo á no sé qué idea.... me dió un beso.... y un ¡á Dios!

Dos lágrimas saltaron de los brillantes ojos de Elvira, que las enjugó con sus dos manos cruzadas. El prelado estaba cárdeno de cólera, pero la contenia con el inmenso poder de su voluntad, y su sobrina continuó ligeramente enronquecida con su largo y violento relato:

—Nadie mentia anoche. Verdad fue que la palabra del duque estaba cumplida, porque su amor se habia revelado.... ¡á Ayala! y me habia sustraido al de este.

Otras dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y su voz se apagó con la emocion que sufria, emocion que tuvo que hacer un violento esfuerzo para dominarla y poder seguir diciendo:

—Lo demas todo está encadenado. Poco há vino Ayala á rehusar mi mano... Mi padre me llamó y me preguntó si habia dado motivo para tan inesperada y ofensiva accion: por mi nombre, por mi honor, por las canas de mi padre que iba á mancillar mi lengua si confesaba la verdad, negué y negué con indignacion y energía.

En cambio recibí la mirada más despreciativa que se puede dirigir á una mujer, decaida á lo sumo del aprecio que mereció... Aquí, aquí la tengo clavada.

Y se llevó la mano al corazon interrumpiéndose bruscamente.

Nadie podria darse cuenta de los amargos pensamientos que afligian al prelado ni profundizar y medir sus diferentes y violentas impresiones, cuando sentado en el sillon, los brazos cruzados y la vista fija en Elvira, escuchaba su penosa confesion. Imposible era, pues, apreciar las diferentes emociones que padecia, como enumerar todas las olas que corren en pos unas de otras por la ancha superficie de los mares y conocer el abismo inmenso de su seno.

Baste decir, para formar una idea, que amaba don García á su sobrina, de la que tenia orgullo, y que la amaba con ese afecto único y exclusivo que, concentrándose en un solo sér, llena todo el corazon del que lo siente.

A esto se añadia que era hija de su hermano: el único vástago de su noble estirpe, y que mancillada villanamente por el duque, que vengaba en una dama sus agravios de regencia y bandería, habia mancillado su nombre, á que don García daba culto por noble, por limpio y esclarecido.

Despues de una corta pausa durante la cual no se oyó mas que los latidos del corazon agitado de Elvira y la respiracion más agitada aun del arzobispo, así que este logró dominarse lo bastante para revestirse dignamente del carácter augusto que como sacerdote le cumplia, le preguntó con amargura, pero sublime amor:

—¿Habeis acabado, hija mia?

—No; aun tengo que deciros lo que pesa más sobre mi alma. Mi padre me cree ultrajada por el alférez mayor; sus espadas se cruzarán, y el juicio de Dios me espanta, me aterra más, mil veces más que el de los hombres.

—Y con justicia, hija mia; pero su fallo no se pronunciará en contra vuestra si con un corazon contrito, si con un verdadero arrepentimiento levantais á él vuestras manos y le decis: ¡sea el perdon dado por tu misericordia, que absuelve, acoge y consuela!

Alzó Elvira sus dos manos cruzadas y sus ojos que abrillantaban las lágrimas, y elevándolos al cielo exclamó con un fervor capaz de conmoverle:

—Misericordia de Dios, ¡perdonadme! Misericordia de Dios, ¡sed conmigo!

Una lágrima resbaló por las hundidas mejillas del prelado, y extendiendo

sus dos manos con imponente majestad sobre la cabeza de su penitente, dijo con el solemne acento del ministro de Jesucristo:

—Yo os digo como Dios á Isaías: ¡Tus pecados están perdonados!

Bajó Elvira su frente coronada de perlas ánte el nombre de Aquel que tiene poder para asegurar al que está en pié y amor para levantar al que cae, y recibiendo con humildad la bendicion del arzobispo, llevó la mano á sus labios y la besó con respeto.

—Levantáos, le dijo don García pasado un instante, y respondedme si sabeis en aquello que os pregunte.

Obedeció Elvira; alzóse del suelo donde permanecia postrada y se sentó en el sitial. El prelado puso el codo en el brazo del suyo, la megilla en la mano y le preguntó:

—¿Sólo la dueña sabe vuestro fatal amor, hija mia?

—Ella no más.

—¿Creeis que lo presuma Rodrigo Lopez de Ayala?

—¡Lo conoce desde que nació!

—Anoche ¿quién os vió?

—El alférez mayor y el duque.

—¿El astrólogo os conoció?

—Me reveló mi propio nombre.

—¿Tambien está enterado vuestro paje?

—Sí; pero es el único que no lo dirá.

—Quien no lo dirá nunca es Ayala.

—Y sin embargo, el mundo entero hubiera preferido que lo supiera con tal que él lo hubiese ignorado.

—Dios ha dispuesto lo contrario, hija mia, y él hace siempre lo mejor.

Dió Elvira un congojoso suspiro, y el prelado continuó alterándose ligeramente su voz:

—Ahora os queda que hacer un sacrificio para salvar el nombre de vuestro padre de una afrenta. ¿Os sentis dispuesta á hacerlo?

—Sí; por muy violento que sea lo haré.

—Es necesario que entreis en un convento, Elvira; sólo así se explicará á la córte vuestro roto enlace, porque roto tiene que ser.

—Entraré, respondió esta sin vacilar; y ojalá, añadió con amargura, no hubiera salido nunca de él. ¿Qué más exigis de mí?

—Que desterreis de vuestra memoria un nombre y de vuestro corazon una imágen.

—¡Imposible! eso no puedo, exclamó Elvira apretándose la frente. ¡Quién borrará mis recuerdos!

—Hija mia, lo que nada podemos por nosotros mismos, como apoyados en nuestras solas fuerzas, todo lo conseguimos con el auxilio de Aquel que nos for-

talece con una sola mirada. Haced lo que podais, y pedidle á Dios lo que no podais.

—Procuraré olvidar.

—Y ahora, Elvira, marchâos al alcázar, pero presentâos con frente serena y la sonrisa en los labios, porque el mundo es suspicaz y es menester deslumbrarlo.

—Lo haré, dijo Elvira con energía; nada me arredra, nada me es difícil tratándose de reparar; pero la sangre se me hiela en las venas cuando pienso que hay una espada suspendida sobre la cabeza de mi padre.

—Esa espada no herirá. Tengo influjo con don Alfonso y poder sobre el alférez mayor. Los veré y todo se conciliará en respeto de vuestra fama. Id, id al alcázar, hija mia, en tanto que yo me dirijo á buscar á vuestro padre, y Dios sea en vuestro auxilio y en mi ayuda.

—¡Amen! Pero no olvideis mi mortal inquietud, le dijo Elvira tomándole una mano y apretándola entre las suyas con un movimiento convulsivo.

—¡Ay, Elvira, por mucho tiempo lo tendré presente! Mas no os detengais, idos, que demasiado tarde es ya.

Y sin soltar su mano la condujo á la escalera, donde la esperaban sus pajes y escuderos, y bendiciéndola de nuevo le dijo:

—Valor, hija mia; en el alcázar nos verémos.

CAPÍTULO XXXI.

CÓMO RODRIGO LOPEZ DE AYALA CONTÓ CON LAS BORRASCAS DEL OCÉANO PARA OLVIDAR LAS DE SU AMOR.

Cuando salió Ayala del palacio del adelantado mayor aun estaban sus pupilas inflamadas y su semblante pálido y contraido. Su resentimiento era profundo y acerbo, su ira extremada, y sin embargo, al doblar Rodrigo el ángulo de la calle se paró un instante para mirar por última vez el edificio donde acababa de morir su postrer sueño de felicidad.

Tras de aquella mirada fué una maldicion rencorosa al duque, y volviendo la esquina se encaminó al alcázar, donde iba á verlo frente á frente sin poder cumplir su ardiente y acariciado pensamiento de arrojarle su guante y retarlo en medio de la córte y de sus triunfos.

Estremecíase de furor pensando que su duelo con don Alfonso dilataba su venganza, que acaso lo exponia á verla frustrada, y contaba las horas que perdia

y las en que podia realizarla, haciendo proyectos que sólo Dios sabía si se habian de efectuar.

Y como Elvira le perseguia en el torbellino de sus pensamientos y en el fondo de su corazon; como sus ojos la veian donde no estaba, con su ropaje azul y su delicada y rica guirnalda; como sus labios la nombraban á pesar de su voluntad, que queria lanzarla de su memoria, de su corazon y de su lado; Rodrigo conocia que necesitaba huir, porque su amor existia á pesar del desengaño, y existia con su delirante afan.

Antes de ir al alcázar anduvo por sus alrededores para serenar su frente y dominarse, al par que formaba un plan sobre las ruinas de su destruido porvenir.

Conseguido lo uno y combinado el otro, entró el alférez mayor en el alcázar.

Echando una rápida ojeada en torno del convaleciente Enrique III y de la reina doña Catalina, vió que el duque de Benavente llevaba los honores de la recepcion y que Elvira no estaba en el círculo de las damas.

Al ver á don Fadrique latió su corazon con el sentimiento del odio y la violencia de la ira, pero no se reflejó en su semblante; y pasando por entre los agrupados cortesanos llegó hasta el rey, que lo acogió con una sonrisa benévola, saludando con entusiasmo al vencedor de las huestes granadinas.

A su vez doña Catalina de Lancaster recibió su pláceme con halagüeña complacencia, y el duque tuvo que partir con él las miradas y las distinciones que ántes de su llegada recibia con profusion.

—Don Alfonso, soy con vos, dijo el alférez mayor al almirante Enriquez, saliendo del alcázar despues que la reina hubo recibido la córte.

—Hé con ello grato placer, respondió el vencedor del maestre de Alcántara en el torneo, pasando cortesmente á su lado.

—Andemos si gustais, replicó Ayala.

Y así lo hicieron ambos, hasta que estando á cierta distancia del alcázar, parándose el alférez mayor le dijo al almirante que lo imitó:

—¿Cuando partis para la conquista de esas islas recien descubiertas en el Océano?

—Tan pronto como las galeras se reunan en Cádiz, y presumo han de estarlo ya, si han mis órdenes cumplido.

—¿Es decir que será en breve?

—Os responderé que yo parto ántes que pasen seis dias.

—Tengo que pediros una merced, don Alfonso.

—Ya la teneis concedida, valiente Ayala, como cuantas yo pueda concederos.

—Gracias, don Alfonso: la que os pido es que me conteis como aventurero para la expedicion, y que me señaleis un sitio en vuestra galera.

—¡A vos! exclamó con sorpresa el almirante.

—¡A mí! contestó lacónicamente aquel.

—No os sorprenda, Rodrigo, que me admire vuestra peticion, y aun habeis de permitir os pregunte qué os impele hácia el Océano en el instante mismo que la gloria, el amor y la felicidad tienden sus alas sobre vos.

—A lo primero os responderé, que sed ardiente de peligros, ansia de borrascas; en cuanto á lo segundo, que aunque sean muy anchas y doradas no alcanzan todavía á cubrirme con su sombra.

—Enhorabuena que vuestro marcial ardor desee los peligros y vuestro valor la grandeza de las tormentas para mediros con ellas; pero cuando el convenio de Perales os llama á la regencia del estado, y cuando la tregua con Portugal va á romperse, Castilla reclama la prudencia de uno de sus mejores hijos para que la gobierne y su fuerte brazo para sostener con gloria en la lid el pendon que ostenta sus castillos y leones.

—Don Alfonso, no sé si el convenio de Perales se sancionará ó no por las córtes, pero dado que lo sea, yo no tomaré parte en la regencia tal cual está constituida. Lo de Portugal está léjos, y yo no vivo de futuro. Luego, ¿qué significa un hombre de más ó de ménos en un estado? ¡Nada! Suponed que esta tarde una espada me atravesara el corazon... Castilla, de seguro, señor almirante, pasaria sin mí.

—A eso nada tengo que replicaros, y pues que estais decidido, hé aquí mi respuesta. En Cádiz os espero, y partirémos como hermanos de armas la cámara de la galera y la tienda que se me alce en las playas, donde vamos á desembarcar con la ayuda de Dios y el esfuerzo de nuestro brazo.

—Cuento probaros que si no merezco tan señalado favor sé agradecerlo. Antes que vos partiré.

Y apretándose la mano en señal de despedida se separaron tomando cada uno su camino.

El de Ayala lo condujo derechamente á su casa que anduvo con notable diligencia.

Allí, solo consigo mismo, sentado en un sitial, cruzado de brazos y apoyando la barba en su agitado pecho, pasó un corto espacio meditando, no ya iracunda, sino dolorosamente lo pasado dándole un amargo á Dios.

Despues, con la firmeza de su ánimo y la energía de su carácter se puso á escribir en un pergamino la renuncia de su empleo de alférez mayor del rey en su hermano Pedro Lopez de Ayala, y firmándola la dobló.

Tomó otro y puso algunas líneas dirigidas al honrado corregidor de Toledo despidiéndose para un largo viaje, y encargándole aceptase su renuncia como una prueba de su fraternal afecto, y que la presentara aquella noche al concejo.

Puso los dos pergaminos bajo la misma cubierta, los cerró y selló; concluido de hacer lo cual llamó á Hernando de Illescas, y le dijo:

—Escuchad, Hernando. Luego que haya oscurecido, si yo no he vuelto, vais vos mismo á casa de mi hermano Pedro y le entregais esta carta. Hasta que no

sea la hora que fijo no os movais de aquí, pues pudiera suceder que tuviera algunas órdenes que enviaros, y es necesario que esteis para recibirlas y darles un exacto cumplimiento.

—No faltaré de aquí un instante; descuidad.

—Bien. Ahora cambiadme esta espada por la de la cruz de acero.

Hízolo así el escudero, y cuando hubo concluido el alférez mayor le alargó la mano y le dijo: ¡Gracias, y á Dios!

El leal Illescas no la tomó al pronto extrañando su accion, pero recobrándose la recibió en la suya estrechándola conmovido con un súbito presentimiento.

Rodrigo se fué y su jóven escudero, asaz triste y caviloso, tomó la carta para Pedro Lopez de Ayala, y examinándola estaba dándole una y mil vueltas entre sus manos cuando un paje entró precipitadamente gritando:

—Señor Hernando de Illescas, en la puerta está el reverendísimo arzobispo de Santiago, preguntando por mi señor.

—¡El arzobispo aquí! exclamó Hernando plantándose en dos saltos en la escalera y de otros tantos junto á la litera abierta de don García.

—¿El señor Rodrigo Lopez de Ayala? preguntó el arzobispo al escudero.

—Acaba de marcharse, respondió este.

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro absolutamente, contestó con respeto Hernando.

—¿Sabeis adónde se encamina? añadió con interes don García.

—No, nada me ha dicho al despedirse, y por mí no tengo ningun antecedente.

—Ya que no tengo la buena suerte de encontrarlo, decidle cuando vuelva, á cualquier hora que sea, que le espera en su morada el arzobispo de Santiago.

Y extendiendo su brazo bendijo á los pajes y escuderos de Ayala agrupados desde la puerta á la litera, dando en seguida órden de dar la vuelta al alcázar.

—¿Qué sucede, Dios mio? decia el impresionado Illescas subiendo lentamente los peldaños de la escalera mirándolos con tal atencion, cual si en ellos estuviera la aclaracion del misterio que lo ocupaba.

—Señor y Dios mio, murmuraba don García en el fondo de su litera, no desencamineis mis pasos; no aparteis de ella vuestra vista; es horrible que caiga sobre su frente la sangre de su padre, y todo se conjura para que suceda.

. . . . . .

CAPÍTULO XXXII.

DE CÓMO FUE EL DUELO DE DON ALFONSO MANRIQUE Y EL SEÑOR RODRIGO LOPEZ DE AYALA, Y POR QUIÉN SE PRONUNCIÓ EL JUICIO DE DIOS.

Rodrigo Lopez de Ayala salió por la puerta de Búrgos al camino de Valladolid, y no bien hubo echado una ojeada por él cuando divisó al adelantado mayor parado á no larga distancia, ocupado al parecer en contemplar el horizonte, pero en realidad esperando á Rodrigo con tanta impaciencia como es fácil imaginar.

Así que don Alfonso lo descubrió vino á su encuentro y le dijo:

—Desde que salí del alcázar estoy midiendo esta arma, sucediendo lo que no esperaba por cierto: que me hicierais esperar perdiendo un tiempo precioso.

—En cuanto al tiempo sobra, contestó Ayala echando una mirada al cielo cubierto de densas nubes por Oriente y de vivísimas tintas á Occidente; todavía hay sol. Por lo demas, perdonad siquiera por lo mucho que siento el que me hayais precedido.

—Pues andemos, y si os parece tomarémos por la orilla del Arlanzon, donde hallarémos un sitio aparente para nuestro intento entre sus frondosas espesuras.

Aprobó Rodrigo la proposicion del adelantado, y ambos tomaron un sendero que conducia al rio, entregado cada cual á sus pensamientos que á ninguno sonreian.

El cielo, como hemos dicho, estaba en parte cargado de nubes; ni una brisa hacia mover las hojas de los árboles, y los pájaros, rozando casi la tierra con sus alas, iban á esconderse entre el caido ramaje. El sol que declinaba sensiblemente extendia una franja de luz por cima del denso velo de vapores que se elevaba sobre la tierra.

A gran trecho quedaba Búrgos, y entrando bajo una espesa arboleda junto á la orilla del rio, dijo don Alfonso parándose á Rodrigo que le imitó:

—Paréceme que hemos hallado lo que andábamos buscando: aquí estamos al abrigo de una mirada indiscreta ó curiosa que pretendiera estorbarnos.

—Es como lo decis, respondió con indiferencia Ayala.

Y arrojando sobre unas altas zarzas su gorra, desnudó su espada cuya punta clavó en la húmeda tierra para apoyarse en el pomo con indolencia.

—Cuando os parezca, le dijo á don Alfonso saludándole altivamente; héme ya dispuesto.

En aquel momento la roja luz que inundaba el horizonte lanzaba encendidos rayos que reflejaban en las aguas del Arlanzon, y penetrando á traves de la arboleda daba un color siniestro á los objetos que heria.

La calma sofocante de la naturaleza y el silencio de la soledad eran los únicos testigos de la sangrienta escena que iba en breve á principiar. Ambos combatientes se ahogaban en aquella atmósfera fuertemente cargada de electricidad, miéntras que á Oriente empezaba á romper las nubes, amontonadas unas sobre otras, la fugitiva luz de los relámpagos.

El adelantado se quitó su negra capa de terciopelo arrojándola sobre la yerba que crecia en derredor, descubrió su cabeza como Ayala, desenvainó el acero y dió un paso diciendo:

—Dios escude al que tenga razon.

Y dando otro paso más cruzó su espada con Rodrigo.

El adelantado mayor era vigoroso, diestro, experimentado, y de una serenidad incomparable. Rodrigo tenia las mismas cualidades, superándole en otras de que no hacia uso para que el combate fuera igual; y lo era tanto, que durante algun tiempo ninguno habia obtenido ventaja sobre su contrario.

En una de sus rudas acometidas la espada de don Alfonso hirió á Rodrigo en la muñeca y saltó la sangre corriendo por sus dedos.

—Estais herido, exclamó el adelantado secundándole otra estocada en el pecho.

Una sonrisa de supremo desden asomó á los labios de Ayala, que al sentir desgarrarse su carne no trató ya de equilibrar el combate, sino de desplegar sus fuerzas.

Su espada alcanzó á don Alfonso en un hombro, seguidamente en el brazo. El adelantado retrocedió un paso, y cayendo impetuosamente sobre Rodrigo le descargó un furibundo golpe en la cabeza, que á alcanzarlo de lleno lo partiera.

Sin embargo, sus cabellos negros se empaparon de sangre goteándola sobre sus hombros, miéntras corria por su cuello en abundancia.

Entónces nada contuvo á Rodrigo, su propia sangre, su propio dolor le embriagó, y lo mismo que un leon se lanzó á don Alfonso abrumándole con sus golpes.

La sangre de uno y otro encharcaba la tierra que sus piés removian.

Don Alfonso vaciló.

—¡No más! exclamó Rodrigo deteniéndose. ¡Estais vencido!

El adelantado miró al cielo, luego su altiva frente se plegó y contestó con acerba expresion:

—He apelado al juicio de Dios: ¡que se cumpla! y concluyamos.

—Concluido, dijo Rodrigo con voz sorda.

PATUFLET D^r LECHAR G^r

Rodrigo se precipitó sobre él y lo recostó contra un árbol.

Y parando la acometida de don Alfonso le sumergió todo el acero en el pecho.

Dió el adelantado un traspié y cayó de espaldas quedando inerte.

Rodrigo se precipitó sobre él incorporándolo con cuidado y lo recostó contra un árbol para que sufriera ménos.

El desventurado campeon de Elvira fijó en él una mirada, que á pesar de tener la tristísima vaguedad de la muerte aun fue bastante comprensiva para notar la desesperacion de su matador, desesperacion que tenia muy próximo el frenesí.

Lo miró fijamente un instante, le tendió la mano, y clavó sus ojos con resignada expresion en el cielo, que tan contrario le habia sido.

Ayala la apretó convulsivamente entre las suyas, y despues la llevó á su boca cubriéndola de besos que tenian algo de delirantes.

Desprendiéndola don Alfonso no sin trabajo, hizo con ella la señal de la cruz, invocó en su interior al que lo habia confundido en la tierra para que lo levantara á su seno en el cielo, extendió su mano hácia Búrgos en accion de bendecir, y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas que ya empezaban á helarse.

El sol se hundia en el ocaso y un postrer reflejo iluminó con su encendido resplandor el rostro de don Alfonso que hacia augusto sus cabellos blancos y el velo de la muerte que lo cubria.

Sus ojos se habian cristalizado fijos en Ayala, que no turbó su agonía con una palabra ni un gemido; cuando terminó, se levantó, siempre silencioso, cubrió el cuerpo de don Alfonso con su capa, le puso la espada á sus piés, recogió su gorra, envainó su acero, y ántes de abandonar el sitio que tan funesta escena habia presenciado, vuelto á Búrgos extendió los brazos con un impulso de insensato dolor.

Luego cruzándolos echó á andar con un abatimiento sombrío. No léjos encontró unos pastores que recogian su ganado conduciéndolo al aprisco. Detúvolos y dándoles todo lo que contenia su escarcela, les dijo:

—¿Veis aquel grupo de árboles? Pues en él hay un cadáver caliente aun. Id uno y guardadle, y el otro que vaya á Búrgos y avise al arzobispo de Santiago que su hermano acaba de morir.

Sobrecogidos los pastores no osaron responder, y Rodrigo siguió á largos y desiguales pasos por la orilla del Arlanzon, andando á la ventura sin que los guiara su voluntad ni su intento.

Era una máquina que obraba en tanto que la fuerza física que le quedaba no se gastase del todo.

Esto sucedió; pronto su marcha se hizo lenta y vacilante, en momentos se paraba y su pecho se levantaba de fatiga.

El crepúsculo se extinguió, y perdido entre jarales y malezas sólo oia el lejano murmullo del rio cada vez más distante, y su respiracion violenta y anhelosa.

La oscuridad era completa; la luz de los relámpagos disipándola instantánea-

mente la hacian aparecer más densa luego; Rodrigo sentia dolores agudísimos, frio, su naturaleza de hierro se doblaba y cedia; le dió un vértigo, y extendiendo maquinalmente los brazos para asirse á algo y no caer, tocó una pared.

Rodrigo, cuyas rodillas se doblaban, sintió los ladridos de un perro y la voz de un hombre que á pocos pasos de distancia resonó preguntando:

—¿Adónde vais, hermano? ¿Qué haceis contra esa cerca?

—No lo sé, respondió Ayala afirmando su cabeza á la pared.

—¿Quién sois que desconozco vuestra voz? dijo segunda vez la que hablaba en las tinieblas escuchándose más cerca.

—Un herido cuyas fuerzas se agotan.

Y era verdad, porque Rodrigo se desplomó desmayándose.

Dos brazos robustos y vigorosos lo levantaron conduciéndolo á una pobre y humilde cabaña, donde habitaba un monje benedictino que cuidaba una ermita dedicada á la Vírgen con el nombre de Nuestra Señora de los Haces.

El monje, que era un anciano atlético y vigoroso, rudo como su saco, pero caritativo como un hombre consagrado á Dios, lo acostó en su propio lecho, lavó y vendó sus heridas y se preparó á velarlo componiendo un calmante con yerbas que templara su sed devoradora.

A media noche una fiebre que lo abrasaba le hacia delirar llamando á gritos á Elvira.

El anciano ermitaño lo contemplaba á la opaca luz que despedia una lámpara de hierro, y asustado de sus revelaciones murmuraba sujetándole las manos para que no se arrancara los vendajes:

—Hay sangre en sus manos, sangre en su conciencia, sangre en su delirio; mucho sufre este cuerpo que se estremece de dolores, pero más sufre el alma que turba así el crímen ó el desengaño.

CAPÍTULO XXXIII.

DE LO QUE Á ELVIRA ACONTECIÓ EN LA CÁMARA DE LA REINA.

El arzobispo de Santiago y su sobrina habian perdido más tiempo del que creian.

La hora fatal fijada por don Alfonso sonó ántes que Elvira terminara su penosa confesion, y cuando la dejó en su litera y se disponia á tomar la suya supo por los escuderos del adelantado mayor, que venian del alcázar, que su señor ya no se encontraba en él.

Por su parte Elvira llegó á la regia mansion cuando todos la habian dejado,

y atravesando los ya desiertos salones se dirigió á la cámara de la reina, donde la encontró acompañada de sus damas doña Constanza de Castro, doña Leonor de Avellano y doña Isabel de Osorio.

Catalina de Lancaster levantó la cabeza, la miró con enojo y la dijo:

—No os diré, Elvira, que me habeis hecho esperar, porque de eso, segun parece, se os da muy poco, pero sí que vuestro lugar está ocupado ya.

El orgullo de Elvira se rebeló, y parándose en donde la cogió la prevencion de la reina, contestó:

—Y tan ventajosamente, señora, que me obliga á daros el parabien. Si gustais me retiraré.

—¡Eso faltaba! exclamó doña Catalina perdiendo el ceño. Ahora os podiais ir y me dejabais satisfecha. Ya que no ha sido á tiempo, sea á lo ménos.

He dicho á vuestro padre que quiero, miéntras no os caseis con el alférez mayor, que vivais en el alcázar, y desde mañana se os señalará la habitacion más próxima á la mia.

Tuvo Elvira que hacer un esfuerzo terrible para dominar su impresion y sonreirse placenteramente para contestar:

—Si mi tardanza ha sido motivo para que tomeis esa resolucion, desde este instante la bendigo.

Y miéntras esto decia pensaba con amargura que su porvenir era una celda y un cilicio.

—El alférez mayor, señora, se os va á mostrar enojado, dijo la dama de Osorio chanceando sobre el amor de Rodrigo.

—Aquí está el íris que lo calme, replicó doña Catalina riéndose.

Elvira se sonrió tambien, pero sufria tanto al hacerlo que temió se le escapara un ¡ay!

—Fuera enojos y reconvenciones, Elvira, dijo Catalina de Lancaster regocijada aquel dia como la naturaleza con uno de primavera; siento que no hayais asistido porque la córte ha estado brillante; la ricahembra de Alburquerque deslumbraba con su hermosura y con sus diamantes, y á propósito de ella: ¿sabeis que acaso se despose con el infante don Fernando?

—¿Con el infante, señora? replicó con viveza doña Isabel. Por supuesto que lo autorizará V. A.

—¡Sin duda alguna!

—¿Y lo haréis? dijo la de Osorio tornando á insistir en su pregunta.

—El concejo lo desea; y me lo rogó tanto anoche el duque de Benavente...

—Se interesa mucho don Fadrique por la ricahembra, dijo maliciosa ó cándidamente la jóven doña Constanza.

—Y á mí me parece, repuso doña Isabel con la naturalidad mayor del mundo pero que encubria una intencion profunda, que el noble gobernador no se interesa sino por sí mismo.

Las mejillas de Catalina de Lancaster se pusieron como el carmin y las de Elvira palidecieron: ambas habian comprendido á la dama, que á su vez habia comprendido á don Fadrique.

La reina se dirigió bruscamente á Elvira, y la dijo cortando la réplica de la de Castro:

—Traed mi bastidor, Elvira. Quiero bordar para concluir pronto el paño de altar que tengo ofrecido á Nuestra Señora de las Huelgas con las dos lámparas de plata por la salud del rey. No es justo demorar el don despues de haber recibido la gracia.

Elvira tomó un bastidor que estaba en un extremo de la cámara y le preguntó:

—¿Dónde lo pongo?

—Allí, junto á aquellas ventanas. Vos, Leonor, traedme mi sillon.

Las dos damas obedecieron á la reina, que sentándose tomó la aguja y se puso á bordar con gran primor y no poca ligereza, diciendo á su favorita:

—Elvira, ayudadme como acostumbrais, que yo os ayudaré en lo que se ofrezca para pagároslo.

—Lo estoy, señora, con hacerlo.

Y á pesar de que no podia tenerse de pié Elvira se situó á un extremo del bruñido bastidor, colocando delante de sí las agujas, los ovillos y las tijeras para ir enhebrando y cortando como la labor lo requeria.

En el otro extremo se sentaron las damas, que á porfía celebraban las matizadas flores que la mano de la reina iba formando, siguiendo no obstante la conversacion que doña Catalina provocaba con una pregunta y que sostenian las tres.

En cuanto á Elvira, á pesar de la calma exterior que mostraba, sentia una ansiedad tan horrible, una opresion tan violenta que le era estrecha para respirar la vasta cámara que impregnaba de aroma su vestido.

Sucesivamente se abrieron las puertas de la cámara y entraron por ellas el rey con el obispo de Cuenca, su camarero Juan de Velasco, y poco despues el alcaide de los donceles.

Tras este entró el arzobispo de Santiago. Elvira lo miró, pero su frente severa estaba impasible, no revelaba nada; tan dueño era de sí mismo.

—Reverendísimo padre, dijo con viveza el rey apénas le vió: ¡qué os ha detenido hoy que no os hemos visto en la córte de que sois parte tan principal?

—Un deber de mi ministerio, señor, tan sagrado cual lo es un sacramento.

Todas las damas lo miraron con curiosidad; Elvira le dirigió una interrogadora mirada furtiva y desesperada que no obtuvo contestacion.

—Padre mio, dijo doña Catalina preocupada desde la observacion de doña Isabel de Osorio; la buena abadesa del monasterio de Santa María la Real, que tan fervorosamente ha pedido con su comunidad por la salud del rey á Aquel

que se la ha dispensado con su infinito poder, implora del nuestro una recomendacion para conseguir del concejo un privilegio de jurisdiccion eclesiástica y señorial sobre el lugar de Rubena.

—Se le alcanzará, señora, respondió el arzobispo acercándose; cuando no por otra razon, porque vos deseais que lo obtenga.

Y pasando junto á Elvira la preguntó en voz sólo de ella perceptible:

—¿Sabeis adónde iba vuestro padre cuando saliera del alcázar?

Un signo negativo fue la respuesta de su sobrina.

—Enhebradme con blanco, Elvira, dijo la reina, y cortad esta hebra ya acabada.

El arzobispo se mordió los labios y contra su voluntad su frente severa se puso sombría.

Inclinándose Elvira cortó la hebra concluida y enhebró la que le pedian. Despues se enderezó y clavó en don García una mirada de suprema ansiedad.

—¡Tranquilizáos, valor! murmuró el prelado separándose.

Y despidiéndose de su pupilo y de la reina salió del alcázar sin saber qué hacer ni adónde dirigirse, porque ni de don Alfonso ni de Ayala habia quien le diera razon dónde se hallaban, y ante el escándalo de buscarlos públicamente vacilaba.

Despues de don García se fué el rey, y con él su ayo y su camarero; el alcaide de los donceles los siguió, y quedaron solas la reina y sus cuatro damas.

Doña Catalina trabajaba con ardor, Elvira servia el bastidor en silencio, y las damas departian lánguidamente de cosas sin interes, pero pronunciando nombres que hacian estremecer á Elvira.

Así pasó una hora. Cada ruido que resonaba fuera del alcázar, cada murmullo que se percibia en las antecámaras producian en Elvira una fuerte palpitacion.

Cuando las doradas puertas se abrian su mirada se tornaba para ver quién iba á pasar por ellas y un sudor frio inundaba su frente cuando veia su esperanza desvanecida.

Miéntras tanto el cielo se iba poniendo tempestuoso como la víspera y el sol terminaba su diurna carrera derramando una luz viva y encendida que todo lo teñia y coloraba.

La angustia concentrada de Elvira empezaba á ser mortal, y sin embargo vagaba la sonrisa en los labios que se iban amoratando.

Abriéronse las puertas y vió aparecer y adelantarse á Ruy Lopez Dávalos y al maestre de Calatrava, pálido y visiblemente conmovido. Dióle el corazon tan violento latido que maquinalmente se llevó la mano para sujetarlo.

Ruy Lopez se acercó en silencio al bastidor, se inclinó sobre él como si fuéra á mirar alguna cosa, y le dijo á la reina en voz muy baja:

—Acaba de morir ó en duelo ó asesinado el adelantado mayor.

Doña Catalina levantó bruscamente la cabeza, y dudando lo mismo que oia le preguntó:

—¿Don Alfonso Manrique?

Ruy Lopez hizo una señal afirmativa y dió un profundo suspiro.

La reina soltó la aguja y manifestó su profundo dolor con un expresivo ademan.

Todas las miradas se fijaron alternativamente en Dávalos y en la reina, ménos las del maestre que contemplaban á Elvira enhebrando con mano muy temblorosa la aguja que un instante ántes la pidiera doña Catalina.

Aun no lo habia conseguido cuando de repente la campana de una iglesia inmediata comenzó á dar esos tañidos largos y tristes que anuncian á los fieles la salida de la Extremauncion, sacramento que sólo se imprime en la agonía.

A los primeros ecos la frente tan noble, tan hermosa de Elvira, se puso cenicienta, sus rodillas se doblaron y cayó desplomada sobre la alfombra.

Doña Catalina dió un grito poniéndose de pié, las damas asustadas la imitaron, y el maestre y Dávalos se precipitaron para levantarla.

Pero por un esfuerzo supremo de energía ella misma se incorporó, y mirando á don Gonzalo y á Ruy Dávalos con una sonrisa espasmódica dijo:

—Me he.... caido.... no es... nada.... nada.

—¡Elvira! exclamó la reina profundamente afectada: ¡qué golpe!

—¡Valor para recibirlo, hija mia! dijo conmovido el maestre á pesar de su rudeza.

—¡Dios se lo dará porque es grande para todo! dijo don García entrando en la cámara pálido como la cera.

Elvira lo vió, tendióle los brazos y exclamó sucumbiendo al doble peso que la abrumaba:

—¡Ha muerto! ¡por mí!....

Y cayó sin conocimiento á los piés de don Gonzalo.

—¡Dichoso él, hija mia! murmuró sombríamente don García arrodillándose á su lado y poniéndole las dos manos en la cabeza que se habia abatido para siempre.

CAPITULO XXXIV.

EN EL QUE SE DA CUENTA DE LO QUE OCURRIÓ DESPUES DE LA MUERTE DEL ADELANTADO MAYOR, Y DE LA PLÁTICA QUE TUVO ELVIRA CON EL ARZOBISPO SU TIO.

Dejemos pasar el intervalo de tres meses para anudar el hilo de nuestra peregrina historia violentamente roto con la muerte de don Alfonso Manrique,

dando ántes una sucinta idea de lo más notable que durante ellos ocurrió.

Quedó su hija, en nuestro último capítulo, perdido el conocimiento á impulso del rudo golpe que acababa de recibir y de la prolongada agonía que le habia precedido; la reina sentida y acongojada; las damas llorosas; Dávalos y Guzman conmovidos, y don Garcia, postrado junto á ella, confesando en una lacónica exclamacion que era preferible la muerte de don Alfonso á los pesares que dilatándose sufriera.

Pasado el primer instante de estupor, el prelado, que no habia perdido su energía, hizo que su sobrina fuése de allí conducida en brazos de sus escuderos hasta su litera y en esta llevada á su palacio. Luego que llegaron se la colocó en su lecho, á cuya cabecera se situó fray Mendo Perez por expreso mandato de la reina, tan vivamente sentida de la muerte del adelantado mayor como interesada en la conservacion de la vida de su hija.

El cuerpo del infortunado don Alfonso se expuso en el salon principal de su palacio, instantáneamente vestido de negras colgaduras y adornado con todo el fúnebre esplendor con que el orgullo humano ha rodeado en todos tiempos la muerte. La amarilla luz de los blandones resbalaba sobre la descompuesta faz del cadáver, haciendo brillar las franjas, los flecos y las borlas de oro que adornaban las colgaduras de su lecho de reposo.

Todo lo ordenaba don García, á todo hacia frente. Rodeaba de cuidados á Elvira, en quien se habia declarado una fiebre violenta produciéndole un delirio frenético unas veces y otras horriblemente congojoso. Oraba sin lágrimas, pero con un dolor amargo y profundo junto al despojo mortal de su único hermano. Daba órdenes á los pajes y escuderos, dueñas y doncellas que de acá para allá iban plañendo y gimoteando estas, suspensos, aturdidos y contristados aquellos, para que se ocuparan en servicio de la doliente ó en hacer los preparativos de los faustos funerales de su señor; recibiendo por último con tristeza y mesura á todos los ricoshombres y caballeros, deudos y allegados que en Búrgos se hallaban, en cuyo número se contaron el duque de Benavente y Pedro Lopez de Ayala.

Por lo que hace á Rodrigo, todos ménos el arzobispo lo echaron de ménos. Díjose por su hermano que en la misma hora de la catástrofe dejaba á Búrgos para desempeñar una comision secreta é importante en Portugal, y como no presentó su renuncia y mostró por Elvira vivísimo interes y gran sentimiento por su padre, fue creido de todos los que no tuvieron una parte en aquella funesta tragedia.

Hizo secretamente grandes diligencias para saber el paradero de su hermano, pero fue inútil, porque ni un vestigio halló de él en ninguna parte. Se resolvió pues á esperar del tiempo la solucion del sangriento é incomprensible enigma que, gracias á su reserva y á la del arzobispo de Santiago, se hizo indescifrable para todos.

El duque de Benavente asistió como extraño á los sucesos que su torcida venganza ordenó, pero á su pesar bebió entre la ambrosía de su venganza algunas gotas de hiel que en esta vertió un sordo remordimiento.

Seguia pues suspirando á los piés de Catalina de Lancaster, que sin confesárselo lo amaba, ocupándose del porvenir y soñando una corona que, en su desmedida ambicion y en su orgullo presuntuoso, se encontraba digno y predestinado á ceñirla.

Y miéntras así lo arrullaba la esperanza y gozaba de lo presente, Elvira pasaba sus dias, primero entregada á los delirios de una intensa fiebre, despues en unos deliquios mortales, y luego en la más completa postracion física y la más absoluta insensibilidad moral.

Despues de temer por su vida se temió por su razon, y don García se preguntó más de una vez si no la valia más morir que vivir en aquel estado.

Pero Elvira habia cumplido veinte años en uno de los dias que su enfermedad fue más peligrosa y su juventud la venció. Lentamente se fué reanimando; su lánguido desfallecimiento cesó, volvieron los recuerdos á su embotada inteligencia y con estos sus inconsolables pesares.

Volvemos pues á encontrarla en una tarde de otoño sentada en el mismo sillon donde la vímos que se decidió á romper el velo de su destino, rodeada de dueñas y doncellas como entónces, excepto doña Mencía, que fue entregada por el arzobispo á la soledad y estrechez de una oscura celda, á la aspereza de la regla de San Benito y á la vigilancia de una severa abadesa. El paje estaba sentado en un cojin á sus piés, el balcon donde estuvo asomada abierto, y sin embargo el cuadro era diferente, en nada se reconocia.

Ya no era Elvira aquella mujer de embelesadora hermosura y frente orgullosa que paseaba con Ayala esquiva y altanera por los bosquecillos del alcázar; no era la que llena de pasion y de esperanza henchia de orgullo y de ventura al duque de Benavente con un ¡te amo! al abandonar el festin de la reina de Navarra; no era la que febril y desesperada se habia arrodillado á los piés del arzobispo de Santiago; de Elvira sólo quedaba una sombra, pero sombra tristísima y desolada.

Habian colocado un sillon frente al jardin, que de sus galas conservaba un resto de verdura que sólo se tornaba amarilla; pero á la sazon ni miraba las escasas flores que aun habia ni los pájaros que revoloteaban al rededor, ni tampoco se elevaban sus ojos hácia el cielo terso y purísimo; con una vaguedad cruzaba el espacio sin percibir ningun objeto.

Aquel Fernando tan travieso y burlon que iba como loca mariposa de una en otra dueña, hora enflaquecido, macilento, sin chistar ni moverse, parecia una de esas alegres y voladoras aves privadas del aire y de la libertad.

Las dueñas y doncellas todas enlutadas y en silencio bordaban y cosian, y de vez en cuando alzaban una mirada sobre su señora, que ni aun sentia la im-

presion del aire rozando sus hundidas y amarillentas mejillas que marcaba su melancólica y profunda distraccion.

Un ténue ruido que iba pasando de antesala en antesala llegó hasta el espléndido salon donde se hallaba Elvira, anunciando la presencia del arzobispo: dueñas y doncellas se levantaron, Fernando salió á recibirle, y así que entró todos se retiraron.

Don García llegó hasta su sobrina sin que esta se apercibiera ni hiciese el más leve movimiento.

Por un brevísimo instante la estuvo contemplando en su tristísima abstraccion, anublándose su semblante de suyo tan severo; pero disimulando su impresion extendió su mano hasta tocar su frente tan descolorida y mustia, y le dijo con dulzura:

—¿En qué pensais, hija mia?

Levantó Elvira sus ojos hundidos y empañados, y contestó con la calma del desaliento:

—En nada. Floto en medio del vacío que me predijo Ben Samuel.

—¡Elvira! replicó el prelado con acento de reconvencion. ¿Cuántas veces será menester que os repita que olvideis?

Elvira cruzó las manos y bajó la cabeza con el abatimiento del que no tiene fuerza ni esperanza.

—Hija mia, añadió el arzobispo con acento persuasivo y enérgico, alejad esos recuerdos funestos de vuestra memoria; luchad con ellos sin tregua, poniendo vuestra confianza en el Padre celestial; en Aquel que despues de la tempestad restablece la calma; en Aquel que recibe en expiacion las lágrimas y los suspiros, y cuya compasion y bondad nos los compensa colmándonos de consuelos, de paz, de ventura y dulce alegría.

—Grande es su poder, dijo Elvira, cuya fe estaba tibia con la desgracia; pero hay horas que siento mi frente húmeda... y no me atrevo á pasar por ella la mano por temor de retirarla empapada de sangre.

—Ese es un resto del delirio de vuestra enfermedad, dijo don García confortándola con singular amor.

—Ya no deliro, dijo Elvira sonriéndose con amargura; ahora siento.

—Pues bien, hija mia; cuando os acometan esas ideas, cuando os aflijan esos pesares, cuando ese pasado con sus funestas imágenes se os presente á vuestra imaginacion, levantad vuestras manos á Dios, pedidle con fe, pedidle con lágrimas que os tranquilice, y veréis cómo se disipa vuestra angustia. Entónces, fortaleciéndose vuestro espíritu con la fuerza que os comunique, veréis cómo huyen esos fantasmas apenadores con la luz de su mirada.

—No lo espero, replicó Elvira con su desolada calma; constantemente *están* en mi fijo y horrible pensamiento; se colocan entre mis ojos y el cielo, entre mi oracion y Dios; llenan el espacio que me rodea; siempre los ten-

go delante, ¡siempre, siempre! Y yo creo que esto debe ser así eternamente...

—No, Elvira. El tiempo calmará la amargura de vuestros recuerdos por sí mismo. Pero dejemos lo pasado, que ya pertenece á Dios como el que muere, y ocupémonos del porvenir que aun puede ser tranquilo, tal vez feliz, cuando la paz descienda á vuestro corazon.

La reina os llama con instancia. ¿Quereis volver á su lado? ¿habeis resuelto alguna cosa respecto á vos? ¿formais algun proyecto sobre vuestra futura existencia? Comunicádmelo, hija mia, y yo os allanaré el camino que os plazca seguir, arrancando los abrojos que en él se encuentren.

Pasó Elvira su mano enflaquecida y casi trasparente por su frente amarilla y nebulosa, y despues de un instante de vacilamiento preguntó con emocion:

—¿Y Ayala?... ¿Dónde está?... ¿Qué hace?...

—Hija mia, contestó el prelado temeroso del efecto que su respuesta podia causar en el ánimo impresionable de su sobrina; no se sabe. ¿Por qué me lo preguntais?

—Para acabar de convencerme que en todo tuvo razon Ben Samuel, dijo Elvira sombría; el uno rechazó el instrumento inútil y gastado, el otro le arrojó sangre y desprecio, y héme sola en el vacío.

Los ojos del prelado se inflamaron, su frente se plegó, y con una energía terrible exclamó:

—¡Por Jesucristo, Elvira! ¡Perdonad á esos hombres y lanzadlos de vuestra memoria!

Mas Elvira bajó la cabeza por segunda vez con más sobrecargada expresion que la primera, y guardó silencio.

Don García se dominó, dulcificó su acento, y le dijo:

—Aquí se nutre vuestro pensamiento en recuerdos emponzoñados, y es necesario que os sustraigais á ellos. Vamos á tomar un partido, hija mia. Entregáos á Dios ó al mundo, pero no permanezcais así. Resolvéos á una cosa; se os brinda la paz de un claustro y los favores de la córte. ¡Hablad!

—El dia... aquel dia en que yo debí morir, prometí, para salvar el nombre de mi anciano padre de una mancha, profesar en un convento; sea por su memoria lo que ya es inútil para su fama.

—Lo que entónces ofrecisteis no tiene ningun valor, Elvira, por poco que os inclineis á la córte...

—No quiero que esta frente la vea nadie. ¡A Dios me acojo! ¡Dios y la muerte no rechazan á nadie!

Y Elvira se cubrió la suya con las dos manos.

La fuerza de don García se gastaba contra aquella desolada desesperacion.

—¿Dónde quereis tomar el velo, hija mia? le preguntó despues de una ligera pausa.

—En Santa María de las Huelgas. ¡De allí salí para el mundo!

—¿Y para cuándo fijais vuestra entrada?

—Para mañana si lo aprobais.

—¡Bien! Pero ántes que lo hagais teneis un deber sagrado que cumplir. ¿Qué disponeis de esos fieles y antiguos criados que os han visto nacer y que en el último tercio de su vida van á hallarse sin dueño y sin pan? ¿Qué destino quereis dar á esos inmensos bienes de que sois poseedora?

—Una parte no escasa de ellos la distribuiréis entre todos esos viejos y leales servidores que han encanecido en el servicio de mi familia, para que no conozcan jamas que les falta su señor. Los restantes repartidlos en los conventos de Búrgos para que imploren cuotidianamente el eterno descanso de mi padre.

—¿Qué más deseais, hija mia?

—Que le digais á don Gonzalo Nuñez de Guzman le recomiendo á mi paje Fernando; que le suplico sea su protector, y que haga de él un cumplido caballero. Tambien os lo suplico á vos, y os encargo ademas que le formeis de mis bienes un patrimonio modesto pero independiente.

—¡Descuidad! Fernando será dichoso en memoria vuestra, ó por lo ménos se hará por que lo sea. ¿Quereis ver á la reina y despediros de ella?

—¡No, no quiero pruebas! Hartas he sufrido. Decidla sí en mi nombre que no voy á besarle la mano, porque temo que me falten fuerzas para atravesar su cámara, y que le pido como un último favor asista cuando tome el velo á la ceremonia.

—Lo hará, estad segura; y para participarle vuestra resolucion os dejo, hija mia.

—¿A qué hora vendréis mañana? le preguntó Elvira que estaba tan pálida como una estatua de cera.

—A las diez, dijo don García dolorosamente afectado. ¿Os parece bien?

—Sí, sí; así llegarémos temprano al monasterio.

—Pues hasta mañana, hija mia.

—Un momento, exclamó Elvira arrodillándose; que me bendiga el que ha sido mi consolador.

Y doblando la cabeza cerró los ojos y cruzó las manos apretadamente.

—¡Señor y Dios mio! exclamó el arzobispo con profunda emocion; descended á su alma y dulcificad su amargura, reanimad su espíritu que desfallece, dadle resignacion y esa suprema esperanza que procede de vos y en vos se cifra.

Elvira abrió los ojos y clavándolos en el firmamento claro y trasparente, dijo:

—¡Dios mio! ¡y si no me dais consuelo, dadme fuerza, porque sucumbo!

Un sollozo se escapó del pecho de bronce de don García, el cual alzándola y colocándola en un sillon la dejó, no sin llamar á sus dueñas y doncellas para que entraran á acompañarla.

CAPÍTULO XXXV.

CÓMO EL ARZOBISPO DON GARCÍA MANRIQUE HIZO EL ENCARGO DE SU SOBRINA Y CONSIGUIÓ DE DON ENRIQUE LO QUE DE ÉL SOLICITÓ.

De la morada de Elvira se fué don García derechamente al alcázar, y cuando entró en la cámara de la reina con el dominio que ejercia sobre sí mismo no se descubria en su rostro tan severamente caracterizado un vestigio de la emocion que habia sufrido.

Era el hombre de hierro el grave y adusto prelado.

Habia dado la reina grandes y reiteradas pruebas de interes por su dama predilecta, lo mismo en su peligrosa enfermedad que durante su larga convalecencia, haciéndole saber por medio del arzobispo, única persona que la veia, era su intencion llevársela á su lado para endulzarle sus penas con afectuosas atenciones.

En el momento que don García se presentaba para darle la despedida de Elvira, la reina, que estaba rodeada de sus damas, se ocupaba en hablar á estas de aquella, y al oir el nombre del prelado, ocupada como estaba su memoria por su favorita, dijo despues que este la saludó:

—Siempre os veo con placer en mi cámara, reverendísimo padre, pero lo que es ahora os aseguro sois esperado con impaciencia.

¿Qué nuevas me traeis de Elvira? ¿La verémos por fin á nuestro lado como solicita mi deseo?

—No, señora, respondió el arzobispo con firmeza y mesura; Dios se ha servido disponerlo de otro modo. Irrevocablemente decidida trocará mañana su palacio por una celda y muy en breve la tierra por el cielo, recibiendo cumplida recompensa por lo que desprendidamente abandona.

—Y su corona será más rica que la mia, repuso la reina entristecida; y sin embargo, lo confieso, padre mio, la veré sobre su frente con indecible pesar.

—Siento lo mismo que V. A., señora, replicó don García dando un amargo suspiro; y tanto más cuanto que la vejez no renueva sus afecciones ni ve reparadas sus pérdidas. Elvira es una estrella que se eclipsa y quiere consagrarle á Dios sus últimos resplandores.

Acabo de dejarla preparándose para entrar mañana en el monasterio de las Huelgas. Os envia su despedida, asegurándoos lleva á su retiro el pesar de no

veros ni besar vuestra mano, pero quebrantada como una caña batida de recios vendavales le falta la fuerza necesaria para arrostrar los recuerdos que tiene el alcázar para ella.

—Respeto la amargura de sus sentimientos; respeto su resolucion aunque me cause un disgusto inexplicable, respondió la reina afectada. Así se lo diréis, y tambien que iré como una amiga á visitarla en su retiro.

—Podeis hacer más por ella, aunque sea mucho lo que ofreceis, le dijo don García recordando el deseo de su sobrina.

—No adivino qué, replicó con viveza Catalina de Lancaster; de otro modo estaria hecho lo que indicais.

—Enviarle la promesa de asistir á la ceremonia de su toma de hábito en Santa María la Real, lo cual os ruega la concedais.

—¡Aun no lo creo! exclamó conmovida la reina. Mas si llega ese dia, si resiste las súplicas de Ayala, que no puede tardar en volver, como asegura su hermano el corregidor de Toledo; si el tiempo nada puede sobre su dolor, vos y yo serémos sus padrinos. Participádselo y prometédselo en mi nombre.

—Lo deseaba, señora, sin que me atreviera á proponéroslo, contestó el prelado sin que la satisfaccion de su orgullo lisonjeado con aquella distincion quitara alguna de las muchas sombras de su frente; permitid que os dé las gracias por tan gran merced como nos haceis, concediendo á mi sobrina su primera y última súplica y honrándome á mí que hago con ella las veces de padre, eligiéndome para acompañaros.

—¡Pobre Elvira! dijo doña Catalina así que don García salió; la última tarde que pasó en esta cámara, ¡cuán feliz era! ¡Quién le hubiera podido predecir tal turbion de desdichas!

—Señora, dijo doña Isabel de Osorio que habia estado pensativa; en la muerte de don Alfonso Manrique, en esa desaparicion misteriosa de Ayala, en esa desesperacion incurable de Elvira, hay un misterio que creo no ha de ser incomprensible para todos; y par diez que si mis presunciones no se engañan, el duque de Benavente ha de poder aclararlo.

—¡El duque! exclamaron á la vez la reina y todas sus damas.

—¡El duque! repitió la de Osorio con grave acento.

—Pues yo le creo completamente extraño, dijo Catalina de Lancaster en tono de absoluta conviccion.

—Yo no, repuso la dama con tanta ó más.

—Pero ¿qué motivo teneis para creerlo? replicó la reina ligeramente alterada.

—Ciertos antecedentes y diferentes observaciones que ahora se me completan con la revelacion que el arzobispo acaba de hacer.

—Exponedlos si quereis, doña Isabel, dijo Catalina de Lancaster sonriéndose incrédulamente.

—Yo sé que el duque ha pretendido á Elvira.

—¿A Elvira? exclamó la reina sin poderse contener.

—Sí, señora, contestó la dama dando una terminante afirmativa.

—Sería cuando salió del convento....

—No, señora, ha sido despues que la córte vinó á Búrgos.

—¡Imposible! dijo Catalina de Lancaster respondiéndose á sí misma.

—Señora, repuso doña Isabel de Osorio con profunda intencion, V. A. no conoce aun á don Fadrique de Castilla, cuando duda de su atrevimiento y desconoce su veleidad.

La reina conoció que se hacia traicion, y dominándose dijo á su dama con indiferente acento:

—Ni dudo ni creo, doña Isabel, pero me sorprende oir lo que nadie ha imaginado.

—Porque el duque sabe disimular lo que le importa, y le importaba ocultar sus pretensiones amorosas, pues que el alférez mayor á tener de ellas una prueba le hubiera retado y le hubiera tendido á sus piés ni más ni ménos que lo hizo en el último torneo.

—¡Y lo descubristeis vos! repuso con ironía la reina.

—Sí, señora.

La reina dió una carcajada cuya violencia no conoció mas que su interlocutora. Las damas le hicieron coro alegremente, y algun sarcasmo cayó cortante y agresivo sobre ella.

—Quede sentado que el duque pretendió clandestina y apasionadamente á Elvira, porque don Fadrique, todo antojo y todo orgullo, es tambien todo fuego y todo ímpetu. ¿Le resistió la prometida de Ayala? No lo sé, eso entra en el misterio. ¿Lo supo el alférez mayor? Si lo supo, ¿por qué ha huido el dia mismo que don Alfonso caia á orillas del Arlanzon con una herida mortal? ¿Quién fue el que le hirió? Hé ahí lo que no se sabe, pero es de presumir que uno de los dos rivales.

—El duque no fue, dijo la reina empezando á preocuparse con las revelaciones y las suposiciones de su dama; el duque pasó la tarde con doña Leonor su hermana y doña Beatriz su cuñada, y Ayala salió para Portugal como lo afirma su hermano. Ademas, era el amor que suponeis en el duque motivo para reñir con su rival, no con el padre de su amada.

—Ese es el enigma, señora.

—Que Ayala aclarará á su vuelta.

—No lo espero.

—¿Por qué razon?

—Porque Elvira va á profesar.

—¿Y si ella prefiere á Dios?...

—Es que Rodrigo Lopez de Ayala se interpondria entre Dios y ella, así como don Fadrique se ha interpuesto entre él y su prometida. Ademas tiene su palabra dada, y sabeis que para profesar se necesita no tenerla.

—Esa es mi única esperanza, que cuando vuelva lo haga, reclamando su derecho.

—¡Si vuelve! Os repito lo mismo que don Fadrique me dijo la tarde de los funerales del adelantado.

La reina miró fijamente á su dama, y dijo con intencion:

—Doña Isabel, ¡cuán enemiga sois del duque!

—¿Enemiga porque descubro sus pretensiones amorosas?

¡Oh! no, señora, no lo soy; es que adivino sus intenciones siempre interesadas y ambiciosas; es que soy muy afecta á las que él designa para llenarlas y satisfacerlas, y las prevengo como puedo.

—Siempre que lo hagais á tiempo, dijo doña Catalina gravemente, débeseos agradecer.

—Y eso que V. A. no conoce al hombre que ama hasta que le corresponden, que pretende hasta que obtiene, y que olvida así que se le satisface.

—¡Temible es! murmuró la reina con terror.

—¡Oh! no, señora; la que ame al duque, que no se lo manifieste jamas, y le tendrá miéntras aliente á sus piés.

—Mucho le conoceis, dijo maliciosamente una dama.

—Y no por experiencia propia, replicó la discretísima doña Isabel con donaire; porque yo, doña María, sólo hallé gracia en los ojos de mi difunto esposo, que no reparó en esta desmesurada nariz.

Y la dama, que con efecto la tenia prolongada, la presentó con la mayor gracia del mundo. Todas las demas se echaron á reir y la conversacion recayó en ella misma.

Pero miéntras que Catalina de Lancaster recibia un aviso tan directo como era posible dársele; miéntras que doña Isabel se esforzaba en aclarar lo que para todos estaba completamente oscuro y las damas acogian sus presunciones burlándolas, porque la reina las rechazaba; el arzobispo don García Manrique salió de su cámara y se dirigió á la del rey á paso lento y un tanto pensativo, y llegando á la antecámara se deslizó por una puerta esculpida que se hallaba entornada, penetrando en una vastísima habitacion, en cuyo fondo se veia la venerable figura del buen obispo de Cuenca, regaladamente sentado en un altísimo sitial.

Acercóse don García y se levantó perezosamente el ayo de Enrique III saliendo á su encuentro, y así que cortando la distancia uno y otro se encontraron mano á mano, le dijo aquel á este:

—Y ¿el rey?

—En su cámara leyendo.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Le habeis hablado como os rogué?

—Y no una vez sola por complaceros.

—Y ¿qué dice?

—Su corazon se conmueve y accede, porque es bonísima su índole; pero tiene miedo y lo resiste negándose á darle la libertad.

—¡Miedo! ¿A quién?

—A los gobernadores, ó mejor dicho al primado; como sabeis lo que pasó con el testamento...

—Una vez que está prevenido, yo le hablaré, y si algo vale mi ruego ha de concederme lo que demando.

Y esto diciendo saludó al pacífico obispo, y saliendo de su presencia se dirigió á la de don Enrique, entrando en su cámara para aprovechar su soledad.

Una lámpara de plata iluminaba la regia estancia. En un ángulo de ella estaba Enrique III leyendo atentísimo en un voluminoso libro puesto en un atril, y este sobre una mesa cubierta de un tapete de terciopelo carmesí, al lado del cual habia una palmatoria de plata con una vela de cera que reflejaba su amarilla luz sobre el libro y el tierno lector.

Distraido por la voz de don García volvió la cara, y fijando en él su inteligente mirada:

—Rato há que os espero, le dijo con afectuosa expresion.

—Y eso que no sospechabais que los dos aquí solos y retirados vamos á tratar un asunto muy grave, desempeñando cada uno una mision muy distinta, pero las dos grandes y elevadas.

—¿Venis á darme esas sublimes lecciones que oidas de vuestra voz se graban á la vez en el corazon y en la memoria?

—Sí; pero ántes tendré necesidad de recordaros que sois rey, y que como tal ejerceis la potestad augusta que hace al que lo es la imágen de Dios sobre la tierra; porque así como las suyas en el cielo, vuestras sentencias en la tierra son inapelables, y así como perdona, perdonais. Este es un privilegio, don Enrique, que enaltece; no lo dejeis en desuso si quereis glorificaros.

—No lo temais, padre mio, respondió Enrique III con su precoz gravedad. Cuando reine veréis cómo no ha sido inútil el que me amaestreis con vuestros consejos: aquí están vuestras inspiraciones.

Y el dócil discípulo tocó su hermosa y desarrollada frente con sus dedos delgados y amarillos.

—Muchas veces os he dicho que cuando gireis en vuestra esfera de rey, ejerzais sobre vuestros vasallos el influjo de padre, á semejanza de Aquel que reina sobre los pueblos y los reyes, quebrantándolos ó ensalzándolos, segun se humillan ó ensoberbecen.

Os he dicho tambien que teneis que hacer justicia, y que ha de ser con rectitud, con imparcialidad, con firmeza.

Os he dicho que teneis que perdonar ofensas propias más que ajenas, estas con reflexion y detenimiento, aquellas con grandeza y generosidad, noblemente,

y que sea un acto espontáneo, mas bien que impuesto, porque de este modo ni se agradece ni se admira, porque es un acto de debilidad, y no un buen impulso de conmiseracion ó hidalguía.

El rey, pues, don Enrique, debe hacer su yugo suave; debe juzgar tan rectamente que al que condene no lo reconvenga, ni al que absuelve le agradezca: debe perdonar con magnanimidad.

Todo esto lo sabeis y mucho más, porque lo que no se os dice lo adivina vuestra penetracion, lo descubre vuestro instinto, así es que poco tengo que enseñaros. Lo que sí es menester, es conducir vuestra voluntad, y eso es lo que cumple á mi ministerio; por eso os he dicho que los dos harémos cosas grandes, y grandes serán si mi voz halla eco en vuestro tierno corazon.

—¡No ha de tenerle, padre mio! Mostradme lo que he de hacer y veréis cómo me dedico á la obra.

—A mostrároslo voy, pero ántes escuchad. Figuráos que han pasado los años, que sois mayor y os hemos entregado las riendas del gobierno. En Castilla, como en todos los reinos diseminados sobre la haz de la tierra, hay débiles que son oprimidos y fuertes que son opresores. ¿Qué os corresponde hacer con estos y con los otros?

—Extender mi cetro entre ambos para que se convierta en escudo que proteja al oprimido y freno que contenga á los opresores. El rey debe serlo en todos y para todos.

—Y ¿si una de esas cabezas encumbradas y altivas, pero amadas, porque todo mortal tiene sus afecciones, se volviera contra vos, ó faltara á la ley, ó vendiera la patria, qué hariais?

Púsose el niño en pié, y realzando su ademan y la expresion de su rostro lánguido y delicado la energía y la resolucion, respondió:

—Si vendiera á mi Castilla le castigaria severamente, aunque fuera mi propio hermano.

—Y ¿si hollara la ley?

—¡Tambien!

—Y ¿si se rebelara contra vos?

—Le llamaria una y otra vez ántes que empeñáramos la lucha. Lo halagaria para evitarlo.

—Y ¿si no os atendia? ¿Si alzaba pendones contra vos?

—Lo someteria con la fuerza y le castigaria.

—Y ¿no le perdonariais?

—No, porque esto sería amenguar la dignidad que habia ofendido despreciándola.

—Y si ese culpable fijara tras luengos años de un castigo penoso su mirada suplicante en V. A., como la clava en el supremo juez cuando invoca su misericordia: ¿le rechazariais?

—No, no, que le alargaria mi mano magnánimamente, padre mio.

—Pues tendedla á don Alfonso Enriquez de Noroña, vuestro tio. Don Enrique, sus ofensas no han sido á V. A., y su gratitud, su adhesion, su amor serán para V. A.

—Y ¿de qué sirve que yo le perdone?

—De que ese cautivo de nueve años goce esos inapreciables dones que Dios le concede al hombre, aire, espacio, luz y libertad; que vuelva al regazo de su familia, que abrace al hijo que apenas conoce, que vuelva á ser lo que ha sido.

—Y ¿el concejo, padre mio? A él está encomendada su suerte, como la de don Juan de Castilla y su hermana y el infante de Portugal.

—Eso será si el testamento de vuestro padre se guarda, y aun no se ha llevado á efecto; y si ántes de que suceda le perdonais: ¿quién se atreverá á revocarlo?

—El concejo.

—El concejo soy yo, replicó don García con toda la arrogancia de su audaz y altivo carácter; yo acepto la responsabilidad que lleva el acto que demando y no ocultaré mi frente si les place reconvenirla.

En cuanto á V. A., es uno de sus derechos privativos; los sentimientos del corazon no están subordinados á los tutores; podeis amar y aborrecer, perdonar ó ser inexorable; los sentimientos no tienen otro juez que Dios. ¿Perdonais?

—Y ¿el primado?

—El primado es un apóstol del Señor, no puede desaprobar el perdon de las ofensas. ¿Perdonais?

—¡Si yo no lo aborrezco!

—Lo sé; los seres puros como V. A. no conocen el odio; pero haced que conste en un pergamino.

Enrique III lo miró, aun estaba indeciso.

—¿Será necesario que os exhorte en nombre de Jesucristo? le preguntó severamente el arzobispo.

—No, contestó su pupilo con un arranque de nobleza y dignidad. Si he vacilado ha sido por no verme desairado como há muy poco lo fuí; pero conste que lo perdono, le devuelvo la libertad y le llamo *espontáneamente* padre mio.

Y esto diciendo volvióse á la mesa delante de la cual se hallaba, tomó un pergamino, y dijo:

—Extended el acta, pues á vos os corresponde.

No se lo hizo repetir el arzobispo, sino que tomando la pluma escribió algunas líneas con rapidez, líneas que más adelante debian alterar nuevamente á Castilla, pero que miéntras las trazaba el corazon del rey se dilataba y la frente de don García se despejaba de las espesas sombras que la cubrian.

Terminando su cometido presentó el pergamino á don Enrique, quien despues de recorrerlo con una ojeada lo firmó aplicando el sello con su misma mano, hecho lo cual se lo entregó á su tutor, diciéndole:

—Trasmitídselo vos, padre mio.

—Mañana, respondió el prelado tomándolo, mañana mismo se lo enviarémos á Monreal, y en cuanto le reciba volará á vuestros piés en alas de la gratitud.

—Creo que no le conoceré, repuso don Enrique recobrando su tranquila actitud, pero os puedo asegurar que lo veré con alegría. Venga, pues, á Búrgos y verémos reunidos en torno nuestro á todos los hermanos de nuestro buen padre, que gloria haya.

—Así sucederá, dijo don García que en aquel instante abarcaba lo futuro con su pensamiento, y ojalá que sea pronto, añadió con profunda y acerba expresion.

Despues rollando el pergamino lo guardó, y sin detenerse más tiempo que el necesario para despedirse de su régio pupilo, se fué para disponer todo lo concerniente á la grave resolucion adoptada por Elvira.

CAPÍTULO XXXVI.

CÓMO FUE ENTRADA LA HERMOSA ELVIRA MANRIQUE DE LARA EN EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LAS HUELGAS DE BÚRGOS.

A las diez de la mañana Elvira, rigorosamente vestida de luto, bajaba la escalera de su palacio sostenida por Ruy Lopez Dávalos, á quien la reina habia comisionado para acompañarla y despedirla, y el maestre de Calatrava que quiso dejarla en el monasterio, como habia dejado á su padre en el fondo del sepulcro.

El arzobispo de Santiago seguia en pos con todos sus deudos y allegados, y tras estos venian los pajes, los escuderos y toda su servidumbre.

Elvira subió á su litera, los demas en sus caballos, y el enlutado cortejo se puso en marcha para Santa María la Real.

Cuando llegaron al monasterio la puerta reglar se abrió, y la abadesa, que lo era su tia doña María Gonzalez de Lara, salió á recibirla hasta el dintel con toda la comunidad.

Rodeada de los que la acompañaban Elvira alzó sus ojos, y penetrando con ellos á traves de aquella puerta en cuyo umbral tenia el pié, miró frente á frente su porvenir.

Ansiando pasarla para terminar el tormento que el disimulo le imponia se volvió al mundo que representaba aquella elevadísima parte de él que la acompañaba, y dijo con entereza:

—He llegado á mi fin, señores.

Entónces principiaron las despedidas.

La de Dávalos fue expresiva, la del maestre breve, todas afectuosas y sentidas. Elvira las recibia impasible y las contestaba sin emocion; pero cuando el arzobispo profundamente conmovido la dijo:

—¡Paz, Elvira!

Cuando Fernando, cogiendo convulsivamente su manto se puso á sollozar sin poder proferir una palabra; cuando todos sus criados se agolparon en torno suyo para besarla la mano por última vez, y llorando la reconvenian por dejarlos, colmándola empero de bendiciones; su corazon quebrantado por tantas impresiones como habia sufrido sucumbió y cubriéndose el rostro con las manos rompió en acongojado llanto.

Sin embargo, dió un paso más, entró y cayó casi desmayada en los brazos de su tia.

Las puertas se cerraron y Elvira quedó en el recinto donde habia lucido su aurora y donde deseaba tener su ocaso.

CAPÍTULO XXXVII.

CÓMO ENTRE ANOCHECER Y AMANECER PUEDEN SUCEDER GRANDES COSAS Y SÚBITAS MUTACIONES.

En las inmediaciones de Ocaña habia en el siglo XIV una fortaleza construida de piedra, defendida su entrada con dos fortísimas torres y asegurada por un puente levadizo, con puertas de hierro y un profundo foso henchido de agua hasta desbordarse.

Sus estrechas ventanas, que más que esto parecian saeteras, estaban cruzadas con gruesas barras de hierro, y sus muros y barbacanas tenian una solidez desafiadora, así para los esfuerzos de los hombres como para los estragos que pudiera causar el tiempo.

Aquel castillo pertenecia á la órden de Santiago y llevaba el nombre de Monreal.

Ocultábase el sol en el horizonte tras una faja de vivísima luz, y mirábalo desaparecer abismado en una profunda meditacion un hombre que en la plataforma del castillo se recostaba en una almena.

En el extremo opuesto se paseaba un centinela con su alabarda al brazo, y

á pocos pasos del abstraido meditador estaba parado un anciano encorvado por la edad y sobre cuyo pecho la roja cruz de Santiago se ostentaba.

El primero era don Alfonso Enriquez de Noroña, señor de Noroña y conde de Gijon, bastardo como el duque de Benavente de Enrique II, el cual estaba á la sazon disfrutando el único privilegio que le era concedido: mirar el horizonte. El segundo era el comendador Bernardo de Hinestrosa que tenia en guarda la fortaleza y el prisionero nueve años hacia. El tercero, no hay que explicarlo, el centinela perpétuo del conde.

Entregado este como estaba al giro caprichoso y vivo de su pensamiento frunció las cejas que embellecian su morena frente, y dióse en ella una palmada con amarga desesperacion al ver desaparecer la hermosa lumbrera del cielo bajo las encendidas tintas de Occidente, exclamando al mismo tiempo:

—¡Un dia más!

La fisonomía franca y pronunciada del anciano comendador se entristeció notando la accion del apesadumbrado prisionero, y dando un paso hácia él le dijo con acento de reconvencion:

—¡Siempre lo mismo, don Alfonso!

—Siempre lo mismo, comendador, y no lo extrañeis, porque los dias de nueve años son muchos para contarlos así.

—Pues bien, no los conteis, dejadlos pasar esperando en los que han de venir.

—¡Que no los cuente un prisionero! Mirad, continuó animándose por grados; tras esa dorada cinta que nos refleja aun los resplandores del sol está la libertad, mi patria, mi esposa á quien amo, y mi hijo, que Dios sabe si me conocerá. Tras ella veo á mis hermanos vivir y gozar sin cuidarse del pobre prisionero á quien odian ó temen. Veo esa córte que se agita, que se embriaga alternativamente de poder, de oro y de incienso. Veo á esas reinas presidiendo festines y coronando en los torneos, y delante de ellas me veo á mí, Alfonso Enriquez, encerrado en una torre sombría, reducida mi condicion á envidiar los pájaros que anidan entre las piedras desunidas de las almenas, porque más felices mil veces que yo pueden cruzar el espacio, batir el aire sus alas y acariciar una amante compañera.

—¡Por Santiago, conde! dijo rudamente Bernardo de Hinestrosa queriéndole consolar. Dar rienda á tan tristes pensamientos es como ensañarse consigo mismo. ¡Ira de Dios! ¡eso no! ¿Quién sabe si mañana terminará vuestro pasado cautiverio?

—¡Quién sabe! Por la centésima vez me repetis esa frase, comendador, y todavía, nada, ni nadie ha venido á darme una esperanza... ¡Oh, creedme, nadie en la tierra se acuerda ya de mí!

—Poco importa eso, don Alfonso; así no os olvide Dios en el cielo.

—¡Dios! murmuró el desesperado prisionero levantando sus ojos al azul firmamento donde comenzaban algunas estrellas á brillar. No sé si me olvida, Hinestrosa, pero sí que me desatiende.

Y bajándolos de la region etérea se clavaron en los fuertes muros que lo guardaban, exhalando un hondo suspiro que revelaba su amarga pesadumbre.

Interrumpida quedó la conversacion. El prisionero se puso á mirar al campo y el comendador dió lentamente un paso.

—Comendador, exclamó de pronto el conde: ¿veis destacarse sobre aquella altura una figura negra y misteriosa?

—Sí, par diez, contestó el anciano Hinestrosa que se habia acercado y seguia la direccion del brazo del conde; ahora toma la vereda que conduce al castillo... Miradle, es un monje, y si no me engaño del Paular.

Don Alfonso y el comendador siguieron con atencion la marcha del religioso y le vieron entrar en la avenida.

—Tengo necesidad de dejaros, dijo Fernando de Hinestrosa cuando le vió acercarse al puente que aun no estaba levantado; pues se hace necesaria mi presencia para recibir á ese santo varon, que viene sin duda á pedir hospitalidad. En cuanto á vos, si quereis, permaneced aquí para disfrutar un rato de la hermosura de la noche, quedáos.

Hizo el noble cautivo una señal afirmativa, y la hizo regocijado, porque era aquel un señalado favor y no acostumbraba á recibirlos.

—Quedad con Dios, dijo el anciano encaminándose á la puerta.

—Id con él, respondió don Alfonso abandonando la almena sobre la que hasta entonces habia estado recostado.

Solo ya en la plataforma, si solo puede llamarse llevar un centinela á la espalda y tener dos á la puerta, se puso á pasear con lentos pasos, la barba sobre el pecho y las manos cruzadas á la espalda.

Corto espacio de tiempo habia trascurrido cuando tornó el comendador á presentarse en la plataforma, y dirigiéndose al conde le dijo:

—Don Alfonso, el reverendo abad del monasterio del Paular trae una mision reservada para vos, y está esperando que le recibais.

—¡Una mision para mí... encargada á un fraile con reserva, exclamó el prisionero con una exasperacion que sus negras ideas fomentaban, es, pesie á mi vida, de malísimo agüero! Contestadle, pues, que no tengo nada que confesar, que se vaya.

—Hombre desconfiado é impetuoso, repuso el buen comendador persuadiéndole; recibidle. ¿Qué perdeis? Entre una nube se dejó oir la voz del Señor cuando habló con Moises, y no por eso dejó de salvar al pueblo escogido. Tal vez la frente que cubre una parda capucha encierre un pensamiento capaz de terminar vuestros pesares.

Una súbita y vaga esperanza penetró en el corazon del conde, quien respondió diciendo:

—Os complaceré, comendador. Hacedme el favor de anunciarme y precederme adonde gusteis que le reciba.

Fuése el comendador, siguióle el conde y cerraron la marcha los soldados de la órden que guardaban la salida, resonando en la escalera de piedra sus pesados pasos y el choque de sus alabardas en los peldaños y las paredes.

En la puerta forrada de hierro de la prision del conde le aguardaba el comendador, inmóvil como una estatua. Cuando aquel llegó, este le cedió el paso y se retiró silenciosamente.

Un centinela quedó de faccion á la puerta.

Don Alfonso entró en aquella torre cuadrada, donde más de una vez habia sentido terribles impulsos de estrellarse contra uno de sus ángulos de piedra, y vió el abad que le aguardaba de pié y las manos metidas en las anchas alas de su sayal.

La capucha que tenia echada proyectaba una densa sombra sobre su rostro, que no pudo descubrir el prisionero á pesar de asestarle una de esas miradas que sondean hasta lo más profundo del pensamiento y del corazon.

Don Alfonso le saludó, presentándole la única silla que habia en la desnuda estancia, le invitó con un ademan á que la ocupara, y le dijo con mesura:

—Perdonad, padre mio, el recibimiento que os hago, pero están tan limitadas por sus sobrinos y hermanos las facultades de don Alfonso Enriquez de Noroña, que apenas tiene un asiento que ofreceros.

—No os inquieteis por eso, respondió el abad rehusando tomarla; que si á Dios place, es llegado el momento en que podais hacerlo en vuestro propio palacio.

Aquella voz de poderoso y fuerte timbre, que contenida y dulcificada daba tan grata esperanza, hizo latir con violencia á impulso de la sorpresa y el gozo el corazon del prisionero.

—Me han dicho, repuso conmovido, teneis una mision que desempeñar conmigo. ¿Quién, pues, se acuerda en Castilla de mí?

—Un amigo que os ha hecho el infortunio, don García Manrique.

—¿El arzobispo de Santiago?

—El mismo, don Alfonso; gobernador de Castilla en union de otros seis, y tutor de S. A. don Enrique.

—Y ¿venis porque os envia....?

—Sólo su nombre y su influjo ha podido abrirme esta torre. En su nombre vengo.

—¡Bien venido seais! exclamó el conde con efusion. Bien venido seais, padre mio, puesto que traeis una esperanza á este corazon que han ulcerado el olvido y la ingratitud. Habladme de ese eminente varon que desde la altura que está se ocupa de mi desgracia.

—De él no os hablaré, sino de lo que me ha encargado os manifieste. Escuchad.

El conde le miró con ansiedad, y aguardando que continuara devoraba con la vista aquel semblante que se ocultaba entre los negros pliegues de su capucha. El abad tras una breve pausa prosiguió:

—El arzobispo de Santiago tiene una idea no muy exacta, pero siempre aflictiva de vuestro estado; y para variarlo está dispuesto á emplear todo su poder, que no es escaso, y todo su influjo que aseguran ser poderoso. Si quiere, lo conseguirá porque su voluntad es firme; pero don García que para alcanzarlo entra en lucha acaso peligrosa y prolongada con el bando poderoso de vuestros enemigos, quiere saber de vos mismo: ¿qué seriais para el que contrarestándolo todo alcanzase gracia para vos de su augusto pupilo y lograra que se os devolviesen los señoríos, villas, castillos y rentas que os concedió vuestro padre, que Dios haya....? Más aun, si su voluntad os hiciera gobernador y tutor como él es, y vuestro hermano lo será: ¿qué seriais vos para el que así os mostrara su amistad...? Esto es lo que don García quiere saber, y lo que os pregunto en su nombre.

Pasó el conde la mano por su frente para cerciorarse de que no soñaba, y convencido por lo que veia, por lo que sentia y por lo que pensaba, que aquel hombre era positivo, que aquellas promesas eran verdad y se le hacian para cumplírselas, respondió con el corazon:

—Sería su amigo, su aliado, su voluntad, su razon.... Sería la piedra de su honda.

Dió un paso el abad y dió otro el conde. Aquel sacó de debajo del escapulario una riquísima cruz de esmeraldas, y presentándosela á este le dijo con acento solemne:

—¿Jurais por esta santa cruz amistad sincera, firme alianza y adhesion completa al arzobispo de Santiago, don García Manrique, si os alcanza todo y aun más de lo que mi labio os ha prometido?

—¡Lo juro por el santo nombre de Dios y este signo sacrosanto en que fuimos redimidos! contestó don Alfonso tocando con su diestra la santa cruz; y no me asista el que en ella murió si fuere traidor y felon perjurando sacrílegamente!

—Si así lo haceis, Dios os lo premie, y si no os lo demande.

—¡Amen! respondió el conde con voz entera y varonil.

—En prenda de su promesa tomad.

Y sacando el abad un pergamino sellado con el sello real lo puso en las manos del conde.

Don Alfonso lo desdobló, echó una ojeada por él y exclamó:

—¡Es mi perdon!

Púsose tan pálido y de tal modo se conmovió que estuvo para caérsele de las manos el pergamino que encerraba su ansiada libertad.

El abad hizo ademan de salir, pero el conde reponiéndose le tendió la mano diciendo:

—Esperad y honrad mi mano con la vuestra. Despues descubrid vuestras facciones para que se graben en mi corazon y en mi memoria con el beneficio recibido.

—Hoy no, contestó el abad dándole una mano y con la otra calándose más la encubridora capucha; vuestro corazon las reconocerá en su dia, porque pronto nos verémos. A Dios.

Y el abad, despues de estrecharle vigorosamente la mano, salió dejándolo asombrado.

Pasados algunos instantes dió algunos pasos, miró otra vez el pergamino y murmuró:

—No es un sueño, no. ¡Estoy libre! Pero sí tengo miedo no sea mentira... ¡Oh! si lo fuera, creo que me romperia la cabeza con esos hierros...

Veamos otra vez ántes de entregarme á la alegría... Sí, sí; es de mi sobrino Enrique.

Pero yo en libertad... ser regente... tutor del rey... ir á Búrgos ¡desde Monreal!

—Don Alfonso, recibid mi parabien el primero, dijo el anciano Bernardo de Hinestrosa entrando. No os diré que olvideis lo pasado porque es la experiencia; mas gozad lo presente sin nubes, porque es la realidad de la vida; y no olvideis en vuestros goces lo que esta noche habeis aprendido, y es que solo Dios sabe lo que hay para la criatura en esa página de su vida que llamamos mañana, lo mismo en la prosperidad que en la más desolada adversidad. Y ahora que sois mi huésped, de lo que me huelgo mucho, mandad; todo lo que poseo es vuestro.

—Comendador, respondió el conde radiante de alegría. Siempre me acordaré de lo pasado, aunque tal vez no me aproveche. No echaré tampoco en olvido que el buen Bernardo de Hinestrosa es el único sér que, entre su responsabilidad y vigilancia, ha tenido delicadas atenciones para su cautivo.

Por lo demas, creo que vientos no ménos tempestuosos que los pasados van á conducir mi nave á traves de las procelosas ondas de las ajenas pasiones, sin que mi vista alcance el rumbo que seguiré. Eso sí, os aseguro que no será más el de una prision.

Y en cuanto á vuestros ofrecimientos los acepto como vos me los haceis, con ruda franqueza. Por esta noche dadme hospitalidad y para el amanecer proporcionadme un caballo y un escudero, que es todo lo que necesito.

—Así me place, señor conde, y ahora os dejo con vuestra felicidad; saboreadla, porque es inmensa.

Y esto diciendo se separaron, marchando el uno á cumplir sus encargos y deberes, acercándose el otro á la estrecha ventana, y solo consigo mismo, apoyando la frente en los barrotes de hierro que la cruzaban, dirigió una mirada de supremo reconocimiento al que derrama desde su eterna morada el consuelo y la esperanza en el corazon que lo invoca.

Imposible es describir las sensaciones que experimentaba el conde en la risueña alborada del siguiente dia, cuando montado en un ligero y arrogante caballo de Bernardo de Hinestrosa y seguido de un escudero del mismo pasó el

puente levadizo de Monreal y se encontró en una dilatada llanura que iluminaba la rosada luz de la aurora, hollando los piés de su corcel la blanda yerba cubierta de rocío, corriendo por la campiña, libre como la fresca brisa que agitaba sus largos y lacios cabellos; libre cual las aves prontas á remontar su vuelo despues de saludar la venida del alba con sus alegres trinos.

Imposible, repetimos, es el intentar definirlas; sólo podrá comprenderlas aquel que como don Alfonso hubiese visto deslizarse nueve años de su vida entre los espesos muros de una torre, nueve años los más hermosos de su juventud.

En breve llegó á Búrgos donde se le esperaba, y fue cordialmente acogido gracias á don García Manrique que todo lo allanó, preparando los ánimos de antemano á su favor. Le fueron devueltos sus estados y sus privilegios, estrechó en sus brazos á la infanta doña Isabel, hija natural del difunto rey don Fernando de Portugal, y á su hijo don Enrique; y viendo brillar la cruz de esmeraldas de inolvidables recuerdos en el pecho del arzobispo de Santiago, comprendió que en sus mismas manos habia prestado su juramento, que renovó espontánea y solemnemente, entregándose sin reserva á la voluntad que lo habia sacado de la torre de Monreal.

CAPÍTULO XXXVIII.

EN EL QUE SE DA CUENTA DE CÓMO POR SEGUNDA VEZ COMENZARON LAS TURBULENCIAS DE CASTILLA.

Habia llegado por último la hora de jurar los tratados de Perales, acto solemne que se esperaba para licenciar sus tropas el arzobispo de Toledo y devolverse mútuamente los rehenes, entrando todos á gobernar segun lo allí convenido.

La iglesia de San Pablo, adornada del modo para ello conveniente, se habia designado para las sesiones de córtes, y en su recinto, la mañana en que debia prestarse el juramento, se reunió la altiva grandeza castellana, el numeroso y prepotente clero y los siempre influyentes diputados de las ciudades que venian á sancionar lo pactado.

Despues de un discurso preparatorio del primado, que presidia el concejo de gobernadores, y en el que declaró el objeto para que se hallaban reunidos en córtes, pasando rápidamente por los hechos para venir á parar á las consecuencias; tomó Pedro Lopez de Ayala el acta de Perales, y se puso á leerla en medio del más profundo silencio. Pero llegando al artículo que decia aceptaban por vá-

lida, buena y preferente la regencia nombrada por don Juan I en su testamento, añadiendo por gobernadores al duque de Benavente, conde de Trastamara y á don Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de la órden de Santiago; el arzobispo don García Manrique, poniéndose en pié, extendió hácia Ayala el brazo con un ademan de singular autoridad y firmeza, y dijo con entera y fuerte voz, que resonó bajo las góticas bóvedas de San Pablo:

—Yo, García, arzobispo de Santiago, me niego á ratificar ese artículo si no se añade por cuarto gobernador y tutor de don Enrique y don Fernando á don Alfonso Enriquez de Noroña, conde de Gijon, tio del rey, por reclamarlo así sus derechos, la justicia y el interes del reino.

La sorpresa y el asombro se pintó en el semblante del primado, la cólera en el de don Fadrique, el despecho en los de su bando, la indiferencia en los que eran independientes de uno y otro partido, y en los demas marcadas señales de aprobacion, quedando todos en espectativa.

Por de pronto ninguna voz respondió á la suya, porque don Pedro Tenorio lo miraba sin encontrar su facundia una palabra que expresara lo mucho que sentia. Pedro Lopez de Ayala habia suspendido la lectura y todos contemplaban al prelado que de pié é inmóvil permanecia.

Vuelto en sí de su sorpresa el arzobispo de Toledo, tomando la palabra respondió con resolucion:

—Y yo os digo, en nombre de la asamblea, que no puede alterarse ni se alterará el artículo.

—No lo pretendo, repuso don García con calma; sólo pido que se añada á esos tres que llama á gobernar con los seis elegidos por don Juan I á su hermano don Alfonso Enriquez de Noroña.

—Vos solo, contestó el primado, no teneis facultad para exigirlo. Ademas, el conde no presenta ningun derecho para gobernador ni tutor.

—Perdonad, reverendísimo señor, replicó altivamente don García; á mí me asiste la misma que vos tuvisteis para pedir á los tres que se aceptaron; y el conde representa, tan bien como los demas, el derecho de sangre y la pretension de lealtad. La diferencia está en que vos lo propusisteis en Perales y yo lo propongo en Búrgos, lo cual se reduce á una cuestion de tiempo y nada más.

—Error de vuestra inteligencia, dijo el primado con acritud; los tres gobernadores que pedí lo eran ya legítimamente por las córtes, y el que vos proponeis no tiene más derecho, más mérito, más precedente que imponerlo vuestra voluntad.

—Desde que pareció el oculto testamento, respondió con entereza el arzobispo, habian cesado de derecho; y cuando los propusisteis á la junta de Perales no dijisteis que continuaran en su cargo, porque conoceis demasiado el espíritu de la ley de Partida, en fuerza de la cual, y mal su grado, habian dejado ó debian dejar de ejercerlo; lo cual os indujo á pedir, como ha leido el señor Pedro

Lopez de Ayala, que se añadieran á los nombrados por don Juan, por conceptuarlo conveniente y necesario para la paz y buen gobierno de Castilla; y ved por lo que yo, con idéntica razon, con igual convencimiento al que os animó, pido la admision de don Alfonso Enriquez de Noroña por décimo regente de Castilla.

Cogido en sus propias redes se halló don Pedro Tenorio, pero como hombre que conocia la sutileza y el sofisma tanto como el derecho y la razon, hizo una tenaz resistencia que secundaron los procuradores de las ciudades, dividiéndose los pareceres hasta el punto de levantarse la sesion sin que se resolviera cosa alguna.

La impresion causada por la proposicion del arzobispo don García y su debate con el de Toledo era tan profunda como general. A pesar de las desavenencias pasadas de su rivalidad y odio, no podia concebirse fuera tanto el encono, la alucinacion de aquel prelado en quien se reconocia un conocimiento superior de los hombres y las cosas, miras elevadas y grandísima prevision, para que despues de añadir un elemento más de discordia á los infinitos que ardian en el reino llevase su pasion y bandería hasta el extremo de introducirle en el concejo, tan dividido por sí en hondas parcialidades é inveterados rencores.

El golpe habia sido dado sin que nadie lo presumiera; así fue que no pudieron huirlo ni pararlo sus adversarios. Conocian que no lo podian devolver, pero decididos á resistir se preparaban á luchar.

Por segunda vez se volvian todas las miradas hácia los dos arzobispos, que teniendo en sus manos la paz de Castilla amenazaban envolverla en la guerra, corriendo su nombre de boca en boca por todos los ámbitos de Búrgos, que si no los maldecia era por el sagrado carácter de que se hallaban investidos.

CAPITULO XXXIX.

DE LO QUE OYÓ DON GONZALO NUÑEZ DE GUZMAN Y LA PLÁTICA QUE TUVO CON EL ARZOBISPO DON GARCÍA MANRIQUE.

De noche y bien entrada salia del alcázar el maestre de Calatrava don Gonzalo Nuñez de Guzman, tan pensativo y cabizbajo, que tomó por una calle sin que notara ni el fresco que se hacia sentir ni la niebla que lo rodeaba. Iba andando muy despacio como quien va meditando, y sin embargo algunas veces se paraba para escuchar la contestacion de una palabra dicha al pasar por su lado

por alguna de las escasas personas que en parejas encontraba conversando, las más animadamente entre sí.

Aquella palabra que era un nombre, y aquel nombre que era siempre el de don García, hacia que al oirla frunciera fuertemente las pobladas cejas, se mordiera el labio superior y moviera la cabeza con apesadumbrada expresion.

Desembocando de una calle para tomar por otra que por una plazuela seguia, hirió su vista la llama clara y chispeante de una fragua, ante la cual un hombre corpulento y ennegrecido golpeaba en el yunque un hierro candente con repetidos y fuertes martillazos. Como parara en él la atencion don Gonzalo conforme se iba acercando, notó que cruzando por delante del otro hombre, vestido con un sayo verde, que ceñia un cinturon de cuero y una gorra del color del sayo, se arrimó á la puerta donde ardia la fragua, y oyó como dijo con voz áspera:

—Bien se trabaja, maese; se conoce que la guerra va á empezar.

—Gracias al arzobispo de Santiago, respondió el armero sin levantar la cabeza, segun me ha dicho Nuño Mendo que ha podido entrar en San Pablo esta mañana.

—Y tambien gracias á él no se siembra este año en mi tierra, replicó el del sayo verde; porque los brazos que habian de hacerlo los tienen ocupados en Búrgos con alabardas y ballestas.

A este punto pasó el maestre por delante del portal y oyó replicar al armero:

—Y ¿qué importa que no haya pan que comer, siempre que se salga con la suya y haya un regente más en Castilla?

—¡Cómo si no sobraran con nueve!

—Todos lo mismo; todos murmuran, exclamó don Gonzalo dando un suspiro; y todos tienen razon. Pero yo se lo diré, y en esta misma noche por cierto.

Y doblando el paso á impulso de su resolucion se trasladó á la morada de don García, cerrada para todos en aquella hora ya avanzada de la noche, pero abierta siempre y en todas ocasiones al leal y honrado maestre de Calatrava, que no era ni extraño ni inoportuno jamas.

A la sazon se hallaba el arzobispo en un vastísimo aposento que le servia de oratorio y biblioteca; solo, porque nadie tenia permiso para penetrar allí, sentado delante de una mesa, apoyado á ella el codo derecho, la mejilla en la mano, y su vista y atencion fija en un libro abierto, cuyas líneas recorria con tal lentitud, que más que leer parecia que meditaba.

Sin mirar al maestre, que despues de anunciarse en la puerta, se acercaba en silencio mostrando su pronunciada y franca fisonomía la severidad y la resolucion, le alargó la mano sin abandonar la lectura; pero el honrado y noble don Gonzalo, tomándola y estrechándola, le dijo con la agreste franqueza que lo caracterizaba:

—García, dejad ese libro y oidme, que para eso, atropellando por todo, he llegado hasta vos en hora tan avanzada que apénas me permiten entrar vuestros criados.

—Os escucho, respondió el prelado desviando sus ojos del libro y alzándolos hasta don Gonzalo; pero sentáos, y ántes de explicarme qué os trae en hora tan desusada, decidme por qué teneis fija en mí esa mirada severa y reprobadora.

—Os lo diré en pocas palabras, replicó el maestre con firmeza; y esas rudas, porque Dios no me há concedido ese don de elocuencia con que arrastrais al que os oye mal su grado. Aquí me trae mi amistad para cumplir el primero de sus deberes, y mis ojos expresan lo que siente mi corazon de disgusto por vuestras obras, que, García, no se enderezan al bien. Vengo á repetiros los mil rumores que se alzan en Búrgos á esta hora de todas partes y del mismo modo; rumores que son una tácita y general reprobacion y en las que se percibe vuestro nombre rodeado de acusaciones.

Tomó aliento don Gonzalo y prosiguió con apesadumbrado acento, ínterin el arzobispo continuaba mirándole con profundísima atencion y una impasibilidad notable:

—Os ha dicho el arzobispo de Toledo que faltais á lo pactado, y yo añado que es verdad, y que es mengua para vos. Se dice por los diputados de las ciudades que vuestra pasion es tanta que arrastrais al precipicio el reino que se os confia, sólo por no partir su gobierno con el duque á quien odiais. Se dice en el pueblo, porque hasta el vulgo murmura, que no se sembrarán los campos porque vos impedis que las tropas se licencien; y se ha dicho en el alcázar que abusais del perdon que tan generosamente se concedió á vuestro ruego y mediacion, haciendo partir de él nuevos disturbios y azares. Todo esto se habla, García, y ¡por Dios! que no siento el que lo digan, sino el que tengan razon.

Quedó en silencio el maestre y en un breve rato no le rompió el arzobispo que continuaba mirándole de hito en hito, y cuando hubo penetrado con su mirada profunda lo que pensaba y lo que sentia don Gonzalo, le contestó de este modo:

—Francamente habeis hablado, don Gonzalo, y no he de hacerlo yo ménos, manifestándoos el pensamiento que los hombres no comprenden ni aprecian en lo que merece y vale.

Para remover un peso que excede á la fuerza humana se vale el hombre de la palanca y lo logra. Si se pretende quitar un estorbo que embaraza el camino que seguimos, necesitamos hacerlo ó que lo hagan, usar de nuestra accion, ó valernos de un medio cualquiera para lograrlo; y ved claramente por qué me valgo de don Alfonso que para mí es la palanca, el medio, el grano de arena, en fin, que descompone el equilibrio.

Os diré más: con proponerle para gobernador sólo me propongo que sean anulados los tratados de Perales, que son una calamidad para Castilla y una mengua para el trono; y excluyendo al conde de Gijon se excluyan los gobernadores propuestos por el primado, guardándose en un todo el testamento del rey don Juan.

Empero, para llegar al fin es indispensable recorrer el camino en su extension; en él siento el pié osadamente con mi pensamiento por guia y mi voluntad por sosten. Si no quereis seguirme como hasta aquí habeis hecho, retiráos en buen hora; solo haré frente á todo, que no me faltan ánimos ni fuerzas.

En cuanto á los rumores que tanto os alteran, dejadlos correr. Lo mismo que el zumbido de los insectos, sólo sirven para anunciarlos y que nos guardemos de su aguijon.

—No pienso como vos, replicó el inflexible maestre despues de reflexionar maduramente las razones del arzobispo; vuestro tiro no es directo y no puede ser certero; no es leal y puede volverse contra vos; luego, García, que más pronto ó más tarde el que á hierro mata á hierro muere.

—Ved ahí lo que me impulsa á obrar, replicó el prelado con energía; tengo la conviccion de que pago y no doy, y téngola hasta tal punto, que levanto sin turbacion mis ojos al que comprende y juzga las intenciones apénas se forman en la mente humana.

—Aun en ese caso os diré que no sois grande, porque no sabeis ser generoso.

—Sólo os responderé que lo son ménos aquellos contra quien me dirijo, y sino acordáos de lo pasado. Primero nos rodearon de intrigas, y cuando no les bastaron, de lanzas y ballestas.

—Os lo concedo, y tambien que sólo espero de los que rechazais demasías y contiendas; pero esa no es razon para faltar á la palabra empeñada en medio de esas mismas lanzas y ballestas.

—Si muy de antiguo no supiera que la lealtad se personifica en vos, y aunque la exagerais en vuestro proceder, este momento me lo daria á conocer en toda su plenitud. Conozco que os es duro que empañe un celaje vuestro nombre, que en mi bando figura con el mio; pues bien, Gonzalo, os lo repito: sois libre en esta cuestion; guardad íntegra la fe que en Perales prometisteis y cumplid vuestra palabra tal como comprendeis debe cumplirla un caballero. Yo persisto en mi propósito, por mí, por Castilla y por Enrique III.

—Si yo me empeño en disuadiros es por vos y no por mí; es porque me duele que esa cabeza, que orgullosamente puede erguirse, se doble con el peso de una falta; que esa corona de cabellos blancos que la orna sea desprestigiada en una hora; que en otra no os veais condenado á sufrir los cargos de la reprobacion. Por eso os hablo así; sin contemplaros, porque soy rudo; con verdad, porque os quiero bien; y sin temor, porque os tengo en mucho, y yo me tengo asimismo.

En cuanto á eso que habeis dicho de ser yo libre, contestaros hé que hoy lo soy ménos que nunca; no por vos, que hace cuarenta años me conoceis, sino por esos que no ven de las cosas más que las apariencias y creerian si no os secundara que, ó rehuyo el peligro de una derrota, ó me afilio en vuestros contrarios. No; aunque me pese de lo que haceis, os dije contad conmigo cuando empezaron

los disturbios, y os lo repito ahora que se van á reproducir. Juntos entrámos á gobernar, juntos hemos seguido, juntos dejarémos la regencia.

—Yo os lo agradezco todo, Gonzalo, dijo don García con dignidad; lo que hago es fruto de la reflexion; no creais que no he hecho una apreciacion exacta de todas sus consecuencias, que no he previsto todos sus inconvenientes; pero entre el bien y el mal que emanan de ello, comprendo ser aquel superior si lo logro, y este remediable si no lo consigo. Conoceis mi voluntad, y sabeis que resuelta una vez no retrocede por nada.

—Yo tampoco, contestó el maestre con esa íntima conviccion que asegura más que un juramento.

—Me place, repuso don García alargándole la mano; pero entre tanto preparáos á ver desarrollarse nuevamente las pasiones y á resistir sus embates.

—No los temo, replicó el maestre estrechándola; en estando en paz con mi conciencia desafio toda la cólera que puede bramar sobre la tierra.

Con esto don Gonzalo se fué llevando la frente más despejada y el ánimo más sereno; y el prelado dejando la prosecucion de la lectura para otra vez, puso los codos sobre la mesa y la cabeza en entrambas manos quedando sumergido en profunda meditacion.

CAPÍTULO XL.

CÓMO CONTINUARON LOS DISTURBIOS DE LOS GOBERNADORES, Y QUÉ ÉXITO TUVIERON LOS INTENTOS DE DON GARCÍA, CON OTRAS COSAS QUE VERÁ EL LECTOR.

Incontrastable como una roca seguia el arzobispo de Santiago sosteniendo tenazmente su propósito, sin que hicieran mella en su firmeza los violentos ataques del primado. Este por su parte veia en la propuesta de don García un conato por destruir su obra de Perales, una tendencia á amenguar su poder dominante en el concejo segun él lo habia reconstituido, y ántes que ceder un ápice del que se arrogaba estaba decidido á permitir que se trastornara el órden en la castellana monarquía.

Era pues la iglesia de San Pablo en Búrgos teatro de escenas más agitadas y violentas que las representadas en San Salvador de Madrid.

Veíanse en ella dos prelados insignes en saber y dotados de altas prendas, empero que olvidando en su orgullo de príncipes la humildad y la indulgencia de sacerdotes, hacian uso de la potestad augusta con que estaban investidos por

elevada dignidad, de su influjo y opulencia, de su poder natural y transitorio, de todos los recursos, en fin, que en su mano se hallaban para llevar á cabo los fines de su odio, los deseos de su ambicion y los intereses de su bando.

Embotábanse en su concentrado aborrecimiento, en su rivalidad de veinte años, los conciliadores esfuerzos de Enrique III y de Catalina de Lancaster; ni retrocedia el arzobispo de Santiago, ni se allanaba el de Toledo.

Continuaban en tanto los debates sin éxito ninguno. Cuanto más se examinaba y discutia la proposicion de don García y los derechos por que eran llamados á gobernar los cuatro regentes añadidos por la voluntad de los dos prelados á los seis que designó la de don Juan I, mayor era el resentimiento, más profunda la discordia de los dos bandos contendientes. A esto se añadia el que los dos bastardos de Enrique II, colocados en la liza frente á frente, secundaban los intentos de los dos arzobispos á rostro descubierto, amenazando llevar otra vez la demanda al terreno de la fuerza.

Cansado de luchar inútilmente trató don Pedro Tenorio de devolver golpe por golpe á su animoso adversario, y persuadido de que aun cuando dejara de ser gobernador de derecho, habia de serlo siempre de hecho, pues la mayoría del concejo recibia sus inspiraciones, manifestó en una sesion que las leyes civiles y eclesiásticas prohibian terminantemente á los obispos ser tutores, y asimismo la regla del Císter á los que la profesaban; por lo que no podian serlo ni él, ni el arzobispo de Santiago, ni el maestre de Calatrava, declarando á las córtes y á los gobernadores que como primado de la iglesia de Castilla se separaba del gobierno y tutoría real, y separaba al arzobispo don García y al maestre don Gonzalo.

No se arredró por cierto don García Manrique ante la vengativa resolucion de don Pedro Tenorio, sino que con su vigorosa energía salió á combatirla denodadamente. Para ello invocó la historia y señaló uno por uno los muchos ejemplos que habia de ser tutores los obispos. Demostró que siendo aquel cargo conferido por las córtes, en quien residia el poder legislativo, estaban legalmente autorizados para ejercerlo; y por último, recordó que se debia respeto á la voluntad del testador que los instituyó, y consideracion á lo elevado de la mision que tenian que desempeñar siendo el pupilo un rey y el puesto en su guarda y amparo un reino considerable y dilatado.

En un nuevo conflicto se hallaron el concejo y las córtes. Las leyes del reino y de la iglesia fueron analizadas y comentadas; mas divididos y ofuscados unos y otros por aquel cúmulo de razones y doctrinas contradictorias, acordaron nombrar por árbitros para resolver si debian ó no ser tutores á don Gonzalo, obispo de Segovia, varon de gran inteligencia y sabiduría, y á Alvar Martinez, oidor y famosísimo jurisconsulto de su tiempo.

La eleccion, en cuanto á saber y profundos conocimientos, era bonísima, pero amigo íntimo el obispo don Gonzalo del arzobispo don Pedro, y afecto Alvar

Martinez al canciller mayor don García, fueron de opuesto parecer, y sus razones eran apasionadas y violentas, en vez de ser graves y templadas como la cuestion las requeria.

El obispo de Segovia se atenia estrictamente á la letra de la ley de Partida y de los cánones sagrados que lo prohibian. Alvar Martinez sostenia que la tutoría real era excepcion y que estaban obligados á aceptarla por interes del reino y del rey.

Como imposible se miraba ya todo avenimiento roto el de Perales, mediando dos voluntades tan inflexibles y tenaces cual la de los dos prelados empeñados en la lucha; pero merced á la reina doña Leonor, que ejerció su triple influjo con Enrique III para que nuevamente mediara, con el duque de Benavente para que no opusiera resistencia, y con el primero para que aceptara al conde de Gijon por décimo regente y tutor, tuviéronse esperanzas de que su peregrino ingenio y su mucho ascendiente lograra reducir al primado y vencer todas las dificultades que erizaba tan reñida cuestion.

Por último, profesando don Pedro Tenorio, como hábil político, la máxima que aconseja ceder voluntariamente hoy para no sucumbir mañana á la fuerza; conociendo que la situacion en que se habia colocado era falsa, y que si indefinidamente se prolongaba, como estaba amenazando suceder, corria el peligro de no poderla dominar, cedió á las instancias de don Enrique y doña Catalina que aspiraban con repugnancia el ardiente soplo de tan desbordadas pasiones, cedió á los ruegos que tanto poder tenian en la reina de Navarra: aceptó á don Alfonso por décimo gobernador, decidiendo las córtes gobernasen el reino por turno cinco regentes cada seis meses, para evitar que reunidos los diez tornasen de nuevo á sus desavenencias y querellas.

Acalladas pues quedaron las rencillas de los regentes y satisfechas las pretensiones de los dos bandos, admitiéndose en el concejo á los tres tios del rey y al maestre de Santiago. No pensemos por esto que reinaba la paz entre ellos, pero habian cesado ostensiblemente en su lucha los dos prelados faltos por entónces de un pretexto para continuarla.

El arzobispo de Toledo licenció sus tropas, el concejo y las córtes le señalaron de las rentas reales con que pagarlas, dándole el cobro de la mitad de ellas; y los campos castellanos tuvieron brazos que los cultivaran, lo cual era algo, por no decir mucho, para el desventurado reino, en quien nadie pensaba sino para explotarlo en su provecho.

No era el último ni quien ménos lo hacia don Alfonso Enriquez de Noroña. Ansioso de poder, de riquezas, de goces y movimiento, apuraba el placer á grandes sorbos, temeroso de que la copa se le escapara de entre las manos. Los festines, la caza y los torneos se sucedian sin interrupcion, y el lujo y el incienso rodeaba embriagando al nuevo regente de Castilla, que todo lo prodigaba con insensata profusion.

Entregado ciegamente al arzobispo de Santiago era su eco fiel y atrevido, era su brazo; y si don García no consiguió su designio tuvo en él por lo ménos un aliado poderoso.

El duque de Benavente veia con celos el esplendor de su hermano, con resentimiento su felicidad, y por todos los medios imaginables trataba de eclipsarle en fausto y grandeza, superándole en prestigio y poder.

En tanto la reina doña Beatriz vivia pobremente; no eran espléndidos los gobernadores con la viuda de don Juan I; pero ella hacia alarde de su miseria, que era una reconvencion para los regentes.

Tampoco lo eran para sus augustos pupilos, ni para la jóven y hermosa Catalina de Lancaster, que sufrian las privaciones ínterin se repartian aquellos las rentas que de estos administraban, y veian en silencio alzarse veinte tronos más altos que el suyo y á Castilla gemir abrumada con nuevas cargas y exacciones.

Tal era la situacion de Castilla despues del último convenio de los gobernadores, segun consta en la vieja y carcomida crónica que concienzudamente vamos copiando. Nuevos acaecimientos, ó por mejor decir uno en que no tuvo parte el talento ni la prevision del hombre, que no fue calculado ni tuvo más premeditacion que la que es posible en el súbito choque de dos pasiones que se cruzan, alcanzó lo que no pudieron conseguir los esfuerzos de una voluntad prepotente y de un bando poderoso que eficazmente la secundaba.

Y como de aquel acaecimiento emanaron otros que trajeron algun bien á los infortunados pueblos que se doblegaban vejados y oprimidos por los altaneros y díscolos gobernadores, nos induce á creer fue dispuesto por la suma é infinita sabiduría que para sus fines hizo instrumento de dos hombres que habian permanecido completamente extraños á los anteriores sucesos.

CAPÍTULO XLI.

CÓMO VINIERON Á RECORDAR Á DON FADRIQUE DE CASTILLA QUE HAY ALGO MÁS PODEROSO QUE LA PROPIA VOLUNTAD.

Si al lector le place seguirnos, lo que sí esperamos, porque no ha de costarle gran trabajo hacerlo, le conducirémos á traves de la bruma de la noche, por señas muy helada y nebulosa, como suelen serlo en Castilla la Vieja las más del invierno, y lo son siempre todas aquellas en que han de acontecer ciertas aventuras extrañas, cual la que vamos á referir.

Por una calle estrecha y larga, cuyo nombre calla la crónica con gran sentimiento nuestro, pero que dice se hallaba desierta, porque el frio era mucho, y los burgaleses procuraban disminuir su rigidez junto al fuego de sus hogares, iba solo y sin séquito ninguno el poderoso duque de Benavente, andando á largos pasos, asaz melancólico y pensativo el rostro, en el que hubiera podido leerse, si la noche no fuera tan oscura y hubiese quien lo observara, el despecho y una anhelosa inquietud.

Y aquí será bien dejar apuntado que entre las emociones de su venganza, las turbulencias de su ambicion y los infinitos cuidados que lo cercaban vivia su amor á Catalina de Lancaster, amor que lo dominaba y que ya no podia como en otro tiempo contener.

Las horas de esperanza, esas horas supremas del amor habian pasado para el duque. Conocia con desesperacion que entre Catalina y él se interponia un influjo misterioso, que no sabía lo que era ni de dónde dimanaba. En vano investigaba en la vida de la reina y en el corazon de la mujer: alarmado y celoso, no descubria en aquella una distraccion, un misterio; en este una afeccion, una preferencia, una confianza.

Catalina de Lancaster no la tenia por nadie, vivia en sí misma.

Cuando don Fadrique se cercioraba de aquella verdad que la córte entera proclamaba; cuando descubria en sus dulces y lánguidos ojos un destello de luz suavísima, reflejo de un pensamiento de amor, el duque enloquecia en su insensato orgullo, la tenia por suya, y confundia en sus deseos, en sus esperanzas y en su porvenir una existencia con otra.

Y cuando dominado por aquella impresion trataba de revelar su pasion y hacer comprender sus ansias, Catalina le imponia silencio con resolucion y dignidad. Si insistia era perdido, porque la reina se retraia y el indiferentismo más abrumante sucedia á la cordialidad y la dulzura.

Entónces las últimas ilusiones caian deshechas y un pesar acerbo y amargo lo devoraba á pesar de su orgullo, á pesar de su fuerza. Tras estas impresiones se reproducian las de amor, las de esperanza, y lo enajenaba de nuevo y más profundamente que nunca.

Sin embargo, el duque sufria un tormento que sólo en instantes calmaba la reina con su sonrisa, como sólo se calma por instantes la sed que no le dan para satisfacerla mas que una gota de agua.

Como quiera que sea, andando como iba, distraido y triste, dudando y temiendo y raciocinando allá en su pensamiento, irguió de pronto su cabeza con audaz arrogancia, y fijando en el alto cielo su calenturienta mirada, exclamó en un arranque de su impetuoso y soberbio carácter:

—Me amará, porque quiero me ame, y cual su dama vendrá á colocar su frente sobre mi pecho. No há mucho Ben Samuel leia en los astros que no me vengaria y que no sería regente: aquella noche me vengué, y las estrellas min-

tieron. ¡Regente soy! Y ¿en dónde está Rodrigo Lopez de Ayala? Insepulto ó desesperado ha desaparecido de Castilla.

—¡Mentis! dijo á su espalda una voz trémula de ira á la vez que una mano, sentándose pesadamente sobre su hombro, lo sujetó haciéndolo detener.

Sacudir el hombro con fuerza, volverse con airado semblante y sacar la espada fue una cosa misma en don Fadrique; pero el que tan bruscamente le interrumpia en su soliloquio abandonó su hombro para apoderarse de su brazo, y le dijo con resuelta expresion:

—Téngoos que hablar: seguidme á paraje donde no seamos interrumpidos como aquí puede suceder.

—¡Hacéos cuenta que no quiero! respondió el duque con iracundo acento, forcejeando por desasirse de la mano que le tenia fuertemente sujeto.

—Mirad que soy Rodrigo Lopez de Ayala, replicó sardónicamente el que acababa de escucharle en tan malditísima sazon.

—Sólo por presentimiento os respondí como lo he hecho, contestó el duque ardiendo en cólera; figuráos lo que os diré sabiéndolo de vuestra boca.

—Sois poco cortes, repuso Rodrigo con desden insultante; se conoce que habeis nacido de la parte afuera del alcázar y que á la bastardía del nacimiento añadis la del corazon.

—¡Insolente! mal caballero de daga y traicion, gritó el duque fuera de sí; voy á arrancaros la lengua despues de partir el vuestro con mi acero.

Y precipitándose de un salto sobre Rodrigo añadió la accion á la amenaza.

Mas este, pronto como el relámpago, desvió el cuerpo, y lanzándose sobre su acometedor lo empujó con tal violencia que le hizo retroceder tres pasos. Luego, tornando á cogerle el diestro brazo, le dijo con sombría expresion que hacia más notable la calma con que acentuaba:

—Duque de Benavente, como á fementido traidor que sois os podria enterrar mi daga en la garganta sin que Dios me tomase de ello cuenta; pero soy caballero, y como tal, ofendido por vos de un modo infame y desleal, os reto á muerte con todas armas, y os cito para mañana la córte, donde me presentaré para arrojaros mi guante y pedir campo y plazo á los regentes.

—¡A mí el guante, Rodrigo Lopez de Ayala! respondió don Fadrique con insultante altanería. ¡A mí vos! ¿Os olvidais que soy hermano de Juan I y os hallais muy bajo para que caiga á mis piés?

—No lo estoy tanto que no alcance á vuestra cara y la cruce como ahora, exclamó con fiereza Rodrigo estampando su mano en la pálida mejilla del duque.

Al ruido seco de la bofetada, que resonó á larga distancia, se unió un grito ronco, semejante al rugido de un tigre, que lanzó don Fadrique al recibirla, el cual se arrojó con frenético arrebato á su acometedor para vengar su afrenta con su sangre; pero Ayala abrió los brazos y cogiéndole en ellos lo estrujó con sus músculos de acero. Luego rechazándolo con furor le dijo con sarcasmo:

—Hermano de don Juan: ¡hasta mañana!

Y le volvió la espalda con profundo desprecio.

Pasó el duque la crispada mano por su mejilla que ardia, siguió por entre la densa niebla con una mirada feroz á Rodrigo, y murmuró cuando sus ojos que destellaban fuego le perdieron entre la sombra:

—¡Mañana no vivirás! ¡Ni Dios es bastante á librarte de mi venganza!

Y subiéndose la capa hasta las cejas, la mano puesta sobre las encarnadas señales que en su rostro marcara la de Ayala, se dirigió á su casa con paso precipitado.

Los soldados de su guardia, los pajes, los escuderos, sus muchos servidores, en fin, que desde la puerta hasta sus habitaciones encontró, callaron al verle suspendiendo sus alegres conversaciones; tan siniestra era la expresion de su rostro, tan pálida su tez, tan chispeante su mirada.

—Bertran, seguidme, dijo á su escudero con acento breve, indicio en él nunca desmentido de violentas y desordenadas impresiones.

Siguióle en silencio el hidalgo Bertran de Troncoso que nada bueno presagiaba de aquel aspecto y de aquella órden, y llegando ambos al aposento del duque, entró este que dijo al otro ántes que pasara el dintel:

—Decidles á los ballesteros Lovete y Castillo que vengan.

—Está bien, respondió afectuosamente el escudero.

Y se fué á cumplir su nada difícil comision.

Por lo que hace á don Fadrique, en tanto que los que mandaba llamar no venian, se paseaba por la estancia con desesperados pasos, la frente plegada y sombría, la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho que fuertemente oprimian.

Poco tiempo era pasado cuando Bertran de Troncoso tornó seguido de dos ballesteros que á su espalda venian, al parecer confusos de la honra que les hacia su señor.

Este los miró y pareció satisfecho de su presencia, que en ambos era imponente. Ostentaba el uno una corpulencia gigantesca á la cual debia el renombre que llevaba; la nariz era larga y corva, muy ancha la cabeza, y la barba y el mirar torcido y traidor. Tenia el otro la mitad ménos de estatura, unas cejas espesas y casi unidas sombreando los ojos que brillaban escondidos en sus órbitas; la frente torva, y una boca enorme guarnecida de agudos y blancos dientes le daba un aspecto de ferocidad que le asemejaba á una fiera.

Iban vestidos con coletos de piel de gamuza ceñido con un cinturon de cuero, y en él brillaba el puño de metal de un largo cuchillo de monte.

—Troncoso, dijo el duque á su escudero cuando entraron, retiráos y no volvais hasta que os llame.

El escudero saludó y se fué. Entónces hizo una seña á los ballesteros para que se acercaran; tomó una llave y sacó de una caja que con ella abrió una banda dorada.

Era la de Rodrigo Lopez de Ayala, que en tan mal hora dejó al astrólogo Ben Samuel.

Teniendo en la mano la prenda que tan fatal habia sido para Elvira, se volvió á los ballesteros:

—Hay un hombre en Búrgos, les dijo con una concentracion terrible, que acaba de insultarme; ese hombre está sentenciado.

Oid, ahora mismo os vais á la puerta de su casa.... en cuanto salga le seguis, y así que le tengais al alcance de vuestro puñal, clavadlo pronto y hasta el puño.

—¿Cómo se llama ese hombre, señor? preguntó Castillo fijando en el duque su oblícua y fiera mirada.

—Rodrigo Lopez de Ayala, contestó don Fadrique alterándosele la voz al pronunciar aquel nombre aborrecido. Escuchad, prosiguió tras una ligera pausa, ántes de herir le diréis: justicia del duque de Benavente, y le arrojaréis esta banda á los ojos.

Salió Lovete de la sombra en que lo envolvia su atlético compañero, y acercándose á su señor tomó la banda y contestó con alarde brutal:

—Sólo vivirá el tiempo que nuestros ojos tarden en verle, y luego vendrémos aquí, señor duque, porque la justicia de Diego Zúñiga nos perseguirá por hacer la vuestra en Rodrigo Lopez de Ayala.

—Andad, dijo con altanera soberbia el duque; ejecutadlo que os encomiendo, que ni la de Enrique III os alcanzará á mi sombra.

Y haciéndoles un gesto significativo les señaló la puerta que tomaron en silencio entrambos ballesteros.

No habia pasado una hora cuando ya estaban apostados delante de la casa de Rodrigo. A poco vieron venir un escudero llevando de la brida una jaca torda en extremo hermosa, y que se paró á la puerta, llamó, la abrieron, entró, cerraron, y todo quedó en silencio.

—Lovete, dijo Castillo á su compañero: ¿conoceis al sentenciado?

—Yo no. Y ¿vos?

—Yo sí creo que lo he de conocer; á lo ménos en Portugal lo conocia.

Entónces no hay más que decir.

Y los dos quedaron en acecho.

CAPITULO XLII.

EN EL QUE SE DA CUENTA DE DÓNDE VENÍA RODRIGO LOPEZ DE AYALA, Y CON QUIÉN TROPEZÓ IMPENSADAMENTE, Y DE LO QUE LE SIRVIÓ TROPEZAR.

Antes de proseguir el cuento de los sucesos que del que antecede se originaron llenando á Búrgos de turbacion y sobresalto en el término de algunas horas, necesitamos retroceder hasta el dia en que Rodrigo Lopez de Ayala, exánime y sin sentido fue recibido, puesto en el lecho y vendadas las heridas por el caritativo ermitaño de Nuestra Señora de los Haces.

Comprendiendo el santo varon por las incompletas pero terribles revelaciones de su delirio que habia dado la muerte á uno que á veces llamaba padre, que ansiaba darla á otro que no nombraba sino impersonalmente, que huia para siempre de Búrgos, que en su frenesí estrechaba ó rechazaba una imágen á que daba cuerpo y nombre acusándola y acariciándola alternativamente; resolvió ocultar su presencia hasta el momento en que vuelto en su acuerdo no vendiera los secretos que tan fatales podian serle; y ni lo vieron los pocos que llegaron á visitar la imágen de nuestra Señora, ni les dió noticia de él, ni indicio alguno á los emisarios de Pedro Lopez de Ayala, que palmo á palmo recorrieron las inmediaciones de Búrgos.

Quedó pues Rodrigo en la estrecha y solitaria celda del prudente monje ignorado de todos é ignorante de todo, entregado á su mal y á los cuidados más que paternales del anacoreta, que si no tenia dulzura le sobraba paciencia y abnegacion.

Pronto hubiera sanado de sus heridas, que aunque muchas y profundas no eran mortales; pero en los accesos de fiebre que le acometian se quitaba los vendajes y los desgarraba con sus dedos, quedando nuevamente bañado en sangre, perdido el aliento y sin fuerza.

Necesitóse pues toda la paciencia del monje, sus muchos conocimientos en el entónces necesario arte de curar las heridas, sus incansables y asiduos cuidados para sacar á vida al malaventurado Ayala. Mas hubieron de pasarse dias y meses ántes que dejara su lecho de dolores.

Durante el sueño interrumpido de sus noches, en las vagas meditaciones de sus dias, en su corazon, en sus labios estaba siempre Elvira, fantasma seductor que acariciaba con ternura ó rechazaba con desden amarguísimo, pero que vivia á su lado sin abandonarle jamas.

Cicatrizábanse en tanto sus heridas, y la razon restableció su imperio absoluto sobre él, y el primer esfuerzo de su voluntad se dirigió á contener el torrente desbordado de ilusiones y delirios que lo traia envuelto por tanto tiempo, luchando con una constancia sombría con sus recuerdos que indelebles estaban en su memoria y la imágen de Elvira que á su pesar la llenaba.

Mas léjos de conseguirlo, á medida que el nuevo soplo de vida que se difundia en su sér circulaba por sus venas vigorizando su cuerpo desfallecido, se aceleraba tambien el latir de su corazon y despertaban sus pasiones, y pensaba con desesperacion que para él no habia felicidad ni esperanza, ni placeres ni ilusiones. Con Elvira todo lo habia perdido.

Volvia á menudo los ojos hácia su espada roja aun con la sangre de don Alfonso, y tornábalos hácia el Océano en cuyas tempestades queria morir ú olvidar las que habian agitado y agitaban aun su vida.

Ya no nombraba á Elvira; por la sangre de su padre le habia hecho el sacrificio de la del duque, resuelto á no ver más en la tierra á una ni á otro, é hizo propósito en su triste soledad de abandonar á Castilla y reclamar la promesa del almirante, reuniéndose con él donde se hallara. Ese era su proyecto y á su proyecto estaba reducido su porvenir.

No doraba su acerba melancolía un solo pensamiento consolador, nada le sonreia, todo lo miraba muerto, y en aquella disposicion de espíritu, encontrándose con fuerza para trasladarse á Búrgos donde necesariamente tenia que ir para hacer sus escasos preparativos de viaje, se despidió del piadoso monje, se ciñó la espada y emprendió su camino lentamente, camino sembrado de recuerdos que en vano su memoria queria olvidar.

De noche ya entró en Búrgos; huyendo los sitios frecuentados hizo un rodeo para evitarlos, y cuando se dirigia á casa de su hermano Pedro Lopez de Ayala, única persona á quien contaba y queria ver, la casualidad le hizo seguir los pasos del duque y oirle en su presuntuoso y soberbio monólogo.

Al escuchar el nombre de Elvira en los labios que lo mancillaban refluyó su sangre al corazon arrebatándose hirviendo á su cerebro; pero cuando oyó el suyo propio y le oyó gloriarse de su desgracia, dándole por muerto ó desesperado, se renovó con más fuerza su odio, con más ansia su venganza, con más coraje su ofensa.

Así fue el mentis, así fue la bofetada y así fue el reto.

Al fin Rodrigo iba á satisfacerse con la sangre de su rival que él mismo providencialmente habia venido á colocarse al paso de su venganza.

Distraido con los pensamientos que su encuentro promovia, ni más ni ménos que el duque cuando en mal hora y sazon soltara el dique á su lengua, no vió á su vez otro hombre que andando aceleradamente para no sentir la cruda accion del frio, ó no se pudo contener en su ímpetu, ó no reparó en que la misma direccion traia que él llevaba, y tropezaron los dos uno en otro con tal furia que Ro-

drigo se hizo un paso para atras arrojando un voto, y el otro se llevó la mano á la nariz exclamando:

—Torpe sois por vuestra vida.

—¡Y vos más! respondió Rodrigo con mal humor.

—¿Es la voz de Ayala la que he oido? preguntó.

—La misma es, respondió el interpelado poco satisfecho de aquel encuentro.

—Pues si es así bendigo mi tropezon, aunque llevo las narices deshechas.

Y tendiéndole la mano que á bulto cogió Rodrigo, añadió con festiva cordialidad:

—¿Salis del otro mundo, Rodrigo?

—Poco ménos, Dia, si es Sanchez de Rojas quien me habla.

—Y se alegra vivamente de veros; veros no, voto á estas malditas tinieblas que lo impiden, pero de encontraros y oiros y estrechar afectuosamente vuestra mano cuando ménos lo esperaba.

Una sonrisa amarga y triste se dibujó en los labios de Ayala que respondió con intencion:

—En Búrgos, segun voy viendo, no se contaba con que volviera jamas.

—No os asombre, pero hay quien os tiene por muerto y quien os ha rezado tambien.

—Eso tengo adelantado para cuando lo sea; pero por ahora, ni soy cadáver insepulto ni he dejado á Castilla para siempre, como hay quien lo asegure con extraña ligereza.

—¿Qué habeis de ser? exclamó Dia Sanchez de Rojas riéndose. Al contrario, á juzgar por el ímpetu que llevais, estais en toda la plenitud de la vida, y no queda duda que á Búrgos habeis vuelto, puesto que mano á mano nos encontramos. Mas aunque habeis tardado en cumplir vuestra importante comision, con tal que hayais negociado la paz y seais portador de buenas nuevas, bien se os puede perdonar.

—¿Nuevas yo? dijo Rodrigo sin poderse contener.

—¡Digo! ¿Pues no venis de Portugal?

—¿Quién os ha dicho tal cosa, Dia?

—Vuestro hermano el ilustre corregidor de Toledo, y el mismo dia por cierto que dejó á Búrgos.

—Dia, dijo Ayala que se perdia en un cáos de confusiones; si gustais, seguirémos andando hácia vuestra casa, pues quisiera haceros dos preguntas, ya que mi buena suerte os ha traido hasta mí.

—Mejor será si quereis, y eso ha de ser pronto porque el frio arrecia y yo estoy transido, que nos vayamos á la vuestra y os consagraré la noche entera si me concedeis hospedaje y me guardais el secreto de habérmelo dado.

—Con el alma, Dia, pero ¡por Santiago! no he de ocultaros que me teneis suspenso con oiros solicitarle.

—Os diré el motivo para que cese vuestra justa admiracion, mas sea andando si no os parece mal.

—Pláceme mucho, porque yo tambien deseo llegar más quizá de lo que os parece.

Y con esto echaron á andar con largos y veloces pasos hácia la casa de Ayala, quien no iba muy seguro de encontrarla en el estado que la dejó.

—Esta mañana, dijo Dia Sanchez con su tono ligero y jovial, salí de Búrgos acompañando á la condesa doña Isabel que quiere pasar el dia de mañana en Santa María la Real. Yo tenia empeñada mi palabra con una dama que me esperaba á sus rejas esta noche, y no pudiendo ni queriendo faltar á ella lo he conciliado todo merced á un escudero fiel y á la ligereza de mi tordilla. Seguro que no me necesitaban en el monasterio, me vine al anochecer recatadamente; mañana al rayar el alba parto, y nadie sabe, sino quien tiene interes ó discrecion para callarlo, mi ausencia y mi retorno.

—Por mi parte contad con el secreto, y en cuanto á mi familia no creo que os conozca mas que Illescas, que es tan reservado como entendido.

En estas pláticas llegaron entrambos caballeros á la antigua morada de Ayala, tan cerrada y silenciosa que doblaron los temores de su dueño. Sin embargo, cogiendo el llamador dió dos fuertes golpes que retumbaron como si se hallara desierta, sin que nadie contestara.

—Mucho me temo que Illescas no esté, dijo su señor con embarazo.

—No lo penseis; ayer mismo le ví yo en el puente de Santa María hablando con el nuevo doncel del rey don Fernando de Bobadilla.

El nombre del paje de Elvira hizo cierta sensacion en Ayala y su encumbramiento le chocó, mas no se dió por entendido, sino que cual si no lo hubiera oido dijo:

—Volvamos á llamar.

Y repitió con efecto los golpes, pero tan fuertes y estrepitosos, que á su estruendo se abrió una ventana, y sacando la cabeza un criado de Ayala, gritó con voz estentórea y gran desabrimiento:

—¿Quién diablos llama de ese modo?

—Quien os hará reportar, contestó Rodrigo con autoridad. ¡Abrid!

—¿Sois vos, señor? preguntó alborozado el que sacaba la cabeza reconociéndolo.

—¡Yo soy, abrid!

—Voy, voy, gritó.

Y retirándose de la ventana comenzó á llamar á Illescas, y en un momento este á medio vestir y el otro sin detenerse en más se lanzaron á la puerta, quitaron los cerrojos y le recibieron con tanto gozo como sorpresa.

—Hernando, le dijo Ayala á su escudero tendiéndole la mano, traemos grandes necesidades que os vais á cuidar de satisfacer. Dadnos pues lumbre con

esplendidez, una cena abundante si no exquisita, y que aderecen dos lechos. Por lo demas, que vayan por el caballo de mi huésped Dia Sanchez de Rojas á la posada que os dirá, para que le tenga listo á la hora que le pida, y no dejeis que nadie nos interrumpa, pues queremos estar solos. Nosotros hablarémos luego.

Pronto y bien fueron ejecutadas las órdenes de Rodrigo; á poco un fuego bien alimentado ardia en la chimenea, se disponia la cena, se arreglaban las camas, y una hermosa jaca ligera y andadora era puesta en la cuadra con los privilegios de huéspeda.

En cuanto á los que impulsaban con su venida todo aquel movimiento, se sentaron en dos sillones al amor de la lumbre y permanecieron callados hasta que quedaron solos.

El hombre que en dos ocasiones distintas y por diferentes personas hemos oido llamar Dia Sanchez de Rojas, nombre que la historia ha conservado por enlazarle su desgracia con los disturbios de una minoría azarosa, era jóven, de mediana estatura y agradable continente. La vivacidad brillaba en sus ojos pardos, la cordialidad en su boca risueña y un poco grande, su frente era hermosa y despejada, y un tupido bigote castaño daba á su rostro cierto aire marcial, que sin ser bello ni aun regular, parecia desde que en él se fijaba la atencion interesante y simpático.

Murmurábase en la córte que habia puesto los ojos en la poderosa ricahembra de Alburquerque, y decíase de esta que no desechaba los homenajes que le rendia.

Como quiera que sea, arrellanándose en su sillon se entregó por de pronto al placer que le producia un calor grato y general que facilitaba la circulacion de su sangre medio paralizada por el frio, y despues rompiendo el silencio dijo á Rodrigo:

—Creo, Ayala, haberos oido decir que teniais que preguntarme.

—Y no os equivocais por cierto. Deseo que me digais lo que haya ocurrido de notable desde que falto de la córte.

—Mucho pedis, amigo mio, y es poco ménos que imposible complaceros, porque es tanto y tan imprevisto lo que se ha ido sucediendo en Búrgos, que se necesita largo espacio para contarlo y no se ha de pecar en prolijo.

—¿Tan fértil en sucesos ha sido el tiempo en mi ausencia?

—Tan abundante que asombra. Sabeis que años há estaba en prision don Alfonso Enriquez de Noroña por rebeldías contra su hermano don Juan. Olvidado de todos, no tenia esperanza de recobrar su libertad; pues bien, esa libertad le fue alcanzada por el influjo del arzobispo de Santiago, y con ella el goce de sus estados, rentas, títulos y privilegios. Mucho sorprendió, pero nadie se opuso, y vino á la córte, donde completó sus conquistas con la gracia de Catalina de Lancaster. Del rey no se hable, pues el arzobispo lo domina. Las córtes se reunieron para sancionar el convenio de Perales, y el reverendísimo don García se negó á

ratificarlo si no se añadia por décimo tutor y gobernador al conde, á lo que se opuso el primado con toda la firmeza de su carácter.

Si yo hubiera de contar todos los lances de tan reñida contienda no acabaria nunca: básteos saber que tuvieron que mediar la reina de Navarra, don Enrique, doña Catalina, y que ceder á ese triple influjo don Pedro Tenorio, el duque de Benavente y todo su bando, aceptando á don Alfonso por tutor y regente *sub conditione*, como dice el arcediano de Santa Leocadia, de gobernar cinco cada seis meses.

—Ahí teneis, Dia, las vicisitudes de la suerte. Don Alfonso condenado por su hermano don Juan á morir en una prision, es hoy tutor de su hijo y gobernador del reino, y tal vez la torre de Monreal reciba en su recinto á los mismos que en ella le han tenido.

—Qué quereis, Rodrigo, esos son los vaivenes de la suerte, á unos abate y á otros ensalza. Mas tened por cierto que como la fortuna es una rueda, suele acontecer que conforme suben bajen. Ya tiene don Enrique trece años felizmente; hasta que cumpla el que le falta irán subiendo los regentes; despues solo Dios sabe quién se conservará ese dia á la altura á que han trepado, y quién dará la vuelta descendiendo y acaso precipitándose.

—Teneis razon; pero dejemos esto por ahora aunque tenga sobre ello algo más que preguntaros, y explicadme otra cosa que os he oido. Me habeis dicho acompañasteis esta mañana á las Huelgas á la condesa doña Isabel, que supongo será la altiva bastarda de Portugal. ¿La servis acaso?

—No á ella, sino á su esposo; pero no pudiendo este acompañarla me ordenó lo hiciera en su lugar.

—Y ¿á qué va tan ilustre dama al monasterio? dijo Ayala dando á la conversacion un giro más á propósito para lo que anhelaba saber y no queria preguntar.

—¿Pues qué, Rodrigo, lo ignorais? dijo Dia Sanchez con sorpresa volviendo pregunta por pregunta.

—De todo punto, como os podeis figurar siendo llegado á Búrgos una hora há, respondió Ayala sonriéndose.

—Siendo así siento ser yo quien os lo diga.

—¿Por qué, Dia? preguntó con indiferencia Rodrigo.

—Porque no puedo creer nunca, aunque mis ojos lo vean, que presencieis con calma la ceremonia que allí se prepara.

—¿Son acaso mis funerales? dijo Rodrigo tornando á sonreirse.

—¡Lo son de vuestros amores! respondió su huésped perdiendo el tono de ligereza que le caracterizaba para tomar un acento de gravedad inesperada.

Sintió Ayala latir su corazon con una fuerza atroz, pero dominándose con su incontrastable voluntad repuso con entereza entrando de lleno en la materia:

—Explicáos sin rodeos, Dia. ¿Qué hay mañana en Santa Maria? ¡Hablad!

—La toma de hábito de una dama de las más elevadas de la córte, y tan hermosa que los trovadores la han celebrado llamándola sol, perla, portento, y todos la han confesado sin par, porque no le tiene en efecto.

—¿Hablais de Elvira?

—Sí.

—¡Monja Elvira! exclamó Rodrigo dejando entrever su agitacion. Yo creí que hubiera preferido otro refugio á un convento.

—¡Y todos esperaban que se le hubieseis dado en vuestros brazos!

Pasó Rodrigo la mano por su frente noble y hermosa, cuya palidez era extremada, y contestó con gravedad:

—Ella los ha rehusado, y yo respeto su decision, como respeto todo lo que emana de una dama.

—¡Rodrigo! dijo Dia Sanchez con interes. Y ¿si os hubieseis equivocado al juzgarla?

Una sonrisa de suprema amargura asomó á los descoloridos labios de Ayala, que contestó con acerbo despecho:

—Si pudiera dudar de lo que he visto.... de lo que he oido, esta noche me hubiera convencido nuevamente.

—Hé aquí los hombres, exclamó Dia Sanchez con energía. ¡Para condenar infalibles!

—Estais tocando una cuerda muy delicada, Dia, dijo Rodrigo levantándose como si un resorte lo impulsara; cuidad por vuestra vida cómo la heris.

—Lo haré con delicadeza, porque para hablar de una dama y de un sentimiento que fue muy profundo para que no sea muy durable, la tendré siempre. Si quereis oir una explicacion os la haré, y tomadla por una prueba de la amistad que siempre os tuve; si no quereis, terminemos la conversacion.

—Eso no puede ser; puesta en los labios la hiel, quiero saborearla: hablad.

—En una época no lejana, comenzó á decir Sanchez de Rojas apoyando amistosamente su mano en el hombro de Rodrigo, que le escuchaba atento hasta la avidez; le hicisteis una ofensa al duque de Benavente, ofensa que él caracterizó de traicion; y añadisteis la imprudencia de dejarle prenda de ello en una banda bordada con vuestro nombre y divisa. ¿No es esto cierto, Rodrigo?

—Sí lo es; proseguid.

—La venganza es uno de los instintos del hombre; á ella propende todo lo que alimenta, y rara es la que en su nobleza desecha el medio mejor de conseguirla, porque no es digno ni leal. El duque, con la comprension del odio, conoció todo lo que Elvira era para vos, y quiso robaros su amor, porque su amor era vuestra felicidad. Si lo consiguió no lo sé, porque Elvira, toda recato y dignidad, no ha revelado ni en una mirada su amor si logró inspirárselo; y don Fadrique, que es violento y vengativo, es tambien muy caballero para no respetar altamente la honra de una dama, reservando su predileccion ó favores.

Diréis que mis revelaciones son incompletas, no lo niego, pero os aclararán algunos puntos que una fatalidad incomprensible debe haber ennegrecido á vuestros ojos de celos y de pasion.

Yo ví á una dueña de Elvira salir del palacio del duque; ví vuestra banda en sus manos, y comprendí sus intentos, porque sabía todo lo grande de su resentimiento con vos. Su esplendidez habia comprado una voluntad en la servidumbre de vuestra prometida, que era extraña á todos estos manejos.

Una noche que Dios señaló con una tempestad visteis entre sus furores á Elvira cruzando las calles de Búrgos. ¿No es verdad, Rodrigo?

—Sí, Dia.

—¿Con el duque?

—¡Con el duque!

—Y sin embargo, Elvira no era culpable ni de liviandad ni de traicion. Elvira, inocente é inexperta, sólo habia cometido la imprudencia de ir en hora poco á propósito á consultar á un astrólogo que toda la córte habia consultado y pedirle su horóscopo; y el astrólogo, impulsado de no sé qué sentimiento, tan oculto como siniestro, lanzó en su pos á don Fadrique, señalándosela como víctima y excitándolo á la venganza: venganza que se cumplió de un modo terrible y tan misterioso como incomprensible para todos, merced al silencio con que ha sido ejecutada y al silencio que han guardado los que ha derribado ó herido.

La obra de vuestras desgracias es una obra de apariencias, Rodrigo, pero apariencias que han abierto el sepulcro al honrado adelantado mayor, que llevan á su hija á sepultar su dolor y su belleza en el claustro, y que á vos os han hecho encanecer los cabellos como pudieran treinta años de fatigas: y creedme, por mi fe de honrado y caballero, no hay de verdad en todo eso más que vuestro agravio y su venganza y los inconsolables pesares que sobre Elvira han caido.

—Pero, Dia, esas apariencias han sido tales, que no permiten dudar; ante ellas no hay fe que desista por firme que sea, y la mia me abandonó aquella noche funesta.

—Pero entónces, Rodrigo, ignorabais lo que he tenido la honra de aseguraros; que lo que vierais era mentira, falacia y atrevimiento.

—¡Dia! exclamó Ayala con explosion, no quiero ocultaros que me estais desgarrando todas mis heridas, y que sufro la reaccion de pasiones cuya violencia aun puede arrollarlo todo. Sobre lo destruido no puede crearse, pero..... ¡Oh! los abismos se salvan con voluntad, y á mí me sobra para todo.

Dia, ¡con verdad! ¡por vuestro honor! por vuestras esperanzas de felicidad: ¿puedo creer lo que me asegurais? No os ofenda mi insistencia, respondedme.

—Ayala, os he dicho lo que sé, lo que he visto y lo que creo; y esto es tan cierto como que mi mano, que es la de un verdadero amigo, estrecha en este instante las vuestras.

Y diciendo esto tomó con las dos suyas las de Rodrigo y las oprimió con efusion.

A su vez Ayala apretó algo convulsivamente las de Dia Sanchez; despues tornó á sentarse en un sillon, y apoyando la sien en la palma de la mano dejó pasar un breve espacio y le preguntó:

—¿Dijisteis, Dia, que toma el hábito mañana?

—Por lo ménos así está dispuesto. Hoy fué el obispo de Búrgos, que ha de dárselo, para hacer la exploracion; y como son tan en uno el conde de Gijon y don García Manrique, doña Isabel precedió al prelado y á esta doña Leonor de Arellano, su tia. A la sagrada ceremonia asistirá el rey, doña Catalina y gran parte de la córte.

—Y ¿él, preguntó con un arranque de celos Ayala, y él, qué ha hecho por ella en su duelo?

—Compadecerla en público, y supongo que en su interior acusarse de haberla sumido en él.

—¿Hace mucho tiempo que dejó el alcázar, Dia?

—Horas despues que vos. Allí supo la muerte de su padre y cayó desplomada á los piés de la reina. En su litera se la llevaron, y despues de una larga enfermedad que ha sufrido se retiró á Santa María resuelta á tomar el velo. Los que aquel dia la vieron, que no fue mas que Dávalos, á quien la reina envió para que la acompañara, el maestre de Calatrava, que le ha dado grandes muestras de interes, y sus deudos, dicen que está tan variada que apénas se la reconoce.

—Y de mí ¿qué ha dicho la córte?

—Que habíais partido á Portugal á una importante y secreta comision.

—Y ¿de su padre?

—Se ha dicho que murió asesinado.

—¡Asesinado!

—¡Vaya! tal ha sido la opinion general, que por esta vez se ha deslumbrado gracias á la cordialidad de vuestro hermano y el suyo.

—Y ¿mi hermano no está en Búrgos?

—Le ha dejado dos meses há, hay quien dice que despues de protestar en vuestro nombre á la toma de velo de vuestra prometida.

—Y él ¿qué ha dicho de mi ausencia?

—Que no volveriais á Castilla profesando vuestra amada.

—Todos se han engañado y él más, dijo Rodrigo con energía; mañana lo probaré cumplidamente.

Aquí llegaban las explicaciones y preguntas de Ayala y su huésped, cuando fueron interrumpidos anunciándoles que la cena los esperaba, lo cual ellos no consintieron, sino que haciendo el primero los honores al segundo con perfecta cortesía, lo precedió á la mesa, cubierta de sabrosos y humeantes manjares, de los cuales sin embargo no probó, ni acercó tampoco á sus secos y descoloridos

labios las anchas copas rebosando aromático y espirituoso vino, con que Dia Sanchez recreaba el paladar y reforzaba el estómago.

Así que fue concluida la sólida refaccion de este y cambiadas entre ambos algunas frases indiferentes ó corteses, como ya la noche iba adelantando, condujo Rodrigo á su amigo á un aposento contiguo al suyo, donde le dejó para entregarse á las dulzuras del sueño, retirándose así que le dejó instalado en él para hablar con Illescas, que moria de impaciencia por saber lo que habia sido en tanto tiempo de su señor, presumiendo al ver su palidez, lo crecido de su barba y los cabellos blancos que como hebras de plata caian sobre sus sienes, junto con el descuido de su traje, que en su larga ausencia no habia gozado salud, reposo ni solaz.

Pero en lo que ménos pensaba Ayala era en satisfacer la curiosidad de su escudero; de manera que así como entró en su aposento, dejándose caer en un sillon junto al fuego, le dijo:

—Retiráos, Hernando, á descansar, y entregáos al sueño que yo he venido á interrumpir. Cuidad que nada falte á mi huésped cuando se levante, y mandad que le llamen apénas despunte el alba. Si por acaso me he dormido me despertaréis á hora competente para despedirlo, y que me tengan un caballo ensillado en cuanto luzca el sol.

—Descuidad, respondió Illescas con su respetuosa soltura; todo se hará conforme deseais, excepto que en vez de ensillar un caballo serán dos los que esperen á la puerta.

—No necesito ni he pedido mas que uno.

—Lo sé; pero el otro es para mí.

—¿Pensais...?

—Seguiros como una sombra adonde quiera que vayais.

—Illescas, dijo melancólicamente Rodrigo, por ahora no tengo mas que un deseo, y ese me retiene en Búrgos. Seguidme ó quedáos, pero esta vez sí volveré.

—Os seguiré, es lo seguro, replicó el escudero animado con la condescendencia de su señor.

Y despidiéndose se fué á reposar lo que de la noche faltaba.

En cuanto á Rodrigo, así que se vió solo, dando rienda suelta al pensamiento se sumergió en un éxtasis profundo, y el fuego de la chimenea se consumió convirtiéndose en ceniza y la luz que ardia en el aposento se apagó, y aun permanecia absorto en sus reflexiones.

CAPÍTULO XLIII.

DE CÓMO CUMPLIERON LOS SAYONES DEL DUQUE DE BENAVENTE LO QUE SU SEÑOR LES ENCOMENDARA, Y LO QUE DE RESULTAS PASÓ EN EL CAMINO DE LAS HUELGAS Y EN EL ALCÁZAR DEL REY ENRIQUE III.

Comenzaban los primeros albores del dia á iluminar con su vaga claridad las caladas agujas de la catedral de Búrgos, los torreones y almenas del castillo, y las torres de sus iglesias.

Recostados en un oscuro portal los ballesteros del duque de Benavente habian pasado toda la noche en vela, entregados á su siniestro espionaje, y con los ojos clavados en la puerta se frotaban las manos amoratadas con el frio intenso que las penetraba.

Suspendió de pronto Lovete su ocupacion para tocar con la diestra el desarrollado y ancho hombro de su compañero, y con la expresion maliciosa de la zorra le dijo:

—Vaya una idea que acaba de ocurrírseme.

—Decidla al punto si es buena, respondió el símil de ave de rapiña de Castillo arrojando ruidosamente la respiracion á sus dedos entumecidos.

—Eso haré de buena gana, pues cada vez me bulle más en el magin.

—Pues hablad, no se os hiele en la mollera, que todo puede esperarse del gran frio que se deja caer.

—¿Anoche no vímos entrar á un escudero una cabalgadura del diestro?

—Cierto; y por más señas que fue una tordilla, y no mala.

—Y ¿no os parece que si al tal caballero á quien estamos haciendo la batida se le pusiera en mientes, que bien puede, salir de su casa á caballo, no podríamos seguirle ni ménos dar al traste con él?

—Tanto que sí.

—Con que ved mi idea. Soy de parecer, salvo sea el mejor, que traigamos dos y los tengamos ocultos en un cobertizo que á la vuelta de la calle está.

—Habeis hablado ni más ni ménos que un preste. Lo apruebo todo, y más aun si lo poneis por obra prontamente, no haga el diablo que se nos escape el pájaro despues de pasar toda la noche, y de las largas, acechando su jaulon.

—Pues alerta, y no quiteis ojo, que ya va amaneciendo y puede querer huir si presume lo que le guarda el enojo del duque mi señor.

Y sin más, enderezándose echó á andar velozmente por las desiertas calles, donde empezaba á difundirse la semiclaridad del crepúsculo matinal.

Aun no era vuelto, si bien habia pasado algun tiempo, cuando las pesadas y fuertes puertas de la casa de Rodrigo Lopez de Ayala se abrieron de par en par sin ruido, y un escudero apareció en ellas llevando de la brida una preciosa jaca torda.

En pos de uno y otro venía Dia Sanchez de Rojas ocupado en cruzar bien su oscuro tabardo para resguardarse del frio penetrante de la mañana, y luego que lo hubo hecho á su satisfaccion, montando con tanta ligereza como gallardía, dijo al escudero ántes de partir:

—En vos fio, Nuño. Nadie sepa que he venido.

—Id seguro que nadie lo sabrá, respondió el escudero cortesmente.

Y clavando ligeramente la espuela partió tranquilo y descuidado, miéntras que el escudero entrándose con gran prisa volvió á cerrar la puerta del mismo modo que la abrió.

—Bien pensó Lovete, pero tarde; murmuró su compañero que todo lo habia visto y oido; la res se nos escapa.

Y saliendo de su escondrijo echó á correr en su seguimiento con una ligereza que redoblaba la largura de sus piernas.

Llevaria apénas doscientos pasos andados cuando vió venir á Lovete con dos caballos de los buenos de don Fadrique. Verlos, abalanzarse, montar y seguir al inocente Dia Sanchez fue obra de momentos para los dos ballesteros.

El dia seguia aclarando, y el sol anunciaba su salida con ligeras nubes de color de rosa.

Las mismas puertas que dieron paso á Dia tornaron á abrirse, saliendo por ellas Illescas con dos caballos de la brida.

Tras él salió Rodrigo, llevando impreso en su amarillo y ajado semblante el sello de una noche de lucha y cavilaciones, y saltando sobre su corcel tomó la misma direccion que su huésped, siguiéndole Hernando que empezaba á cumplir lo que á su señor anunció.

La mañana era serena; el sol, mostrándose en Oriente entre doradas nubes, iluminaba con sus tibios rayos las amenas y deleitosas orillas del Arlanzon, y una ligera niebla que empezaba á deshacerse con la brisa de la mañana y el calor del astro del dia asemejaba un velo de vapor de que la naturaleza se despojaba para saludar á su vivificador.

Refrescábase la frente ardorosa de Rodrigo con el aire que la rozaba, respirábalo con ansia, y se dilataba su corazon como se dilataba el horizonte á sus ojos; y alejándose de Búrgos, ciudad funesta para él, corria por el camino de las Huelgas sin reparar en el hielo que lo cubria.

Las revelaciones de Dia Sanchez de Rojas habian cambiado completamente sus resoluciones. Admitiendo la posibilidad de la inocencia de Elvira todo cam-

biaba de aspecto. En aquella noche de amargo recuerdo que habia decidido de su suerte quedaba todo explicado desde su presencia en las calles hasta aquel beso que lo habia desesperado. Antes y despues tambien, Rodrigo no veia en Elvira horas hacia sino una víctima de que habian sido verdugos el duque con su venganza y él con su insensato amor.

Rodrigo sentia renacer todo su amor, toda su abnegacion; comprendia como un deber una reparacion generosa y grande. Examinándose á sí mismo reconocia una superabundancia de ternura capaz de llenar el vacío á que habia reducido su condicion, y se decia que él la amaria por su padre y la amaria por sí mismo.

Abríase pues el porvenir ante sus ávidos ojos, y todo lo veia vago, todo incierto, todo melancólico, pero dulce. Mil proyectos informes pasaban uno á uno por su fantasía sin analizarlos, sin admitirlos: arrancarla del convento, hacerla feliz á fuerza de cuidados, de atenciones, de delicadeza, como un padre, todo generosidad y nada egoismo, era su pensamiento; y su corazon latia, y sus ilusiones lo acariciaban, y procuraba olvidar que la mano que pretendia tender estaba manchada de sangre.

Y ensimismado, distraido, no paraba mientes ni en las lindísimas perspectivas que á cada paso se desplegaban á su vista, ni en los pocos campesinos que cruzaban por las sendas de las granjas y molinos. Ayala estaba entregado á su pensamiento, y su pensamiento no veia mas que á Elvira.

Llevarian andado escasamente dos tercios de camino cuando llamó la atencion de Illescas un grupo de gente parada á una orilla de él, mirando un objeto que por estar sobre el suelo endurecido con la nieve le cubrian con sus cuerpos, á la vez que algunos hablaban acaloradamente haciendo grandes extremos.

Como Hernando no iba pensando en amores, venganzas ni devaneos, picó su curiosidad lo que aquello pudiera ser, y sin decir palabra á su señor, lo dejó correr sin reparar en ello, y él tirando de la brida á su caballo se acercó á ver lo que miraban.

Un grito azorado de Illescas hirió los oídos de Rodrigo articulando su nombre con tal expresion de horror el escudero, que sacándole de su distraccion le hizo volver la cabeza cuidadoso, sorprendiéndose al notar su palidez. Deteniéndose, pues, le preguntó esforzando la voz, porque ya los separaba una distancia, si bien corta:

—¿Qué es eso, Hernando? ¿Qué os sucede? ¿Por qué estais tan demudado?

—¿No he de estarlo, voto á Cain, respondió Illescas que se acercaba apresurado, si está ahí tendido sobre la nieve el cadáver de Dia Sanchez de Rojas, á quien acaban de asesinar?

—¿A Dia? exclamó Ayala tirándose prontamente del caballo. ¿Dónde está?

—Vedlo, dijeron algunos de los que le cercaban, dejándole sitio para que lo mirara.

Acercóse Rodrigo y vió al infortunado Dia Sanchez tendido sobre la nieve, que hacia resaltar la sangre que como en un lago nadaba. Aun tenia los ojos y la boca entreabiertos, expresando la angustia de su instantánea agonía, y entre sus manos se enredaba una banda como si con ella hubieran querido atárselas.

El rostro serio de Ayala reveló la impresion de una viva pesadumbre y de una compasion casi tierna; poniendo una rodilla sobre la nieve se inclinó sobre su amigo, le tocó la frente que aun estaba tibia, le puso la mano sobre el corazon, que habia cesado de latir, fué á cogerle una mano para buscar una pulsacion á sus arterias y cerciorarse completamente de que no quedaba un hálito de vida en aquel hombre que su techo habia cobijado la noche ántes, y pretendiendo separar la banda que las sujetaba, vió en una de sus vueltas la azucena y los laureles de su célebre divisa.

A su vista se levantó de un brinco, lívido y descompuesto, destellando fuego los ojos, se volvió al grupo que lo rodeaba y preguntó con voz de trueno:

—¿Quién ha sido el infame malsin que ha muerto á Dia Sanchez de Rojas?

—Dos ballesteros del duque de Benavente que lo venian siguiendo desde Búrgos, respondieron á coro tres ó cuatro burgaleses en union de otros tantos labriegos.

—¿Hay álguien que los conozca?

—Yo.

—Sí.

—Nosotros, gritaron simultáneamente los más de los que allí estaban.

—Pero ellos no tienen culpa, añadió un anciano que parecia el de más autoridad, porque yo lo he presenciado detras de ese seto. El uno lo derribó traidoramente del caballo, eso sí, y los dos cayeron sobre él con los cuchillos, y al darle el uno gritó: ¡Justicia del duque de Benavente! y el otro le arrojó esa banda que el difunto, en la angustia que ha tenido para morir, se la ha rollado en las manos.

—¡Justicia no! exclamó Rodrigo con desesperada ira. ¡Venganza! pero venganza desleal, cobarde, propia en un todo de bastardo. Venganza que resbala sobre mí para devorar lo que me rodea.

Y separándose bruscamente del cadáver de Dia y de los que lo rodeaban, montó á caballo, volvió grupa, y le dijo á Illescas miéntras doblaba la banda perdida que al fin volvió á su poder:

—A Búrgos.

Desandaron el camino hecho con notable celeridad sin que cambiaran una palabra, hasta que entrando en Búrgos y llegando al alcázar, donde se apeó, le dijo á Hernando lacónicamente:

—Esperadme.

Y entrando en la regia mansion cruzó sin detenerse en las antecámaras, henchidas de damas y ricoshombres de la córte, reunidos y dispuestos para acom-

pañar á don Enrique y á doña Catalina á Santa María la Real, sin reparar en nadie, ni advertir lo mucho que en él reparaban, y causando con su súbita aparicion no poco asombro, dando todos por suspendido el viaje, y no llevada á efecto la toma de hábito de la ilustre y peregrina Elvira, siguiéndole todos con la vista hasta que penetró en la cámara de la reina, donde Enrique III acababa de entrar con el obispo de Cuenca y Ruy Lopez Dávalos, que ya empezaba á insinuarse en la privanza del rey.

No es la memoria la que segun fama distingue más á los que habitan en tan elevadas regiones, pero en aquella ocasion no fue así, porque á pesar de lo mucho que habia variado el alférez mayor, de lo largo de su ausencia, de lo descompuesto de su semblante, fue reconocido en cuanto apareció, recibiéndole ni más ni ménos que el dia en que vencedor de los moros de Baeza se presentó en el alcázar á recibir el parabien de su victoria y los elogios de su valor.

La primera que habló, y diz que lo hizo tan pronto como fijando en él la atencion lo conoció, fue Catalina de Lancaster, quien volviéndose á la dama de Osorio que habia sustituido en favor á Elvira, le dijo con aire triunfante:

—¿Veis como ha vuelto, Isabel?

Y en seguida, adelantándose á su encuentro, le dijo á Rodrigo con alborozo:

—¡Loado sea Dios! señor alférez mayor, porque venis á tiempo de interponeros entre el claustro y vuestra prometida, devolviendo á la córte su astro y á la reina su dama muy querida.

—No sé, señora, si lo conseguiré, respondió Ayala fuertemente impresionado, pero no dudo asegurar á V. A. que haré para lograrlo todo lo que á un caballero le está bien intentar, aunque sea suplicarlo de rodillas.

—Mas nuestro descuidado tutor, dijo Enrique III afectuosamente, debe ántes darnos cuenta de lo que ha hecho tanto tiempo léjos de sus pupilos, y sin cumplir ninguno de los cargos que sobre él pesan, llenándolos el corregidor de Toledo, que cumplidamente lo hace, en particular los que atañen á la guerra, pero que no ha hecho olvidar á quien ha sustituido.

—Una sola palabra lo explica, don Enrique, contestó Ayala con un laconismo nervioso: ¡sufrir!

—Esa es la suerte comun por lo que veo, dijo la reina con amargura; tambien en Búrgos hemos sufrido desengaños, antojos y tropelías.

—Que cesarán desde hoy que se ha cometido la última, añadió Rodrigo con una energía que revelaba no conocer obstáculos ni consideraciones.

—¡Hoy! exclamaron á la vez Enrique III y Catalina de Lancaster.

—¡Hoy, sí!

—¿Qué es, Ayala? ¿Qué sucede? le preguntó Ruy Lopez Dávalos dando algunos pasos hácia él.

—Sucede que á los primeros albores del dia salió Dia Sanchez de Rojas de

Búrgos; que dos asesinos le siguieron; que le acometieron traidoramente y le mataron en nombre del que los mandaba. ¡Hé aquí su sangre!

Y desplegando la banda la mostró á las miradas de Enrique III, de la reina, del obispo de Cuenca, de Dávalos, de las damas, que sorprendidos, confusos y afectados contemplaron las manchas rojas que la cubrian, frescas aun y denunciadoras del crímen.

—Y he venido aquí, prosiguió diciendo Rodrigo con ímpetu no reprimido, no para que me hagais justicia, don Enrique, porque aun no ha sonado para Castilla esa hora, sino para pediros que reunais el concejo en vuestra propia cámara, hoy, al momento, y yo la pediré para la sangre vertida con la iniquidad del crímen, y le pediré campo y plazo para castigar á un alevoso, y le arrojaré mi guante á los piés, y si no lo coge, publicaré que es un cobarde y le mataré donde le encuentre, aunque sea en el sagrado templo.

—Hijo mio, dijo el buen obispo de Cuenca afligido; la sangre no borra la sangre, sobretodo la que hace verter la pasion. Dejadlo á la justicia del reino, y si faltara, á la de Dios.

—Es que la de Dia, la de ese desventurado Dia pesa sobre mi corazon, lo comprime, lo ahoga; y luego, que esa frente, marcada con todas las bajezas de una villana venganza, tengo que abatirla, que pisarla; es mi deber y lo haré, porque yo cumplo los mios como honrado y caballero. Entre él y yo hay una cuenta muy larga, y llegó el dia en que se cierre, dia que no dejaré pasar.

—Pero ¿quién ha muerto á Dia Sanchez de Rojas, Ayala? ¿Quién es ese hombre á quien acusais y retais? le preguntó Ruy Lopez Dávalos tomando oportunamente la iniciativa.

—Ese bastardo que se titula duque de Benavente; ese que tiene sayones que acometen con cuchillo á los que su venganza señala. Ese que en su perfidia todo lo destroza, todo lo aja, todo lo mancha.

—¡Hablais de mi tio! exclamó Enrique III fijando en él sus ojos con espanto.

—Sí, de él hablo, á él acuso, á él, á él...

—Y ¿él ha muerto á Dia Sanchez de Rojas?

—No. Ha tenido miedo porque sabía que arrostraba la muerte, y ha mandado dos de sus satélites que la dieran, pero en su nombre, en su justicia, en su desafuero insolente.

—Rodrigo, calmáos, dijo Ruy Lopez Dávalos viendo á la reina pálida como la cera y á Enrique trémulo y conmovido.

—Que me calme, repitió Ayala con una sonrisa amarga; luego, Ruy, luego que haya terminado mi obra, cuando haya dado satisfaccion á la sangre de mi amigo y á los agravios que me ha hecho.

—Pero y ¿si el duque no fuera culpable? dijo el obispo interviniendo nuevamente. Porque los que han asesinado á Dia han podido escudarse con un nombre y matar por su propia cuenta.

—No, la voluntad que ha muerto ha sido suya; el brazo estaba á sus órdenes; las palabras que han proferido las ha dictado su lengua.

—Y ¿si os engañarais, hijo mio?

—No me engaño, y á Dios someto mi causa; á juicio de Dios lo reto; ya veis que estoy convencido.

—Ayala, dijo la reina conmovida y preocupada, no volvais entre nosotros para llenarnos de luto, siquiera por la alegría con que os hemos recibido.

—Señora, en el desórden de mi espíritu no os he dado las gracias por la buena acogida que os he merecido; no os las he dado tampoco por el interes que mi prometida os merece; y estad segura que muy grande debe ser el motivo que me impulsa, cuando sabiendo que os da pesar insisto en pedir al concejo campo y plazo, rogando á don Enrique que lo reuna ántes de partir para las Huelgas.

—Castilla, señor alférez mayor, repuso la reina severamente, no os dará campo para que lo regueis de sangre, ni el concejo, estad seguro, fijará plazo para un combate entre dos de los que le componen.

—Entónces, señora, repuso Rodrigo con firmeza, lo buscaré fuera de ella, y de donde le encuentre le traerá mi guante un heraldo.

—No tengo ningun poder, replicó la reina tan afectada que apénas podia reprimir el llanto que asomaba á sus ojos; soy una reina que está en tutela como su esposo, y es inútil que mande á los que saben que están eximidos de obedecerla. Pero soy una dama, soy Catalina de Lancaster, y creo que merezco ser atendida de quien como vos, señor alférez mayor, blasona de caballero.

—Doña Catalina, dijo Rodrigo con tanto respeto como entereza; estoy en haber probado que para mí sois la reina y la señora. Si no lo he conseguido, lo protesto, y juro que mis esfuerzos, mi voluntad, mi sangre, mi vida, están consagrados á V. A. Pero porque soy caballero, porque á la faz de Castilla he alzado mi voz para proclamar su crímen y su felonía, porque soy defensor de los débiles y amparo de los ofendidos, tengo el deber, la precision de castigarle, sometiendo empero mi razon al fallo que Dios pronuncie.

—Vos obrais en pro de los débiles constituyéndoos defensor de los ofendidos, repuso Catalina de Lancaster con visible y creciente emocion; y yo os hablo en nombre de Castilla que tambien merece consideraciones; de Castilla, que aunque quebrantada y empobrecida, hoy está quieta y mañana puede alzarse á la voz del que quereis castigar. En nombre de ella os pido que desistais de vuestro intento, señor alférez mayor; paz entre los gobernadores.

—Yo no la tendré nunca con él, pero prescindo de mí, señora. Mas y Dia Sanchez que acaba de morir sobre la nieve de un ribazo: ¿ha de quedar impune? ¿ha de quedar sin venganza sólo por un temor que puede desaparecer hoy mismo con quien lo inspira?

—No lo vean mis ojos nunca, dijo la reina estremeciéndose con aquella terrible suposicion, y si son una verdad las protestas que habeis hecho, dejadle á

Diego de Zúñiga la justicia, y á la de Dios el castigo. ¿Me lo prometeis, señor gobernador de Castilla?

Rodrigo cruzó los brazos, bajó los ojos y guardó silencio.

—¡Son de hierro! exclamó Catalina de Lancaster desalentada y amarga dirigiéndose á un sillon para sentarse.

—No lo son, señora; á lo ménos uno, dijo Rodrigo adelantándose; pero ese ha sufrido mucho y mucho tiempo, y tiene el derecho de ser inflexible.

—Para consumar una venganza, repuso la reina volviéndose, sin tener en cuenta que hartas se han desarrollado y cumplido, sin quererse persuadir que cada una de ellas ha traido en pos un cúmulo de infortunios, un torrente de lágrimas, porque en un solo sér se nutren cien afecciones, y aquellos que las sienten la perpetúan volviendo golpe por golpe.

—Ante esa consideracion no retrocedo, señora; por miedo no deja nunca de hacer Rodrigo Lopez de Ayala.

—Pero por generosidad, por nobleza sí, dijo Enrique III dando un paso y colocándose en el centro.

—Y por respeto tambien, añadió Ruy Lopez pasando junto á Rodrigo.

—Mi valiente alférez mayor, dijo Enrique III con indecible gravedad y aplomo, el duque de Benavente es nuestro deudo, tiene nuestra sangre y le amamos. Nos haréis, pues, el sacrificio de esa ofensa y no lo retaréis á muerte aunque mil veces la mereciera, porque la reina os lo ha pedido y porque yo os lo suplico.

—Sea así, pero es amargo que el que ha derramado el mal á manos llenas quede ileso para continuar en su obra, que no haya justicia para sus crímenes ni coto á sus desafueros.

—A Dia Sanchez de Rojas se hará justicia, que en Castilla ha de haberla para todos, replicó pronta y resueltamente don Enrique. Nosotros la pedirémos, como hemos pedido ántes avenimiento y paz, y creemos que el concejo nos atienda, porque la demanda lo exige por sí. En cuanto á vos, regente sois, hacedla, pero sin vengaros ni hoy ni nunca de mi tio. ¿Me lo prometeis así?

—Hace algunas horas que cité al duque para retarlo ante la córte; no hacerlo es una retractacion á que penosamente me resigno, pero lo haré para probar que respeto la voluntad que se confiesa sin derecho de imponerse, haciéndole un sacrificio que solo Dios puede apreciarlo, porque es el único que conoce en su extension lo que me cuesta.

Y Rodrigo miró á Catalina de Lancaster, que debido á las revelaciones de doña Isabel de Osorio comprendió una parte de su valor.

—Gracias por él, le contestó; y no os pese, porque mucho os realza. Ahora id al concejo, tomad posesion de vuestro cargo, y sed allí tan generoso y tan prudente como aquí habeis sido caballero.

—¡Dios me ayude! dijo Ayala, que por la primera vez de su vida dudó de sí y de sus resoluciones.

Conociólo Ruy Lopez y le dijo:

—Sobreponéos á vuestra personalidad, Ayala, y séd regente ántes que todo.

—Sabré serlo, contestó Rodrigo alzando la frente con nobleza y sin jactancia, y lo mostraré en este dia que lo es de prueba para mí.

Enrique III le alargó su diminuta y delgada mano, diciendo:

—Y yo cuando sea mayor os probaré que hay recuerdos que no se olvidan jamas.

Doña Catalina le dió la suya tambien; una y otra besó Rodrigo, y despidiéndose lacónicamente salió de la cámara y en seguida del alcázar, no sin que tuviera que contestar ántes á los infinitos saludos, bienvenidas y preguntas con que en su tránsito por antecámaras y galerías le abrumaban. Verdad es que lo hizo tan de prisa y tan amablemente como el tiempo y su impaciencia permitió.

—A las Huelgas, y ojalá no hubiéramos vuelto, dijo á Illescas así que se reunió con él.

—Adonde gusteis, respondió el escudero dándole la brida, y dad al olvido lo que aquí haya pasado.

—¡Oh! si perdiera la memoria....

Y sin añadir ni un gesto siquiera á lo dicho tomaron nuevamente el camino del monasterio con tal diligencia, que no tardaron en divisar la masa informe del edificio recostándose en el azul del claro y despejado firmamento.

Poco despues se apeaba al pié de la severa torre de Alfonso XI; dió el caballo á Illescas que con el suyo fué á esperarle á una de las granjas del Compas, y él se dirigió derechamente al locutorio.

CAPÍTULO XLIV.

CÓMO RODRIGO LOPEZ DE AYALA SÓLO PUDO DECIR SU RESOLUCION Á ELVIRA, PERO NO CUMPLIRLA COMO SE HABIA PROMETIDO POR UN OBSTÁCULO QUE NO PUDO VENCER Á PESAR DE SU ENERGÍA.

Rodrigo estaba impresionable y febril cuando entró en el locutorio. Dudando de sí, dudaba de todo; y así como veia escaparse su venganza cuando se dirigia á descargarla, le parecia que iba á sucederle con su reparacion, que á todo trance queria hacer.

Aquellas bóvedas, aquellas paredes, aquel silencio, aquella luz lo entristecian; sentia una opresion indefinible y angustiosa, y pensando si llegaba tarde latia su corazon de sobresalto y ansiedad.

Despues de esperar un cuarto de hora que se le hizo un siglo salió á la reja la tornera, anciana septuagenaria, pero derecha y diligente como una jóven pudiera serlo.

—Madre tornera, dijo el alférez mayor que por la primera vez de su vida se hallaba frente á las rejas oscuras y tristes de un locutorio; hacedme el favor de avisar á doña Elvira Manrique que un caballero solicita verla ántes que se efectue la ceremonia preparada.

—Imposible, respondió la anciana religiosa; sor Elvira está con nuestra madre abadesa, quien no la dejará hasta que el reverendo señor obispo avise para empezar.

—No obstante eso decídselo, y añadid que es de sumo interes lo que tiene que comunicarle.

—Perdonad, caballero, pero no lo haré, porque sé de cierto que no quiere ver á nadie, y ademas yo no puedo infringir la órden que he recibido de la misma superiora.

—Mi nombre os disculpará con la superiora, y estoy pronto á decíroslo en el momento que la aviseis.

—Ni aun así lo haré, señor mio, contestó la religiosa impasible; pecado sería distraerla, y yo me guardaré de cometerle.

—Es que yo necesito hablarle, replicó exaltándose Rodrigo.

—Pues esperad que acabe la ceremonia.

—Quiero verla ántes, replicó impetuoso é impaciente el alférez mayor.

—Eso es fácil, á la iglesia han de bajarla....

—No, no; ántes, ántes, llamadla.

Y Rodrigo para persuadir á la anciana monja se valió de súplicas, de promesas, y no pudiendo obligarla, la amenazó despechado y colérico, pero sólo adelantó el que se entrara haciéndose cruces escandalizada y temerosa.

Perseverando en su propósito rodeó el monasterio una y otra vez resuelto á introducirse en su recinto á todo riesgo, pero su decision se estrellaba contra aquellos espesos muros y fuertes y dobles rejas, sin que alcanzara á ver ni la sombra de una religiosa.

Entónces pensó en presentarse á la abadesa, para lo cual llamó nuevamente á la tornera; pero esta, fuerte tras de sus rejas, ni aun quiso acercarse á oirlo, y acertó, porque esta vez Rodrigo maldijo con rabia á las rejas y á las monjas que encerraban.

Desesperado de ver la impotencia de sus esfuerzos, enardecido su ánimo con los obstáculos, y comprendiendo que á pesar de su energía, de su poderosa voluntad, no podia superarlos; se fué á la iglesia donde la tornera lo mandara, y afirmándose en el sepulcro de una de las primeras abadesas esperó con los brazos cruzados el acontecimiento que no le era dado evitar.

La llegada sucesiva de Juan de Velasco, enviado por la reina, y de Cárlos de

Arellano, por el arzobispo de Santiago, hicieron saber á la abadesa que Búrgos estaba en conmocion, revuelto y agitado el vulgo, y el concejo reunido en sesion, por lo que no podian asistir al acto sagrado como habian ofrecido, ni los reyes, ni el arzobispo, ni la córte.

Con estas nuevas, deseoso el obispo de Búrgos de dar la vuelta lo más pronto posible, y siendo de su opinion la abadesa, resolvieron dar principio inmediatamente á la ceremonia, para lo cual todo estaba preparado.

Tañeron las campanas en tristes y prolongados sones, salió el obispo vestido de capa pluvial, asistido de los diáconos y subdiáconos competentes, y entró en la iglesia Elvira acompañada de la condesa de Gijon y de doña Leonor de Arellano, y cruzando lentamente toda la nave vino á postrarse de rodillas en un almohadon de terciopelo al pié de las gradas del altar.

Sobre este se veia en una bandeja de plata el hábito que iban á bendecir.

Para Rodrigo dejó de existir desde aquel punto Búrgos, el duque de Benavente, Dia Sanchez de Rojas, su venganza, lo pasado, en una palabra, todo excepto lo que veia.

Elvira estaba vestida de desposada. Un velo blanco y trasparente cubria su cabeza y se desprendia sobre sus hombros, una corona de flores ceñia su frente de diáfana y alabastrina blancura, el oro brillaba en su recamado vestido, que ceñia un talle tan leve, tan frágil, tan delicado que admiraba y sorprendia.

Enflaquecida al extremo podian contarse los huesos y los nervios de sus manos blanquísimas que cruzó al arrodillarse y que no separó en toda la ceremonia, ni alzó sus ojos del suelo donde los clavó.

Rodrigo la devoraba con sus ojos divinizándola con sus horribles amarguras. Veia destruida aquella belleza de que no quedaban más que rasgos, muerto aquel porvenir que tan ancho y rico se presentaba á su vida en flor, y notaba que aquella vida se extinguiria como la luz con un soplo.

Y al verla triste y resignada, rezando con la cabeza baja, acaso por los que todo se lo habian arrebatado, sentia una emocion profunda y dolorosa, sentia un remordimiento amargo.

Dió principio el reverendo obispo á la bendicion que hacia más solemne el prelado que la daba y la majestad del sitio en que se hacia. Concluida la ceremonia se levantó la novicia, los capellanes del monasterio con velas encendidas precedian su marcha en ordenada procesion, dirigiéndose á la puerta reglar, el obispo la llevaba á su lado, y delante el diácono conducia la bandeja con el hábito, y detras venian la condesa de Gijon, doña Leonor de Arellano, damas, caballeros y pueblo, cerrando la marcha los caballeros y comendadores de Santiago del hospital del rey.

Despues de ver desfilar la procesion Rodrigo se incorporó con ella, y sin pararse en ningun obstáculo logró situarse junto al mismo arco de la puerta reglar.

Abierta se hallaba esta ya; la numerosa comunidad con velas encendidas en las manos formaba dos largas y alineadas filas que se prolongaban al interior, y á la cabeza de ellas tres monjas tenian la cruz en medio de dos ciriales.

Los sacerdotes se acercaban á paso lento cantando el himno con que la Iglesia celebra sus alegrías, causando sus ecos perdidos bajo las altísimas bóvedas una piadosa impresion en cuantos los escuchaban.

Adelantóse la venerable abadesa hasta el umbral de la puerta; llegó Elvira sola al mismo sitio, y arrodillándose delante de la anciana prelada, dió esta principio á la última exploracion.

Rodrigo oyó al fin aquella voz de dulcísimo y armonioso timbre, pero más débil, y tan impregnada de sentimiento que heria el corazon así que penetraba el oído.

A las primeras preguntas de nombre, religion y propósito hechas por la ilustre abadesa en alta voz, respondió la interrogada con la acentuacion del que tiene prevista la pregunta y aprendida la contestacion.

—¿Habeis dado palabra de matrimonio? le preguntó la abadesa siguiendo el órden establecido.

—Sí, señora, respondió la novicia sobreponiendo la verdad á su orgullo, pero estremeciéndose al beber la última gota de hiel haciendo pública la humillacion de un desaire; mas me ha sido explícitamente devuelta por el que la recibió.

—¡No! ¡cien veces no, Elvira! exclamó Rodrigo atropellando por todo ciego y desesperado. No fue explícitamente, y en prueba de ello: ¡héme aquí para reclamarla!

Al oir aquel grito del corazon articulando un ¡no! enérgico y resuelto, Elvira alzó los ojos buscando al que lo lanzaba, y viendo á Rodrigo, que loco y fuera de sí al encontrar su mirada le tendió los brazos desatinado y delirante, se llevó las manos á la frente, y sin poder proferir ni un ¡ay! cayó tendida á los piés de la abadesa.

El primero que se precipitó á socorrerla fue Rodrigo, sin reparar en nada ni hacer caso de nadie.

Levantando el cuerpo que inerte yacia lo recostó sobre su hombro, miéntras que con trémula mano soltaba el cinturon que ceñia su endeble y delgado talle, sin oir ni responder, ni á la abadesa ni al obispo, ni á las monjas ni á las damas que cercado lo tenian.

Apesadumbrada la abadesa tanto por lo ménos como ofendida de su accion, extendió con un ademan lleno de autoridad sus dos manos arrugadas y trasparentes sobre su sobrina y le dijo severamente:

—Entregad mi sobrina á las damas, caballero, y retiráos de un sitio donde habeis traido el desórden y el escándalo. Apresuráos. ¡Entregadla!

Doña Leonor de Arellano se acercó con otras damas y extendió los brazos pa-

ra recibirla; pero Rodrigo, que ya no era dueño de sí, oprimiendo á Elvira contra su pecho, exclamó rechazándola bruscamente:

—¡Ni á Dios!

Las damas retrocedieron. La abadesa, trémula de indignacion, tornó á decirle, no ya con autoridad sino con imperiosa expresion:

—Mando que la dejeis: ¿ois? Aquí es mi voluntad soberana. ¡Obedeced!

Rodrigo no la miró ni pareció oirla; no se ocupaba más que de Elvira, á quien llamaba en voz baja.

—¡Caballeros! exclamó la abadesa dirigiéndose á los de Santiago que miraban aquella escena conmovidos; reclamo vuestro auxilio, apoderáos de ese hombre y volvedme mi sobrina.

Un movimiento impetuoso del alférez mayor probó que estaba decidido á rechazar la fuerza como las súplicas; al hacerlo, el rostro de Elvira, que reposaba medio oculto sobre el pecho de Rodrigo, quedó descubierto, y doña Leonor dió un grito doloroso.

Entónces el buen obispo de Búrgos levantó su báculo, y tocando con él el hombro de Ayala le dijo con dulzura:

—¡Dejadla, hijo mio! ya no pertenece á nadie, porque Dios se la ha llevado para sí á más tranquila mansion. ¡En ella que os compadezca!

—¡Pero está muerta! exclamó Rodrigo anudándose su garganta.

—¡Muerta está! ¡dichosamente! Respeto á su despojo que la muerte hace sagrado.

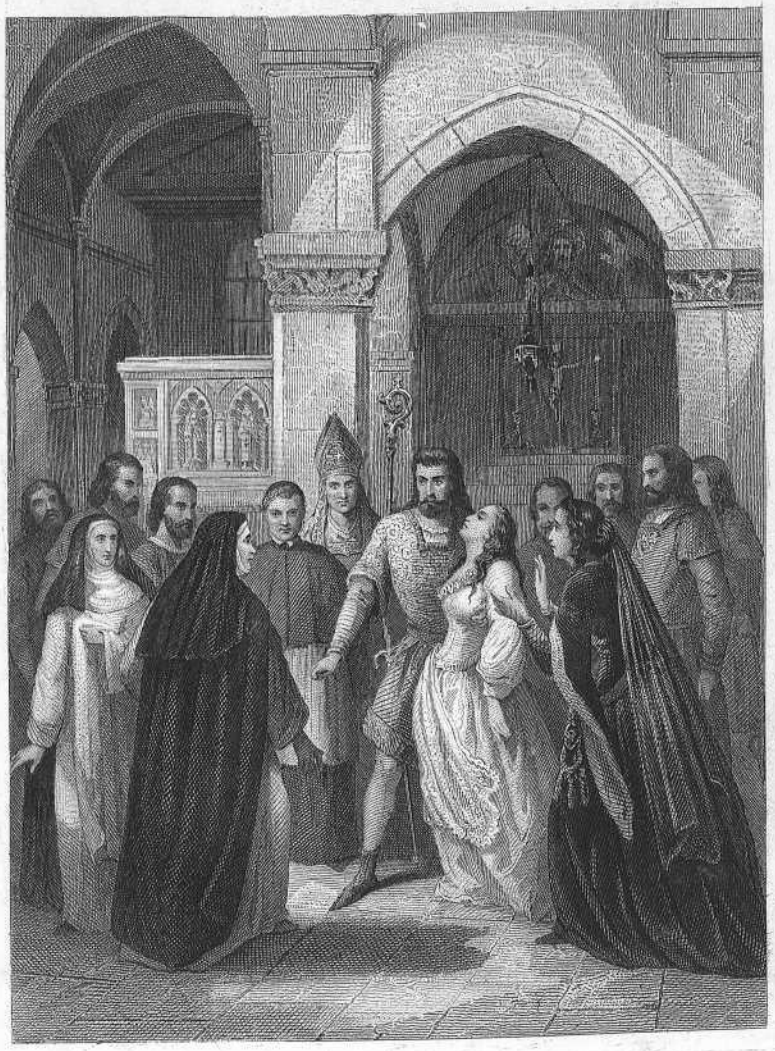
—¡La he muerto yo para que nada me falte! dijo Rodrigo con intensa y sombría amargura.

Y mirando el semblante que revelaba en su contraccion la última impresion que habia sufrido, impresion que la habia muerto, murmuró un ¡á Dios! tras del cual estampó un beso en su frente húmeda y fria, y con una resignacion sumisa la depositó en los brazos de doña Leonor que la recibió sollozando, hecho lo cual salió de la portería con la cabeza baja.

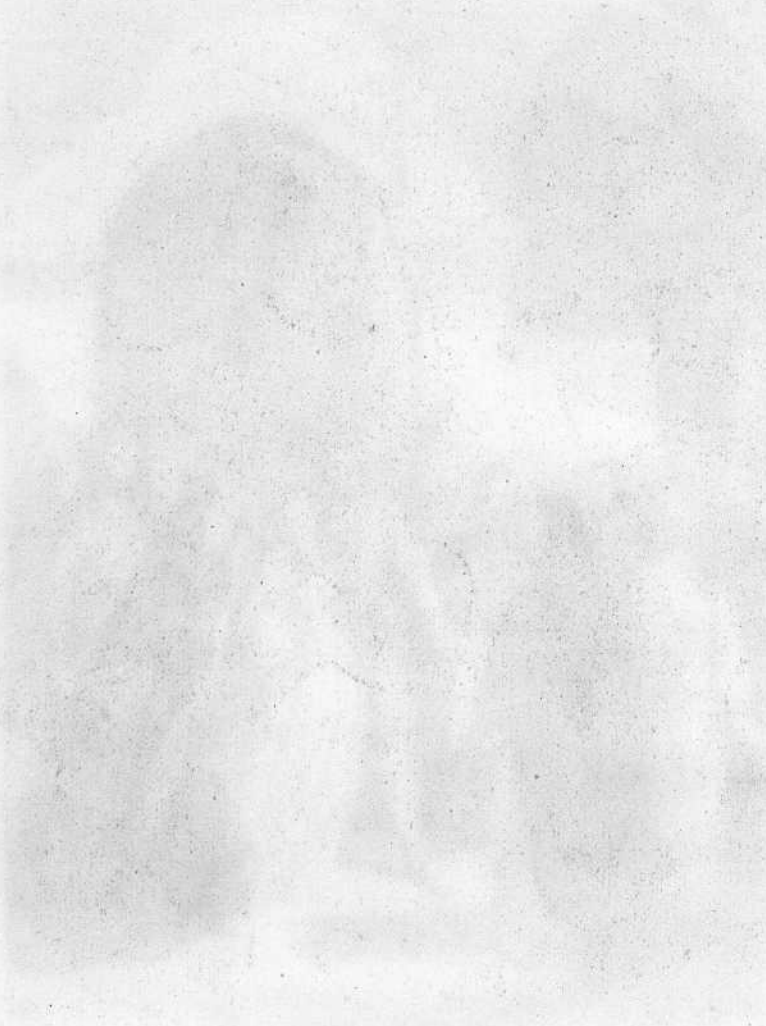
Dos lágrimas, las primeras que en treinta años brotaban de sus ojos, rodaron por sus mejillas, y cuando se reunió á Illescas le dijo con desolada conviccion:

—Aquí está terminado todo, volvamos á Búrgos donde aun queda algo que hacer.

Y montando á caballo tomó al paso el camino que trajera.



—¡Ni a Dios!



CAPÍTULO XLV.

CÓMO LOS ÁNIMOS SE ALTERARON EN BÚRGOS CON EL HOMICIDIO DE DIA SANCHEZ DE ROJAS, Y CÓMO ENRIQUE III PIDIÓ JUSTICIA CUMPLIENDO LO QUE AL ALFÉREZ MAYOR PROMETIERA.

Búrgos amenazaba, tomando una actitud imponente, juzgar por sí y castigar á los asesinos de Dia Sanchez de Rojas. Poco le faltaba para rebelarse contra los gobernadores, notándose siempre creciente una general y pronunciada efervescencia.

Ricoshombres, infanzones, hidalgos y pecheros participaban de ella. Por do quiera no se hablaba sino de la desgraciada muerte de Dia Sanchez de Rojas, la mayoría de los ánimos estaba contraria al duque de Benavente á quien de público se acusaba, no dudando nadie fuese el autor de tan atroz desafuero.

Exasperado el vulgo de antemano por las vejaciones de los regentes, murmuraba en corrillos que no habia seguridad ni justicia en un reino cuyas principales cabezas obraban tan desatentadamente, hollándolo todo á capricho, y menester es confesar que la razon les asistia.

Eso era en las calles y en las plazas, pero penetrando en el alcázar, aun el disgusto y la indignacion aparecia más pronunciado.

Tras de Rodrigo Lopez de Ayala se presentaron el conde de Gijon y el arzobispo de Santiago, y la vehemencia de sus apasionados discursos añadieron su impresion á la ya recibida con la vista de la banda empapada en la sangre fresca aun de la víctima inmolada por el duque.

Los recuerdos de los desmanes pasados, evocados en la regia cámara, le daban más realce á la fechoría presente, y temerosos de lo futuro se buscaban con afan modos de ponerle coto.

En cuanto á la reina, lo condenaba enérgicamente al par con el corazon y la cabeza, con la razon y el sentimiento; y pensando en Ayala comprendia su falacia, tomando por engaño un amor que era real y profundo, acaso porque no era ostensiblemente pagado.

Despues de contener la venganza del alférez mayor que pretendia sangre por sangre saciándose en la del duque, Catalina de Lancaster, inquieta, pensativa y afectada, permanecia con don Enrique, quien despues de recibir las inspira-

ciones de los que le rodeaban se entregaba á las suyas propias, tal vez más acertadas y rectas á pesar de sus pocos años.

Habia mandado á llamar al primado y lo esperaba para pedir justicia contra el asesino de Dia Sanchez de Rojas, como le ofreciera á Rodrigo Lopez de Ayala, preparándose á exigirla con resolucion y energía.

Presentóse, pues, el arzobispo de Toledo en la cámara, donde tantos sentimientos habian exhalado su fuego aquella mañana, y acercándose con su apacible gravedad y su impenetrable aspecto los bendijo en silencio ocupando el asiento que el rey le señaló á su lado.

Sabía don Pedro Tenorio lo ocurrido con más exactitud que otro alguno en la córte, y presumia fundadamente que así él por su alianza particular con el duque como el concejo por la alta categoría del que en plazas y calles acusaban, y ser á la vez miembro suyo, iban á encontrarse en un extraño conflicto.

Empero como el atentado de don Fadrique era privativamente suyo sin que afectara lo más mínimo ni la honra, ni el poder, ni el influjo del primado cualquiera que sus consecuencias fuesen, ni cubria sombra alguna su frente venerable, ni era turbado su espíritu con temor de ninguna especie.

Enderezando don Enrique su frágil talle y sacudiendo ligeramente sus rubios cabellos para despejar la graciosa y descolorida faz, le dijo al primado con la expresion que segun llevamos dicho revelaba por sí solo al rey, haciendo olvidar que el que hablaba era un niño:

—Os aguardábamos con impaciencia, padre mio, para deciros que ha sido asesinado en las inmediaciones de Búrgos uno de los más honrados y mejores vasallos de nuestra corona.

Mi tio don Alfonso Enriquez de Noroña, como de su casa que era el desventurado Dia Sanchez de Rojas, ha venido á pedir justicia. Hala tambien demandado nuestro noble y leal alférez mayor que está en la córte horas hace, y clama por ella con sus sordos murmullos el vulgo que en vista de lo que sucede no se contempla seguro. Y ya que por desgracia no podemos concedérsela aunque nuestro deseo sea grande, nos, Enrique III de Castilla, unimos nuestra voz á la voz de nuestro pueblo para pedirla al concejo.

—¡Se hará! respondió el prelado con mesura. Se hará, tenedlo por seguro si la mia es escuchada.

Vamos á reunirnos ahora mismo en sesion plena, y se pedirán los reos que se han acogido á su señor.

Sonrióse el rey como lo hubiera hecho diez años más tarde, y replicó con ironía:

—Y ¿os parece eso bastante, reverendísimo padre, para la desgracia ocurrida y los males que nos amenazan?

La réplica de Enrique III paró un instante al primado, y conociendo que estaba prevenido y que aquel acontecimiento se iba á explotar por el contrario

bando, reflexionó lo que iba á decir, cuidando de no soltar una prenda en tan delicada cuestion.

—Cuando un hecho está consumado, dijo el primado gravemente, si admite reparacion, se la da cumplida; mas si es tal como el que hoy deploramos, solo es posible á nuestro limitado poder castigar á los perpetradores. Esto intentamos; pero si otra cosa hay posible que compense el daño irreparable que se llora, si algun medio veis que prevenga el que se reproduzca en otro, decidlo al punto, señor, y yo me consagraré á ponerlo en ejecucion.

—Si resueltamente os consagrarais, reverendísimo padre, replicó Enrique III animándose conforme hablaba, no volveria á suceder lo que de muy atra svenimos viendo con muchísimo dolor.

—No sé á qué aludís, señor, repuso don Pedro Tenorio fijando en su pupilo una penetrante mirada.

—Pues os lo manifestaré en brevísimas palabras, dijo don Enrique con el tono del que está convencido de su razon. Desde que murió mi padre vemos que se están cometiendo desmanes y tropelías que nacen de parcialidades y rencores, y estos si quisierais hoy mismo se concluirian.

Vemos que la vida de nuestros vasallos está á merced de una voluntad irascible, y esa voluntad, aunque sea la de nuestro tio, debia de estar enfrenada donde hay ley y quien representa al rey.

Vemos llevar el desafuero hasta el crímen, porque no hay quien le ponga coto, porque emana del abuso que hace cada uno de su poder; porque se hacen mútuamente concesiones los que en una misma esfera giran, porque no hay quien no necesitando indulgencia pueda ser severo con los demas.

Vemos que no reina la justicia porque la ahoga el interes personal, el odio, la venganza que hora domina en mi infeliz Castilla; y no hay quien niegue que nacen tamaños males de esas alianzas de grande á grande que liga á los unos contra los otros, dando los resultados que amargamente tocamos.

Que se rompan, formándose sólo de reino á reino; que el concejo de gobernadores, así como no representa mas que un rey, no tenga mas que una sola voluntad; y estad seguro, padre mio, que no se reproducirán alevosías como la de hoy; porque lo es y sin excusa la que ha dejado sin vida á Dia Sanchez de Rojas. Esto creo que para ponerlo en ejecucion no se necesita otra cosa, padre mio, que resuelta voluntad.

Oyendo los severos cargos de don Enrique se enrojeció como el fuego la respetable faz del primado, encontrándolos justos en el fondo de su conciencia, y comprendiendo con la rapidez de su pensamiento siempre profundo, aunque sujeto á culpables aberraciones de su razon, que no era fácil ni aun posible contener la borrasca desencadenada por el duque, formó el propósito de que pasara sin tocarle, y respondió con tanta energía como dignidad:

—Hoy probarán los que tan mal juzgais, no su lealtad á V. A., que eso bien

notorio es, sino su solicitud por el reino que han salvado una vez, aunque su menguada estrella haya querido que lo hayan olvidado ó no comprendido aquellos por quien lo hicieron.

—Os engañais, reverendísimo padre, replicó el rey con prontitud; ni está olvidado ni nunca lo estará. Todos los dias recuerdo que el primer consuelo que recibí cuando Dios me dejó húerfano vino de vuestros labios; sé tambien, porque hay quien me lo diga todo, que hace años consolidásteis mi trono; que despues le prestasteis apoyo, que fuisteis el primero á proclamarme y rendirme pleito homenaje; pero luego echasteis á un lado los deberes de tutor y gobernador para ser jefe de un bando que divide mis estados.

—No creí que llegara un dia tan amargo para mí que escucharan mis oídos de boca de V. A. tan inmerecida inculpacion, replicó hondamente herido el primado; y si me sostiene la íntima conviccion de no merecerla, duéleme con extremo que el soplo infecto de la calumnia desdore hechos que son justos y acciones que son dignas, aunque las desnaturalicen y tuerzan los que tienen interes en hacerlo.

—No os alteren mis palabras, dijo Enrique III cediendo al prestigio omnipotente del primado; presérveme Dios de decir una que os ofenda aunque me ofendierais á mí. Sólo os exijo que lleveis al concejo mi solicitud y que vos la apoyeis para que se haga justicia á los manes de Dia Sanchez.

—Es un deber que llenaré sin consideracion alguna, contestó don Pedro Tenorio levantándose, y pronto tendréis la prueba, pues con vuestro permiso voy á presidir el concejo.

—Id con Dios, padre mio, repuso con tibieza don Enrique; en él hallaréis á nuestro alférez mayor, que desde hoy forma parte, y si no la más elevada, por lo ménos muy leal.

—En buen hora sea, replicó el primado con mesura.

Y despidiéndose de la reina que no habia desplegado sus labios para proferir un solo acento, salió de la cámara, donde á continuacion entraron el infante don Fernando y el obispo de Cuenca, compañero inseparable de los niños que le habian encomendado años hacia.

Corrió el infante apresuradamente hácia su hermano, y despues de acariciarle con sus pequeñas y lindas manos el rostro, saltó sobre las rodillas de su cuñada, y ciñéndole el nevado cuello con sus dos brazos, unió su fresca mejilla á las mejillas enardecidas de la reina en las que dos lágrimas resbalaban lentamente.

Advirtiólo el infante, y llenándosele los ojos de ellas le preguntó compungido:

—¿Por qué llorais, hermana?

Sonrióse la reina miéntras que otras dos lágrimas sustituian á las primeras, y le contestó:

—Porque hoy, Fernando, he suplicado como mujer, he sufrido como reina, y tengo que llorar como débil el sacrificio que he hecho.

Enrique III clavó en ella sus ojos con expresion más que de niño, y con una gravedad harto precoz le dijo:

—Os prometo, Catalina, que os lo compensaré cumplidamente cuando tenga veinte años como vos.

—Estoy compensada, Enrique, replicó la reina enjugándose los ojos; sólo que lloro porque el corazon rebosa.

—No os aflijais por lo que sucede, añadió sentenciosamente el buen prelado; á veces de un gran mal suele brotar un gran bien, y quizá hora nos hallemos en este caso.

—Pedídselo á Dios, padre mio, porque á veces no basta que las intenciones sean rectas para que el bien se consiga, repuso Catalina de Lancaster con una expresion que á ninguno de los que allí estaban le era dado descifrar.

—Si se lo pedimos todos nos oirá mejor, hija mia, porque las voces de los ángeles llegan primero que las de los hombres á su oído.

Dió Catalina de Lancaster un suspiro, y fijando los ojos en las flores de la alfombra guardó silencio, que no fue interrumpido durante un buen espacio de tiempo.

CAPÍTULO XLVI.

QUE FUE GUARDADO EL TESTAMENTO DE DON JUAN I, CON LA RESOLUCION QUE TOMÓ EL DUQUE DE BENAVENTE.

A San Pablo dirigió el primado sus pasos así que salió del alcázar. Apiñábase el vulgo en su entrada llenando las inmediaciones, y tanta mella hicieron en su ánimo sus murmullos como las duras y decididas razones del rey.

Ya le habia precedido el conde de Gijon y el de Trastamara, el arzobispo de Santiago, los dos maestres y el concejo de diputados.

Inmóviles y silenciosos todos procuraban ocultar sus alterados pensamientos bajo un exterior impasible ó severo; y sin embargo, á pesar de aquella reserva se conocia claramente que sólo esperaban para mostrarse que se profiriese una palabra, palabra que una vez allí el primado no podia tardar en pronunciarse.

En efecto, así sucedió: don Pedro Tenorio manifestó en frases muy pensadas y comedidas la muerte de Dia Sanchez de Rojas, el disgusto que habia causado,

la peticion que don Enrique dirigia al concejo demandando justicia, y el compromiso contraido por él y á su nombre en hacerla pronta y severa.

Preparábase á contestar don García, y ya la palabra en sus labios y fija en él la atencion pendiente hasta allí de los del primado, los ujieres, que en los extremos estaban, volviéndose á la preocupada asamblea interrumpieron el comenzado debate diciendo:

—El alférez mayor del rey, tutor de S. A. don Enrique y regente de Castilla.

—Aquí tiene su sitio, contestó el primado sin titubear, dejándoselo á su mismo lado.

Adelantóse Rodrigo Lopez de Ayala con grave y triste continente, y saludando con una silenciosa y profunda cortesía se sentó junto al arzobispo de Toledo.

Gran sensacion produjo aquel incidente inesperado en los más de los que lo presenciaban. Todas las miradas se clavaron con interes ó curiosidad en su semblante descolorido y visiblemente afectado. El arzobispo de Santiago sintió á su vista una tan profunda y dolorosa impresion, fueron tan tumultuosos y violentos los sentimientos que le asaltaron, que á pesar de un esfuerzo de su poderosa voluntad no fue dueño de reprimirlos paralizándose instantáneamente, y abatiéndose hasta el punto, que pálido y sin fuerza tornó á sentarse en el escaño que acababa de abandonar.

Por su parte, la única mirada que el alférez mayor buscó en el círculo donde estaban fijas en aquella hora todas las de los habitantes de Búrgos fue la de don García, mirada que solicitaba con la angustia suprema del remordimiento y que tenia para él la importancia inmensa del perdon.

Pero el arzobispo la huia. En aquel instante crítico se hallaba ante sus ojos atraido por sus recuerdos el yerto cadáver de don Alfonso, tal cual lo habia tenido en sus brazos cuando lo encontró la tarde funesta de su duelo bajo las arboledas del Arlanzon; y sus labios contraidos se apretaban para no dejar escapar el grito de la naturaleza formulando una maldicion.

Sin embargo, la magnética mirada de Rodrigo atrajo á su pesar la del anciano, la absorbió con el poder irresistible que la irradiaba, y bajó la cabeza como si le dirigiera una súplica.

Entónces don García se elevó á esa altura adonde es menester que Dios acompañe para llegar, y alzando su diestra lo bendijo en silencio.

Todo esto pasó sin que nadie lo notara, ó por lo ménos lo comprendiera, como sucede siempre á todo el que está embebido en un pensamiento que le preocupa; y como quiera que el interes general vivamente excitado con la inusitada aparicion de Ayala fuera digámoslo así secundario, se volvió pasada la primera impresion al primer objeto que lo atraia y fijaba, objeto de una incalculable trascendencia segun el giro que las cosas tomaban.

Difícil era la situacion del concejo, y mucho más cuando el arzobispo don García presentó la acusacion del duque con lisura y dignidad.

No negando el hecho el primado, porque era imposible hacerlo, salió á su defensa, haciéndolo de la parte que se le atribuia á don Fadrique, justificándole con su casi íntima amistad al infortunado Dia Sanchez; pero los testigos que habian presenciado el asesinato estaban conformes en quien eran los matadores y las palabras que en su siniestra ejecucion habian vertido.

Guardando un absoluto silencio presenciaba Rodrigo Lopez de Ayala la animada discusion sostenida por los dos prelados; prestábale sí una profunda atencion, sólo que á veces un vértigo de dolor se apoderaba de su alma, y entónces se doblaba su hermosa y altiva frente y se humedecian sus negras y brillantes pupilas.

En tanto el maestre de Calatrava, sentado en su escaño, medio caido el manto de los hombros, daba muestras de una marcada impaciencia que crecia á medida que los prelados se engolfaban en réplicas y acriminaciones.

Tanto que don Lorenzo Suarez de Figueroa advirtiéndolo le dijo:

—¿Qué teneis, don Gonzalo?

—Las manos atadas, maestre, respondió bruscamente el de Calatrava.

—Y ¿quién, ó qué os las sujeta? tornó á preguntarle el orgulloso y severo don Lorenzo.

—Vos y la voluntad de Juan I, que me nombró regente en lugar vuestro.

—Sin duda fue para darme la gloria de terminar las discordias cuyo fruto empezamos hoy á coger.

Levantóse esto diciendo el maestre de Santiago y dirigiéndose á los prelados y al concejo alternativamente, les dijo con su acento rígido y enérgico:

—Señores, en nombre de Dios y por el bien de Castilla os pido que vengais en lo que os voy á suplicar, y se cortará de raíz esa desavenencia fatal, causa única de este y todos los males que deploramos.

—¡Decid!

—¡Explicáos!

—¡Proponed! contestaron los arzobispos y los diputados.

—Pues bien, convenid en que se separen del cargo de gobernadores á los tres tios del rey y á mí, y sea guardada en todo y para todo la voluntad previsora del difunto monarca que en mal hora no se ha seguido.

—Don Lorenzo ha presentado mi pensamiento; mi voto está con el suyo, dijo don Gonzalo resueltamente.

—Y el mio, añadió Rodrigo Lopez de Ayala con amargura recordando cuán caro le costaba el guardado testamento.

—Y ¡el de Castilla! exclamaron los procuradores de las ciudades que pertenecian al concejo levantándose simultáneamente de sus asientos.

—Siempre fue ese mi deseo, dijo don García Manrique que necesitó todo el dominio que sobre sí ejercia para contener la explosion de su gozo al ver logrado de tan extraño modo lo que tanto habia trabajado y tan inútilmente por conseguir.

—Guárdese en buen hora, añadió don Pedro Tenorio, cediendo á las circunstancias que tan imperiosas se mostraban.

Dos personas quedaban por hablar, y á quien no convenia por cierto lo que acababa de resolverse. Era la una el conde de Gijon, la otra el de Trastamara. Acercóse este al primado y le dijo:

—Reverendísimo padre, yo no me conformo á una determinacion que así me perjudica.

—Sí haréis, respondió don Pedro con intencion, mucho más si pensais que todo tiene una compensacion, y que en este juego, tal como se presenta, el que pierde gana más.

Oido lo cual por el conde, y despues de cambiar una mirada que encerraba una promesa por parte del arzobispo, se volvió al concejo que ostentaba una actitud digna y resuelta, diciendo:

—Me someto á lo dispuesto por el reino y los regentes.

Y dejando en el acto su sitio fué á tomar otro en los bancos destinados á la grandeza en las recientes sesiones de córtes.

No habia sido necesario hablar para entender á don García Manrique y don Alfonso Enriquez de Noroña. Con una sola mirada del prelado bastó para que el conde comprendiera que no importaba nada á su fortuna y poder el no ser gobernador; así fue que añadió tan pronto como concluyó el conde de Trastamara de manifestar su decision:

—Resigno los poderes que las córtes me confirieron y me aparto del concejo ofreciéndole mi apoyo.

—Queda establecida para lo sucesivo la regencia designada por el testamento de don Juan I, que gloria haya, dijo el primado en alta voz, con indecible aplomo y majestad.

—¡La aceptamos, la aceptamos! respondieron á la vez gobernadores y diputados.

—Sin alteracion ninguna, por ningun caso, ni bajo ningun pretexto, añadió con su vigoroso acento el arzobispo de Santiago. Don Juan I dejó nombrados sucesores á los que muriesen; si tal sucede reemplacen estos á los que fallezcan, guardándose su voluntad en todo y por todo.

—Sí, sí; guárdese en toda su extension, respondieron todos á una voz.

Resonando todavía el eco de la postrer aprobacion apareció don Fadrique de Castilla en San Pablo, avanzando por la ancha nave que recorria su altanera mirada examinándolo todo; pero al reconocer á Rodrigo Lopez de Ayala, que maquinalmente se puso de pié clavando en él sus ojos con una fijeza fascinadora, sintió una impresion semejante á la que debió experimentar Atlas á la vista de la fatal cabeza de Medusa mostrada por Perseo, quedando mudo y petrificado, faltándole voz y accion.

Rendido su culto de sangre á la venganza se halló, cuando los ballesteros se

la dieron por cumplida; no tranquilo, porque no podia estarlo quien así procedia, pero sí satisfecho de haber lavado el insulto que Ayala le hiciera con su vida. Retraido completamente en el fondo de sus aposentos sólo supo que Búrgos estaba conmovido y que el concejo iba á constituirse en sesion, para asistir á la cual le llamaban.

Por lo demas, era tan grande su poder en Castilla, estaba de ello tan convencido, y tan seguro se hallaba de la impunidad, que oia rugir la tempestad popular con una indiferencia que rayaba en desprecio.

Salió, pues, de su palacio para ir al concejo con el aparato de un rey, y cruzando con desdeñoso y fiero continente por entre aquellas ondas movibles que le abrian paso apresuradas para luego murmurar y maldecirle á su espalda, llegó á San Pablo erguido y amenazador.

Mas hora rodando su pensamiento por la sima sin fondo donde se precipitaba perdido miraba rostro á rostro á Rodrigo Lopez de Ayala, sin comprender otra cosa sino que aun vivia el hombre que lo habia tan injuriosamente afrentado, siendo vendido ó engañado por los que le habian mostrado los cuchillos tintos con la sangre de su enemigo.

Habia algo tan extraño y terrible en aquella doble mirada y en aquel silencio mútuo y sostenido, que el arzobispo de Toledo, queriendo romperle temeroso de su prolongacion, se levantó, y dirigiéndole la palabra le dijo:

—Señor duque, ha sido perpetrado un homicidio cobarde y alevoso por dos criados de vuestra casa en la persona del caballero Dia Sanchez de Rojas, al servicio de vuestro hermano el conde de Gijon...

De pálido que el duque estaba pasó á rojo, igualando su tez encendida al color de la escarlata, y al notarlo cuantos le miraban se convencieron plenamente de su crímen, reinando en algunos instantes un silencio profundo, pero violento. El primado prosiguió despues de una breve pausa acentuando fuertemente cada una de sus palabras para trazarle la única salida que expedita le quedaba:

—Hay quien dice que por órden vuestra, y lo sostienen con pruebas que se sustentan en las palabras que los asesinos han vertido en su atroz ejecucion. Probad que mienten ó se engañan entregando á los homicidas que se han refugiado á vuestra casa, invocando pérfida ó neciamente vuestro nombre.

—Juro á Dios, contestó el duque puesta la mano en el pecho, que no he mandado matar á Dia Sanchez de Rojas, que siempre fue mi amigo.

—¡Yo lo afirmo! añadió Rodrigo haciendo un esfuerzo sobrehumano para elevarse sobre sus pasiones y rencores.

Creció de punto la sorpresa al oir al alférez mayor, de quien así como del duque nadie desviaba sus miradas, queriendo penetrar en la severa impenetrabilidad del uno y en la estupefaccion sombría del otro su secreto.

En cuanto á don Fadrique, atónito miró á Rodrigo, no comprendiendo en su odio y su alucinamiento la grandeza sublime de aquella afirmacion.

Tambien puso en él su vista el arzobispo de Santiago, y no pudiendo leer el pensamiento que se encerraba tras de aquella frente tan noble y hermosa, sobre la cual el dolor batia sus alas, le dijo cambiando con él por primera vez la palabra:

—Aducid una prueba de lo que asegurais, tan poderosa como las que existen en contrario.

—De las convicciones morales no las hay, ó por lo ménos no puede dárseles forma positiva y palpable, respondió Rodrigo Lopez de Ayala con grave y altiva dignidad; pero repito que lo afirmo por mi fe y por mi honor, y creo que basta; porque no hay quien dude del uno ni de la otra.

—Tal no se duda, contestó el primado que se apresuró á asir la tabla que aun podia salvar al duque del naufragio que le amenazaba, que seguros con ella se da por calumniosa la voz que se alce para acusar á don Fadrique de Castilla de ser parte en la muerte del sin ventura Dia Sanchez de Rojas. Por lo que á mí hace, le suplico que entregue los reos para que expien el horrendo atentado que ha conmovido á Búrgos.

—¡Nunca! respondió el duque que devoraba el tormento más atroz que es dado sufrir á un ánimo altanero: ¡la humillacion! Son vasallos mios: hanse acogido á mí, y no los entregaré, juzgándolos yo segun mi conciencia y fueros.

Levantóse don García Manrique implacable y severo como la justicia humana, y le dijo:

—La muerte violenta é inícua del malogrado Dia Sanchez de Rojas es una cuenta que Dios ajustará en su dia con su asesino. Poco importa que escape hoy del castigo; sólo conseguirá diferirlo, porque lo que se hace se paga. Júzguelo, pues, Diego de Zúñiga ó vos; sea duro ó leve el castigo que se le imponga, el concejo se separa de tan odioso litigio. Lo que cumple á su deber es deciros que los gobernadores y el concejo de diputados han decidido que se cumpla la voluntad de don Juan I, gobernando á Castilla desde hoy su regencia, ayudada del concejo de seis diputados, que lo son por Búrgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia.

¿Os conformais con su determinacion?

Antes de responder don Fadrique miró fijamente al arzobispo de Toledo, pero este sostuvo su larga mirada sin perder un átomo de su impasible gravedad. No encontrando un signo de oposicion en la frente del primado hácia la resolucion que don García le participaba; no encontrando su mirada una ligera demostracion que le probara ser comprendida, dió por disuelto el lazo que lo unia con él, y se volvió fieramente contra todos.

—¿Quién ha propuesto, preguntó con sardónica sonrisa, esa medida que me despoja de la tutoría de mis sobrinos y mi participacion en la regencia? ¡Que lo diga!

—Yo, Lorenzo Suarez de Figueroa, respondió el maestre con su absoluta y orgullosa expresion.

Tornó á mirar don Fadrique al primado arrojándole á la cara con sus ojos destelladores la acusacion de traicion y el resentimiento de vencido. Despues giró en derredor su chispeante mirada, y tornó á preguntar:

—Y ¿ha sido aceptada?

—Por unanimidad.

—¡Por todos! exclamaron á la vez gobernadores y diputados.

—Bien, muy bien pedido y mejor conformado. Siento no haber estado presente para celebrar tanto desprendimiento, tanta lealtad, tanta armonía como de tal acto y tal unanimidad se desprende.

Y despues de lanzar con calma sus cortantes sarcasmos, añadió con soberana altanería:

—Yo podria, si quisiera, protestar y sostener mi protesta en este terreno y en otro; pero no lo hago porque así me cumple. Resigno, pues, y me separo de regencia y tutoría.

Y saludando ligeramente volvió la espalda abandonando aquel sitio.

—Señor duque, una palabra, dijo el alférez mayor levantándose y siguiéndole.

Abrumado don Fadrique por la muerte de Dia Sanchez, por la amarga decepcion que habia sufrido y la pérdida de un poder que era su ambicion, su satisfecho deseo, pero inmensamente más con la generosa conducta de Rodrigo, comprendió al oir su voz que su fuerza cedia á tan violentas emociones, y parándose en el crucero por donde iba para esperarle, le contestó:

—Decidla, y por Jesucristo sea la última que crucemos.

—Así será, si no está escrito que nos volvamos á encontrar en el camino donde uno de nosotros no estará nunca bien, replicó Ayala con una calma mesurada y fria que contrastaba de un modo terrible con el fuego que brotaba de sus negras pupilas y las hondas arrugas que unian sus estrechas y aterciopeladas cejas. Antes, pues, de que nos separemos, quiero deciros que la voluntad del hombre ni da ni preserva de la muerte, puesto que los dos vivimos y Elvira Manrique de Lara y Dia Sanchez de Rojas han hoy comparecido ante Dios.

El duque se estremeció, y Rodrigo más grave, más severo aun, continuó diciendo:

—Quiero asimismo deciros, porque me está bien que lo sepais, que ántes de venir al concejo he prometido solemnemente mi palabra de no vengarme de vos hoy ni nunca, y lo he prometido á ruegos que no debia resistir quien se precia de muy caballero y se tiene por más fuerte y más valiente que vos. Quiero deciros tambien que cuando aseguré que no habiais mandado la muerte de Dia Sanchez de Rojas, que la pasada noche fue mi huésped, era porque estaba convencido íntimamente que la que habiais ordenado era la mia.

Ahora idos si os place, señor duque, mi espada está embotada para heriros; por lo pasado no recibiréis de mí una agresion; pero que no nos volvamos á ver, si-

quiera hasta que se seque la sangre de que mi banda está empapada y se endurezca la tierra que mañana cubrirá á mi prometida.

No hay, ó no encontramos una frase que signifique lo que el duque sentia conforme iba hablando Rodrigo, mezcla amarguísima de sensaciones crueles y vivas entre las que sobresalia una más punzante de mortificadora humillacion, comparando odio con odio y venganza con venganza.

Iba á responder, casi se entreabrian sus labios para dar paso á una palabra, y la palabra á una de sus pasiones, cuando resonó en su oído la fuerte y sonora voz del primado, diciendo con el acento que revelaba la alteza de su dignidad y la conviccion de su poder:

—Señor alférez mayor, ántes que os retireis venid á prestar el juramento.

Una puñalada no hubiera herido tan profundamente el corazon de don Fadrique como la voz del prelado y la órden que dictaba en su misma presencia y tan espontáneamente.

Sin pronunciar lo que iba á decir se volvió y echó una última mirada á los hombres que rompian el pacto que por dos años los habia tan estrechamente unido, sosteniéndose con su apoyo en sus pretensiones de preponderante mando al recinto donde tan omnipotente habia sido el influjo de su voluntad; y retirándola henchido de amargura intensísima, la fijó en Ayala, que doblando con orgullosa mesura la cabeza, se dirigió al altar donde acababan de colocar el libro de los Evangelios.

Primero se sonrió don Fadrique con desden predominando su arrogancia que le impulsaba á despreciar, sobreponiéndose luego que miró al altar donde se encontraba el primado y al que se dirigia Rodrigo con paso lento á prestar el juramento que á él relajaban, su altanera frente se anubló, su fisonomía se contrajo y murmuró:

—¡No mintieron las estrellas! Realizada está la prediccion de Ben Samuel.

Y volviendo bruscamente la espalda salió de San Pablo, atravesó por entre la compacta multitud con frente alta pero sombría, y se fué derechamente á su palacio.

—Troncoso, dijo á su escudero así que entró; ahora mismo con todos los hombres de armas de mi casa os vais á poner en camino para Benavente, custodiando como presos á Lovete y á Castilla. Hacedme el favor de decir á mi mayordomo Nuño Ramirez que cuide de hacer todos los preparativos para seguirme mañana al amanecer con cuantos pertenecen á mi servicio.

—Todo estará hecho por mi parte en el momento. ¿Mandais otra cosa?

—Nada, sino que no se reciba á nadie, y mucho ménos si alguien viene de la casa del arzobispo de Toledo aunque fuera él en persona.

—Está bien.

—Cuando venga Figueroa enviádmelo, que deseo verlo.

—Así que se presente le avisaré.